JOSÉ LUIS CORRAL

# FÁTIMA

## EL ENIGMA DE LAS APARICIONES

PLANETA

*El enigma de las apariciones*

MARLOW

# I Las apariciones

# CAPÍTULO UNO

Londres, mediados de octubre de 1917

Mary Saylor no creía lo que sus ojos estaban leyendo, a pesar de que se había publicado en el más prestigioso de los periódicos londinenses. Su corresponsal en Lisboa firmaba una información, fechada en la capital portuguesa, en la cual destacaba que una aglomeración de varios miles de personas se había concentrado el 13 de octubre en la pequeña localidad de Fátima, ubicada a mitad de camino entre Lisboa y Coimbra, para asistir a una anunciada aparición de la Virgen María a tres pastorcitos. En la crónica se daba cuenta de varias apariciones anteriores de la Virgen a los tres niños y de la enorme devoción que se había generado en la diócesis portuguesa de Leíría en torno a ese acontecimiento.

Se levantó del sillón del saloncito, dejó el periódico sobre la mesa, junto a la taza de té, se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar. Oxford Street estaba vacía; a través de los cristales emplomados observó la calle, sobre la que caía una continua cortina de agua, cerró los ojos y apretó el puño junto a sus labios.

Su esposo estaba de viaje en Francia, adonde había acudido para cerrar varios contratos con sus socios franceses; la Gran Guerra tocaba a su fin y los ejércitos aliados estaban a punto de derrotar a los alemanes en el frente de batalla.

Nerviosa y muy alterada, se dirigió hasta el escritorio, cogió una pluma, abrió el tintero y se puso a escribir su confesión en unas cuartillas. Comenzó a las cinco y media de la tarde y cuando acabó eran cerca de las nueve de la noche. Ni siquiera se había detenido cuando, a las siete en punto, el ama de llaves le anunció que la cena estaba preparada.

Su relato ocupaba doce cuartillas por las dos caras, escritas con caligrafía elegante y rasgos precisos y firmes, aunque a veces denotaban cierta tensión a la hora de redactar, sobre todo por el alargamiento del trazo final de las vocales «a», «I» y «u».

Al acabar, cogió las cuartillas, que había numerado correlativamente en el centro del margen inferior de la cara recta de la 1 a la 12, las ajustó golpeándolas suavemente sobre la mesa por los cantos y las metió dentro de un sobre, cuya solapa cerró pegándola con goma arábiga.

El ama de llaves, que había permanecido despierta a la espera de que se acostara la joven señora de la casa, le preguntó si quería tomar alguna cosa antes de dormir, a lo que Mary respondió que no tenía apetito, y le dijo que podía retirarse. Después, escribió el nombre del destinatario en el sobre cerrado, lo dejó encima del escritorio y se acostó en su cama. Antes de acomodarse, alargó su brazo y con la mano acarició las sábanas, justo en el

lugar que ocupaba su marido cuando dormía en casa, cerró los ojos e intentó dormir.

A la mañana siguiente, nada más desayunar, ordenó a uno de los criados que llevara el sobre al destinatario, y que no aguardara respuesta.

La policía de Scotland Yard llegó a la casona de Oxford Street poco después de amanecer. El cadáver de Mary Saylor yacía encima de la cama, tendido sobre el costado derecho, en medio de una enorme mancha de sangre; alguien, sin duda mientras la joven dama dormía, le había rebanado el cuello hasta la arteria carótida con un cuchillo o un arma similar; muy afilado, desde luego, porque el corte era limpio, fino y profundo.

Los seis criados que vivían en la casa, el ama de llaves, el mayordomo, la cocinera, dos sirvientas y un mozo, fueron interrogados en repetidas ocasiones, pero ninguno de ellos sabía nada. Todos coincidieron en que la señora se había acostado, como de costumbre, a las diez de la noche y en que no se había levantado cuando una de las sirvientas llamó a la puerta de su dormitorio a las siete. Tras insistir un par de veces y no recibir contestación, la sirvienta había avisado al ama de llaves y ésta, preocupada ante la falta de respuesta a su reiterada llamada, había entrado en la habitación. Así es como se encontró a miss Mary, degollada en su propia cama. El cadáver ya estaba frío, por lo que el forense calculó que la muerte se había producido hacia la medianoche.

Ninguno de los seis criados, que dormían en unas habitaciones en el semisótano de la parte posterior del edificio, había visto ni oído nada aquella noche, las puertas y las ventanas no habían sido forzadas y nadie extraño había visitado la casa aquel día.

John Saylor, que seguía en Francia negociando con sus socios franceses, regresó a Londres dos días después, en cuanto se enteró, mediante un telegrama urgente por cable, del asesinato de su esposa. Lo hizo a tiempo para enterrar a la joven señora en el cementerio de Highgate, en la zona norte de la ciudad, en el panteón familiar de los Saylor, no muy lejos de la tumba del filósofo revolucionario Carlos Marx.

Saylor era un rico comerciante, heredero de una saga de potentados burgueses londinenses que habían amasado una considerable fortuna desde que a mediados del siglo XVII se dedicaran a importar vino de Oporto, que distribuían en Inglaterra y en alguna de sus colonias. La familia Saylor era una de las principales proveedoras de la Casa Real y del Ejército británicos, entre cuyos altos mandos y oficiales el oporto era muy apreciado desde hacía dos siglos y medio.

Ella tenía en el momento de su asesinato veinte años y su esposo treinta y cinco. Mary y John Saylor se habían casado en la primavera de 1916. A los dos meses de la boda se trasladaron a Portugal, en donde John pretendía comprar varias fincas con el fin de plantar nuevos viñedos y aumentar la producción de vino, pues estimaba que, en cuanto acabara la Gran Guerra, los mercados internacionales demandarían una mayor cantidad de caldos. Solía

decir que después de una contienda tan cruenta como la que había desangrado a Europa, los supervivientes querrían olvidar deprisa las calamidades sufridas y nada mejor para ello que un buen vino. La pareja había permanecido en Portugal desde mediados de 1916 hasta julio de 1917, fecha en que había regresado a Londres.

Scotland Yard investigó el asesinato de Mary durante meses, pero sus agentes no consiguieron ni una sola prueba, ni un solo indicio sobre quién podía haber sido el autor del crimen. No había robo, ni fuerza, ni violación, ni siquiera un móvil manifiesto por el cual poder siquiera imaginar por qué había sido asesinada.

La policía sospechó de los seis criados y del propio esposo, pero acabó por expiarlos de posibles culpas ante la carencia de prueba alguna contra ellos. Saylor llegó incluso a contratar a la mejor agencia de detectives de Londres, que siguió indagando por todas partes en busca de algún nuevo dato, a pesar de que la policía había desistido porque no logró averiguar nada.

A principios de 1919, año y medio después del crimen, la policía dio el caso por no resuelto y, ante la ausencia de pruebas, lo cerró; para entonces, la Gran Guerra ya había terminado y John Saylor decidió trasladarse a vivir permanentemente a Oporto. Confesó a sus amigos que la ciudad de Londres se le hacía insoportable sin Mary y que la única manera de sobrellevar su ausencia era marcharse a vivir a Portugal, en otra tierra, con otros recuerdos.

# CAPÍTULO DOS

París, finales de marzo de 2008

David Lewis Cárter, profesor de Historia del Arte y ciudadano norteamericano con contrato en la universidad de París, tomaba un café solo, muy denso y cremoso, en un restaurante de la calle Pérignon, en el barrio parisino de Montparnasse. Almorzaba con su editor francés, para el que había preparado un ensayo de trescientas páginas sobre la perspectiva en la pintura italiana del siglo XV. Había comido unas vieiras a la parrilla con crema de setas, un lenguado al *grand marnier* y unos pasteles al aroma de violeta.

Poco antes del almuerzo habían estado en la editorial revisando el boceto para la portada del libro y, tras el almuerzo, estaba citado en Radio Nôtre-Dame, la emisora católica, para una entrevista en directo de una hora de duración sobre el libro en cuestión, a cargo de una excelente periodista.

Cárter estaba realmente ocupado, pues además de acabar el ensayo, las entrevistas y las clases en la universidad, salía de viaje hacia Sevilla, donde tenía que impartir una conferencia sobre la pintura florentina del Cuatrocientos en un seminario de Historia del Arte. Su colega sevillana, la profesora María Luisa Barrero, lo había invitado meses atrás, durante un viaje que realizó a Sevilla, a participar en ese curso, que se celebraba la primera semana de abril, después de la Semana Santa y antes de la Feria.

La entrevista en Radio Nôtre-Dame fue inteligente, intensa y ágil, y Cárter salió muy contento.

—Una periodista preparada de verdad — le comentó a su editor al dejar el estudio.

—Sí, ya te dije en el almuerzo que merecía la pena. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?, tengo el coche aquí mismo —se ofreció el editor.

—No, gracias; voy a mi casa. Tomaré el metro, seguro que llego antes que si me llevas en coche.

—Como quieras; espero pronto el manuscrito de tu libro, ¿eh?

—Lo tendrás a finales de abril, como hemos convenido.

—Bien; entre tanto, iremos preparando las ilustraciones, para ganar tiempo; quiero que esté en la calle a mediados de septiembre.

—Sí, es una buena fecha.

Se dieron la mano y se despidieron con cordialidad.

Cárter llegó a su apartamento en el número 59 de la calle de Rochechouart, en la zona baja del barrio de Montmartre, cerca del Sagrado Corazón, cuarenta minutos después de despedirse de su editor. Desde que se trasladara de Nueva York a París, hacía ya más de un año, vivía en esa casa y todavía no se había habituado a ella. El edificio tenía más de cien años de antigüedad y era uno más de los típicos inmuebles parisinos, de seis plantas, con dos áticos, pero

era una vivienda especial, pues, aunque casi nadie lo sabía, en 1932 y en esa misma casa había muerto Fulcanelli, el último gran alquimista contemporáneo.

Cuando Cárter se instaló en París con un contrato para tres años, dejando atrás un relevante puesto en la universidad de Nueva Jersey, los colegas de La Sorbona le buscaron ese piso de alquiler. Michelle Henry, una joven profesora ayudante, había visto el letrero que anunciaba el alquiler y le había parecido divertido que uno de los más reconocidos expertos en arte gótico viviera donde décadas atrás había muerto el autor de *El misterio de las catedrales*, uno de los libros más enigmáticos del siglo XX, en el que Fulcanelli planteó una nueva interpretación del arte gótico a partir del análisis de los textos de los alquimistas.

Michelle Henry lo esperaba en el apartamento. Se besaron despacio durante un buen rato.

—Sabes a violeta —le dijo ella.

—He tomado de postre un pastel caliente con aroma a esa flor; lo sirven en una copa de cristal que está sellada con papel film transparente, de modo que un humo color violeta flota dentro de la copa y, al retirarlo para comer el pastel, el aroma te penetra en la nariz y te deja impregnado un regusto a esa flor durante un buen rato. Tienes que probarlo —le propuso David a Michelle, cuya boca siempre estaba fresca y sedosa.

Se volvieron a besar y sus manos recorrieron sus cuerpos quitándose uno al otro la ropa, deteniéndose en cada porción de piel. Ya desnudos en medio del salón, Cárter se agachó hasta que su boca quedó a la altura del pubis de Michelle y comenzó a besarlo despacio, lamiendo con su lengua el interior de los muslos de la joven, que suspiraba ansiosa.

Hicieron el amor durante un par de horas; afuera llovía.

* * *

—Aquí tienes los billetes de avión a España; han llegado esta mañana a la universidad —Michelle le entregó un sobre a David.

—Gracias, Michelle; te agradezco mucho que los hayas recogido por mí; como sabes, tenía toda la mañana liada con mi editor y con esa entrevista en la radio.

—Sí, te he escuchado. Las preguntas eran muy interesantes y tú has estado muy bien; menos mal que no has dicho que te gustaría ver demolida la Torre Eiffel; como efecto final hubiera sido impactante.

—Desde que vivo en París me estoy acostumbrando a ella.

—¿Ya no te parece tan horrorosa?

—Digamos simplemente que me estoy habituando a su presencia.

Michelle se refería a una conferencia que el profesor Cárter impartiera en París hacía algunos años, en la cual había asegurado que el mejor destino para la Torre Eiffel sería la demolición, lo que en su momento causó un enorme

revuelo en ciertos ambientes parisinos.

El seminario de Sevilla estaba programado para los tres primeros días de abril, diez días después de la Semana Santa y cinco antes de la Feria. La profesora Barrero había programado esas fechas porque eran las más adecuadas en el calendario universitario sevillano, pues una vez comenzada la Feria todo giraba en la capital andaluza en su entorno y poco después se acercaba el final del curso y los alumnos no se hubieran apuntado al seminario.

—¿Me acompañas a Sevilla? —le preguntó David—. Lo pasamos muy bien allí.

—Sabes que no puedo. Estoy ocupada en la redacción de la tesis y no quiero retrasarme. Aprovecharé esos tres días en que estarás ausente para darle un buen empujón a las conclusiones.

—Sevilla no será lo mismo sin ti.

—No seas cursi.

—¿Te quedas a dormir? Voy a estar una semana sin verte.

—Tres días, sólo serán tres días.

—Sin ti, una eternidad.

Cuando llegó a París a comienzos del año 2007, David Lewis Cárter conoció a la joven profesora ayudante, la cual estaba realizando una tesis doctoral sobre la construcción de las catedrales góticas. Sus ideas, un tanto heterodoxas para el rígido mundo académico, chocaron con las de su directora de tesis, la profesora Louise Lazard, jefa además del departamento de Historia del Arte. Entonces, Michelle Henry le pidió a David que aceptara ser codirector de su tesis, a lo cual éste, con el beneplácito de Louise Lazard, accedió. Michelle había sido novia de Jean Ricard, profesor de ese mismo departamento y miembro de la hermandad de los Hermanos de Heliópolis, los seguidores de Fulcanelli. Ricard, de sesenta y cinco años, aparentaba cuarenta, pues había estado expuesto a los beneficios de la piedra filosofal a la luz de los vitrales góticos de Chartres, un privilegio reservado a los miembros de esa hermandad.

Los padres de David Lewis Cárter eran norteamericanos de origen judío, aunque nunca habían profesado la religión de la Tora. Además, eran propietarios de los viñedos y bodegas Cárter, una explotación vitivinícola en el valle de Napa, en el norte del Estado norteamericano de California.

Los padres de Michelle estaban divorciados. Su madre vivía en la costa de Andalucía, en el sur de España, donde coleccionaba jóvenes y fogosos amantes, en tanto su padre, un alto ejecutivo de uno de los más importantes bancos franceses, dirigía la sucursal de esa entidad en Singapur, donde se había vuelto a casar con una muchacha un año más joven que la propia Michelle.

Pocos meses después de conocerse, Michelle y David salían juntos; de eso hacía ya un año, durante el cual les habían ocurrido sucesos extraordinarios.

# CAPÍTULO TRES

Sevilla, principios de abril de 2008

El tren de alta velocidad procedente de Madrid arribó a la estación sevillana de Santa Justa a las 14:30, exactamente la hora que marcaba el billete de Cárter. En el vestíbulo lo esperaba María Luisa Barrero.

—Hola, David, al fin te tenemos aquí —lo saludó la profesora sevillana a la vez que le dio dos besos.

—Tu país ha mejorado mucho en la puntualidad de los trenes. Gracias por invitarme.

—No, no, las gracias te las debo yo. Cuando enviamos los folletos del seminario anunciando tu presencia, hubo quien no creyó que fueras a venir. Y ha resultado todo un éxito; tenemos casi un centenar de inscritos, cuando a seminarios de este tipo no suelen acudir más de veinte personas. Incluso en un par de ocasiones ha habido que suspender algunos de estos cursos por falta de alumnado. El éxito de asistencia se debe a ti, claro.

—No creo; el programa es muy atractivo y el seminario cumple su décima edición, ya consolidado.

—Se debe a tu presencia, te lo aseguro. En ninguna de las nueve ediciones anteriores hemos superado las dos docenas de matriculados, y ayer me llamó la secretaria del departamento para decirme que ya había noventa y seis inscritos.

—Me alegro por ello.

—Te llevo al hotel y dejo que descanses; esta noche nos invita a cenar la decana de la facultad; si te parece, te recogeré a las ocho y media de la tarde.

—Como quieras; así tendré tiempo para dar un vistazo a mis notas, y repaso mi ponencia de mañana.

—A las doce en punto. La tuya es la conferencia inaugural. Tú eres la estrella.

Para su intervención en el seminario, David había preparado una conferencia sobre la imagen de la Virgen María en la pintura gótica. En principio, cuando lo invitó la doctora Barrero, había pensado hablar de la imagen de la mujer, o incluso de la belleza, en la pintura de la segunda mitad del siglo XV, pero prefirió centrarse en la figura de María de Nazaret para acotar espacios y no resultar demasiado generalizador. El curso de Sevilla era de los llamados de especialidad, destinado a profesores en formación, alumnos de doctorado y de los últimos cursos de la carrera, pero también podían matricularse alumnos de los primeros cursos e incluso de otras especialidades, porque, con la asistencia, obtenían algunos créditos de los llamados de libre elección.

El aula magna de la facultad estaba llena de gente. A la conferencia del

profesor Cárter no sólo habían acudido los casi cien inscritos, sino la mayoría de los alumnos de la especialidad de Historia del Arte, pues los profesores habían recomendado en sus clases la asistencia.

La profesora Barrero presentó al doctor Cárter como «el máximo especialista mundial en pintura gótica», profesor permanente en la universidad de Nueva Jersey e invitado en La Sorbona.

David dio las gracias a la universidad de Sevilla y a María Luisa Barrero y pidió excusas por leer el texto de su intervención, alegando que no dominaba el español lo suficiente. Indicó que se apagaran las luces porque la conferencia estaba ilustrada con numerosas imágenes que un cañón proyectaba desde un ordenador portátil en una gran pantalla.

—«Myriam» significa en hebreo dos cosas a la vez: «la gruesa» y «la bella» —comenzó a leer Carter, que colocó sus folios bajo la luz de un pequeño flexo—. Que la misma palabra se utilice indistintamente para esos dos conceptos, indica, sin duda, que, en lo referente al menos a la belleza femenina, los antiguos hebreos identificaban a una mujer rolliza con una mujer bella y sana.

»Como ustedes saben bien, cada cultura encarna la figura de sus héroes y heroínas, de sus santos y de sus santas, o de sus personajes legendarios, en función de la imagen ideal que en cada momento se tiene del hombre o de la mujer. Pues bien, aunque el ideal de belleza femenino en el mundo hebreo antiguo era más próximo al de Rubens que al de los estereotipos actuales, cuando hubo que representar a la Virgen María en el siglo XV, el modelo que se utilizó en la pintura italiana fue el ideal de belleza de una joven mujer en ese preciso momento. ¿Y cuál era? Véanlo ustedes mismos —en la pantalla se proyectó la primera imagen, *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, la diosa del amor surgiendo esplendorosa y plena del centro de una enorme concha—. Ahí la tenemos. Una joven de proporciones corporales armoniosas, de piel clara, pelo rubio y ojos luminosos y limpios. Por supuesto, cuando se representa a la Virgen María, esa misma imagen, más pudorosamente tratada, claro está, es la que se ofrece de la madre de Cristo.

»No traten ustedes de buscar un solo referente físico del aspecto de María en el Nuevo Testamento, porque no lo encontrarán. Ninguno de los cuatro Evangelistas dice una sola palabra sobre cómo era físicamente la Virgen, porque, además, su papel en los Evangelios es muy modesto. Sigo aquí a san Bernardo de Claraval, gran defensor de María, el cual señaló ya en el siglo XII, el gran siglo mariano, que la Virgen toma la palabra, y de forma bien escueta, cuatro veces en los *Evangelios*: la primera vez lo hace para pronunciar las palabras "¿Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco varón?" y "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"; se trata del "*fiat*" o "hágase", que recoge san Lucas cuando María recibió del ángel la noticia de que estaba encinta; la segunda vez con la frase " Mi alma glorifica al Señor", el "*magníficat"*, "sea glorificado", en la Visitación; en la tercera ocasión, para reprocharle al joven Jesús que se haya entretenido en el Templo

de Jerusalén para hablar con los doctores, al decirle "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?"; y en la cuarta, en las bodas de Cana, para indicarle a Jesús que "No tienen vino", y de inmediato a los sirvientes para decirles "Haced lo que El os dirá". Por cierto, los Evangelios de san Marcos y de san Juan no dicen una sola palabra sobre el nacimiento de Jesús.

»María vuelve a aparecer a los pies de la Cruz en la Pasión; pero una vez leídos y releídos los cuatro Evangelios, y no quiero entrar en el asunto de los Evangelios Apócrifos como el de Tomás o el de Judas, permitan que tenga algunas dudas al respecto... —entonces se produjo un rumor en la sala — La duda es razonable, pero sería una cuestión a tratar en otro momento... —improvisó Cárter al darse cuenta del rumor—. Decía que María está presente a los pies de la Cruz, pero no en el Sepulcro, y desde luego, a quien primero se aparece Jesús tras la Resurrección no es a su madre, sino a María Magdalena.

»Si se fijan con atención, y salvo el alumbramiento virginal de Cristo que sólo recogen san Lucas y san Mateo, María no es, ni mucho menos, una figura relevante en los Evangelios; y tampoco lo fue durante el Bajo Imperio Romano ni en la Alta Edad Media. Pero a partir del siglo XII el tratamiento que la Iglesia le dio a su figura cambió de manera extraordinaria. Desde esa centuria, la Virgen aparece por todas partes —Cárter proyectó varias imágenes de la Virgen en la escultura, las vidrieras y los frescos góticos, acabando con una fotografía del *Vitral de la Virgen*, la más emblemática vidriera de la catedral de Chartres, con María en majestad y el Niño sentado entre sus piernas, ambos rodeados de ángeles con incensarios.

»La Virgen María se convirtió en el ideal de la perfecta mujer cristiana: madre de toda la humanidad, bellísima, joven, de cabellos largos y dorados. Observen esta colección de imágenes de María, ya en el siglo XV: *La Anunciación* de Simone Martini, hacia 1337, joven, rubia, de pelo ondulado; *La Virgen del Canciller Rollin* de Jan Van Eyck, de hacia 1435, en el Louvre, rubia, de pelo largo y rizado, a punto de ser coronada por un ángel; *La Adoración de los Reyes Magos* de Gen— tile da Fabiano, en los Uffizi de Florencia, pintada en 1423; *La Visitación de las Muy Ricas horas del duque de Berry* de los Hermanos Limbourg, hacia 1410-1411, en el Museo Conde de Chantilly, rubia, resplandeciente, con pelo largo y velo a modo de cinta en el pelo; *La Virgen de la Misericordia* de Piero della Francesca, entre 1455-1462, no se le ve el cabello, pero su rostro es limpio, ideal de la belleza del Renacimiento; *La Virgen con el Niño* del retablo de Brera de Piero della Francesca, entre 1472 y 1474, con María enmarcada en un espacio renacentista, sentada y rodeada de varias figuras y santos, rubia, muy joven, con ese hermoso velo transparente de gasa sobre la cabeza; *La Madonna del Magníficat*, de los Uffizi, de 1482 o quizá de 1488, y *La Anunciación*, de 1485, ambas de Sandro Botticelli, el ideal de los ideales femeninos de la Italia del siglo XV, una mujer joven, bellísima, rubia, de pelo largo y ondulado con bucles, una auténtica Venus pudorosa con un halo de santidad.

«Siempre el mismo modelo. Vean si no otras imágenes: *La Virgen con el*

*Niño* de Filippo Lippi, y *La Virgen adorando al Niño con san Juan Bautista* de Francesco Botticini, las dos jóvenes, hermosas, con tirabuzones dorados —siguió proyectando imágenes de la Virgen pintadas en el siglo XV: *La Virgen del Apocalipsis del Libro del maestro de la razón de Wolfegg, La Virgen* del maestro de Schotten, *La huida a Egipto* del maestro de Mondree...; todas ellas jóvenes, rubias y hermosísimas—.

»Y falta el colofón. Leonardo da Vinci pintó *La Anunciación* hacia 1472. Ahí está; la Virgen es una mujer joven, bellísima, de largo pelo rubio y rizado. Luego la pintó en *La Virgen de las Rocas*, de 1482, hoy en el Louvre, similar a la que realizó diez años antes. Y Rafael lo hizo con *La Madonna de Belvedere*, en 1506, y con *La Madonna de Loreto* en 15091510, ambas bellas, jóvenes y rubias.

Carter continuó con su conferencia aludiendo al ideal de belleza en el Renacimiento, con citas de autores anteriores como Petrarca o Boccaccio, que sentaron el modelo estético de mujer, el que se aplicó a las representaciones pictóricas de la Virgen María en la pintura italiana del siglo XV.

La conferencia acabó entre grandes aplausos de los alumnos, que Carter agradeció saludando al auditorio en tanto la profesora Barrero alababa la intervención de David y recordaba a los inscritos el horario de la sesión de la tarde.

Varios profesores se acercaron para felicitar al profesor norteamericano por su intervención, mientras los alumnos desalojaban el aula magna. Poco antes de salir, David miró hacia el auditorio, ya vacío, y se fijó en un individuo de unos sesenta años, de pelo blanco y aspecto elegante pero vestido de modo un tanto anticuado, que era el único que permanecía sentado. Aquel hombre se levantó con parsimonia y se acercó a Cárter.

—Profesor, ¿me permite? —se dirigió a David en inglés, indicando con la mano que quería hablar con él en un aparte.

—¿Qué desea?

—Me presentaré. Mi nombre es Joáo Barros; soy profesor de Historia Sagrada en el departamento de Historia de las Religiones de la universidad de Lisboa. En primer lugar, quiero felicitarlo por su magnífica conferencia y por la valentía en abordar algunos temas delicados, pero además, si me lo permite, me gustaría hacerle una precisión.

—Dígame.

—La Virgen María era una mujer galilea de Nazaret, de raza semita, y por tanto su aspecto tuvo que ser el de una joven morena, de piel melada, pelo negro y ojos oscuros, en nada parecida por tanto a la que pintaron los maestros del Cuatrocientos. ¿Me equivoco?

—Imagino que sería como usted dice, pero ya he comentado que no hay documentado un solo detalle de la apariencia física que tuvo María.

—Bien, en ese caso, si la Virgen se mostrara a alguien en la actualidad, o en el último siglo, ¿bajo qué aspecto cree usted que lo haría? ¿Y con qué edad?

—No tengo ni idea, no soy especialista en apariciones marianas.

—Imagino que conoce que en 1917 la Virgen María se apareció en mi país, en Portugal, a tres pastorcitos.

—Sí, claro, fue en Fátima.

—En efecto, y lo que me extraña es que la dama que aquellos niños pastores aseguraron que habían visto, y que se identifico como Nuestra Señora del Rosario, presentaba un aspecto bien diferente al que debió de tener la verdadera madre de Jesucristo —dijo el portugués—. La Virgen de Fátima era una mujer joven, de unos dieciséis años, vestida de blanco y rodeada de una luz celestial. ¿No le llama la atención?

—Ya le he dicho que no soy experto en apariciones milagrosas; opino que esos temas son cuestión de fe y, en ese campo, la razón y la lógica tienen poco que hacer ante las creencias —asentó Cárter.

—David, perdona, debemos ir a almorzar, las sesiones del seminario se reanudan a las cinco de la tarde —los interrumpió Marisa Barrero.

—Su conferencia me ha despertado un gran interés y me ha hecho reflexionar; ¿podría hablar con usted en otro momento? He venido desde Portugal tan sólo para escuchar su intervención. O mejor, si me lo permite, me gustaría invitarlo a que pronunciara una conferencia en Lisboa, el mes que viene.

—Bueno, estoy ocupado...

—Piénselo.

—Gracias de todos modos.

La doctora Barrero se alejó con David hacia la puerta de la facultad.

—¿Conoces a ese hombre? —le preguntó David.

—No, nunca lo había visto. Me ha extrañado su presencia, pues por su aspecto no parece un estudiante, y no me suena que sea profesor. A lo mejor se trata de uno de esos pesados que asisten a las conferencias para demostrar al conferenciante que sabe del tema más que él.

—Me ha dicho que era profesor de Historia Sagrada en Lisboa.

—Tal vez esté por aquí de paso, o invitado por otro departamento.

—Me ha asegurado que ha venido hasta Sevilla a escucharme.

—¡Vaya!, sí que tienes seguidores fieles.

Cuando por la tarde regresaron a la sede del seminario, ahora trasladado a un aula menor de la facultad, Joáo Barros estaba en la puerta, esperando la llegada de Cárter.

—Buenas tardes, profesor Cárter, y perdone de nuevo que lo aborde de esta manera, pero he seguido dándole vueltas a su conferencia y desearía hablar con usted. ¿Tiene tiempo para tomar un café? Le aseguro que no se arrepentirá.

Cárter miró a la doctora Barrero como pidiéndole permiso para ausentarse de las sesiones del seminario.

—No te preocupes —le dijo Marisa—, nos vemos luego.

—Gracias. Bien, usted dirá.

—Si le parece, podemos tomar ese café aquí al lado, hay un sitio tranquilo...

—De acuerdo.

Salieron de la facultad, cruzaron la calle y entraron en una cafetería de aspecto moderno y confortable; se sentaron y pidieron sendos cafés solos.

—Le agradezco que me dedique este tiempo, profesor Cárter. ¿Ha decidido aceptar mi invitación?

—L o siento, pero no he tenido ocasión de pensar en ello; durante la comida he estado hablando con los colegas de Sevilla.

—¿Qué opina usted del milagro de Fátima?

—Apenas lo conozco, profesor Barros. No tengo una opinión concreta. Es cuestión de fe; ya se lo dije esta mañana.

—Mire esto; es una copia, pero creo que le interesará.

David abrió el sobre que le ofrecía Barros y extrajo una fotocopia de un texto escrito a mano.

—¿De qué se trata?

—Está en inglés, y escrito con buena letra. Sólo contiene una cuartilla, pero su lectura le pondrá los pelos de punta. Cárter se puso a leer en silencio.

Estimado amigo:

Esta misma tarde he leído en el periódico de hoy una información que me ha turbado sobremanera. Me he enterado por el diario de lo que está ocurriendo en la pequeña localidad de Fátima, en Portugal, con motivo de las presuntas apariciones a tres pastorcitos que aseguran que la Virgen María se les ha mostrado en carne mortal.

En cuanto he leído la noticia, me he sentido obligada a escribirle para contarle la verdad de lo sucedido en esa aldea portuguesa, porque cuanto allí ha ocurrido me atañe de una manera muy especial.

Escribo estas cuartillas para que usted, querido amigo, pueda entender lo que aconteció esta pasada primavera en Fátima, y me aconseje sobre lo que debo hacer en estas embarazosas circunstancias.

Ya sabe que soy creyente, y que profeso con devoción la religión cristiana católica, pero lo que está sucediendo en Fátima no puede seguir adelante. Por eso, como cristiana católica, creo que es mi obligación denunciar ante usted, y espero que me comprenda.

—¿Esto es todo? —le preguntó Cárter.

—¿Le parece poco?

—Además, ¿qué tiene esto que ver conmigo?

—Los Hermanos han decidido encomendarle a usted la investigación de este caso.

—¿«Hermanos», «caso»? ¿A qué se refiere?

—Soy miembro de los Hermanos de Heliópolis.

Cárter mudó su gesto de escepticismo por el de asombro.

—¿Qué es eso?

—Vamos, profesor Cárter, lo sabe muy bien. Nuestra hermandad confió en usted el gran secreto de la piedra filosofal, y ahora lo necesitamos.

—¿Qué desea de mí?

—Hace tres días me llamó el Maestro y me encargó que entrara en contacto con usted.

—¿El Maestro?

—Sí, Fulcanelli, claro.

—¿Me está usted tomando el pelo?

—Bueno, Nicolás Champagne, el hijo de Fulcanelli, si lo prefiere —precisó Barros.

—¿Está en Sevilla?

—No, no. Se ha quedado en París, por eso he venido yo desde Lisboa, pero estoy aquí en su nombre.

—Podía haberme buscado él mismo en París; sabe bien donde encontrarme.

—Ha preferido que fuera yo quien le informara. ¿Vendrá a Lisboa a impartir esa conferencia? Allí le mostraré nuevos documentos.

—¿Y además...?

—Lo necesitamos. Como ve, hubo una mujer dispuesta a desvelar la verdad de lo que sucedió en Fátima en 1917.

—¿Y qué sucedió? —demandó David.

—Es lo que estoy investigando, y creo que en ese escrito está la respuesta.

—Pero aquí sólo hay una página.

—Mire al pie; está numerada con el «1»; existen más cuartillas. Alguien muy interesado me envió la primera página de ese informe, o carta, o declaración, o confesión, o llámelo como quiera. Está escrito en inglés, sin duda por una mano femenina y, por la letra y los rasgos de la tinta, data de principios del siglo XX; es más, estoy seguro de que se escribió en el otoño de 1917, fíjese que habla de lo ocurrido en Fátima «la pasada primavera». La autora es una mujer que se declara católica, pero lo que no sé es quién era ni dónde lo escribió. Ni tal vez lo más importante, a quién iba dirigido, aunque era sin duda a un hombre.

—¿Cómo llegó a sus manos?

—Hace tres meses recibí en mi despacho de Lisboa un sobre a mi nombre que venía sin remite, pero el matasellos procedía de Roma. Contenía esa fotocopia y esta tarjeta.

Barros le mostró a Cárter una cartulina blanca del tamaño de media cuartilla; estaba escrita a mano en tinta azul con pluma y en idioma italiano, y simplemente contenía dos frases:

«Esta es la primera cara de la primera de doce cuartillas. Si se conociera el contenido de las demás, se produciría un verdadero cataclismo, y la Iglesia no lo soportaría».

—¿Nada más? —se sorprendió Cárter.

—Nada; ni una firma, ni una dirección, nada. Sólo el anuncio de una posible catástrofe si saliera a la luz el resto del texto; creo que se trata de la verdadera revelación de lo que ocurrió en Fátima en 1917.

—Vamos, profesor Barros, el mundo ha soportado asuntos mucho más graves, y aquí sigue, girando y girando sin parar.

—Necesito su ayuda; los Hermanos de Heliópolis la necesitamos, doctor Cárter. ¿Lo espero en Lisboa entonces?

David se mordió el labio inferior y reflexionó por unos instantes.

—De acuerdo, a fines de mayo.

—Muchas gracias. Es la mejor época para visitar Lisboa.

# CAPÍTULO CUATRO

París, mediados de abril de 2008

David dobló el periódico indignado. Acababa de leer una noticia en la que se detallaba el recuento de muertos que hasta finales de marzo había provocado la guerra de Iraq. El balance de la intervención ordenada por George W. Bush, el presidente de Estados Unidos, era demoledor: habían muerto cuatro mil soldados norteamericanos, varios centenares de soldados de otras nacionalidades, mil civiles occidentales y varias decenas de miles de iraquíes, tal vez doscientos mil, además de decenas de miles de heridos y mutilados.

El profesor Cárter estaba sentado a una mesa en un *bistrot* del bulevar de Saint-Germain, cerca de su facultad, donde esperaba a Michelle, con la que había quedado para almorzar.

Michelle apareció radiante y hermosa; David se levantó, la besó y le sostuvo el respaldo de la silla mientras la joven se sentaba.

—¿Estás enfadado? —le preguntó la profesora Henry al ver el rostro adusto del americano.

—Ese idiota de Bush...; acabo de leer el balance, por el momento, de la guerra que ha provocado su afán por dominar el mundo. Mira —David le mostró la página del periódico—, miles de muertos por su culpa, el problema de Oriente Medio recrudecido y el precio del petróleo subiendo sin parar. Espero que Hilary Clinton o Barack Obama ganen las elecciones a los republicanos y den un golpe de timón a la política exterior norteamericana. Me avergüenzo de mi presidente; afortunadamente, le quedan pocos meses de presidencia.

—Lo siento, pero, si te sirve de consuelo, en Francia tampoco podemos tirar cohetes con el nuestro.

—Al menos no invade países y no provoca guerras. Todo lo más que desencadena es algún pequeño incidente protocolario.

—¿A qué te refieres?

—A lo que ocurrió el otro día en Londres cuando la bella esposa de vuestro presidente se descubrió los hombros ante la reina de Inglaterra.

—Eso no tiene importancia para nosotros; lo peor es esa especie de mesianismo del que le gusta orlarse.

—Por cierto, y hablando de mesianismo, ¿has oído hablar de la Virgen de Fátima? —le preguntó David.

—Claro; es «la Lourdes de Portugal» —precisó la profesora Henry.

—¿Y qué piensas de esas apariciones?

—Me parecen un montaje propagandístico del Vaticano. La Virgen siempre se ha aparecido cuando la Iglesia ha necesitado reforzar las vocaciones o en

momentos de fervor marianista, como ocurrió en los siglos XII y XIII y en los XIX y XX.

—¿Y no crees que puede haber algo sobrenatural en esas apariciones?

—No, ni mucho menos. Las apariciones ocurren siempre ante personas sencillas e incultas y en lugares solitarios. ¿No te has dado cuenta de que la Virgen sólo se aparece a gentes que la conocen?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó David.

—Pues que las apariciones de la Virgen suceden a cristianos a los que han enseñado que María es la madre de Dios.

Nunca se ha aparecido, que se sepa, a un chino confucionista, a un japonés taoísta o a un hindú budista, ni siquiera a los animistas de las selvas de África o de la Amazonia, siempre lo ha hecho a cristianos católicos. ¿No te parece raro?

—Tal vez lo haga porque considera que sólo los católicos, los que creen en el dogma de su virginidad, van a hacerle caso —supuso David—. ¿Te imaginas a María apareciéndose a un aborigen australiano antes de la llegada de los europeos para decirle que es la madre-virgen de un hombre-dios que, aun siendo inmortal y no creado, nació de su vientre y murió en una cruz para redimir al mundo de sus pecados? No la hubiera creído, claro.

—Es probable, pero ¿por qué me preguntas ahora esto?

—Porque hace unos días tuve un inquietante encuentro en Sevilla.

—No me habías dicho nada.

—He preferido esperar unos días, pero, en fin, debes saberlo.

Tras tomarles la minuta, ambos pidieron el plato del día, ensalada con salsa de yogur y filete de ternera con suflé de patatas, David le contó a Michelle lo que le había ocurrido con Joáo Barros en Sevilla.

Michelle era la primera mujer que había sido elegida para formar parte de los Hermanos de Heliópolis, la hermandad encargada de custodiar el secreto de la piedra filosofal y de la alquimia, que Nicolás Champagne, que fuera hijo de Fulcanelli, el profesor de La Sorbona Jean Ricard y el padre Lefévbre, encargado del patrimonio de la catedral Nôtre-Dame de París, les habían confiado meses atrás. La piedra filosofal había sido obtenida en el siglo XIII por Guillermo de Auvernia, obispo de París; desde entonces, ningún otro alquimista había podido volver a producirla.

La hermandad de Heliópolis andaba carente de recursos y de nuevos miembros; eran los guardianes de la piedra filosofal, que otorgaba larga vida a quienes la tocaban en el interior de una catedral gótica, a la luz del sol filtrada por sus vidrieras originales, y de la tradición de la alquimia, para que no se perdieran los saberes ocultos que durante siglos se habían traspasado entre los iniciados en busca de una fuente que generara una energía inagotable y limpia, aunque algunos lo habían reducido a la conversión del plomo en oro.

—¡El secreto de Fátima! Al padre Lefévbre le gustará saber esto —supuso Michelle.

—Imagino que ya lo conoce. Joáo Barros es miembro de la hermandad.

—Esto se pone interesante; y para mí es un reto. Estudio las catedrales góticas en mi tesis, una época en la cual la cristiandad se empeñó en levantar los templos más bellos jamás construidos, y casi todos en honor a la Virgen María, y ahora me encuentro con una historia similar en una época en que de nuevo se vuelven a construir enormes basílicas que también recuerdan a la Virgen: Lourdes, Chestokova, Fátima... Cualquiera diría que estamos volviendo a una nueva edad gótica.

—En lo que a la reivindicación de la mujer se trata, parece que sí —asentó David.

—¿Y qué vas a hacer?

—Iré a Lisboa, por supuesto.

—Voy contigo; no me perdería esto por nada del mundo.

—A Sevilla no pudiste venir. ¿No tienes que acabar la tesis?

—Ya está casi lista. Oye, ¿no quieres que te acompañe?

—No es eso; por supuesto que quiero que vengas conmigo a Lisboa. Será magnífico hacerte el amor a orillas del estuario del Tajo. Lo que ocurre es que tengo una intuición, y no es precisamente agradable.

—¿De qué se trata?

—No sé, pero tras hablar en Sevilla con el profesor Barros, tengo el presentimiento de que este asunto de Fátima es inquietante, tal vez incluso peligroso.

—Vamos, David, ¿cómo va a ser peligrosa esta cuestión? Se trata de un episodio que atañe a unos niños inocentes manipulados por sacerdotes sin escrúpulos.

—Sólo es una intuición, nada racional, pero tengo malas sensaciones. Habrá que hablar con el padre Lefévbre.

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Ya te he dicho que Barros es miembro de los Hermanos de Heliópolis, y muy activo al parecer, porque conoce al Maestro. Ha sido el propio hijo de Fulcanelli quien le planteó a Barros que fuera yo quien lo ayudara en su investigación sobre las apariciones de Fátima.

—Eres de origen judío, David; si investigas ese asunto, concluyas lo que concluyas, dirán que lo haces por resentimiento religioso. Si averiguas que lo de Fátima fue un fraude, te acusarán de ir contra la Iglesia por tus orígenes hebreos, y si afirmas lo contrario, te tratarán como a un judío que ha renegado de sus raíces. En cualquier caso, serás muy criticado.

—Lo sé. Y lo he pensado durante toda esta semana, por eso he tardado unos días en contarte este embrollo. Sabes que me interesa mucho la imagen humana en la pintura gótica y renacentista, y hace algunos meses que trabajo en la representación de la Virgen en esas pinturas, pero la fotocopia de la carta que me enseñó Barros era el inicio de la confesión de una mujer que parecía realmente angustiada. Desde que la leí, todo este asunto de Fátima me ha atrapado, y me gustaría entender qué es lo que ocurrió, qué hay detrás de todo ese asunto. Y además, los Hermanos de Heliópolis están metidos de lleno en

este lío.

—De acuerdo. Si es lo que deseas, cuenta conmigo —adujo Michelle.

—No, no quiero comprometerte; debes dedicarte a la tesis...

—Ya está prácticamente acabada. Llevo seis años a vueltas con ello; necesito dejar las catedrales por algún tiempo y dedicarme a otras cosas. Este asunto de Fátima estará bien para variar, aunque no del todo, pues las catedrales estaban dedicadas en su inmensa mayoría a santa María; o sea, que ya ves, estoy condenada por el destino a que mi vida profesional gire en torno a manifestaciones artísticas e históricas que tengan que ver con la Virgen.

# CAPÍTULO CINCO

Portugal, primavera de 1917

«La monarquía portuguesa es ya historia en 1917. El origen de Portugal como reino independiente arranca de 1139, el año en el que el conde Alfonso Henriques tomó el título de rey por concesión de Alfonso VII de León y Castilla, quien había adoptado a su vez el pomposo título de "emperador". Desde entonces, Portugal ha sido un país independiente, siempre receloso de sus poderosos vecinos españoles. Sólo en el largo período comprendido entre 1580 y 1640, Portugal se incorporó a los dominios del rey de España, al heredar este trono Felipe II.

Recobrada la independencia, Portugal volvió a tener soberanos privativos hasta 1853, fecha de la muerte de la reina M a — ría II, con la cual acabó la dinastía de Braganza. Esta reina, que a los treinta y cuatro años ya había parido once hijos, se casó con Fernando II, miembro de la noble familia alemana de Sajonia-Coburgo-Gotha; a través de su linaje, esta dinastía comenzó a reinar en Portugal.

A María II le sucedió su hijo Pedro V, que era todavía menor de edad al morir su madre, de modo que Fernando II asumió la regencia. Al subir Pedro V al trono en 1855 se inició en Portugal un largo período de estabilidad política basada en una monarquía constitucional que respetaba los derechos individuales y una cierta libertad de prensa. Esta época fue de relativa prosperidad y desarrollo gracias a la construcción de ferrocarriles, de otras infraestructuras viarias y a algunas industrias, aunque la evolución educativa y la alfabetización fueron muy lentas.

La estabilidad se basó además en un sistema de partidos rotativo por el cual las dos principales formaciones políticas del país, el Partido Regenerador, de ideología conservadora, y el Partido Histórico, de tendencia progresista, se alternaron pacíficamente en el poder. La mayor parte de los cabezas de familia pudieron votar a partir de 1880, pero una inmensa mayoría seguía siendo analfabeta y vivía en el medio rural, dominado y controlado por un sistema político caciquil que utilizaba a la religión católica como referente.

A fines del siglo XIX, la Iglesia Católica se mostró inquieta, muy inquieta. En toda Europa las ideas socialistas y anarquistas ganaban terreno entre las clases más desfavorecidas, que propugnaban un cambio radical en las relaciones sociales, el fin de la propiedad privada de los medios de producción y la laicidad de la sociedad.

Ante la avalancha de deserciones religiosas, el abandono de la fe tradicional, la puesta en cuestión de la doctrina social de la Iglesia, el creciente anticlericalismo que inundaba Europa y la ocupación de los Estados Pontificios por el nuevo Estado italiano, el Vaticano reaccionó. En 1870, con

Pío IX, se declaró la infalibilidad del papa y desde 1878 León III puso en marcha una serie de acciones destinadas a frenar el avance de los socialistas, llegando a afirmar en su encíclica *Quod appostolicis muneris* que "El derecho a gobernar procede de Dios".

Una soterrada pero formidable lucha entre el ateísmo y la Iglesia tensionó los cimientos de la sociedad europea de finales del siglo XIX; el conde Albert de Mun, fervoroso católico, llegó a afirmar que "La Iglesia y la Revolución son irreconciliables. O la Iglesia mata a la Revolución o la Revolución mata a la Iglesia".

Portugal no vivía al margen de este tremendo pulso. Anclado en el recuerdo de un pasado glorioso, mantenía colonias en África y Asia, donde se habían formado militares muy conservadores, mientras los republicanos y liberales incorporaban más y más adeptos en la metrópoli.

En la Iglesia, la reacción contra cualquier postura de progreso ganaba posiciones. En 1903 León XIII, a los noventa y tres años de edad, abdicó como sumo pontífice y fue sustituido por Pío X, de origen muy humilde, que fue canonizado en 1954. Hombre muy devoto, sentía una gran atracción por las reliquias y el culto a los santos, y creía que los liberales europeos estaban fraguando una gran conspiración para desde Francia acabar con la Iglesia, erradicar la religión e imponer el ateísmo.

A comienzos del siglo XX Portugal atravesó una etapa política muy convulsa. En 1906 el rey Carlos I nombró primer ministro a Joáo Franco, quien convenció al monarca para que se acercara al pueblo, con el lema "Tolerancia y libertad, es lo que debe asumir el pueblo a través del gobierno del Rey". Se promulgó una amnistía por la cual salieron de la cárcel muchos republicanos, que pudieron dar mítines sin que la policía los disolviera. Pero los republicanos siguieron presionando y uno de ellos llegó a decir en el Parlamento que "Por menos de lo que nos ha hecho el rey Carlos, perdió la cabeza Luis XVI en Francia". Los republicanos fueron expulsados del Parlamento, pero hubo manifestaciones prorrepublicanas en las principales ciudades y regresaron a sus escaños.

El gobierno conservador portugués radicalizó entonces su política: se promulgó una ley de prensa que imponía la censura, gobernó con modos dictatoriales y detuvo a dirigentes republicanos, que fueron deportados a las colonias de ultramar. La situación se agravó cuando en febrero de 1908 el rey Carlos I y su hijo mayor y heredero fueron asesinados a tiros en la plaza del Comercio de Lisboa. Manuel II, el nuevo rey de dieciocho años, culpó de ello a la política represora del primer ministro Franco y lo destituyó. El nuevo gobierno promulgó otra amnistía, dictó medidas más liberales, disolvió el Parlamento y convocó elecciones generales y municipales; por primera vez, los republicanos vencieron en los comicios municipales de Lisboa.

Con los conservadores divididos, se sucedieron varios presidentes de gobierno, hasta seis en dos años, en tanto los republicanos se radicalizaban. En 1910 se produjeron levantamientos en varias ciudades, el Rey abdicó,

marchó al exilio en Inglaterra, y el 6 de octubre se proclamó la República Portuguesa en la ciudad de Oporto. La monarquía portuguesa instaurada por Alfonso Henriques en 1139 en Oporto, terminaba 771 años después, precisamente en esa misma ciudad.

La Primera República no ha traído estabilidad política al país; desde 1910 se han sucedido tres presidentes y dos docenas de gobiernos; los republicanos son una minoría urbana con divisiones internas muy acusadas, pero en el medio rural el predominio conservador, apoyado por la Iglesia, es abrumador. Así, el Gobierno se ha enfrentado con la Iglesia y la población rural y los más radicales han impuesto una dictadura republicana en enero de 1915.

Antonio Barrantes, historiador.»

John Saylor acababa de leer este breve informe sobre la historia de Portugal que había encargado a un historiador local. Estaba sentado en una de las cómodas butacas tapizadas en cuero marrón de la sala de lectura del elegante Factory House, el selecto club inglés inaugurado en 1795 en Oporto y del cual sólo podían ser socios los miembros de las compañías británicas establecidas en la ciudad.

Desde que en 1387 el rey Juan I de Portugal se casara con la princesa inglesa Felipa de Lancaster, la alianza militar y política entre portugueses e ingleses se había mantenido firme durante siglos, hasta el punto de que era la más duradera de la historia del mundo. Los ingleses poseían grandes negocios en Portugal, especialmente en la zona vitivinícola de Oporto, y, pese a los cambios políticos que estaban convulsionando a este país, las relaciones comerciales entre ambas naciones se mantenían boyantes.

Hacía décadas que la familia Saylor controlaba una buena porción de la producción y venta del vino de Oporto; había sido uno de sus antepasados quien en el siglo XVII había añadido a ese vino una quinta parte de brandy, a fin de que se pudiera conservar mejor y así transportarlo en óptimas condiciones hasta Inglaterra. Con esa mezcla, se interrumpía el proceso de fermentación del vino de Oporto, que era seco, potente y oloroso, perdía acidez, conservaba el azúcar y ganaba en delicadeza, finura y aroma. Así es como nació uno de los mejores vinos del mundo, que no podía faltar en ninguna mesa británica que se preciara de tener un gusto refinado.

John estaba degustando un oporto *vintage*, el más exclusivo, el que se elabora a partir de caldos de añadas catalogadas como excepcionales, de ésas que se dan cada ocho o nueve años. Había quedado para almorzar con Peter Townsed, director general de sus empresas en Portugal, quien se presentó puntual a la una de la tarde.

—Buenos días, señor Saylor.

—Hola, Peter, siéntate, por favor.

—Gracias. ¿Qué tal su esposa?

—Muy bien. Se ha quedado en nuestra casa de Foz de Douro; quería supervisar una reforma en el jardín.

—¿Ya se ha aclimatado a Portugal?

—Hace ocho meses que vivimos en Oporto; se encuentra a gusto y ya habla algo de portugués, pero quiere aprender mucho más.

—Me alegro.

—¿Un oporto?; yo estoy tomando un excelente *vintage* de 1877, el primero procedente de las nuevas cepas tras la epidemia de filoxera de 1863, una añada «histórica».

—Sí, gracias.

Saylor llamó al camarero del club y le pidió otra copa para su empleado.

—H e estado estudiando tu dossier y este informe que encargué hace unas semanas al historiador que me recomendaste; he decidido comprar unas fincas en la provincia de Leiría. El precio parece adecuado, las perspectivas son buenas y aunque la situación política en este país es muy delicada, no creo que afecte a las inversiones inglesas. Cualquier gobierno portugués, sea del sesgo que sea, mantendrá excelentes relaciones con Inglaterra. Los dos países son fieles aliados desde el siglo XIV, ¿lo sabías?

—No, no tenía idea. Creía que éramos aliados desde las guerras napoleónicas — dijo Townsed.

—Pues ya ves, se trata de la alianza militar más antigua del mundo. Pero pasemos al restaurante, he reservado mesa para dos.

Se sentaron a la mesa, en un discreto rincón del salón comedor; el *mâitre* del restaurante del Factory House se acercó para anotar la minuta del menú.

—Yo tomaré ensalada de cangrejo, bacalao con salsa blanca y, de postre, pastel de almendra con huevos moles —eligió Saylor.

—Para mí, lo mismo —añadió Townsed.

—Sírvanos un oporto blanco, un *saylor* de 1915, con la ensalada, y un *tawny* tinto de 1889 con el pescado; con el postre, continuaremos con el *vintage* de 1877 que estábamos tomando en la sala de lectura.

—Magnífica elección, señor.

Durante el almuerzo, el presidente y el director general de la Saylor Wines hablaron de la marcha del negocio, de la expectativa de ventas, que se presumía iba a aumentar con el final de la Gran Guerra en Europa, y de las futuras inversiones en terrenos en la provincia de Leiría para plantar nuevas viñas.

—Son buenas tierras, sobre todo las laderas orientadas al suroeste, pero los vinos que allá se produzcan no podrán llevar la etiqueta de «Oporto» —aclaró Townsed.

—Los vinos que embotellemos en Leiría serán más baratos y menos elaborados; lo que pretendo con ellos es ganar un mercado mucho más amplio. La inmensa mayoría de los británicos no puede comprar un *vintage* de 1877 o de 1900, pero sí podrá consumir un vino de mesa de Leiría. Quiero producir vinos baratos que pueda adquirir la mayoría de nuestros compatriotas, aunque los comercializaremos bajo otra marca. «Saylor» debe quedar para los oportos de calidad. Ya sé que la ganancia es menor y que algunos de la competencia están embotellando vino de Oporto con caldos que

no son de aquí, pero no estoy dispuesto a hundir dos siglos y medio de reputación de Saylor Wines por un incremento del veinte por ciento en las ganancias. Quien beba un *saylor* tiene que estar seguro de que está consumiendo calidad; así ha sido durante ocho generaciones, y así seguirá siendo.

—¿Qué tipo de uva piensa plantar en Leiría, señor?

—*Cabernet-sauvignon* californiana y tal *yezpinot noir*. Estoy pensando en elaborar un vino espumoso con esta uva según el método *champenoise*, pero madurado en barrica de roble.

—Eso sería realmente revolucionario, pero no sé si el mercado y, sobre todo, los grandes gurús de la gastronomía lo aceptarían — dudó Townsed.

—Me importa muy poco lo que diga esa banda de puristas adocenados. Necesitamos nuevas ideas y nuevos productos para ampliar mercados. La maldita filoxera de 1863 arrasó con todas las cepas europeas, y aunque se salvaron algunas, el viñedo pudo recuperarse gracias a las plantas traídas de California, que se han adaptado perfectamente al clima y a los suelos de Europa, y han demostrado ser muy resistentes. Si hubiera sido por los puristas que usted dice, en este viejo continente ya no se fabricaría ni un tonel de vino. Si llegamos a un acuerdo y compro esas tierras en Leiría antes de dos meses, quiero producir los primeros vinos dentro de seis años, y un champán aceptable en siete u ocho.

—¡Seis años!, es imposible.

—S I plantamos las cepas este mismo año, no. Dentro de dos días me voy a Leiría; hay un pueblecito a diez millas, llamado Fátima, en el que me van a enseñar unas fincas que tienen 400 acres de extensión, aquí son algo más de 160 hectáreas, que voy a adquirir para comenzar a trabajar enseguida —le anunció Saylor.

—¿Quiere que vaya con usted?

—No es necesario. Me acompañará mi mujer; creo que una temporada en el campo le sentará bien. La primavera es aquí mucho menos lluviosa y fría que en Inglaterra — e l camarero llegó con la tarta de almendra y huevos moles—. Es una lástima que no tengan nuestro queso *stilton*; no hay nada que maride igual con un excelente oporto *vintage*.

»Por cierto, espero que ya se haya calmado aquel turbio asunto de la certificación del vino de Oporto.

—Sí, sí, no se preocupe. El tratado que en 1914 firmó nuestro gobierno con el portugués se está cumpliendo escrupulosamente. Costó que el oporto tuviera un trato especial a la hora de certificarlo para su exportación a Inglaterra, pero, desde que se consiguió, no ha habido más incidentes — resumió Townsed.

Los «incidentes» a los que se refería el director general de la Saylor Wines eran los quince muertos que habían sido abatidos por la policía portuguesa durante las revueltas y protestas populares promovidas dos años antes. La dictadura instaurada en enero de 1915 había puesto en marcha una campaña

de represión con mano dura hacia cualquier protesta. Y un nuevo golpe de Estado dictatorial en ese mismo año de 1917 había supuesto una nueva derrota de los progresistas.

—Nuestro ministro de Asuntos Exteriores, con el que almorcé hace unos meses en Londres, me aseguró que todos os intereses británicos en Portugal están a salvo.

—El nuevo presidente portugués, Sidonio Pais, ha instaurado una nueva dictadura, más férrea si cabe que la de 1915. Es verdad que existen problemas sociales en este país, una reducción del comercio marítimo, una fuerte inflación y cierto desabastecimiento, pero no afectará a nuestras inversiones.

—¿Ni siquiera el crecimiento del movimiento sindical? —demandó Saylor.

—Los anarquistas son mayoría en el movimiento obrero, pero sólo en las escasas fábricas de las ciudades de Lisboa y Oporto; en el campo, las cosas son bien distintas.

—Pero ha habido huelgas violentas...

—Sí; los anarcosindicalistas no se sienten representados por esta República, pero la policía tiene localizados a los cabecillas de los grupos disidentes y, aunque a veces ha habido conatos de acción muy violentos, la situación está controlada.

—Eso espero.

—Además, la provincia de Leiría es un territorio muy rústico; allí, los sindicatos y los radicales republicanos apenas tienen implantación. Los que en verdad mandan en esa región de Portugal son los párrocos católicos.

# CAPÍTULO SEIS

París, finales de abril de 2008

La fotografía del periódico era llamativa: Benedicto XVI entrando como una superestrella de un *music hall* en la catedral de San Patricio, en la Quinta Avenida de Nueva York, para celebrar una misa ante tres mil sacerdotes, uno de los principales actos programados durante su visita oficial a los Estados Unidos. El papa vestía de blanco y se cubría los hombros con una estola festoneada de piel; parecía un papa de diseño.

Dos días antes, David Cárter había recibido la invitación formal para impartir una conferencia en Lisboa sobre la representación de la Virgen en la pintura gótica. El americano había dedicado varios días a buscar documentación sobre las apariciones de Fátima; la conversación con el profesor Joáo Barros en Sevilla y la existencia de ese misterioso relato le habían despertado mucho interés.

—El tema de esas apariciones es fascinante —le comentó David a Michelle.

Era sábado por la tarde y los dos amantes ascendían las escalinatas de la colina del Sagrado Corazón; habían decidido cenar en alguno de los restaurantes de Montmartre, en los alrededores de la plaza du Tertre, mezclados entre los centenares de turistas.

—Sí; ya te he visto toda la semana enfrascado en ese asunto. Tu despacho está lleno de libros sobre apariciones de la Virgen y sobre Fátima, en concreto.

—Se trata de una historia fabulosa.

—¿Ah, sí?

—No te burles, que este asunto es muy serio. Escucha: en 1917, el 13 de mayo, tres pastorcitos llamados Lucía, Francisco y Jacinta, estos dos últimos hermanos entre sí y primos de Lucía, de diez, nueve y siete años respectivamente, tuvieron una visión. El día era claro, con un espléndido sol. Los tres cuidaban el ganado en un paraje llamado Cova da Iría, en un pequeño valle a tres kilómetros de la localidad de Fátima, en las colinas de la sierra d'Aire, a unos ciento veinte kilómetros al norte de Lisboa. Los niños eran analfabetos y solían jugar a esconderse. Lucía, la mayor, estaba recostada en un roble y vio un rayo de luz que surgió en medio del cielo. Los tres niños se sorprendieron mucho. Apareció entonces una segunda luz que se posó en un pequeño roble. La luz fue disminuyendo poco a poco y tras ella se mostró una hermosa señora vestida de blanco y cubierta con un velo plateado, orlado con una cenefa en tejido dorado. La señora miró a los pastorcillos y fue Lucía la que se atrevió a hablar con ella.

»¿Te imaginas a esos niños en el profundo, rural e inculto Portugal de principios del siglo XX? Pues bien, los tres declararon que se les había

aparecido una señora que brillaba más que el sol, de unos dieciséis años, vestida de blanco y rodeada de una gran claridad.

—La Virgen María, claro.

—Sí, pero los niños no lo supieron, al menos al principio, y aquella señora no parecía muy interesada en que los jovencitos divulgaran en un primer momento su aparición, pues Lucía, la mayor de los tres, les advirtió a sus dos primos que no comentaran en casa ese extraño encuentro.

»La señora les explicó que "venía del cielo" y les pidió que regresaran a ese lugar los días 13 de cada mes, durante los siguientes seis meses, y que, entre tanto, rezaran el rosario y pidieran por la paz en el mundo. Después, ascendió a los cielos subida sobre un haz de luz y desapareció.

Cárter se detuvo un momento y sujetó por el hombro a Michelle.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la joven profesora.

—*Le Sacre Coeur*, El Sagrado Corazón — dijo Cárter señalando el templo de mármol blanco y aspecto bizantino que corona la colina parisina de Montmartre como una exagerada tarta de merengue.

—Sí, lo conozco, nací en París, ¿sabes?

—La Virgen de Fátima les dijo a los niños que se debía consagrar el mundo al Sagrado Corazón. Es curioso, esta basílica parisina se terminó en 1914 pero no se consagró hasta una vez acabada la Primera Guerra Mundial.

—Da la impresión de que la Iglesia estaba preparando una gran campaña en torno al culto al Sagrado Corazón.

—L a primera aparición en Fátima ocurrió el 13 de mayo de 1917, sólo ocho días después de que el papa Benedicto XV, sumo pontífice de la Iglesia desde 1914, solicitara la intervención de los cielos para guiar al mundo ante la ola de ateísmo y para acabar con la Primera Guerra Mundial. ¿Una coincidencia?

—Tal vez la Virgen atendiera las oraciones del papa y decidiera echarle una mano; ¿no crees? —ironizó Michelle.

—No, no creo, porque he encontrado un personaje clave en este misterio.

—¿Joáo Barros?

—No, no. Se trata del padre Ferreira, el cura párroco de Fátima en 1917.

—¿Quieres decir que ese sacerdote se inventó la historia de las apariciones y convenció a los niños para que declararan que habían visto a la Virgen?

—No. Yo creo que los niños vieron algo en Cova da Iria, y que lo que contemplaron les fascinó. Les debió de parecer algo tan maravilloso que Lucía quiso que fuera un secreto entre ellos, como un juego del escondite, pero la pequeña Jacinta lo contó a sus padres, gentes humildes y probablemente recelosas, los cuales acudieron a quien consideraban el guía espiritual: el sacerdote de la aldea de Fátima.

»Y a partir de aquí es cuando ese párroco, llamado Ferreira, montó todo un verdadero tinglado.

—¿No te parece extraño?

—E n absoluto. El sacerdote fue quien controló en todo momento a los tres niños y quien fue filtrando las declaraciones de lo que habían visto. Me

gustaría que leyeras el relato «oficial» de esta primera aparición, y comprobarás que es imposible que fuera así como hubieran relatado una aparición tres niños tan pequeños.

—¿Lo tienes en casa?

—Sí; cenamos primero y luego lo vemos.

—D e acuerdo.

Aquella noche de sábado la pasarían juntos. Michelle y David salían desde hacía un año, pero cada uno mantenía su apartamento propio; David el ático de la calle Rochechouart, y Michelle su pequeño apartamento de Poisonniére. Entre semana solían dormir cada uno en su casa, pero los fines de semana permanecían juntos, habitualmente en el ático de David.

Acabada la cena, descendieron la colina de Montmartre, abrazados, besándose en cada uno de los rellanos de las escalinatas, donde parejas de turistas enamorados se hacían fotos románticas.

—El *steak tartar* estaba estupendo —dijo David.

—No sé cómo te puedes comer esa carne cruda, con el huevo también crudo...

—L a yema, sólo la yema. Es muy sabroso, y natural, como a ti te gustan las cosas.

—No sé...; parece poco civilizado.

Entraron en el ático de David y se quitaron las chaquetas; Cárter aprovechó para besar a Michelle y acariciarle los hechos.

—Fátima puede esperar —asentó David.

—Tenemos toda la noche para eso; ahora enséñame ese relato «oficial».

—Vaya, parece que te va interesando el tema, ¿eh?

—Ya veremos.

David se acercó a su mesa de trabajo y cogió una carpeta. Se sentaron en el sofá; Michelle se abrazó a David y éste comenzó a leer:

—«El 13 de mayo de 1917 Lucía dos Santos y Francisco y Jacinta Marto habían sacado su rebaño a pastar por los llanos de Cova da Iria. De repente, fueron deslumbrados por un resplandor muy brillante. Pensaron que se trataba de un relámpago y corrieron a refugiarse junto al tronco de un roble. Se produjo un segundo resplandor que los asustó, y salieron corriendo en busca de un mejor refugio. Entonces vieron un globo hecho de luz muy brillante que revoloteaba sobre un pequeño arbusto. En el centro de ese globo de luz había una señora vestida de blanco brillante que tenía las manos juntas sobre el pecho, como en posición de rezar; en su mano derecha portaba un rosario. Los niños se detuvieron a unos dos metros de la señora, que con voz suave y melódica les dijo: "No tengáis miedo, no os voy a hacer daño". Entonces, Lucía le preguntó a la dama que de dónde venía, y ésta contestó: "Vengo del cielo". Lucía le volvió a preguntar qué es lo que quería, y la señora le respondió: "Vengo a solicitarte que acudas a este lugar durante seis meses consecutivos, los días trece, a esta misma hora. Entonces yo te diré quién soy y qué es lo que quiero. Luego regresaré una séptima vez". Al oírla, Lucía le

preguntó si iría ella al cielo, y la señora le respondió: "Sí, tú irás". Volvió a preguntarle si sus primos Francisco y Jacinta también irían, y la señora dijo: "También irán, pero deberán rezar muchos rosarios". A continuación, Lucía le preguntó por dos amiguitas que habían muerto recientemente en la aldea, y la señora les preguntó: "¿Estáis dispuestos a ofreceros a Dios para resistir todo el sufrimiento que Él pudiera enviaros, como expiación de los pecados con los que Dios es ofendido, y pedir por la conversión de los pecadores?". Los niños respondieron que sí, y la señora les dijo entonces: "Tendréis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo". Jacinta, la más pequeña de los tres niños, se mostraba embelesada por la hermosura y la dulzura de la señora, y cuando acabó la aparición no cesaba de repetir "¡Oh, qué hermosa señora!".»

—¿Quién escribió esto? —preguntó Michelle.

—Se trata de una de las versiones consideradas oficiales de la aparición en Fátima.

—Y dices que fue Jacinta, la pequeña, quien desveló esa aparición.

—Según la versión que se escribió después, sí, así fue. Los tres niños acordaron no contarle a nadie aquel encuentro, pero la pequeña no pudo guardar el secreto y le reveló a su madre que se les había aparecido una bella señora. Y claro, la noticia corrió de boca en boca y enseguida hubo quien aseguró que se trataba de una aparición de la Virgen María, aunque también se dice que la madre de Lucía, al conocer la aparición por su sobrina, le preguntó a Lucía si era cierto lo que le había contado la pequeña; ésta confesó la aparición pero la madre no la creyó al principio, y supuso que su hija estaba mintiendo.

David acarició el cabello castaño, sedoso y ligeramente ondulado de Michelle, cuya cabeza descansaba sobre su regazo.

—Y siguieron las apariciones, claro —supuso Michelle.

—En efecto. Tal como les había dicho la señora, el 13 de junio volvió a aparecérseles en Cova da Iria.

—¿Y el padre Ferreira?, has dicho que desempeñó un papel muy importante — recordó entonces Michelle.

—Por lo que estoy averiguando, creo que decisivo. Este cura interrogó a los niños y estimó que decían la verdad, pero que esa aparición podía ser obra del demonio.

—Maldito Lucifer, siempre dispuesto a engañar a unos pobres niños transformándose en jovencita de dieciséis años —ironizó Michelle.

—Y a sabes que, a lo largo de la historia, el demonio se ha disfrazado de mil maneras posibles para engañar a los seres humanos. Incluso lo ha hecho en forma de señoras estupendas, los demonios súcubos, que copulan con lujuria y sin cesar tras seducir a los varones más incautos.

—¿Y qué ocurrió en la segunda aparición? —Michelle se mostraba cada vez más interesada.

—Los curiosos que se acercaron a Cova da Iria esperaban ver a la que ya se

conocía como «la señora de blanco», pero sólo se mostró visible a los ojos de los tres pastorcitos, aunque se cuenta que todos los presentes vieron el resplandor previo que anunciaba la aparición. No he podido ratificarlo, pero en la versión oficial se destaca que ese día hubo unas cincuenta personas presentes y se asegura que todas ellas vieron la luz, pero únicamente los tres pastorcillos contemplaron de nuevo a la señora sobre el mismo arbusto. Aunque claro, esto no hay manera de ratificarlo.

—¿Y qué les dijo la señora a los niños? —preguntó Michelle.

—En esta segunda ocasión, le pidió a Lucía que aprendiera a leer y a escribir. Lucía se extrañó porque sólo se dirigiera a ella, y le preguntó por sus primos, a lo que la señora le contestó que irían pronto al cielo. La señora llevaba en la mano derecha un corazón con espinas clavadas.

—¿Y qué más?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada más; la señora desapareció en el cielo.

—L a noticia de las apariciones provocaría un buen revuelo en el pueblo, ¿o no?

—Por supuesto —asentó David —; el rumor de que algo estaba pasando en Cova da Iría corrió por el pueblo y por toda la comarca. Y como es evidente en cualquier historia de este tipo que se precie, algunos se burlaban de los niños y de las apariciones, y alegaban que se trataba de una alucinación, un juego o una forma de llamar la atención, porque ¿quién sabe qué ideas habitan en la cabeza de un niño?

—Y llegó el 13 de julio... — dijo Michelle, que se incorporó para besar los labios de David.

—Sí, la tercera aparición y una de las más importantes. Para entonces, eran muchos los que creían en la veracidad de lo que decían los tres niños, aunque nadie más que ellos veía a la señora, y, claro, otros lo consideraban un engaño o simplemente se mostraban escépticos. Según la historia oficial, fue entonces cuando Lucía se dirigió a ella para pedirle una prueba para que todos la creyeran, y la señora le prometió que la daría el 13 de octubre. En esta ocasión, les pidió que se sacrificaran por los pecadores en reparación por las faltas come— 'das contra el Inmaculado Corazón de María.

—La Virgen María.

—En efecto; aquí es donde la señora mostró claramente u identidad.

—Has dicho que esta tercera aparición fue muy importante.

—Sí, porque en ese momento les reveló a los niños, bue— o a Lucía, que era la única que la podía escuchar, los famosos «tres secretos», que no debería desvelar a nadie hasta que ella se lo autorizara. Acabó aquella tercera aparición con la indicación de la Virgen para que los pastorcitos rezaran el rosario y tras el rezo de cada misterio pronunciaran esta frase: «¡Oh!, mi Jesús, perdónanos, sálvanos del fuego del Infierno. Lleva nuestra almas al Cielo, especialmente aquellas que están más necesitadas».

—Pero si el infierno no existe; ¿no ha dicho eso el papa hace poco? —asentó Michelle.

—Bueno, algo parecido — David tenía en sus manos un voluminoso cuaderno de espiral con decenas de notas que consultaba conforme hablaba con Michelle—, porque se dice que la señora mostró por un instante a los niños una visión del infierno, y la amenaza de que Dios estaba a punto de castigar al mundo por sus pecados; aunque en algunas versiones se asegura que también les mostró el infierno en la primera de las apariciones.

»Al parecer, los niños volvieron a ser interrogados por el padre Ferreira. Nada se sabe de estos interrogatorios, en los que sin duda el párroco de Fátima introduciría grandes dosis de adoctrinamiento.

—¡Ya es medianoche! —exclamó Michelle un tanto sorprendida tras echar un vistazo a su reloj.

—Acabo enseguida.

—Vayamos con la cuarta aparición, la del 14 de agosto —propuso Michelle.

Cárter consultó su libreta.

—Ese día no hubo aparición.

—¿Incumplió la Virgen su promesa?

—No, claro que no. Lo que ocurrió es que los pastorcillos no pudieron acudir a la cita y la Virgen no se mostró.

—¿Ninguno de los tres? ¿Qué les pasó?

—¿De verdad te interesa?

—Y a que has empezado, me gustaría que llegaras al menos hasta el final de las apariciones.

—Pero luego haremos el amor —Cárter le dio un beso a su chica.

—Dos o tres veces.

—En ese caso, abreviaré.

»El rumor de las apariciones había levantado una notable inquietud entre la gente, y más aún en algunos políticos de la provincia de Leiría. No lo he podido documentar, tal vez cuando vaya...

—... vayamos — lo interrumpió Michelle, vayamos a Lisboa lo pueda comprobar; pero, entre tanto, la versión oficial sostiene que unos días antes del 13 de agosto de 1917 el alcalde de Fátima, por orden del gobernador de Leiría, que se llamaba Arturo de Olivera Santos, detuvo, algunos dicen que secuestró, a los tres niños para que no pudieran acudir ese día a Cova da Iria. Afirma sor Lucía en sus memorias que los interrogaron, los encerraron y los amenazaron con ejecutarlos si no confesaban que todo aquello que habían declarado era una mentira. En alguna versión se asegura que primero se llevaron a Jacinta, y a los dos mayores les dijeron que la iban a escaldar metiéndola en aceite hirviendo. Luego se llevaron a Francisco, pero Lucía siguió sin desdecirse. Imagínate lo que debieron de pensar aquellos críos..., suponiendo que todo esto fuera cierto, claro.

—¡Qué!, pero si eso suena a tentativa de martirio.

—Pues, según algunos, los niños se pusieron a rezar el rosario con

devoción, encarcelados entre peligrosos delincuentes.

—¡Vamos, eso no es creíble!

—Y lo mejor es que todos los reos se aprestaron a rezar el rosario con ellos.

—¡Anda ya!

—Es lo que se cuenta.

—Esta historia no puede ser verdad; no creo que fueran detenidos, tal vez amenazados e interrogados, pero ni siquiera en un país tan retrasado como el Portugal de 1917 se hubiera encarcelado a unos críos de esa edad —apostilló Michelle.

—Quién sabe. Claro que el tal Arturo de Oliveira ha sido tildado por los seguidores de Fátima de «masón y librepensador». Y en 1917, casualmente, la Iglesia condenó a la masonería, que, según algunos historiadores, estaba infiltrada en la política portuguesa.

—Entonces se suspendió la aparición de agosto...

—Aunque los niños no estaban presentes, acudieron a Cova da Iria unas seis mil personas, que desconocían el paradero de los pastorcitos. Se dice que los asistentes vieron el resplandor y oyeron como un trueno que procedía de las entrañas de la tierra, y declararon que el sol perdió su nitidez.

—Bueno, eso suele pasar siempre que se interponen entre sus rayos y la tierra algunas nubes —ironizó de nuevo Michelle.

—Pero también declararon que el aire se tornó como opaco y contemplaron cómo se formaba una especie de mancha nebulosa blanca en torno al arbusto, al parecer un pequeño roble, donde se producían las apariciones. Entonces, las nubes adquirieron una tonalidad carmesí y enseguida aparecieron todos los colores del arco iris.

—Atardecía, claro, el sol tiñó las nubes de rojo y alguna pequeña tormenta lejana provocó el efecto del arco iris sobre el horizonte —supuso Michelle.

—Es probable.

—Imagino que, con los precedentes de agosto, el 13 de septiembre las autoridades pondrían nuevas trabas a las apariciones.

—Pues no. Los pastorcitos quedaron libres el 15 de agosto, y fueron devueltos a sus padres. Y entonces volvió a aparecérseles la Virgen. Fue el 20 de agosto; Jacinta se había quedado en casa porque tenía piojos, y la Virgen se le apareció a Lucía, que fue corriendo a buscar a Jacinta. Dice esta versión que la pequeña estaba en casa jugando con otro de sus hermanos, llamado Juan...

—¿Pero no tenía piojos?

—Tendrían los dos —supuso David—. Y entonces las dos niñas contemplaron de nuevo a la Virgen en el cielo.

—¿Y ese Juan?, estaba allí, ¿no vio nada?

—Existe una grabación en cinta cinematográfica en la cual Juan, ya muy mayor, recuerda aquel momento y asegura que él no vio nada. Esta aparición sucedió en un lugar llamado Valinhos, donde también solían llevar a pastar al ganado. La Virgen les prometió que volvería a Cova da Iria, y les pidió que

siguieran rezando y que con el dinero que se estaba recaudando le construyeran una capilla.

—¡Vamos, David, esto sí es increíble! ¿Cómo iba a proponer la Virgen una cosa así? Ahora sí está claro que fue el párroco quien asesoró a los niños sobre lo que tenían que decir. Siempre lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que la Virgen se ha aparecido a fieles devotos a menudo y siempre les ha pedido lo mismo: que recen, que se conviertan, que no pequen y sobre todo que le construyan una capilla, un templo o toda una catedral. ¿Y sabes qué te digo?, que si todas esas apariciones fueran ciertas y la auténtica Virgen María se mostrara en carne mortal, jamás pediría que se erigieran capillas en su honor.

—¿Por qué afirmas eso?

—Por lógica histórica. María de Nazaret era una mujer humilde, una esclava del Señor, como dicen los Evangelios. ¿Acaso crees que una mujer tan sencilla se iría apareciendo por ahí pidiendo a la gente que le construya templos monumentales a diestro y siniestro para su mayor gloria? —planteó Michelle.

—Bueno, visto así no parece lógico, pero la lógica divina no suele coincidir con la humana.

—Vayamos con otra aparición más, la del 13 de septiembre...

—Es la menos interesante. Hubo miles de peregrinos, dicen, que vieron cómo se doblaba la copa del arbusto, el pequeño roble donde se posaba la Virgen en cada una de las apariciones, pero nadie la vio, sólo los niños; fue un encuentro muy breve.

—Y por fin, la última, la del 13 de octubre. ¿Ocurrió el milagro? —preguntó Michelle, que acariciaba el pecho de David.

—El gran milagro: el sol bailó. Se trata, nada más y nada menos, del único milagro anunciado con día, hora y lugar de la historia de la cristiandad.

—Sí, sí, lo he visto en alguna de esas viejas películas que reponen en televisión pasada la medianoche.

—Algunas crónicas de la época aseguran que el 13 de octubre de 1917, y ante el anuncio de que iba a producirse un milagro, se concentraron en Cova da Iria unas setenta mil personas, aunque otras hablan de cincuenta mil.

—¿Tantas?

—Eso se dice. Según los periódicos de la época, la Virgen volvió a aparecerse a los niños, pero sólo ellos la vieron, claro, y además contemplaron los rostros de san José y del Niño Jesús dentro del sol.

—La Sagrada Familia al completo, vamos.

—Así es. Aquel día no sólo había en Cova da Iria creyentes devotos y curiosos, también se habían desplazado agentes de la Santa Sede y varios periodistas.

—¿Y todos vieron el baile del sol? —preguntó Michelle.

—Si atendemos a las manifestaciones de los testigos que lo narraron, parece

que sí. Aquí tengo —Cárter repasó su cuaderno de notas— una copia de la información que ofreció al día siguiente, el 14 de octubre, el diario O *Dia*, el más importante de Lisboa, y por tanto de Portugal, de tendencia anticlerical, por cierto; te leo un párrafo: «A la una de la tarde, medio día, la lluvia se detuvo. El cielo, de color gris perlado, iluminó la vasta y árida pradera con una extraña luz. El sol tenía un velo de gasa transparente de tal forma que los ojos podían ser posados en él fácilmente. El tono de perlamadre se volvió como una hoja de plata la cual se disolvió mientras las nubes fueron puestas aparte y el sol plateado, envuelto en la misma gaseosa luz gris, fue visto agitarse y rotar en el círculo de nubes rotas. Un grito se elevó de las bocas y la gente cayó de rodillas en la fangosa tierra. La luz se volvió de un hermoso azul tal como si viniera a través de los vitrales de las ventanas de una catedral y se dispersó sobre la multitud, que se arrodilló con sus manos extendidas. El azul se disolvió lentamente y entonces la luz pareció filtrarse a través de un vidrio amarillo. El amarillo tiñó los blancos pañuelos, las blusas oscuras de las mujeres. Se reflejó en los árboles, en las piedras y en la sierra. La gente lloró y rezó con las cabezas descubiertas en presencia del milagro que habían observado».

»Como puedes comprobar, nada se dice de que el sol fuera a caer sobre la tierra; simplemente se habla de una extraña luz filtrada por las nubes.

»También tengo la información que publicó el otro gran diario de Lisboa, O *Seculo*, que envió a su editor estrella, Ave— lino de Almeida, quien como redactor había cubierto con mucho escepticismo toda esta historia. El artículo también se publicó el día 14 en primera página, y decía lo siguiente: ”Des— de el camino, donde los vehículos se habían estacionado y donde se encontraban cientos de personas que no se habían atrevido a enfrentarse al lodo que había donde se habían congregado, uno podía ver la inmensa multitud volverse hacia el sol, el cual se veía libre de nubes en su cénit. Este lucía como una placa de plata apagada y era posible mirarlo sin ninguna molestia. Debiera haber sido un eclipse que se estaba efectuando, pero en ese momento un gran grito estalló y uno podía oír a los espectadores más cercanos gritando: '¡Un milagro, un milagro!'. Ante los atónitos ojos de la multitud, cuyo aspecto era bíblico, mientras permanecían con las cabezas descubiertas, ansiosamente hurgando el cielo, el sol temblaba, haciendo de improviso increíbles movimientos fuera de todas las leyes cósmicas; el sol bailaba de acuerdo a la expresión típica de la gente".

»Todos los allí presentes, aunque imagino que sólo serían los más exaltados, se arrodillaron implorando la misericordia divina. Cuando cesó el baile del sol, y a pesar de que minutos antes caía una fina lluvia, todo quedó seco, incluidos los asistentes, que poco antes debían de estar empapados de lluvia. Entonces, los tres niños vieron a Jesús bendiciendo a la multitud y la Virgen les reveló que era Nuestra Señora del Rosario. Todo eso sucedió en apenas doce minutos.

—Imagino que habrá alguna explicación científica a ese «milagro» —

supuso Michelle.

—Hubo un testigo científico; se llamaba Joseph Garret y era profesor de Ciencias Naturales en la universidad de Coimbra. Garret describió los hechos de un modo muy similar al de los periodistas y añadió este comentario —Cárter volvió a consultar su libreta de notas—: «Este no era el chisporroteo de un cuerpo celeste, por sus giros en sí mismo en un loco remolino. Súbitamente, un clamor se escuchó de entre la gente. El sol, girando, parecía desprenderse del firmamento y avanzar aterradoramente sobre la tierra como para aplastarnos con su poderoso y fiero peso. La sensación durante estos momentos era terrible».

»Es evidente la diferencia de este relato con el de los dos periodistas; en este caso, muy manipulado, el sol parece que cae sobre la gente, mientras en los dos relatos de la prensa nada se comenta de ese fenómeno, simplemente que la luz del sol se filtró entre las nubes provocando un efecto luminoso muy curioso y que se movió en el cielo como bailando.

—En efecto, el comentario del tal Garret no es el que haría un científico, sino el de un escritor de tragedias bíblicas.

—Pues precisamente también tengo el comentario de un escritor; se trata de un poeta portugués llamado Alonso López Viera, que aseguró que observó el fenómeno del sol bailando sobre Cova da Iria desde San Pedro, una localidad a cuarenta kilómetros de Fátima. Y también lo contemplaron varios miles de personas de los alrededores que no habían ido a Cova da Iria.

—Supongo que no habrá fotografías de ese milagro.

—La hay; al menos una, y tengo copia —Cárter cogió la fotografía de su libreta y se la enseñó a Michelle, que ahora estaba tumbada sobre el sofá con la cabeza apoyada en los muslos de David— Se publicó en 1951 en el periódico oficial de la Santa Sede, *L'Observattore Romano*, y se asegura que es una fotografía original del milagro del sol en Fátima.

—En esta foto, en blanco y negro, sólo veo dos árboles, uno a cada lado, y al fondo un paisaje muy poco nítido, como envuelto en una luz nebulosa y a la vez brillante. No parece nada extraordinario.

—Bueno, no fue éste el único milagro, también se produjeron curaciones.

—No pueden faltar en una aparición que se precie —añadió Michelle.

—El 13 de octubre de 1917 acudieron bastantes enfermos a Cova da Iria, y, al parecer, resultaron sanados de sus dolencias o muy aliviados al menos. Toda la aparición del 13 de octubre estuvo muy bien preparada. Mira, tengo aquí la copia de una fotografía de la pequeña Jacinta obtenida ese mismo día —David se la mostró a Michelle—. ¿Te das cuenta? Jacinta va excelentemente vestida, con un velo con flores, de la mano de un chófer uniformado. Todo estaba organizado para esa jornada.

—Imagino que la noticia correría por todo el mundo, y que el baile del sol se contemplaría en todo el hemisferio occidental.

—La mayoría de los periódicos importantes se hicieron eco de la noticia y ofrecieron un resumen de la misma en sus ediciones, pero los astrónomos no

recogieron en ninguna parte del mundo el baile del sol. Si el día 13 de octubre de 1917 el sol bailó, sólo lo hizo sobre el cielo de Fátima.

# CAPÍTULO SIETE

Alrededores de Fátima, Portugal, principios de mayo de 1917

John Saylor y su esposa Mary habían salido de Oporto muy temprano. Saylor conducía su espléndido Rolls Royce descapotable, modelo Silver Ghost de 1916, de color plateado, que se había cubierto de un gris blanquecino tras circular unos pocos kilómetros por los polvorientos caminos portugueses. Llegaron a Coimbra a mediodía y siguieron viaje hasta Leiría, donde un agente de la compañía esperaba al matrimonio Saylor.

Las tierras que la Saylor Wines planeaba comprar para plantar viñedos estaban ubicadas en las estribaciones septentrionales de la sierra de Aire, una sucesión de colinas y valles ondulados al sur de la localidad de Fátima, un pequeño pueblo a veinte kilómetros de Leiría, cuyos habitantes se dedicaban al cultivo del algodón y a la cría de ganado.

Como no había un hotel del nivel que requería John Saylor cuando viajaba, el agente de la compañía había alquilado una gran casa en la ciudad de Leiría, para que su jefe y su esposa estuvieran cómodos las cuatro o cinco semanas que pensaban quedarse en la zona. Las fincas que iban a ser adquiridas ya habían sido inspeccionadas por ingenieros agrícolas de la Saylor Wines, que habían emitido informes muy favorables.

—Espero que durante este tiempo no te aburras demasiado, cariño, aquí hay muy poco que hacer.

—No te preocupes, lo importante es estar contigo. Sé cuánta ilusión te hace este nuevo proyecto; y, además, me vendrá bien una temporada en este clima soleado y cálido. Londres es una ciudad demasiado húmeda y brumosa. Imagino que hoy tal vez esté lloviendo allí, con ese cielo gris, y mira aquí, un azul luminoso y un sol estupendo.

—Ten cuidado, no vayas a quemarte la piel. Los británicos no estamos acostumbrados a un sol tan intenso.

—He traído sombreros de amplias alas y velos abundantes, no dejaré que llegue a mi piel ni un solo rayo, descuida.

—Las tierras que hemos venido a comprar se encuentran a unas diez o doce millas de aquí, en un pueblo llamado Fátima. No lo conozco todavía, pero imagino que Leiría a su lado es una gran ciudad. Iremos la semana que viene y nos quedaremos allí unos días. Si cerramos el trato con los propietarios, regresaremos a Londres mediado el verano, pero lo haremos después de visitar Lisboa. ¿De acuerdo?

—Tú mandas, cariño; tú mandas.

Mary Saylor había aprendido a conducir en Portugal. Su marido le había enseñado a manejar el Sil ver Ghost, y muchas mañanas solía dar un paseo en coche. Le gustaba recorrer los alrededores de Leiría, viajar sola, transitar por

los caminos solitarios y llenos de baches de la región, y asombrar a los campesinos cuando se detenía en un lugar hermoso y bajaba del vehículo, con el que alcanzaba velocidades superiores a las treinta millas por hora, para contemplar el paisaje.

Los Saylor dejaron Leiría y se instalaron en una casa de campo cercana a Fátima, propiedad de un rico hacendado de la comarca. Tras el desayuno, John se había despedido de su esposa; su abogado en Portugal y varios técnicos de la compañía lo habían recogido poco después de las diez en la casa y se habían marchado a Fátima, donde se iban a reunir con uno de los propietarios de los terrenos que pensaba adquirir en la zona, el más importante porque poseía más de la mitad de las fincas que eran necesarias para poner en marcha la explotación de los futuros viñedos, y las que garantizaban la rentabilidad de la empresa. El acuerdo con los demás propietarios era total, pero éste seguía mostrando algunas reticencias que John esperaba resolver sin demasiadas dificultades.

Mary vio alejarse a los coches entre una nube de polvo; tenía por delante un largo día, pues su esposo no regresaría hasta el atardecer. En aquella casona perdida en medio del campo sólo estaba ella y un matrimonio de servicio.

Junto al porche, enmarcado por una triple arcada pintada de albero y blanco, se encontraba aparcado el Rolls Roy— ce; Mary pensó que sería divertido dar una vuelta por aquella zona, pues, si el trato se cerraba, aquellos terrenos serían de su propiedad. Le dijo a la cocinera que iba a salir a dar una vuelta en el coche y que no regresaría hasta la hora del almuerzo.

Cogió las llaves del Rolls, se subió y lo arrancó. El poderoso motor de seis cilindros y siete litros y medio rugió como un felino salvaje recién liberado; Mary soltó el freno, aceleró y salió de la finca sin rumbo fijo.

* * *

Lady Saylor regresó a la casona mediada la tarde. La cocinera la aguardaba en el porche, con aspecto algo alterado pero aliviada, como si acabara de quitarse un buen peso de encima.

—Señora, gracias a Dios, ya estaba preocupada por su tardanza; creíamos que le había pasado algo. Como tardaba en regresar, he enviado a mi marido a buscarla —le dijo en portugués.

—Siento haberme retrasado. Estuve dando un paseo en coche por los alrededores; esta región de Portugal es preciosa, parece como si el tiempo se hubiera detenido hace siglos. He estado en una zona que se llama Cova da Iría; ¡Dios mío!, aquello parece un paisaje de las *Geórgicas* de Virgilio.

—¿Quién es Virgilio, señora?

—Un poeta romano que escribía loas al campo y a la vida pastoril. En cierto modo, estas tierras me recuerdan a la campiña de Inglaterra, las suaves colinas verdes, el aroma a las flores de primavera...

—Tendrá hambre, imagino. La comida está preparada, sólo hay que calentarla, pues ya estará fría. Está usted muy hermosa, señora.

—Gracias.

Mary iba totalmente vestida de blanco; llevaba un vestido de seda blanquísima que reflejaba los rayos del sol con una luminosidad extraordinaria, como si emitiera su propia luz, pues según incidían en la seda, ésta variaba de tono, como un tornasol de brillos rutilantes. Se había recogido su larga melena rubia bajo un sombrero de ala ancha, muy elegante, cubierto todo por un delicadísimo velo de encajes orlado con cinta de oro. Llevaba las manos enfundadas en guantes de seda, de su muñeca derecha colgaba una larga pulsera de perlas naturales y de su cuello un rubí en forma de corazón, engastado en oro. Algunos campesinos que aquella mañana vieron pasear por los campos en flor a aquella hermosa mujer de veinte años, ojos azules, rizos dorados que sobresalían por debajo del tocado y piel blanquísima, creyeron estar ante la presencia de una auténtica princesa de cuentos de hadas.

El sol se ocultaba tras las colinas cuando el rugido de los motores de varios coches que se acercaban a la casona de campo donde se habían instalado los Saylor alertó a Mary, que dejó la revista que estaba leyendo y salió afuera. John bajó de uno de los vehículos con paso decidido y cara de pocos amigos. Mary se acercó a su esposo y lo besó con delicadeza, pero advirtió enseguida que algo había ido mal.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Ese bastardo de Soares... Teníamos acordado el precio, las cláusulas del contrato, los plazos, las compensaciones... y se ha echado atrás en el último momento, a la hora de firmar la venta. ¡Será cabrón!

—Entonces, ¿no vas a comprar esas fincas?

—No, claro que no. Si no tenemos las de Soares, las demás no son suficientes, y si compramos las demás, Soares nos tendrá pillados por los huevos y nos pedirá lo que quiera por las suyas. Siento haber perdido el tiempo. Mañana mismo nos vamos a Lisboa, quiero llevarte de compras por la ciudad, al teatro, a bailar... Te encantará; es una ciudad anclada en una eterna decadencia, como varada en la melancolía, pero hermosa, delicadamente hermosa.

# CAPÍTULO OCHO

París, principios de mayo de 2008

Llovía. A través de los cristales mojados, los tejados de París se difuminaban como en una acuarela gris pasada de aguada.

David Lewis Cárter y Michelle Henry acababan de llegar al ático de la calle Rochechouart; hacía unos treinta minutos que habían salido de la facultad de Letras y se habían ido directamente a casa de David. A pesar de que habían tomado un taxi y llevaban paraguas, se habían mojado bastante. En cuanto estuvieron dentro de casa se quitaron las gabardinas y los zapatos empapados.

Cárter fue al baño, regresó con una toalla, que le entregó a Michelle para que se secara el cabello, y se fijó de inmediato en sus espléndidos pezones, que resaltaban, muy marcados a causa de la humedad, en el finísimo suéter negro, muy ajustado.

—¡Vaya! —exclamó Michelle al dirigir la mirada a su pecho para comprobar el objeto de la atención de los ojos de David.

—Una visión celestial, sin duda —observó Cárter.

—Sigues siendo un cursi.

David abrazó a Michelle por el talle, sacó el suéter del interior de la cintura de su pantalón y acarició su espalda a la vez que la besaba con pausadísima lentitud. La joven, que mantenía la toalla entre sus manos, la dejó caer al suelo y abrazó a su amante con ternura, esa mezcla de pasión encendida y delicada suavidad que volvía loco a Cárter.

Michelle no llevaba sujetador, ni le hacía falta. Cárter la cogió por debajo de los muslos y la alzó en vilo sin dejar de besarla. La llevó hasta el sofá y la tumbó delicadamente. Michelle se quitó el suéter y sus pechos surgieron hermosos y plenos; David se arrodilló ante ella, los tomó entre sus manos y los besó, sorbiendo los rosados y erizados pezones con avidez controlada. La joven comenzó a susurrar algunas palabras en francés mientras las manos de David desabrochaban los botones del pantalón de lino negro y lo deslizaba por los muslos, dejando a la vista un tanga negro ribeteado con un finísimo cordoncito trenzado con hilos rojos y dorados.

Durante más de media hora no dejaron de besarse, acariciarse y susurrarse palabras de amor al oído. Y fue Michelle la que al fin tomó entre sus manos el miembro de David y lo dirigió hacia su sexo dorado, húmedo y cálido, que aguardaba ansioso ser penetrado.

David empujó con las caderas y los sexos de los dos amantes se acoplaron con la perfección de un mecanismo de alta relojería. Con la misma suavidad que había empleado hasta entonces, David comenzó a moverse con delicadeza, entrando y saliendo de la vagina de Michelle, que contraía a impulsos los músculos de su pelvis provocando sobre el pene de David una

situación de enorme placer.

El americano estaba inmerso en un verdadero éxtasis y sentía una especie de dulce corriente que le atravesaba la espalda a lo largo de toda la columna vertebral. Michelle jadeaba, ronroneaba, lamía los labios y el cuello de David y seguía contrayendo los músculos internos de su pelvis, que ejercían sobre el pene de su amante una presión a la vez excitante y delicada. Era como una sedosa carnosidad masajeándolo desde el interior de Michelle, una sensación maravillosamente tierna.

Acabaron de hacer el amor; se prepararon un té verde, relajante, dejando que la infusión reposara durante cinco minutos. Cuando lo estaban tomando en la mesa de la cocina, los dos desnudos todavía, sonó el teléfono móvil de Michelle.

—Es el padre Lefévbre —dijo al mirar la pantalla.

—Pues cógelo.

—Padre Lefévbre, buenas tardes... Sí, sí, estoy con él, estamos trabajando en un proyecto de investigación... Sí, claro que podremos. ¿El sábado por la mañana?, de acuerdo. Hasta entonces, padre.

—¿Qué quería? —preguntó David.

—Vernos a los dos; he quedado con él este sábado, a las diez, en su despacho del arzobispado.

—¿De qué pretende hablar?

—De Fátima, claro.

El padre Lefévbre aparentaba sesenta años, pero tenía cien. Era el guardián de la piedra filosofal que los Hermanos de Heliópolis custodiaban en secreto bajo el altar mayor de la catedral de París, y poseía el título de licenciado y doctor en Ciencias Físicas por la universidad de la Sorbona. Su buen aspecto físico se debía al contacto con la piedra filosofal y al factor de rejuvenecimiento que ésta provocaba en quien la tocaba, especialmente si el contacto se producía en el interior de una catedral gótica bañada por la luz multicolor de las vidrieras medievales originales, como ocurría en el caso de la de Chartres. Era, además, uno de los principales responsables del patrimonio monumental e histórico de la archidiócesis de París y de su catedral.

A las diez en punto del sábado, Michelle y David se presentaron en el despacho de Lefévbre, ubicado en uno de los edificios de la isla de la Cité, a escasos metros de Nôtre-Dame.

—M e alegro de volver a verlos, queridos amigos.

—Nosotros también, padre — dijo Michelle, en tanto David asentía con la cabeza.

—Siéntense, por favor.

—Imagino que usted, David, ya sabe de qué se trata. Nuestro hermano en Lisboa, el profesor Joáo Barros, le encargó en Sevilla una investigación sobre Fátima...

—Y acepté, padre, pero era un encargo sin solución posible; el texto que me

mostró era inquietante, cierto, pero, si no recuerdo mal, se trataba de una página sin fecha y sin firma en la que una mujer escribía en inglés a un hombre para decirle que le iba a contar la verdad de lo sucedido en Fátima en 1917 y le indicaba que no se debía seguir adelante con aquello. He estado buscando documentación, he conseguido establecer una cronología de las apariciones y tengo notas de la época y declaraciones de testigos, e incluso una fotografía de lo que se dio en llamar el «baile del sol», pero nada más. Si no aparecen nuevos datos, o no se descubre el resto del manuscrito, no se puede avanzar en la investigación.

—El profesor Barros recibió una fotocopia de la primera cuartilla del informe que hemos denominado «Fátima 1».

—Sí, lo sé; me confesó que lo habían entregado en un sobre sin remite, con matasellos de Roma.

—Hemos estudiado la fotocopia, el sobre, el sello y el matasellos. Le interesará el resultado. La fotocopia se realizó en un folio de papel cuyo fabricante es el proveedor oficial del Vaticano, el mismo que el del sobre. El sello y el matasellos proceden de una estafeta de correos de Roma ubicada en la vía Grazie, una bocacalle de la Via Porta Angélica, que, como ambos saben, bordea las murallas del Vaticano. Creemos que esa fotocopia se realizó en una oficina de la Santa Sede y que alguien la sacó de allí y la depositó en un sobre en el buzón de correos más próximo al Vaticano.

—¿Y por qué no lo hizo en la oficina de correos del propio Vaticano? —demandó Michelle.

—El Vaticano posee tres estafetas: una en la tienda de la plaza de San Pedro, otra en la entrada a los Museos y la tercera en la vía de la Posta Vecchia; las tres mantienen un control estricto de las cartas que allí se depositan.

—¿Incluso las de los turistas? —preguntó Cárter.

—Por supuesto. De modo que quien puso en correos ese sobre no quería que se controlara su salida desde el Vaticano.

—Eso quiere decir... —insinuó Cárter.

—... que quien preparó el envío tenía miedo a ser descubierto; pero eso lo trataremos después. Por lo que respecta a la fotocopia, verán que en el ángulo superior derecho —Lefévbre sacó una copia aumentada que guardaba en el cajón de su mesa— existen un par de finas líneas negras; eso significa que alguien colocó una tarjeta, una pegatina, *un posit* o algo similar para tapar una o dos líneas. Aquí, en este espacio, falta el lugar en el que se escribió esta carta o informe y la fecha de redacción del mismo, sin duda.

—¿Adónde conduce todo esto? —preguntó Cárter intrigado y preocupado a la vez.

—Alguien pretende decirnos algo muy importante, pero no se atreve a revelar su identidad.

—Espere, padre; el profesor Barros me enseñó una tarjeta que acompañaba la fotocopia; si no recuerdo mal, estaba escrita a mano y era anónima.

—Sí, es ésta —Lefévbre sacó del cajón una nueva fotocopia, también de un texto ampliado.

—En efecto, ahí anuncia que es la primera cuartilla de doce y la catástrofe que se produciría si se conociera el resto.

—Por eso queremos intervenir en la investigación. Uno de nuestros hermanos recibió la fotocopia y, como ya sabe, el profesor Barros está preparando un importante libro sobre el milagro de Fátima. Se trata de un estudio muy crítico con la postura de la Iglesia y de las autoridades religiosas portuguesas en todo ese asunto —aclaró Lefévbre.

En ese momento sonó el teléfono del sacerdote.

—Perdonen, es el Maestro, ya lo conocen. Sabe que estoy reunido con ustedes. ¿Sí?...

Pasaron unos segundos y el rostro de Lefévbre adquirió de pronto un rictus de estupor y espanto.

—Lo siento, Maestro, lo siento mucho... Sí, están aquí, los dos; ahora mismo se lo transmito. Sí, hablaremos. Adiós —se despidió el sacerdote.

—¿Qué ocurre, padre? —le preguntó Michelle.

Lefévbre colgó, dejó su teléfono móvil encima de la mesa y se echó las manos a la cara, sollozando.

—Era el Maestro. Han..., han ma..., han matado a... Joáo, han asesinado a Joáo Barros... —balbució el sacerdote con voz quebradiza y temblorosa.

—¡Dios mío! —exclamó Michelle.

—Amigos — el sacerdote aspiró hondo y pareció recuperarse enseguida del tremendo impacto que le había causado el anuncio del asesinato de uno de los pocos miembros que quedaban de la hermandad de Heliópolis—, este asunto se ha complicado mucho. ¿Alguien lo vio a usted, David, con Barros en Sevilla?

—Sí, varios profesores del curso, pero ninguno lo conocía.

—¿Ha recibido usted alguna comunicación de Barros desde entonces?

—Una carta en papel, un par de correos electrónicos y la invitación para impartir una conferencia en Lisboa, a fines de este mes, sobre la imagen de la Virgen en la pintura gótica, pero imagino que ese curso que él dirigía ya no tiene sentido y que se suspenderá. Con la carta venía un billete de avión de ida y vuelta de París a Lisboa y unos folletos anunciando la conferencia, el lugar, la fecha y la hora.

—¿Quién organiza la conferencia?

—El departamento de Historia de las Religiones de la universidad de Lisboa.

—Pues si nadie le comunica lo contrario, vaya a Lisboa, aunque imagino que alguien lo llamará antes para informarle de la muerte de Joáo, claro.

—¿Cree que su asesinato tiene algo que ver con «Fátima 1»? —preguntó Cárter.

—Por supuesto.

—Se cumple mi presentimiento. ¿Recuerdas lo que te dije hace un par de

semanas? —preguntó Cárter dirigiéndose a Michelle.

—Sí; sospechabas que este asunto parecía muy peligroso, que lo presentías, que tenías malas sensaciones —recordó la joven profesora.

—Pues ya ves, mi mal augurio se ha cumplido.

# II Las señales

# CAPÍTULO NUEVE

Oporto, verano de 1921

El misterioso crimen de Oxford Street provocó decenas de noticias en la prensa, acalorados debates en las tertulias y encendidas discusiones sobre la profesionalidad de la policía londinense; el caso se mantuvo en primera línea de la actualidad durante varios meses, mas, poco a poco, las informaciones sobre el asesinato de Mary Saylor fueron disminuyendo hasta que quedó relegado de las páginas de los periódicos.

John Saylor abandonó Londres y se instaló en Oporto en la primavera de 1919. Alemania y el Imperio Austrohúngaro se habían rendido ante las potencias aliadas a finales de 1918, poniendo fin a la Primera Guerra Mundial. Unos meses antes había sido asesinado Sidonio Pais, el presidente dictatorial de Portugal, donde se había producido un conato de guerra civil con algunos enfrentamientos armados. Tras varias proclamaciones monárquicas y republicanas y unos meses de caos político y desgobierno, los republicanos se impusieron a los monárquicos y se asentó el Régimen republicano. El gobernador de Oporto prometió a los empresarios británicos establecidos en la ciudad, a la cual acababa de llegar Saylor, que todos sus intereses quedaban garantizados por el nuevo gobierno y que ninguna de sus propiedades corría el menor peligro.

El gobierno republicano portugués mantuvo las relaciones con la Santa Sede, interrumpidas en la época anticlerical y restauradas durante la dictadura de Sidonio Pais, e intentó tras ganar las elecciones de 1919 por mayoría absoluta, conducir a Portugal a una época de estabilidad. El partido del gobierno volvió a ganar las elecciones en julio de 1921, ahora aliado a fuerzas conservadoras, pero el 19 de octubre se produjo un levantamiento militar en el que numerosos líderes de la derecha fueron asesinados, incluido el nuevo primer ministro, en la llamada «Noche de sangre».

En enero de 1922 unas nuevas elecciones generales, que ganarían de nuevo por mayoría absoluta los republicanos, abrieron un período de calma, aunque se produjeron numerosas denuncias por corrupción y fraude, con acusaciones y pugnas internas en el seno de todos los partidos, lo que los desacreditó ante la opinión pública.

Los tensísimos avatares de la política portuguesa no afectaron a los negocios de la Saylor Wines, cuyo presidente se había volcado por completo en la expansión de la compañía, a pesar del fracaso que cosechó en 1917 en el intento de compra de terrenos en Fátima.

Pero pese a dedicarse intensamente a su empresa, John Saylor no había olvidado que el asesinato de su esposa seguía sin resolverse. Desde finales de 1917 había gastado una gran cantidad de dinero en contratar a detectives

privados para que realizaran una investigación paralela a la de la policía e intentaran averiguar quién había sido el asesino de su esposa. Tres años y medio después, continuaba sin conocerse ningún dato nuevo.

En la alcoba de Mary no se había encontrado ninguna pista: el arma del crimen, probablemente un cuchillo muy afilado, no había aparecido por ninguna parte; no había huellas del asesino, ni siquiera unas pisadas en el suelo; las puertas y las ventanas de la casa no habían sido forzadas; y la víctima *no* presentaba otras señales en su cuerpo que el profundo y limpio corte que le había seccionado la carótida. Y lo más inquietante, no existía un móvil aparente, pues la señora Saylor no tenía enemigos, al menos reconocidos, y tampoco había sido obra de un ladrón, pues todas las joyas de Mary se habían hallado intactas en los cajones de su secreter y todos los armarios estaban en orden, sin que nadie ajeno hubiera metido mano en ellos.

Uno de los detectives privados planteó a John Saylor la posibilidad, más que certera, de que el asesinato hubiera sido cometido por un profesional experto en el manejo de armas blancas e incluso en anatomía, un asesino a sueldo. El corte del cuello era recto, firme y había sido ejecutado de un solo tajo, sin titubeos, con la precisión de un cirujano. Se había realizado directamente sobre la arteria carótida izquierda, lo que le hizo presuponer al detective que el criminal era diestro, pues el corte se había efectuado desde dentro hacia fuera del cuello, con el dorso de la mano que sujetaba el mango del arma hacia arriba y lanzando el tajo de izquierda a derecha. Salvo esas precisiones, no había nada más.

El asesinato de Mary Saylor quedó relegado a los informes de un expediente inconcluso que se archivó en la sede central de Scotland Yard en tres carpetas de cartón verde, que el tiempo cubrió de polvo. Desde Oporto, su esposo intentó que el caso se reabriera una y otra vez a lo largo de los años 1919 y 1920, e incluso contrató a los mejores abogados criminalistas de Londres y mantuvo a un detective trabajando en exclusiva sobre el asunto, pero parecía como si alguien muy poderoso hubiera echado un grueso manto de silencio sobre ese crimen.

La mañana era soleada pero fresca, pese a que esa misma semana había dado comienzo el verano. John Saylor subió a su automóvil y se dirigió a las oficinas de su compañía, la Saylor Wines, en la plaza del Infante don Enrique, al lado del edificio de la Bolsa de Oporto, cuya sala más característica estaba decorada imitando las estancias de la Alhambra, el palacio árabe de la ciudad española de Granada.

Saludó a su secretaria, se quitó el sombrero y se dedicó a revisar el correo recién repartido. Uno de los sobres tenía el remite de su agencia de detectives en Londres. Lo abrió con un cortaplumas y extrajo varios folios escritos a máquina con tinta azul oscura. El detective que todavía seguía llevando el caso del asesinato de su esposa le comunicaba que se había producido una interesante novedad en la investigación. Uno de los sirvientes de la casa, tras ser interrogado una vez más por el detective, había recordado algo obviado

hasta entonces en el proceso. El criado había declarado al investigador que la mañana anterior al asesinato de lady Mary, ésta le había encargado que entregara un sobre cerrado a una dirección concreta de Londres. El detective se había personado de inmediato en esa dirección pero nadie allí sabía nada de ese sobre, y negaban que ese criado hubiera depositado allí envío alguno aquel día. El sirviente ratificó en una segunda declaración que sí había entregado el sobre tal cual le había pedido lady Mary en ese lugar que el detective decía preferir no mencionar en aquella carta, pero que no recordaba el nombre concreto de la persona que figuraba en el sobre. Preguntado por qué no había declarado eso en 1917 cuando fue interrogado por la policía, el sirviente se limitó a decir que nadie le había preguntado por ello.

John Saylor creyó que aquélla podía ser una buena pista; cogió papel y pluma y escribió de inmediato al detective. Le indicó que siguiera aquel rastro y que lo mantuviera permanentemente informado.

Unas semanas después recibió una nueva carta de Londres; era de su director comercial en la capital del Imperio Br I — tánico y en ella le informaba que las oficinas de la agencia de detectives que investigaba el caso de su esposa habían ardido por completo durante una noche y que, desgraciadamente, el detective Newman, que estaba investigando personalmente el asesinato de lady Mary y que era quien había averiguado los nuevos datos proporcionados por el criado, se encontraba trabajando allí pasada la medianoche y había muerto en el incendio. Su cuerpo había aparecido totalmente carbonizado entre las ruinas del edificio arrasado por el fuego y sólo lo habían podido identificar gracias a un anillo que llevaba en su mano izquierda. Todos los documentos que los detectives habían recopilado sobre el caso del crimen de Oxford Street se habían quemado. La policía había concluido que el incendio había sido casual, provocado por una lámpara de alcohol.

Ese día, John Saylor había quedado para almorzar con Peter Townsed, su director general en Portugal. Se habían citado en el refinado y elegante Downing Street, el restaurante que solían frecuentar los altos ejecutivos de las compañías inglesas que operaban en Oporto cuando querían variar del Factory House.

—Me marcho a Londres, Peter —le anunció una vez sentados a la mesa.

—Pronto comenzará la vendimia —adujo el director general.

—Ha ocurrido algo muy grave que creo que tiene relación con el asesinato de mi esposa. El detective privado que yo tenía contratado para seguir investigando había averiguado que Mary envió una carta el día anterior a su asesinato a una dirección de Londres, y, curiosamente, la agencia ha ardido con ese detective y con cuanto había descubierto dentro.

—Puede ser una coincidencia, señor Saylor.

—No creo en ellas, Peter. Estoy convencido de que existe una relación directa entre el envío de esa carta que hizo

Mary, su asesinato y el incendio de la agencia; y lo voy a averiguar. Se lo

debo a su memoria.

—¿Cómo se ha enterado de ese nuevo dato?

—Porque en uno de los interrogatorios que el detective Newman volvió a efectuar a uno de los criados que aquella noche estaban en mi casa, éste recordó ese detalle. Tengo que ir a Londres a buscar a ese hombre y que me cuente lo que hizo aquel día. Ahí puede estar la clave para descubrir al asesino de mi esposa.

—Pero antes debería inspeccionar la cosecha de uva, señor, sólo será cuestión de un par de días más, tres a lo sumo. Necesitamos sus instrucciones para seguir adelante con la vendimia de este año.

—De acuerdo. Visitaré los viñedos pasado mañana, daré las indicaciones precisas y después viajaré a Londres.

John Saylor jamás regresó a Inglaterra vivo. Murió en un accidente de circulación a finales de agosto de 1921; su vehículo se despeñó por una empinada ladera en Sobrado de Paiva, cuando regresaba, extrañamente solo, pues siempre solía visitar sus viñedos acompañado por dos o tres ingenieros y enólogos de sus bodegas, a Oporto tras realizar una inspección para revisar la cosecha de uva de esa temporada, a punto ya para la vendimia. La policía certificó que habían fallado los frenos, algo muy extraño en un Rolls Royce de apenas cinco años de antigüedad. Nadie comprobó que el día anterior el automóvil había sido convenientemente revisado y puesto a punto en un taller de la ciudad y que había sido Peter Townsed quien había acudido a recoger personalmente el coche de su jefe.

Con la muerte de John Saylor, el asesinato de Mary cayó definitivamente en el olvido.

# CAPÍTULO DIEZ

Roma, principios de mayo de 2008

Luigi Pico, archivero del Vaticano, marcó los doce dígitos de la combinación numérica y de inmediato abrió la caja fuerte utilizando las dos llaves que eran necesarias para activar el mecanismo de apertura. La cerradura de la puerta de acero con doble mecanismo de cierre se liberó tras un chasquido metálico y el archivero buscó la carpeta azul que le había pedido el secretario del papa. Sabía que estaba allí, pues la había depositado hacía un par de meses, cuando el secretario de Estado la solicitó con urgencia, mas, para su sorpresa, no la encontró. Removió varias carpetas, introdujo la mano hasta el fondo de la caja de acero y se agachó para ver bien todo su contenido. Allí no estaba el expediente demandado.

El archivero se giró con cara de asombro, se encogió de hombros y ante el secretario del papa y el cardenal camarlengo, que aguardaban a su espalda, balbució:

—Eminencias, no aparece..., el expediente «Fátima 1» no aparece... No está aquí.

—Mire bien, compruebe la caja.

—No lo encuentro, eminencia, no lo encuentro.

—¿Qué está diciendo? — el secretario del papa tenía el rostro demudado—. Déjeme.

El secretario sacó de la caja fuerte todas las carpetas y revisó una a una con cuidado.

—¡Dios mío!, no está aquí.

—Yo mismo lo guardé la última vez que el secretario de Estado lo pidió..., y cerré la caja...; no sé qué ha podido pasar

El cardenal camarlengo repitió la misma operación del secretario. Miró una y otra vez en la caja fuerte, revisó una a una todas las carpetas que allí se custodiaban y no encontró el documento que demandaba su santidad. Un sudor frío le perló la frente.

—¿Sabe qué puede significar esto? Usted es el custodio de ese documento; es imprescindible que aparezca pronto o los cimientos de esta casa se tambalearán de tal modo que parecerá el anuncio del Juicio Final —amenazó el camarlengo.

Tras una hora de infructuosa búsqueda, en la que se revolvió todo el archivo donde se guardaban los documentos más secretos de la Santa Sede, no se pudo dar con «Fátima 1».

—De esta caja sólo existen estas dos llaves, las que tenemos el cardenal camarlengo y yo mismo, y únicamente nosotros tres conocemos la combinación —el secretario del papa tenía el rostro desencajado.

El archivero sudaba como si acabara de correr media maratón a pleno sol.

—Yo no guardo llave de esa caja, eminencias; en la última ocasión en que esos documentos fueron consultados, su eminencia me entregó la carpeta en mano y yo la deposité en la caja, la cerré con las dos llaves y devolví cada una de ellas a sus eminencias. No sé nada más, no he vuelto a abrir esta caja desde entonces. Ni siquiera sé cuál es el contenido de ese documento. Recuerdo que la carpeta era azul, no muy voluminosa, y que escrito a mano con un rotulador de punta gruesa se leía «Fátima 1». Créanme, eminencias, no sé qué ha ocurrido con esos documentos.

¿Quién ha podido abrir esta caja? —demandó el cardenal camarlengo al archivero.

—Nadie, eminencia, nadie. Es de máxima seguridad; para abrirla son precisas estas dos llaves y la combinación numérica.

—Compruebe quién ha estado en esta sala en los últimos *¿os* meses, quién ha entrado en esta zona del archivo, quién sabía que ese documento se guardaba en esta caja; y hágalo deprisa, Pico, deprisa —ordenó el camarlengo.

—¿Qué le decimos a su santidad? —preguntó el azorado secretario del papa.

—La verdad: que «Fátima 1» ha desaparecido.

—Esta caja no está forzada, sólo usted y yo custodiamos las dos llaves necesarias para abrirla... Su santidad no lo entenderá. Está preparando una declaración para festejar el aniversario de la conmemoración de las apariciones de Fátima, el próximo 13 de mayo, para el que faltan unos pocos días, y necesita esos documentos. En el santuario de Nuestra Señora de Fátima se congregarán más de doscientas cincuenta mil personas, y el papa esperaba haberles enviado un discurso, que sin ese documento bien protegido no podrá realizar. Alguien tiene que hacerse responsable de esta pérdida.

—Llame al responsable de Sodalitium, señor secretario —ordenó el camarlengo.

—¿Cree que han sido ellos, eminencia?

—Si no lo hemos robado ni usted ni yo, y a lo que parece no ha sido así, sólo los agentes de Sodalitium tienen las claves y la capacidad para poder acceder a estos documentos. Esa organización es la más interesada en este asunto, y por tanto comenzaremos a investigar a partir de ellos.

—Su eminencia sabe que desde 1921 no existe Sodalitium —asentó el secretario del papa.

—Haga lo que le he dicho, por favor, y déjese ahora de legalismos, lo que ha ocurrido es de una gravedad extrema.

La celebración del nonagésimo primer aniversario de la primera aparición de la Virgen en Cova da Iria a los tres pastorcitos convocó en el santuario de Fátima a un cuarto de millón de peregrinos, procedentes de una treintena de países. Los devotos católicos que acudieron a la procesión nocturna el día 12 y a los ritos del día 13 de mayo se mostraban eufóricos y cantaban alegres y gozosos ante la imagen de la Virgen, pero no se produjo el discurso especial

del papa que muchos esperaban.

La mayoría estaba muy contenta, pues se alegraba de que unos meses antes, el 13 de febrero de ese año, el cardenal José Saraiva Martins, prefecto para la Congregación de la Causa de los Santos, había anunciado, en una misa celebrada en la catedral de Coimbra para recordar el tercer aniversario de la muerte de sor Lucía, que Benedicto XVI había autorizado el inicio del proceso de beatificación de la vidente de Fátima sin que se hubieran cumplido los cinco años preceptivos tras su muerte, como establecía el derecho canónico. Hasta entonces, ese plazo legal sólo se había reducido en dos casos, con la madre Teresa de Calcuta y con el papa Juan Pablo II.

# CAPÍTULO ONCE

París, mediados de mayo de 2008

Michelle y David acababan de almorzar en una *brasserie* de la calle La Fayette. En la pantalla de un televisor, que nadie miraba, se mostraban unos alpinistas chinos que se fotografiaban en la cumbre del monte Everest con la antorcha olímpica de los juegos de Pekín, hasta donde la habían portado en el largo recorrido de la llama desde las ruinas de Olimpia, en Grecia. La televisión alternaba esas imágenes con las manifestaciones de protesta por todo el mundo ante la duradera ocupación del Tíbet por el gobierno comunista de Pekín y con tomas del Dalai Lama sonriente, envuelto en su hábito azafranado. Asia acababa de sufrir un maremoto que había arrasado la costa de Myanmar, la antigua Birmania, y un terremoto había arrumbado miles de edificios en el sur de China; las víctimas se contaban por decenas, tal vez por centenares de miles. El presidente Bush estaba de visita en Israel para conmemorar el sesenta aniversario de la fundación de ese estado, mientras los palestinos de Hamás seguían atacando con cohetes a las colonias judías fronterizas a la franja de Gaza, y el ejército israelí continuaba abatiendo objetivos indiscriminados en los abigarrados territorios bajo soberanía nominal palestina. En Iraq, todavía moría mucha gente a causa de la invasión promovida por el presidente norteamericano Bush. Un afroamericano llamado Barack Obama, senador por Illinois, estaba a punto de alcanzar la nominación por los demócratas para convertirse en candidato a la presidencia de Estados Unidos de América.

Llovía en París. Al salir de la *brasserie* se vistieron sus gabardinas, se refugiaron bajo el paraguas y se dirigieron a pie ligero al apartamento de David. Amina, la asistente magrebí que limpiaba el apartamento de Cárter, le había dejado encima de la mesa una bolsa de papel con una nota; contenía un paquete de té verde de Marruecos.

Michelle preparó un té verde a la menta y un café muy corto, y ambos se sentaron a la mesa de trabajo de David.

—Todo lo que sucedió en Fátima en 1917 es muy interesante, pero es mucho más lo que ha ocurrido después.

—¿Sigues obsesionado con esa cuestión, eh? — le preguntó Michelle.

—Se lo debo a Joáo Barros y a la hermandad de Heliópolis.

—Dijiste que era un asunto peligroso, y tenías razón.

—Y me temo que lo va a ser todavía más. Creo que todo este lío de las apariciones de Fátima fue un enorme engaño desde el principio.

—Es decir, que los niños se inventaron las apariciones y todo eso...

—No, no. Ya te dije que los niños vieron algo, de eso estoy completamente seguro, como también lo estaba Joáo Barros, pero la Iglesia le dio la vuelta a

un hecho natural y lo convirtió en una aparición milagrosa de la Virgen María.

Cárter sacó su libreta de espirales y buscó algunos datos.

—Al final voy a tener celos de esa libreta; no te separas de ella —dijo Michelle antes de besarlo en los labios.

—Las apariciones de Cova da Iria tuvieron lugar entre el 13 de mayo y el 13 de octubre de 1917, ¿recuerdas? — Michelle asintió con la cabeza a la pregunta de David—. Bien, pues el 17 de enero de 1918 se restauró la diócesis de Leiría. Esa diócesis había sido creada en 1545, por segregación de la de Coimbra, pero en 1881 fue suprimida. ¿Curioso, verdad? Apenas medio año después de las apariciones, la Santa Sede crea una sede episcopal nueva, o la restaura, a una velocidad extraordinaria para como suele proceder en estos casos, pues, para llevar a cabo una reforma de este tipo, la Iglesia suele ser muy cauta. En 1984, la diócesis pasó a denominarse de Leiría-Fátima.

—Sí, parece que se dieron prisa, pero es lógico, al fin y al cabo en esa tierra se había aparecido la Virgen —Michelle se expresaba con ironía.

—Escucha: entre 1917 y 1922 apenas se conocen noticias relevantes sobre las apariciones de Fátima, pero la Iglesia puso en marcha una campaña de propaganda intensísima. En 1919, el rey español Alfonso XIII, acompañado por su esposa, consagró España al Corazón de Jesús en una ceremonia muy destacada que se celebró en un lugar cercano a Madrid llamado curiosamente cerro de los Ángeles, que creo que está en el «corazón» geográfico de España, como poco antes se había consagrado la basílica de París en Montmartre, en el «corazón» de Francia. Las autoridades eclesiásticas mostraron un celo extraordinario por controlar todas las informaciones sobre Fátima. En 1919 murió Francisco, el único pastorcito varón, a los once años de edad, sin que se conozca ninguna declaración suya, y Jacinta, la más pequeña, falleció de gripe en 1920, a los diez años, sin que tampoco abriera la boca para nada.

—¿Y Lucía?, murió hace poco, ¿no? —preguntó Michelle.

—Ella es la clave. Lucía sobrevivió a sus dos primos, pero la Iglesia la mantuvo en silencio durante años. El obispo de Leiría, que se llamaba José da Silva, la envió al convento de las Religiosas Doroteas en Vilar, en las afueras de Oporto, en 1921; Lucía apenas tenía catorce años. Fue internada como alumna en ese convento hasta que el 24 de octubre de 1925 ingresó como postulante de la Orden de las Doroteas, una congregación de monjas carmelitas descalzas, en su convento de Tuy, una pequeña ciudad española en la misma frontera norte de Portugal. Allí juró sus primeros votos como novicia; aunque tengo otro informe que dice que el traslado a Tuy se realizó en julio de 1926.

»Entre tanto, y con Lucía callada, absolutamente callada, se desarrollaba el "plan de Fátima". Ya en abril de 1919 se habían iniciado las obras de una modesta capilla en Cova da Iría, en el lugar donde se produjeron las apariciones; en mayo de 1920 se labró la primera imagen de la Virgen y en septiembre el obispo de la recién restaurada diócesis de Leiría, José Alves Correa da Silva, ése era su nombre completo, visitó Cova da Iría, celebrando

la primera misa en la capilla recién levantada.

»En 1922 se dinamitó la capilla, pero en 1928, precisamente el 13 de mayo, el aniversario de la primera aparición, se colocó la primera piedra de la gran basílica. Todo el aparato de propaganda de la Iglesia se puso a trabajar sobre Fátima. Aquí tengo una crónica del 3 de junio de ese año, publicada en *L' Observattore Romano*, en la que se anima a los fieles católicos a peregrinar al nuevo santuario mariano.

»Y todo esto se produjo tras la subida al trono de san Pedro de Pío XI, en febrero de 1922. Este papa era de mente bastante estrecha, muy reaccionario, y consideraba que el comunismo y la recién fundada URSS constituían el enemigo supremo, el reino del mal al que había que combatir con todos los medios. Para la táctica de la Iglesia, las apariciones de Fátima llegaron en un momento muy propicio, incluso para la derecha y las fuerzas conservadoras de Portugal, que utilizaron el asunto de Fátima en su provecho. En esa década, las soluciones autoritarias se planteaban por parte de las derechas europeas como el único freno al avance de las izquierdas y del comunismo. En Italia se impuso el fascismo con Mussolini, en España triunfó un golpe de Estado que instauró una dictadura militar entre 1923 y 1931, y en Portugal se puso fin a la primera República mediante un golpe militar que el 28 de mayo de 1926 encabezaron las fuerzas armadas con el apoyo de muchos políticos conservadores. Dio así comienzo una dictadura, la *Ditadura Nacional*, que daría lugar al llamado *Estado Novo*, encabezado por el dictador Oliveira Salazar, que se alargaría hasta la incruenta Revolución de los Claveles, que instauró la Tercera República y la democracia en 1974.

—Estás afirmando que, para el nuevo Régimen portugués, Fátima se convirtió en una pieza esencial, que además coincidía con la estrategia global de la Iglesia —añadió Michelle.

—En efecto. La Iglesia y la Dictadura portuguesas colaboraron codo con codo en este asunto. El 13 de octubre de 1930, el obispo de Leiría, cuya intervención fue clave en la campaña de propaganda, publicó una carta pastoral... — Cárter buscó entre los recortes que guardaba en la libreta—, aquí está, que tituló como *La providencia divina*; en ella declaró que las apariciones de Cova da Iria merecían todo el crédito, por lo que autorizaba el culto oficial en ese lugar, aunque ya venía celebrándose, por cierto, desde 1919 al menos. Esa autorización del obispo de Leiría se apoyaba en una serie de informes que diversos técnicos, físicos y científicos, todos ellos católicos, por supuesto, habían elaborado durante varios años. Escucha las palabras del obispo en su carta: «Nosotros consideramos a bien declarar dignas de credibilidad las visiones de los pastores en Cova da Iría, en el paraje de Fátima de esta diócesis, en el día decimotercero de los meses de mayo a octubre de 1917, y otorgar permiso oficial para el culto de Nuestra Señora de Fátima». Dos años después, en 1932, la Santa Sede y el mismo obispo declararon que el mensaje de Fátima era verídico y cuestión de fe, y se anunció que habría una nueva guerra tras una señal en el cielo.

—Esa guerra era la Segunda Guerra Mundial, supongo. No había que ser un adivino para concluir que Europa se abocaba hacia una nueva contienda.

—Al menos así se entendió después. El 25 de enero de 1938 una extraña luz iluminó la noche europea y al año siguiente Hitler invadió Polonia y desencadenó la Segunda Guerra Mundial. Y ahí cambiaron muchas cosas. Hasta entonces, la Iglesia se había aliado con las fuerzas más conservadoras porque odiaba a los comunistas y temía un triunfo de esta ideología en toda Europa, sobre todo después de la instauración del comunismo en la URSS tras la revolución de octubre de 1917. La mayoría de los obispos era reaccionaria y odiaba más a la democracia e incluso al liberalismo que al propio Hitler, pero el nazismo fue más allá de lo que cabía soportar.

»El papa Pío XI, a pesar de su talante ultraconservador, ya había denunciado algunas prácticas del fascismo italiano en una pastoral titulada *Non abbiamo bisogno*; en ese escrito también condenaba a los agnósticos. En 1933 firmó un concordato con Hitler, que los nazis incumplieron hasta tal punto que en 1939 estaban clausuradas o intervenidas todas las escuelas católicas de Alemania. Ya en marzo de 1937, Pío XI, tras condenar duramente al comunismo ateo, al que calificó como «intrínsecamente perverso» en la encíclica *Divini Redemptoris*, también condenó el nazismo en una pastoral que he consultado en alemán y que se llama *Mit Brennender Sorge*, es decir, *Con ardiente dolor*, pero si no la he entendido mal, la crítica de este papa contra el nazismo se refería sobre todo a su atracción por el paganismo, o al menos así parece considerarlo Pío XI. No obstante, este papa tuvo un rasgo de dignidad cuando en mayo de 1938 abandonó temporalmente Roma con motivo de una visita que Hitler realizó a esa ciudad.

—Con todo ello, Portugal era, por tanto, un modelo político para la Iglesia.

—Por supuesto. Cuando Salazar se convirtió en jefe del gobierno de Portugal en 1932, su Régimen, al que algunos historiadores han calificado precisamente de «fascismo clerical», puso en marcha un sistema económico intervencionista y se alineó ideológicamente con las dictaduras europeas, pero mantuvo su histórica alianza estratégica y económica con Inglaterra, por lo que se declaró neutral en la Segunda Guerra Mundial, siguiendo en este caso el ejemplo de otra dictadura como la propia España, aunque por motivos bien distintos. Además, para contento de la Iglesia, se persiguió a los comunistas portugueses, que habían fundado su propio partido en 1921 y que estaban sometidos a la clandestinidad, se consolidó la censura, ya establecida en el golpe de 1926, no se permitió ni una sola huelga y en 1936 se creó la Legión Portuguesa, una milicia de inspiración fascista, y la Mocidade Portuguesa, una institución donde se adoctrinaba política y religiosamente a los jóvenes dentro del más rancio catolicismo.

»En esta situación, Fátima se convirtió en el gran icono religioso de Portugal y de su Régimen político dictatorial. Para ello había que relanzar el asunto de las apariciones, las señales y los mensajes de Cova da Iria, y así se hizo.

—¿Qué había pasado hasta entonces con Lucía?

—Había estado callada en su clausura en el convento español de Tuy, pero, para el relanzamiento de Fátima, sus declaraciones eran imprescindibles. Para dar un nuevo impulso al milagro, se empezó por trasladar los restos de Jacinta, la pastorcita, al santuario de Fátima en 1935, lo que se hizo como si se tratara de las reliquias de una santa, y se dieron a conocer nuevas apariciones y visiones que Lucía habría tenido en el convento de Tuy.

—¿Entonces, las apariciones de 1917 no fueron las únicas? —preguntó Michelle.

—Había que mantener la tensión y las revelaciones, porque en caso contrario podían caer en el olvido, como ocurrió por ejemplo con una presunta aparición de la Virgen en 1931 en la pequeña localidad española de Ezquioga, en la provincia de Guipúzcoa, o con la de Rojales, en la de Alicante, en 1936, que el franquismo no supo aprovechar en España. Por el contrario, la Iglesia de Portugal anunció que el 10 de diciembre de 1926 Lucía había presenciado una aparición de la Virgen, ahora acompañada del Niño Jesús, en la que le pedía que recibiera la sagrada comunión el primer sábado de cada mes durante seis meses consecutivos, y otra más el 13 de junio de 1929. Esta última es verdaderamente asombrosa. Lucía declaró que ese día estaba sola a las once de la noche rezando de rodillas y con los brazos en cruz en la capilla del convento, cuando una luz sobrenatural iluminó la estancia y se le apareció de pronto una cruz con la Virgen y la Santísima Trinidad. Junto a ella había un cáliz suspendido en el aire y encima de él una hostia grande, sobre los cuales caían gotas de sangre del rostro de Cristo crucificado. Debajo del brazo derecho de la cruz estaba la Virgen, que llevaba su corazón inmaculado en la mano.

—En verdad es alucinante. Me imagino la escena, ¡uf!, propia del más duro y oscuro surrealismo —exclamó Michelle.

—Y la Virgen le transmitió un mensaje — continuó David—. Le dijo que el papa debía consagrar Rusia al Sagrado Corazón de Jesús, pues, según la Iglesia, éste es el símbolo que vence al pecado.

—¡No fastidies!

—Y el papa Pío XI así lo hizo en Roma doce días después de la aparición, el 25 de junio, a la vez que consagraba una imagen de la Virgen destinada a un colegio de Fátima.

—Se dio mucha prisa; cuando le interesa, la burocracia de la Iglesia es rápida de veras. Parece todo preparado.

—Sí, creo que lo estaba.

—Salvo el milagro del sol. ¿Cómo explicas que decenas de miles de personas, periodistas incluidos, vieran bailar al sol, aproximarse a la tierra, volver a colocarse en su lugar en el firmamento y que se secara tan deprisa el suelo del lugar y la ropa de la gente tras la lluvia? ¿Cómo explicas eso, eh?

—Con la ayuda de la astrofísica. Los astrofísicos han descubierto que cada once años se reproduce un ciclo en la evolución de las manchas solares; es

como un gran reloj solar. Pues bien, en una fase de cada ciclo de esos once años se desarrolla el momento culminante del mismo, ¿ya que no adivinas cuándo se produjo uno de esos ciclos? —le propuso David.

—¿En 1917?

—Exacto; en 1906 tuvo lugar el primer momento álgido de la actividad solar en el siglo XX, que se repitió en 1917,1928, 1939, 1950... justo cada 11 años; este dato lo encontrarás en cualquier tratado de astronomía. Y cuando se produce ese fenómeno solar tan activo se desencadenan diversos efectos en la tierra. Por ejemplo, en 1906 estalló el volcán Krakatoa, en Indonesia, y tuvo lugar el terremoto de San Francisco. 1917 fue un año de extraordinaria actividad solar; las ondas que se producen en el sol tardan de dos a cuatro días y medio en llegar a la tierra. Esas erupciones extraordinarias liberan una colosal cantidad de rayos ultravioleta, lo que implica que se desarrollen enormes auroras boreales y que sean percibidas a una latitud mucho más alejada de los polos de lo habitual —explicó David.

—¿Quieres decir que los reunidos en Cova da Iría a mediodía del 13 de octubre de 1917 lo que presenciaron fue una aurora boreal?

—No exactamente; las fechas coinciden, porque las auroras boreales se observan en los meses de septiembre y octubre, cerca de los polos, todos los años, y en latitudes mucho más cercanas al ecuador cada once años, como ocurrió en 1917, cuyos efectos bien pudieron contemplarse a la altura de Fátima; aunque existe un inconveniente, y es que las auroras boreales, llamadas polares en el hemisferio norte, sólo son visibles de noche, pues su efecto disminuye en cuanto amanece, hasta desaparecer cuando la luz del sol inunda la mañana.

—En ese caso, se trataría de una alucinación colectiva, ¿no?

—Pudo ser. Miles de personas mirando al sol pueden sufrir alucinaciones, ver cosas extrañas y que tengan la sensación de que la cabeza les dé vueltas sin parar, y perder incluso el sentido de la vista durante unos segundos, pero eso no explicaría que se secara todo en unos momentos.

—¿Crees que fue un milagro? —preguntó Michelle.

—No, claro que no. Creo que se desató un fenómeno atmosférico extraordinario debido a la enorme actividad desarrollada por el sol en su ciclo de once años y que el viento solar sumado a alguna potente tormenta eléctrica y a alguna formación casual de las nubes incidió de manera contundente en la zona de Fátima. Todo ello explicaría el baile del sol y el que se secara el campo de manera tan rápida.

—De acuerdo, lo puedo admitir, pero ¿cómo sabía Lucía que se iba a producir ese fenómeno natural el 13 de octubre de 1917? No creo que tuviera conocimientos de astrofísica.

—No lo sabía.

—Pero dijiste que la Virgen les anunció que el 13 de octubre obraría un prodigio.

—Todo eso fue un montaje posterior. En ningún lugar he encontrado

noticias referentes al anuncio del milagro del sol antes del 13 de octubre de 1917. He repasado los periódicos de Lisboa anteriores a octubre de 1917, y en ninguno se habla del anuncio de que habrá un milagro el día 13 de octubre. ¿Recuerdas que hace unos días te leí las informaciones publicadas en *O Dia* y en O *Seculo* el 14 de octubre de 1917? Aquí las tengo; como verás, el periodista de O *Dia* describe ese hecho como si fuera el final de una aurora boreal: cielo gris perlado, una especie de gasa que oculta el sol, tonos de perlamadre, luz azulada, una especie de tono amarillo sobre la ropa blanca...; y el de O *Seculo* dice que el sol era como una placa de plata apagada, que se podía mirar sin dificultad y que bailaba... Pero ninguno habla del anuncio previo del milagro, ni de que el sol pareciera caer sobre la tierra, que es un añadido de observadores interesados. Se testifica que el sol brilló con una luz especial, pero no que se moviera arriba y abajo o que pareciese que se precipitaba sobre la tierra.

—Pero Lucía dice...

—Vamos, Michelle, Lucía tenía diez años, y, además, sus revelaciones no se recopilaron de manera «oficial» hasta mucho tiempo después.

—¿Y qué me dices de la luz de 1938 que anunciaba una catástrofe?; se vio en media Europa. ¿También era una aurora polar? No son las fechas en que se producen las auroras, precisamente.

—Una luz en la noche puede ser causada por un meteorito, o por varios de ellos; no faltan referencias a fragmentos de meteoritos que recorren el cielo nocturno provocando luces extraordinarias y aparentemente inexplicables. Todos los años se producen varias informaciones al respecto; basta con consultar los periódicos para comprobarlo. Lo que Lucía dice que vio esa noche desde la ventana de su celda en el convento de Tuy, «el cielo como un horno resplandeciente», no fue sino la caída de un meteorito. Y cuando dio comienzo la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia asoció esa visión con el anuncio del inicio de la contienda.

—Todo parece explicarlo la ciencia, pero si este asunto de las apariciones de Fátima fue un montaje, no deja de ser preciso y creíble.

—No tanto. Cuando la Iglesia construyó la versión oficial de las apariciones de Fátima, cometió un desliz cronológico —aseguró David.

—¿Ah sí?

—Según esa versión, la Virgen les dijo a los pastorcitos en la aparición del 13 de julio de 1917 que «rezaran por la conversión de Rusia» —Cárter miró a Michelle como pidiéndole que resolviera el error.

—¡Ya comprendo!; en julio de 1917, Rusia no era comunista todavía.

—Así es; en los primeros meses de 1917 había hambre y miseria en el Imperio de los zares y ya habían estallado algunos disturbios en Moscú y en San Petersburgo, pero el país no era comunista. Lenin no llegó a Rusia hasta el mes de abril y la Revolución Bolchevique triunfó el 11 de noviembre de 1917, aunque no se instauró en todo el territorio de la futura Unión Soviética hasta 1922.

—La revolución de Octubre Rojo —precisó Lucía.

—Que fue en noviembre, según el calendario occidental, que es diferente al ortodoxo ruso, pues Rusia no aceptó el cambio que se introdujo en 1582 por el papa Gregorio XIII y que consistió en eliminar del calendario juliano diez días, del 4 al 15 de octubre de ese año, para corregir la desviación que sufría éste al no tener en cuenta que la tierra gira alrededor del sol en 365 días, un cuarto de día y unos minutos más. En la URSS no rigió este calendario hasta 1918, meses después del triunfo de la Revolución.

—Pero la Virgen bien pudo adivinar lo que iba a ocurrir en Rusia meses más tarde — ironizó Michelle.

—No. Lo que hizo la Iglesia fue utilizar, años después, el milagro de Fátima para lanzar un ataque despiadado contra el comunismo y el ateísmo. Nadie podía saber ni en julio ni siquiera en octubre de 1917 que la Revolución Bolchevique triunfaría, y menos unos niños en el profundo y rural Portugal, que ni siquiera habían oído hablar de Rusia. Todo eso se preparó después, y quien lo hizo metió la pata con las fechas. Yo creo que toda esta historia se fraguó hacia 1939. Para entonces, varios millones de cristianos ortodoxos habían sido asesinados, depurados o encarcelados por orden de Stalin; Rusia se había anexionado varios países para formar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y se había impuesto un Régimen comunista dogmático y represor que la Iglesia consideró como la mayor amenaza para sus posiciones, muy por encima del fascismo e incluso del propio nazismo. La Iglesia temió lo peor y organizó una firme defensa de sus intereses, basada en la imposición de sus dogmas más ortodoxos.

—Rusia se erigía como el nuevo enemigo.

—Sí, claro. El gobierno de Moscú encarnaba el mal; era el gobierno de Satán, el impulsor del ateísmo y de las persecuciones contra los cristianos, y había que combatirlo con todos los medios. Fátima fue un instrumento más de la gigantesca campaña anticomunista que puso en marcha la Iglesia. La Segunda Guerra Mundial alteró por un tiempo esa campaña, porque el Ejército Rojo era una pieza imprescindible para ganarle la guerra a Hitler, pero cuando ésta acabó, se retomó el anticomunismo con mucha más fuerza —explicó David.

—La llamada «Guerra Fría» — asentó Michelle.

—En efecto; y en ella, la imagen de Fátima fue muy importante. La Iglesia Católica norteamericana se volcó con el milagro de Cova de Iría. Desde Estados Unidos se dotaron millones de dólares para crear en 1950 el llamado Ejército Azul, una organización de devotos católicos de la Virgen de Fátima integrada por unos veinte millones de personas, que encabezó en el momento de su fundación el prelado Fulton J. Sheen, obispo auxiliar de la diócesis de Nueva York, una de las más ricas de la Iglesia. Gracias a la fundación de un instituto católico sobre la Virgen, varios millones de dólares se emplearon para editar revistas, folletos, libros, realizar documentales y películas, y para organizar actos y conferencias para difundir el milagro de Fátima. Y ahí

siguen, año tras año, incrementándose las donaciones, un fabuloso negocio.

# CAPÍTULO DOCE

Lisboa, fines de mayo de 2008

El padre Malve ira esperaba a David Cárter en el aeropuerto internacional de Lisboa. Hacía ya unos días que este sacerdote, profesor del departamento de Historia de las Religiones, lo había llamado a París para comunicarle la muerte del profesor Joáo Barros, pero también le había confirmado que su conferencia se mantenía según la fecha prevista.

—Bienvenido a Lisboa, profesor Cárter —lo saludó el sacerdote.

—Gracias. Permítame que le presente a Michelle Henry, profesora de Historia del Arte en La Sorbona.

—Es un placer, señorita.

—Gracias, profesor —respondió Michelle, que había viajado desde París con David.

—Sentí mucho la muerte del profesor Barros —lamentó David, ya subidos en el fiat panda que conducía Manuel Malveira en dirección al centro de Lisboa, apenas a quince minutos del aeropuerto.

—Fue terrible. Recé mucho por él el pasado día trece en la nueva basílica de Fátima, mientras conmemorábamos el nonagésimo primer aniversario de las apariciones, celebración a la que lamentablemente no pudo acudir el santo padre.

—¿Cómo sucedió el asesinato del doctor Barros, profesor Malveira?

—Fue obra de unos ladrones que entraron a robar en su domicilio cuando él dormía; Joáo vivía solo. Al parecer, y según dedujo la policía, debió de despertarse con algún ruido y sorprendió a los ladrones, porque no llegaron a robar nada. Lo asesinaron mediante un corte en el cuello y entonces huyeron sin tiempo para desvalijar la casa.

—¿Ladrones?, ¿eran varios? Imagino que estarán detenidos.

—No, no, la policía no sabe nada todavía; siguen investigando.

—Si no robaron nada, ¿cómo supone la policía que eran ladrones?

—Porque la casa estaba revuelta. Habían abierto los cajones, los armarios, la alacena de la cocina, todo estaba patas arriba, aunque no se habían llevado nada de valor; claro que el profesor Barros no tenía joyas ni mucho dinero en casa. La policía encontró sobre la mesilla de noche su viejo reloj Omega de oro, su cartera con ciento veinte euros y sus tarjetas de crédito; no habían tenido tiempo para llevárselos.

—Es muy extraño.

—Sí; tal vez despertaran al pobre Joáo, y entonces se pusieron nerviosos, lo mataron y huyeron de allí a toda prisa —supuso Malveira.

—Sí, quizá fuera así, pero, en ese caso, si hubieran sido sorprendidos por el profesor Barros y hubieran huido tras asesinarlo, no hubieran revuelto todo, y

si les dio tiempo a revolverlo y hubieran sido ladrones, hubieran robado algo, al menos el reloj de oro y los euros que había en la cartera sobre la mesilla —adujo Cárter ante el silencio sospechoso de Malveira.

El pequeño utilitario rodeó la estatua del marqués de Pombal y entró en la avenida da Liberdade; poco después se detuvo delante de un lujoso hotel.

—Bien, ya hemos llegado. Como sabe, usted tiene habitación reservada, pero la señorita..., en fin, no sabíamos...

—No se preocupe, padre, nosotros correremos con los extras; ya me ocupé de llamar al hotel desde París para avisar de ello.

—Gracias, pero de haberlo sabido hubiéramos corrido con sus gastos. En fin, su conferencia es mañana a mediodía. Esta noche pueden cenar en el hotel, y cargue la cuenta a la habitación, la de los dos, por favor.

—Saldremos a cenar por ahí, y así daremos un paseo.

—Como deseen. Aquí tiene mi tarjeta con mi número de móvil; llámeme si necesitan alguna cosa o si tienen algún problema. Mañana pasará a recogerlos un coche de la universidad; ¿le parece bien a las diez en punto?

—Estaremos esperando.

—En ese caso, hasta mañana, profesor Cárter; profesora Henry, mucho gusto en tenerla en Lisboa.

—Hasta mañana, profesor Malveira.

—Un robo en el que no hubo nada que robar. ¿No te parece extraño? —le comentó David a Michelle mientras se vestían en la habitación del hotel después de una reconfortante ducha.

—Quien asesinó a Joáo Barros buscaba el informe «Fátima 1»; estoy segura. Tenemos que hablar con el padre Lefévbre. Este asunto comienza a ser muy delicado —dijo Michelle.

—No podemos hacerlo por teléfono; no me fío.

—Con el móvil no tiene por qué haber problemas.

Michelle marcó el número de Lefévbre y se lo pasó a David.

—¿Padre?, soy David. Ya estamos en Lisboa. Nos ha recogido en el aeropuerto un sacerdote llamado Manuel Malveira, ¿lo conoce?

—No, no sé nada de él. ¿Quién es? —preguntó Lefévbre.

—Es un profesor de Historia de las Religiones, compañero de Joáo Barros en el mismo departamento de la universidad de Lisboa. Nos ha informado que la policía considera que el motivo del asesinato de Barros fue el robo, pero, aunque la casa apareció revuelta de arriba abajo, los presuntos ladrones no se llevaron nada, ni siquiera una cartera que estaba encima de la mesilla de noche y que contenía algunos euros, ni tampoco el reloj, un Omega de oro de cierto valor.

—Buscaban el informe —asentó Lefévbre rotundo.

—Eso creemos, padre.

—Intenten averiguar cuanto puedan, pero tengan mucho cuidado. Yo indagaré sobre el padre Malveira y los llamaré más tarde, en cuanto sepa algo de ese sacerdote.

—De acuerdo —aceptó David antes de cortar la comunicación.
—¿Qué dice Lefévbre? —le preguntó Michelle.
—Que también cree que los asesinos de Barros buscaban «Fátima 1».

* * *

La tarde era soleada y cálida; una suave y agradable brisa del Atlántico moderaba el calor del sol. Habían salido del hotel y habían paseado por el barrio de Baixa, y recorrido la calle Augusta hasta la plaza del Comercio, con tres de sus lados cubiertos por las monumentales arcadas y el cuarto abierto al estuario del Tajo. Después continuaron paseando hacia Alfa— ma, bajo el castillo de San Jorge, el barrio más genuino y popular de Lisboa. Desde el hotel les habían reservado una mesa para cenar en un restaurante típico en la calle de San Miguel, detrás de la catedral, que en el mismo hotel les habían recomendado.

Pidieron calamares rellenos de arroz, lamprea con salsa de vino tinto y bacalao *a, Gomes de Sá*, a base de piezas desmigadas mezcladas con patata, cebolla, aceitunas y perejil, pasado por el horno y decorado con huevo duro desmenuzado. David eligió media botella de vino blanco de Bucelas.

Nada más tomar nota el camarero, sonó el móvil de Michelle.

—Es el padre Lefévbre; quiere hablar contigo.

—¿Padre?

—Hola, David. Ya sé quién es Manuel Malveira.

—Usted dirá.

—Es miembro de Sodalitium Pianum.

—Eso es latín. Sodalitium significa «sociedad secreta», pero Pianum..., ¿se refiere a un papa Pío?

—Así es. Pianum es la «Sociedad Secreta de Pío». En el siglo XVI el papa Pío V fundó la Santa Alianza, un servicio de espionaje del Vaticano para debilitar a Isabel I de Inglaterra y defender a los católicos perseguidos en ese país. En 1907 el papa Pío X ordenó que se acosara y se denunciara al modernismo, una corriente de intelectuales católicos que pretendía renovar la Iglesia, y para ello se fundó Sodalitium Pianum, en honor de Pío V, o tal vez del propio Pío X. El encargado de dirigir esta sociedad secreta vaticana fue el cardenal Humberto Benigni, profesor de la Academia de Eclesiásticos Nobles, la escuela de formación de diplomáticos de la Santa Sede. En Francia, a esa sociedad se la llamó con el apodo de La Sapiniére, «el abetal», en referencia al abeto, su árbol emblemático.

—¿Y todavía existe?

—Legalmente, no; se disolvió en 1921. Para entonces se había convertido en un grupo de poder en el interior del Vaticano que procuraba promover para los altos cargos a los clérigos más reaccionarios y conservadores y perseguir a todo aquel que sonara a liberal, moderno y demócrata. Era un grupo antiliberal, antidemócrata, anticomunista y antifeminista, y se oponía al

interconfesionalismo y al neutralismo, además de proponer una fusión entre la Iglesia y el Estado.

—Pero usted acaba de decir que Malveira es miembro de esa sociedad, luego no se disolvió del todo.

—He dicho que se dio por disuelta oficialmente, pero Sodalitium ha seguido operando después de manera secreta y al margen de las estructuras públicas de la Iglesia. Fue muy activa durante la Segunda Guerra Mundial con Pío XII y en los años siguientes, hasta que el papa Juan XXIII ordenó el cese de todas sus actividades; pero renació en el pontificado de Pablo VI y sobre todo con Juan Pablo II. Sus agentes y agitadores fueron claves en la caída del comunismo.

—Gracias, padre Lefévbre.

—Ahora deben incrementar su cautela.

—¿Cree que Malveira tiene algo que ver con el asesinato de Joáo Barros?

—No lo sé, pero desconfíen de todo y de todos, y cuídense mucho, la gente de Sodalitium es muy peligrosa y no suele detenerse ante nada —Lefévbre cortó la comunicación.

—¿Sodalitium... Pianum...? ¿Hablabais en latín? —preguntó Michelle.

—No, pero, cuando te lo cuente, te vas a quedar de piedra.

Durante la cena, David relató a Michelle la conversación que acababa de tener con el padre Lefévbre, intentando suavizarla para que la joven profesora no se preocupara demasiado.

El camarero les retiró los segundos platos y les aconsejó que tomaran de postre un pudín Molotov, que pese a tan explosivo nombre consistía en inofensivos copos de huevo batido bañados con crema de caramelo y acompañados de una copita de vino dulce de Madeira. Michelle aceptó a pesar del vino, pues la joven no bebía alcohol.

La luz del restaurante bajó de pronto de intensidad; en un rincón, habilitado a modo de pequeño escenario, un foco iluminó a una mujer de mediana edad, delgada, fibrosa, como esculpida por el tiempo y el recuerdo, que vestía un ajustado traje negro, con finos tirantes, con los hombros al descubierto. Cantaba fados con una voz desagarrada y sentida, en cada uno de los cuales vivía una imposible historia de amor y una sutil carga de melancolía.

De regreso al hotel, mientras caminaban por las calles del viejo Lisboa abrazados como jóvenes recién enamorados, David no dejó de mirar a su espalda de vez en cuando; sentía la extraña sensación de que ojos ocultos los estaban observando.

Un coche oficial de la universidad los recogió a las diez en punto en la puerta del hotel en la avenida da Liberdade. El chófer condujo el vehículo a toda velocidad por las calles de Lisboa hasta la facultad de Letras, donde el profesor Cárter iba a impartir su conferencia.

Los esperaban el decano, el director del departamento de Historia de las Religiones y el profesor Manuel Malveira, que se había puesto una camisa negra con cuello de *cleryman* bajo un elegante traje italiano en gris marengo.

El sacerdote les presentó a los dos cargos universitarios y se dirigieron al despacho del decano, donde los obsequiaron con café, pastas y agua.

Cárter llevaba bajo el brazo su portafolios con el texto de la conferencia, que pronunciaría en inglés, y un disco con las imágenes de la Virgen según los pintores del Renacimiento. Como no lo había publicado todavía, apenas había modificado el texto que presentara en Sevilla casi dos meses antes.

El aula magna estaba llena. Cárter fue recibido con aplausos y, tras darle la bienvenida el decano y ser presentado por el director del departamento, comenzó su charla sobre la representación de la Virgen en la pintura italiana del Renacimiento.

Tras una hora de disertación, David la dio por concluida ante una gran salva de aplausos. Un alumno mantenía la mano levantada. El director del departamento no había dicho nada sobre posibles preguntas al final de la conferencia, pero ante la insistencia del joven le preguntó a micrófono cerrado a David si tenía inconveniente en responder a alguna cuestión. El profesor norteamericano dijo que no le importaba, y le cedieron la palabra al joven.

—Usted nos ha hablado de la imagen de la Virgen en el arte renacentista, pero ¿cuál cree que era la imagen real de María?

Cárter recordó entonces la conversación que había tenido con Joáo Barros en Sevilla. El profesor portugués le había dicho que probablemente sería una mujer de piel melada, pelo negro y ojos oscuros, de raza semita.

—No lo sé; no existe una sola descripción física de la Virgen en todo el Nuevo Testamento, ni el menor detalle —se limitó a responder.

—¿Y su voz? —volvió a preguntar el joven.

—Tampoco sabemos nada de ella.

—Me refiero al idioma en que se expresaba.

—Con toda seguridad, en arameo. María era natural de Nazaret y allí se hablaba arameo en esa época, aunque también era judía y los judíos utilizaban y conocían el idioma hebreo, sobre todo para la liturgia. Es probable que entendiera los dos idiomas —respondió Cárter.

—¿Y el portugués? —insistió el joven.

—No, no creo que hablara portugués; hace dos mil años ni siquiera se había desarrollado este idioma.

—E n ese caso, ¿cómo es posible que la Virgen les hablara en portugués a los pastorcillos en Cova da Iria en 1917?

Un rumor se extendió por toda el aula y los alumnos de las primeras filas se giraron para ver quién estaba haciendo aquellas preguntas, que cada vez tenían menos que ver con el tema de la conferencia.

Cárter iba a responder con una evasiva cuando el decano tomó la palabra.

—Perdone, doctor Cárter. Esa pregunta no viene a cuento —le espetó al alumno.

El joven que había preguntado vestía una chaqueta de punto beige y una camisa azul celeste; era moreno, llevaba gafas de sol con cristales grandes muy oscuros y hablaba un correctísimo inglés.

—No importa... —adujo Cárter.

—No sé quién es ese individuo, pero desde luego no parece alumno de esta facultad; nunca lo he visto por aquí. Le ruego nos disculpe, profesor Cárter —se excusó el director del departamento, mientras el decano daba por finalizada la charla sin ofrecer a David la oportunidad de responder al joven.

Michelle estaba en primera fila y se acercó al estrado enseguida.

—Casi se lía, ¿eh? — le bisbisó al oído a Cárter— Parece que este tema de Fátima es tabú.

De regreso al hotel tras el almuerzo con el decano, Cárter volvió a mirar a su espalda varias veces. C o m o presintiera la noche anterior, sentía una extraña sensación, cual si alguien los estuviera observando oculto o siguiéndolos a distancia. No dijo nada a Michelle respecto a esa sensación para evitar que la joven se preocupara.

El agua de la ducha resbalaba por la espalda de Michelle formando pequeños bucles a la altura de sus caderas. La joven salió del baño envuelta en una toalla y con el pelo suelto cayéndole en rizos ondulados y empapados sobre los hombros. Tenía los pezones completamente erizados y olía a esencia de azahar, la que contenía el gel perfumado que había dejado el servicio del hotel en una cestita de mimbre en el lavabo. David la miraba, nunca se cansaba de hacerlo, como se contempla la más bella escultura en el mejor de los museos. Michelle colocó un pie encima de la cama; la toalla con la que se cubría el vientre y la zona alta de los muslos, como si se tratara de una especie de falda corta, se deslizó hasta dejar al descubierto su sexo completamente depilado.

David se acercó por detrás, la sujetó por la cintura y la besó en el cuello y en la espalda; después, deslizó sus manos por las caderas hasta alcanzar la parte anterior de los muslos de la joven Henry. Eran duros y firmes, pero suaves y delicados a la vez que cálidos y sedosos. Sintió cómo el miembro se le endurecía y siguió acariciando los muslos de Michelle hasta llegar a su hendidura rosada. Con las yemas de los dedos le rozó los labios exteriores hasta el clítoris, que masajeó muy despacio, con delicados movimientos circulares, susurrándole palabras de amor al oído.

Michelle inició un jadeo espaciado y poco a poco fue intensificando sus gemidos de placer conforme los dedos de David la conducían directamente al éxtasis.

Habían planeado salir a cenar a un refinado restaurante en la calle de la Misericordia, en el barrio de Alto, pero antes, David sacó su cuaderno de notas sobre Fátima y se puso a repasar algunas páginas mientras Michelle se vestía.

—Mañana sale nuestro avión a París muy temprano; habrá que madrugar un poco —comentó David.

—No importa.

—¿Qué te han parecido las preguntas del joven esta mañana?

—Estaban preparadas —asentó Michelle.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Eran una clara provocación; estaban concadenadas con mucha lógica y pretendían que te descolocaras, o que desvelaras tus ideas religiosas. Habrá que hacer caso a Lefévbre y tener cuidado.

—Mientras te duchabas, le he dado vueltas a esas preguntas, pues yo también me las he hecho cuando he estado buscando documentación sobre el caso de Fátima, y creo que todo este embrollo comienza a tener sentido.

—¿Ya has descubierto el engaño? —Michelle estaba convencida desde el primer momento de que las apariciones de Fátima eran un montaje.

—Estoy en el camino. Los niños de Fátima contemplaron en Cova da Iría a una joven hermosa, probablemente rubia y de piel clara, que emanaba luz y que hablaba en portugués; ¿de acuerdo?

—Claro; los pastorcitos no sabían otro idioma, y eso mismo es lo que sostiene la versión oficial.

—Pues bien, ¿sabes cuándo se fijó esa versión?

—Poco después de que se produjeran las apariciones, imagino —supuso Michelle.

—No; fue mucho más tarde. No sabría precisar cuándo con exactitud, pero debió de ocurrir entre 1939 y 1941. En esos años, la vidente Lucía, que seguía recluida en el convento de Tuy, en España, escribió sus memorias con la ayuda de un sacerdote. Y ahí está el origen de la versión oficial, que se envolvió y magnificó con nuevas apariciones para convertir a Lucía en la gran médium entre Dios y los hombres a través de la Virgen.

»En esa época, la Iglesia estaba acosada por los comunistas en Europa oriental, por los nazis en Europa central y por el liberalismo, el laicismo y el socialismo en Europa occidental. El milagro de Fátima de 1917 no se había olvidado pero el fervor y la religiosidad de los católicos estaban decayendo ante el avance del ateísmo. Y entonces, la Iglesia reaccionó: convirtió a Lucía en su gran esperanza y se redactó una versión muy elaborada y compleja de los hechos de Fátima.

—¿Cómo fue?

—Se publicaron nuevas apariciones de las que no se había hablado hasta entonces. Lucía reveló, por primera vez y tras casi un cuarto de siglo en silencio, que los tres pastorcitos contemplaron unas apariciones previas a las de la Virgen de 1917. Lucía aseguró que en 1915 ya tuvieron algunas visiones y que en 1916 se les mostró un ángel que se identificó como «el ángel de Portugal», del que jamás habían hablado sus primos, ni ella tampoco, hasta dos décadas y media después. A partir de ahí se habría producido una serie de tres encuentros místicos entre el ángel y los tres niños antes de que fuera la Virgen quien se hiciera visible ante los pastorcitos.

—Pero en 1915 Lucía tendría ocho años —dedujo Michelle.

—Sí, y Jacinta cinco y Francisco siete. Parece imposible que con esa edad recordara Lucía tantos detalles, casi veinticinco años después — David cotejó su cuaderno de notas—. Las primeras visiones del ángel tuvieron lugar, según

Lucía, en 1915, en las afueras de Fátima, cuando los tres estaban cuidando el ganado. Asegura Lucía que contemplaron una nube traslúcida que parecía tener forma humana y que se movió a través del cielo hasta posarse sobre unos pinos.

»Al año siguiente vieron al "ángel de Portugal", que los habría invitado a rezar por la paz en la tierra. Se les apareció tres veces; la primera en un prado llamado Couza Velha, donde una tormenta sorprendió a los pastorcitos y a su rebaño. Corrieron a resguardarse en una cueva cercana y allí decidieron esperar a que amainara el temporal. Se pusieron a rezar el rosario y la lluvia cesó de repente; entonces salieron de la cueva y sintieron un fuerte viento, y, al volverse en la dirección que soplaba, vieron de nuevo la misma nube traslúcida del año anterior que se dirigió hacia ellos adoptando la forma de una persona y materializándose en un joven de unos catorce años de edad.

»Recuerda Lucía en 1941 que este joven dijo ser un ángel, el ángel de la Paz, y que se dirigió a los tres niños con estas palabras: "No teman. Yo soy el ángel de la Paz. Recen conmigo". Después de esto, ese ángel se puso de rodillas, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente y rezó así: "Dios mío, yo te creo, yo te adoro, yo te amo; te pido perdón por todos aquellos que no te adoran, no confían en ti y no te aman" —Cárter leía las notas textuales tal cual las había copiado en el cuaderno de espirales—. El ángel de Portugal, siempre según las declaraciones de Lucía, recitó estas oraciones tres veces, y cuando acabó, les pidió a los niños que rezaran de ese mismo modo para que los corazones sagrados de Jesús y de María se mantuvieran atentos a sus súplicas y ruegos. Los niños rezaron arrobados.

—Es impresionante —dijo Michelle.

—Y todavía falta lo mejor. En la segunda aparición, meses después, el ángel les pidió que solicitaran un gran favor, que ofrecieran sacrificios a Dios y que aceptaran con resignación los sufrimientos que el Señor podría enviarles.

—¿Y la tercera aparición del ángel?

—Ocurrió en octubre de 1916. Los niños rezaban con frecuencia la oración que les había enseñado el ángel, aunque es curioso que todo esto no lo desvelara Lucía hasta veinticinco años más tarde. Por fin, se produjo una tercera y última aparición del ángel. En esa postrera visión portaba un cáliz como suspendido en el aire y encima flotaba una hostia que sangraba, y las gotas de sangre caían dentro del cáliz. Se acercó para ofrecerle la hostia a Lucía, que era la única de los tres que había recibido la primera comunión, y se postró en el suelo diciendo —Cárter volvió a leer sus notas—: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te adoro profundamente y te ofrezco el precioso cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, presente en todos los tabernáculos de la tierra, en reparación por todas las ofensas, sacrilegios e indiferencia con los cuales El es ofendido. Y a través de los méritos infinitos de su Sacratísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, yo te ruego por la conversión de los pobres pecadores». Y la repitió por tres veces, como acostumbraba. Después se incorporó y levantó la hostia

diciendo: «Toma y bebe el cuerpo y la sangre de Jesucristo, horriblemente insultado por los hombres ingratos. Hagan reparación por sus crímenes y consuela a tu Dios». El ángel le dio la hostia a Lucía y dejó beber del cáliz a los otros dos niños.

—¿Les hablaba de usted?, ¿el ángel trataba a los niños de usted? —se sorprendió Michelle.

—Así es, aunque tal vez se deba a que esta versión del milagro la redactó o la tradujo del portugués un sacerdote sudamericano en español, pues cuando en algunos países de Iberoamérica hablan en español emplean el «vos» en vez del «usted», y al traducirlo al inglés o al francés se arrastra ese modo de expresión.

—¿Por qué no dijeron nada de la aparición del ángel en las declaraciones que hicieron en el año 1917?

—Según Lucía, temían hacer el ridículo y que sus padres los castigaran por lo que creerían que no eran sino fantasías.

—Pero, en cambio, sí desvelaron las apariciones de la Virgen.

—Ahí está la contradicción. Parece evidente que las apariciones del ángel se inventaron en 1941 para dotar de más fuerza al milagro y de mayor autoridad a Lucía.

—¿Fue ese sacerdote, el que ayudó a Lucía a redactar sus memorias en el convento de Tuy en 1941, quien ideó todo esto?

—Al menos se constituyó en el muñidor intelectual de toda la trama, que ya había sido diseñada antes en Leiría y quién sabe si en la propia Roma.

—Oye, ¿y si ese sacerdote hubiera pertenecido a Sodaliium Pianum?

—Sería una auténtica revelación; lo investigaremos. Tal vez el padre Lefévbre lo pueda averiguar.

# CAPÍTULO TRECE

Roma, fines de mayo de 2008

El secretario del papa estaba muy nervioso. Durante varios días todos los funcionarios del Archivo Vaticano habían estado buscando el documento clasificado como «Fátima 1», que había desaparecido de la caja fuerte donde se custodiaba. Luigi Pico, el archivero que lo había tocado por última vez, juraba por lo más sagrado que él lo había colocado personalmente en la caja, que no lo había vuelto a sacar de allí y que nadie después de que lo consultara el secretario de Estado, en el mes de febrero pasado, se lo había pedido de nuevo; claro que los documentos que se guardaban en esa caja eran los más secretos del Vaticano, y sólo el propio papa, tres cardenales y el secretario del pontífice tenían acceso a ellos.

Aquella caja fuerte se cerraba mediante una combinación electrónica de doce dígitos y una cerradura mecánica de dos llaves, una de las cuales guardaba el secretario del papa y otra el cardenal camarlengo.

—Usted lo vio, señor secretario; yo coloqué en su lugar el documento que usted me dio, y luego cerré la caja con las dos llaves, como es preceptivo —aseguró Luigi Pico.

El secretario del papa resopló.

—En ese caso, sólo ha podido ser el cardenal camarlengo. Hablaré de nuevo con él.

—Hasta el día de su nacimiento, eminencia; no parece que el responsable de la desaparición esté entre ellos. Todos son de fiar, como comprenderá.

—¿Podría haberlo entregado alguno de ellos por dinero?

—Ninguno traicionaría a la Iglesia por un soborno; de eso estoy seguro.

—¿Es posible abrir esa caja fuerte de alguna manera, sin nuestras llaves?

—Hemos hablado con los responsables de la fabricación de esa caja fuerte, y sí, claro que es posible, pero tendría que haber sido un profesional muy cualificado, aunque antes debería haber entrado en estos palacios, burlado la guardia y superado todas nuestras medidas de seguridad... Y eso es mucho más difícil. Usted y yo poseemos las dos únicas llaves que dan acceso a esa caja, y el santo padre lo sabe. ¿Entiende lo que esto significa? ¡Dios mío!, esto puede ser una catástrofe.

El papa estaba sentado, con rostro muy serio, tras la mesa de su despacho privado. Ante él, de pie y al otro lado del escritorio, permanecían en silencio su secretario, el cardenal camarlengo y el secretario de Estado. Encima de la mesa había dos llaves de seguridad.

—¿Cómo ha podido desaparecer ese documento, monseñores? Ustedes dos son los únicos que tienen las llaves de esa caja y sólo ustedes dos y el archivero conocen la combinación de seguridad. Según me dicen, la caja no

está forzada y no hay sospechas de que nadie ajeno a esas dependencias haya entrado en el archivo. ¿Cómo explican todo esto?

El secretario de Estado aspiró hondo, se secó algunas gotitas de sudor de la frente con su pañuelo y habló:

—Si su santidad me lo permite, puede haber una respuesta a esa pregunta.

—Dígala.

—E l cardenal camarlengo me sugirió que hablara con el responsable de Sodalitium Pianum, y...

—Sabe bien que esa organización hace años que no existe —asentó el papa.

—Santidad, sólo ellos han podido hacer algo así. Son los únicos que dentro del Vaticano tienen capacidad para llevar ¡cabo una operación de semejante calado.

—He hablado con el responsable de Soda..., de la «organización», quiero decir —corrigió el secretario sobre la marcha—, y me ha prometido que ellos no han tenido nada que ver. Es más, me ha asegurado que son los primeros interesados en que esos documentos regresen a esa caja fuerte. Se ha ofrecido a ayudarnos a buscarlos, y, si su santidad lo ordena, pondrán a todos sus agentes a trabajar en este caso. Ya sabe, santidad, cuan grande ha sido siempre su eficacia.

El papa enarcó las cejas, se levantó de su sillón y se acercó a la ventana. La mañana en Roma era luminosa y el cielo brillaba azul radiante.

—Imagino que son conscientes de lo que puede ocurrir si ese documento sale a la luz.

—Por supuesto, santidad —dijo el camarlengo—. He pensado que, si se filtrara a la prensa y se hiciera público su contenido, deberíamos responder con un comunicado en el que se dejara claro que todo esto no es sino una falsificación, un montaje más para desprestigiar a la Iglesia.

—No —zanjó rotundo el papa—. Ya tuve que obviar el discurso que había pensado leer con motivo de la celebración del aniversario de la Virgen de Fátima el pasado día 13. Si «Fátima 1» se publica al fin en la prensa, no responderemos nada-

Tal vez haya un revuelo durante algunos días, y la prensa sensacionalista lo aireará con titulares a toda página, pero pasará enseguida. Si emitimos un comunicado de respuesta, el asunto se complicará mucho más y le daremos una publicidad que no conseguiría en otro caso.

—Perdone, santidad, pero en esa carpeta también estaba el informe de Londres.

—¿Qué está usted diciendo, cardenal? —el papa mudó el rostro.

—Que junto a la confesión original de Mary Saylor, la carpeta azul de «Fátima 1» contenía además el informe que los agentes de Sodalitium Pianum realizaron en la diócesis de Londres en noviembre de 1917.

—¡Santo Cielo! —exclamó el secretario del papa—. Tienen que ser ellos quienes han robado esos documentos; y si es así, eso significa que estamos en sus manos.

—Siempre hemos estado en sus manos. Ya le previne en su momento a su santidad Juan Pablo II para que acabara con esta engorrosa situación; jamás debimos dejar que Sodalitium llegara hasta este punto —sentenció el secretario de Estado.

—Díganle al responsable de Sodalitium que venga a verme; lo recibiré en secreto —ordenó el papa.

El secretario de Estado y el camarlengo se miraron atónitos.

—Pero, santidad, eso no es posible, no es seguro, podría... —balbució el camarlengo.

—Ya me han oído. Quiero verlo aquí, con el máximo secreto, esta misma semana —zanjó el pontífice.

# CAPÍTULO CATORCE

Roma, 28 y 29 de septiembre de 1978

Albino Luciani fue elegido nuevo papa el 26 de agosto de 1978, inmediatamente después de la muerte de Pablo VI. El hasta entonces patriarca de Venecia había recibido, en la última votación del cónclave para ocupar el solio de san Pedro, los votos de ciento once cardenales. Tomó el nombre compuesto de Juan Pablo I, uniendo en uno solo los de sus dos predecesores inmediatos, Juan XXIII y Pablo VI.

Al día siguiente a su elección, en el discurso *Urbi et orbe*, radiado por la emisora Radio Vaticana, anunció que las líneas maestras de su pontificado serían la continuación de la herencia del Concilio Vaticano II, la revisión del Código de Derecho Canónico, la continuación del esfuerzo y el apoyo a todas las iniciativas por la paz y la convivencia en el mundo.

El 30 de agosto pronunció ante el Colegio Cardenalicio un discurso verdaderamente revolucionario, en el cual habló de respetar la diversidad, aunque siempre dentro de la unidad, en el seno de la Iglesia. Aquellas dos alocuciones del nuevo papa cayeron como una bomba entre los sectores más conservadores del catolicismo.

En el verano de 1978, las finanzas del Vaticano se encontraban en completo desorden. // *Mondo*, un periódico espeluzado en economía, publicó el 31 de agosto de ese año un artículo recomendándole al nuevo papa que hiciera una «limpieza» en la Banca Vaticana, cuyo responsable era el cardenal norteamericano Marcinkus, apelado por algunos como «el Gorila». Juan Pablo I ordenó una investigación y enseguida descubrió las corruptelas que se estaban perpetrando desde las finanzas vaticanas.

El 10 de junio de 1977, Albino Luciani había visitado el santuario de la Virgen de Fátima en calidad de patriarca de Venecia. Allí le habían narrado las apariciones de 1917 y los muchos milagros que desde entonces se habían obrado en el santuario. En cuanto el patriarca Luciani fue coronado papa como Juan Pablo I, pidió conocer el tercer secreto de Fátima, cuyo relato escrito por sor Lucía se custodiaba en el archivo de la Congregación para la Doctrina de la Fe, la antigua Inquisición, en la misma urna en la que se custodiaba desde hacía varios años sobre la mesa de trabajo del pontífice.

Lo que leyó no le produjo ningún sobresalto, pero su secretario le reveló que en la caja fuerte del archivo se guardaba un documento clasificado como «Fátima 1», que tal vez le pudiera interesar.

El papa lo pidió para consultarlo en su alcoba, y allí se lo llevaron la tarde del 28 de septiembre. Juan Pablo I abrió la carpeta que contenía un sobre y extrajo de su interior una docena de cuartillas, numeradas al pie del 1 al 12, escritas por las dos caras con tinta color sepia oscuro y de elegante trazo;

estaban redactadas en inglés.

Cuando se disponía a leerlas, unos golpes sonaron en la puerta de su alcoba. Era sor Vincenza, la monjita que atendía a su santidad, al que traía la cena.

El papa dejó las cuartillas a un lado y se dispuso a comer. Cuando terminó y le retiraron el servicio, rezó sus oraciones y se metió en la cama. Solía leer algunos textos sagrados antes de dormir y eso estaba haciendo cuando se percató de que había dejado las cuartillas del expediente «Fátima 1» encima de la mesa. Se levantó, las cogió, regresó a la cama y, recostado sobre el almohadón, comenzó a leer:

> *Londres, 16 de octubre de 1917.*
>
> *Estimado amigo*:
>
> *Esta misma tarde he leído en el periódico de hoy una información que me ha turbado sobremanera. Me he enterado por el diario de lo que está ocurriendo en la pequeña localidad de Fátima, en Portugal, con motivo de las presuntas apariciones a tres pastorcitos que aseguran que la Virgen María se les ha mostrado en carne mortal.*
>
> *En cuanto he leído la noticia, me he sentido obligada a escribirle para contarle la verdad de lo sucedido en esa aldea portuguesa, porque cuanto allí ha ocurrido me atañe de una manera muy especial.*
>
> *Escribo estas cuartillas para que usted, querido amigo, pueda entender lo que aconteció esta pasada primavera en Fátima, y me aconseje sobre lo que debo hacer en estas embarazosas circunstancias.*
>
> *Ya sabe que soy creyente, y que profeso con devoción la religión cristiana católica, pero lo que está sucediendo en Fátima no puede seguir adelante. Por eso, como cristiana católica, creo que es mi obligación denunciar ante usted, y espero que me comprenda.*

Al acabar la lectura de aquellas doce cuartillas, Juan Pablo I sintió que su corazón se estremecía. Se levantó de la cama y se sirvió un vaso de agua; se arrodilló frente a una imagen de la Virgen y se puso a rezar el rosario.

Nuevos golpes sonaron entonces en la puerta de la alcoba papal.

Poco antes de amanecer, sor Vincenza picó a la puerta del dormitorio del papa. Habitualmente, Juan Pablo I respondía enseguida a esa señal, indicando que ya estaba despierto, pero esa mañana la respuesta fue el silencio. La hermana volvió a golpear con los nudillos y llamó con su propia voz al santo padre, pero de nuevo no hubo respuesta alguna. Aunque el papa se levantaba muy temprano para rezar, la monja pensó que se había dormido y lo dejó descansar media hora más, el tiempo necesario para preparar el desayuno, o tal vez supuso que ya estaba levantado y que había acudido a rezar el rosario a

su capilla privada, como solía hacer algunas mañanas.

Cuando regresó con la bandeja del desayuno, y tras comprobar que no estaba en la capilla, volvió a llamar a la puerta; nadie contestó. Insistió alzando un poco la voz y, como no escuchaba nada, decidió entrar, avisando de que iba a hacerlo.

Juan Pablo I yacía en su lecho, recostado en el almohadón. Tenía las gafas puestas y un libro entre sus manos; la luz de la mesilla de noche estaba encendida. Su aspecto era tranquilo y sereno, pero no respiraba. El papa estaba muerto. El aspecto del pontífice en el lecho de muerte era sereno, en absoluto crispado como, por el contrario, ocurre en los fallecimientos por infarto.

Tres horas después del hallazgo del cadáver, el Vaticano hizo público un comunicado oficial anunciando el óbito de Juan Pablo I. Decía así:

Esta mañana, 29 de septiembre de 1978, hacia las cinco y media, el secretario particular del papa, no habiendo encontrado al santo padre en la capilla, como de costumbre, lo ha buscado en su habitación y lo ha encontrado muerto en la cama, con la luz encendida, como si aún leyera. El médico, doctor Renato Buzzonetti, que acudió inmediatamente, ha certificado su muerte, acontecida probablemente hacia las 23 horas del día anterior, de un infarto agudo de miocardio.

Oficialmente se aseguraba que la causa de la muerte había sido un infarto cardíaco, provocado por la ingestión de una dosis elevadísima de un potente medicamento vasodilatador. No hubo autopsia oficial, aunque sí se efectuó una en secreto. El cardenal Villot, secretario de Estado y jefe del Estado Vaticano en funciones en el período de la sede pontificia vacante, ordenó a su asistente, el cardenal Oddi, que no permitiera que se realizara investigación alguna sobre las causas de la muerte del papa.

La tesis oficial sostenía que el corazón de Juan Pablo I había fallado a causa de una mala administración de un medicamento que su médico personal en Venecia le habría recetado por teléfono la tarde anterior a su óbito. En ese momento no hubo ninguna réplica a esa información, pero en el año 1993 el doctor Da Ros, el médico veneciano de Juan Pablo I cuando todavía era patriarca de Venecia, declaró que la tarde del 28 de septiembre de 1978 no le recetó nada a su egregio paciente y que lo había visitado el domingo anterior a su muerte y lo había encontrado en perfecto estado de salud. El certificado de defunción de Juan Pablo I no lo firmó nadie.

El 14 de octubre de 1978, tras siete tandas de votaciones, el cónclave eligió, por cien votos sobre ciento once electores, al cardenal arzobispo de Cracovia, el polaco Karol Wojtyla, como nuevo sumo pontífice de la Iglesia Católica; hacía el número 261 en la lista oficial desde san Pedro. Con el nuevo papa, los aires de cambio y de nuevos tiempos para la Iglesia, que se anunciaran durante el pontificado de Juan Pablo I quedaron en nada.

# CAPÍTULO QUINCE

París, fines de mayo de 2008

De regreso de Lisboa, Michelle y David se presentaron en el despacho del padre Lefévbre, el sacerdote encargado del patrimonio de Nôtre-Dame, el miembro más antiguo de los Hermanos de Heliópolis, la sociedad de alquimistas que protegía la piedra filosofal que consiguiera descubrir el obispo Guillermo de Auvernia en el siglo XIII, la misma que guardara en su día Fulcanelli, la que se custodiaba bajo el altar mayor de la catedral de París. Estaba serio y su rostro denotaba una profunda preocupación.

—¿Qué tal en Lisboa? —les preguntó.

—Muy bien, padre — dijo Michelle.

—Estupendo —ratificó David.

—Me alegro, pero lo que está ocurriendo es muy grave. Hemos sabido, y no me pregunten cómo, que hace unas semanas el informe «Fátima 1» fue robado de la caja fuerte del Archivo Vaticano. Quien lo haya hecho envió una fotocopia del anverso de la primera cuartilla al profesor Joáo Barros, miembro, como saben, de nuestra hermandad. Usted, David, vio esa copia, de modo que ya conoce de qué trata este asunto.

—No; lo ignoro, padre. Lo único que entiendo es que un colega que me invitó a dar una conferencia ha sido asesinado en su propia casa de Lisboa y que no existe la menor pista sobre el asesino, y que usted relaciona ese crimen con el informe robado. Hable claro, por favor.

—De acuerdo. Como ya les dije por teléfono, hace cien años la Iglesia dirigida por Pío X, san Pío X desde que fuera canonizado en 1954, reformó los servicios secretos que venían funcionando bajo el nombre de Santa Alianza desde el pontificado de Pío V en 1570. Se fundó un instituto muy próximo al papa, llamado Sodalitium Pianum, del que ya les hablé, que influyó para colocar a los más radicales clérigos ortodoxos en los principales puestos de la Iglesia y que llegó a publicar su propia revista, llamada igual que la organización, que se editó en francés y en italiano en 1911 y 1912. Sodalitium intensificó sus actividades y consiguió establecer una amplia red de espías, muchos de los cuales eran agentes dobles. Se trataba de acabar con todo lo que supusiera renovación y modernismo en la Iglesia, y a la vez velar por la aplicación de unas normas morales muy rígidas. Sus actividades se extendieron por muchos países, inmiscuyéndose en sus políticas internas; es probable que tuvieran incluso participación directa en el asesinato del todopoderoso monje ruso Rasputín en diciembre de 1916 en San Petersburgo, a través de un agente británico llamado Oswald Rayner.

»Tras el triunfo del comunismo en Rusia, sus agentes asesinaron a activistas de izquierda, bien de manera directa bien influyendo en gobiernos

conservadores europeos para que pusieran en marcha una gran represión contra anarquistas, comunistas, socialistas, liberales y masones. Pío X estaba de su lado y lo apoyaba en todo, y llegó a ser tan poderoso que fue capaz de acabar con las posiciones modernistas de los influyentes arzobispos de Viena y de París y de expulsar de una tacada a todos los profesores dominicos reformistas de la universidad de Friburgo. Pero Sodalitium se emborrachó de poder, se creyó por encima de las leyes y de las normas de la propia Iglesia y se extralimitó. Cuando en 1914 murió Pío X, su sucesor, Benedicto XV, mantuvo a esa organización en su forma legal hasta que se sintió enfermo. Fue entonces, y ante la perspectiva de que un nuevo papa acabara con Sodalitium, cuando en 1921 la organización se dio por disuelta oficialmente.

»En realidad, lo que ocurrió es que Sodalitium se convirtió en una sociedad secreta que siguió actuando en la sombra como brazo ejecutor de la política vaticana contra la modernización de la Iglesia. Cuando en febrero de 1922 fue elegido el cardenal Achule Ratti como nuevo papa con el nombre de Pío XI, Sodalitium ya no existía oficialmente, pero seguía siendo una fuerza extraordinaria en la clandestinidad, con una extensa red de agentes establecida por todo el mundo. Desde el secretismo, sus objetivos seguían siendo los mismos de siempre: luchar contra las doctrinas ateas y socialistas, imponer la ortodoxia ultracatólica a todos los creyentes, acabar con el liberalismo y convertir el catolicismo en una religión de Estado, incluso en los países protestantes, de ahí su infiltración en el gobierno británico y en el estadounidense, pues rechazaban la afirmación de las iglesias protestantes que defendían la idea de que "el cristianismo era el progreso".

—¿En verdad existió esa organización? —preguntó David extrañado.

—Puede consultar su historia oficial en una entrada de la *Enciclopedia Británica*, sin ir más lejos.

—¿Y usted cree que sigue existiendo? —le preguntó Michelle al sacerdote.

—No es que yo lo crea, es que existe. Miren —Lefévbre les mostró el número 60 de una revista llamada *Sodalitium*, editada en Viena el 2 de mayo de 2007—. Y me temo que está detrás de la muerte de Joáo Barros.

—Pero Barros parecía una persona incapaz de causar problemas. ¿Qué han pretendido con su asesinato? —inquirió David.

—Evitar que saliera a la luz el libro de Barros sobre el milagro de Fátima.

—Porque era crítico con ese asunto, claro.

—Sí, y porque creo que Barros había tenido acceso a un documento extraordinario que cuestionaba las apariciones de Cova da Iria, y que ponía de manifiesto la manipulación de las mismas a cargo de Sodalitium.

—El manuscrito «Fátima 1» —dijo David.

—El mismo.

—Pero lo único que Barros tenía era una fotocopia, y censurada, de la primera cuartilla, que además podía ser una falsificación y que tampoco evidenciaba nada.

—Quienes asesinaron a Barros no se habían enterado de eso. Desde luego,

sí conocían que el manuscrito había desaparecido de la caja fuerte del archivo del Vaticano, sabían que Barros estaba escribiendo un libro muy crítico sobre las apariciones de Fátima y que conocía la existencia de ese manuscrito, y que quienquiera que ahora lo tenga estaba dispuesto a enseñárselo —explicó Lefévbre.

—Por eso revolvieron toda la casa de Barros en Lisboa.

—Claro; buscaban la copia del manuscrito.

—¿Y la tenía Barros, padre?

—No lo sabemos con certeza.

—Hable claro, por favor —insistió David.

—Creemos que ese manuscrito llegó a Roma a finales de 1917, enviado desde Londres. Desde entonces se ha guardado en una caja fuerte secreta del Archivo Vaticano. Hasta hace unas semanas sólo habían tenido acceso a ese documento los papas, sus secretarios privados, los cardenales camarlengos y los secretarios de Estado de la Santa Sede.

—¿Y cómo sabe usted todo eso, padre Lefévbre? —intervino Michelle.

—Porque uno de los secretarios era de los nuestros.

—¿De la hermandad de Heliópolis?

—Sí.

—¿De quién se trata?

Lefévbre se incorporó muy despacio y caminó hacia la ventana de su despacho, desde donde se contemplaba la fachada lateral de Nôtre-Dame, coronada por las gárgolas y esculturas que, talladas a mediados del siglo XIX por indicación del arquitecto Viollet-le-Duc, representaban demonios monstruosos y seres grotescos.

—De mí mismo —afirmó Lefévbre. Michelle y David se miraron atónitos —. Sí, no se asombren. Fue a comienzos de 1939. Yo estaba recién doctorado en Ciencias Físicas y acababa de cumplir treinta años cuando fui enviado a Roma, destinado a la secretaría del Vaticano. Pocas semanas antes había sido elegido nuevo papa el cardenal Eugenio Pacelli, que tomó el nombre de Pío XII, y entré a trabajar en las oficinas del santo padre. Pío XII tenía una especialísima relación con Fátima; había sido nombrado arzobispo de Sardes el 13 de mayo de 1917, el mismo día de la primera aparición de la Virgen en Cova da Iria, y llegó a creer que su nombramiento había sido inspirado por santa María. En esos días de la primavera de 1939 corrían vientos de guerra en Europa. Pío XII había sido nuncio de la Iglesia en Alemania, hablaba alemán y conocía bien ese país. Se había entrevistado en numerosas ocasiones con los jerarcas nazis y sabía perfectamente de lo que eran capaces. Por eso envió una carta a Hitler, desautorizando la anexión de Checoslovaquia por el Tercer Reich y protestó, sin éxito, ante Himmler, el todopoderoso ministro nazi, cuando éste planteó la eliminación completa de la religión en Alemania.

»Cuando el 1 de septiembre de 1939 se produjo la invasión de Polonia por los nazis y se desencadenó la Segunda Guerra Mundial, Pío XII se encerró en su gabinete y se puso a redactar una encíclica. Yo participé en ella. Se llama

*Sombras en la Tierra* y se publicó el 29 de octubre de 1939. Pío XII creía que las atrocidades que se estaban cometiendo en Alemania, y el estallido mismo de la guerra, se debían a que el mundo se había alejado de las enseñanzas de la Iglesia y había rechazado la doctrina de Cristo. Por eso proclamó su famosa frase " El cristianismo es la verdad que os hará libres".

»Todavía lo recuerdo, menudo de talla y austero de costumbres, sentado en el sillón de su despacho, cuando nos leyó a media docena de colaboradores la redacción final de aquella encíclica; estaba convencido de que tenía la razón y de que la Iglesia jamás renunciaría a sus derechos universales para la conversión de todas las almas al catolicismo.

—Y para ello se necesitaban señales, milagros.

—Así es. Pío XII creía que la única manera de detener al ateísmo y al paganismo que invadían Europa era mediante la conmoción de las almas y el triunfo de la espiritualidad. Y ahí estaba Fátima.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Londres, finales de noviembre de 1917

La mañana era fría y húmeda; la neblina se mezclaba con el humo denso de las chimeneas produciendo en el aire un efecto de pesada densidad.

John Saylor acababa de depositar en la tumba de su esposa, en el cementerio de Highgate, un ramo de flores amarillas. El día anterior, la policía de Scotland Yard lo había interrogado durante varias horas, pues ante la falta de pistas sobre el asesinato de su esposa Mary, uno de los agentes de la investigación había sugerido la posibilidad de que hubiera sido el propio marido quien encargara la muerte de la joven dama a un sicario.

Desde luego, John Saylor no había sido, al menos personalmente, pues disponía de una coartada perfecta, ya que el día del asesinato de su esposa, él se encontraba en París. Tras el interrogatorio, la policía no advirtió la menor sospecha de que John estuviera implicado en el crimen. Saylor parecía muy enamorado de su joven esposa, y no había motivo alguno para que ordenara su muerte. Hacía poco tiempo que se habían casado, todo el mundo aseguraba que eran felices, aparentemente no tenían problemas de ningún tipo y no había de por medio, al menos que se supiera, otro hombre u otra mujer que hubieran podido desencadenar un episodio de celos.

Tras visitar el cementerio, el presidente de la Saylor Wines se dirigió a la mejor agencia de detectives de Londres, a la que había contratado días atrás para que investigara sobre el crimen al margen de las pesquisas policiales. Allí relató cuanto sabía sobre las circunstancias del asesinato de su esposa. Había pasado un mes desde la fecha del crimen y la policía no había logrado encontrar ni una sola pista, ni un solo motivo, ni el menor indicio; el asesinato de Mary Saylor parecía obra de un fantasma.

—¿Han averiguado alguna cosa en estos días? —le preguntó John Saylor al director de la agencia.

—N o existe el crimen perfecto, señor Saylor. El asesino siempre deja alguna prueba, alguna pista. Iremos a su casa mañana, revisaremos todos los rincones e interrogaremos a los criados — dijo Dwight Newman, el jefe de la agencia de detectives.

—Ya lo han hecho los agentes de Scotland Yard. Han interrogado en tres ocasiones al menos a todo el personal de servicio de la casa, han revisado hasta la última mota de polvo y no han encontrado nada extraño —explicó Saylor.

—¿Usted no ha sido?, claro —le preguntó Newman.

—Me ofende esa pregunta, señor. Yo amaba a mi esposa. ¿Acaso cree que vendría a ustedes si yo hubiera tenido algo que ver con la muerte de Mary? Debería partirle la cara ahora mismo.

—Cálmese, señor Saylor. Esta agencia es la mejor de Londres, la más prestigiosa de Inglaterra, y tenemos que sopesar todas las posibilidades. En ocasiones, los asesinos se presentan en el lugar del crimen para volver a visitar el escenario de su fechoría, y no faltan los que facilitan a la policía todo tipo de información para parecer inocentes. Incluso hay criminales que han pagado para que un detective privado investigara un asesinato que ellos mismos habían cometido; en esta agencia conocemos al menos dos casos en los últimos años. Se asombraría si supiera las ideas que bullen en la cabeza de los asesinos.

—De acuerdo; le ruego que me perdone, la muerte de Mary me ha alterado. Yo la amaba, y le aseguro que no he tenido nada que ver con su muerte.

—N o importa. Yo también hubiera reaccionado como usted si alguien me hubiera insinuado que había podido asesinar a mi esposa. Comprenderá que, para hacernos cargo de esta investigación, deberemos conocer todos los datos, incluso los más íntimos. Le haremos preguntas que lo ofenderán, como la que ya le he hecho, pero son necesarias, imprescindibles, para avanzar. ¿Está dispuesto a soportarlo?

—Haré lo que sea si con ello se logra desenmascarar al asesino de mi mujer —asentó Saylor.

—E n ese caso, le haré una segunda pregunta: ¿Tenía su esposa un amante?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Qué edad tenía lady Mary?

—Veinte años.

—Una mujer muy joven.

—Yo tengo treinta y cinco, si es lo que quería preguntar a continuación.

—Quince años de diferencia, ¿eh?

—Sí, quince años. ¿Soy por eso sospechoso?

—¿Ella estaba enamorada de usted?

—Sí, por supuesto.

—Usted es el presidente de la principal compañía británica de vinos de Oporto, un hombre rico e influyente...

—Mary no se casó conmigo por dinero; su familia es una de las más distinguidas de Londres...

—Pero estaba arruinada, señor Saylor.

—¿Cómo sabe...?

—Porque es nuestra obligación y nuestro trabajo. Cuando hace unos días vino a encargarnos este caso, hicimos algunas averiguaciones. Los negocios de la familia Spencer quebraron hace tres años. Usted acudió en su ayuda y evitó que los acreedores se incautaran del patrimonio que todavía mantenían los Spencer... Y a los pocos meses se casó con su hija. Un hombre rico, maduro, se casa con la joven y bella hija de la familia a la que ha salvado de la quiebra; es sospechoso, ¿no cree?

—Conocí a Mary porque soy amigo personal de sus padres, sí, y les ayudé a resolver algunos problemas financieros, pero cuando lo hice, Mary tenía dieciséis años; entonces no pensé en que algún día sería mi esposa. Si ayudé a los Spencer fue por mi amistad con ellos, no para aprovecharme de una de sus hijas. El amor entre Mary y yo surgió después. Créame.

—¿Tiene enemigos? Ya me entiende, rivales comerciales, gente a la que usted haya arruinado, alguien que deseara vengarse...

—Está yendo demasiado lejos, señor Newman.

—Ya le he advertido que esto no sería fácil.

—No, no tengo grandes enemigos. Entre la competencia nos llevamos bien, bastante bien. En Oporto incluso tenemos un club, el Factory House, al que acudimos a almorzar, a cenar y a charlar de negocios, de política y de criquet, directivos de las empresas británicas que operamos con vinos de la región del Bajo Duero. Nuestra familia lleva más de dos siglos trabajando en Portugal y jamás hemos tenido un problema que no estuviera relacionado con las cosechas, la plaga de filoxera o los lógicos de cualquier negocio de este tipo.

—Este caso va a ser muy difícil, y si no aparecen nuevos datos, su resolución será larga, muy larga. Pueden pasar años hasta que logremos dar con la clave, que seguro que existe. Si se investigan bien, todos los crímenes acaban siendo resuellos —aseguró el detective.

—Estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta.

—Una última cuestión, señor Saylor. La semana pasada me dijo que usted y su esposa habían pasado unos meses en Portugal. ¿Su esposa fue feliz en ese país o se encontró a disgusto allí?

—¿Qué tiene que ver eso con esta investigación?

—Ya le he dicho que hay que buscar la clave de este crimen, y, como de momento no tenemos nada, habrá que revisar todo lo que hicieron usted y su esposa desde el día de su boda.

—Sí, fue feliz..., fuimos felices. Poseo una magnífica casa en un barrio residencial de Oporto, con jardines espléndidos que Mary mejoró. Pasamos allí unos meses maravillosos; era nuestra luna de miel. A ella le encantaba el aire cálido de la primavera portuguesa, el sol y la luz del sur de Europa, incluso la melancolía decadente y onírica que se respira en Lisboa. Se esforzó por aprender el idioma de ese país y lo llegó a hablar con cierta soltura a los pocos meses de llegar. Ahora parece que la estoy viendo, vestida de blanco, hermosa como ninguna otra mujer, con su tocado de seda transparente, paseando entre los campos de flores y de trigo... — John Saylor agachó la cabeza y la hundió entre sus manos y sus sollozos; no dijo que su esposa estaba embarazada en el momento de su asesinato.

El detective pensó que por ese día era suficiente.

# III Los secretos

# CAPÍTULO DIECISIETE

Roma, 16 de abril de 1957

El secretario del papa entró en el despacho con un sobre en la mano. Efectuó una inclinación de cabeza, como acostumbraba, y se lo entregó a Pío XII. El papa tenía ochenta y un años; como sumo pontífice había vivido la Segunda Guerra Mundial, la dura posguerra, el inicio de la Guerra Fría, la consolidación del comunismo en media Europa y el avance del ateísmo en todo el mundo. Estaba cansado.

Un mes antes, el obispo Da Silva, prelado de la diócesis de Leiría, había metido en un sobre la carta escrita por sor Lucía en 1944, la única superviviente de los tres pastorcitos de Fátima que aseguraron ver a la Virgen en 1917, y se la había encomendado a su auxiliar, el padre Venancio, para que la entregara personalmente al obispo Cento, nuncio apostólico en Lisboa, con el fin de que llegara convenientemente custodiada a Roma. Pero antes del envío, el obispo de Leiría había ordenado realizar una copia.

El padre Venancio tuvo el sobre en la mano, lo miró al trasluz y vislumbró una hoja de papel que contenía unas veinte líneas, escritas a mano y con unos amplios márgenes en blanco, de unos cuatro centímetros, lo que le llamó la atención. El sobre estaba cerrado y timbrado con lacre con el sello del obispo de Leiría.

Sor Lucía había escrito en esa carta el llamado «Tercer Secreto» de Fátima, donde explicaba la tercera de las revelaciones que, según ella, la Virgen le había desvelado en la aparición del 13 de julio de 1917. El nuncio de la Santa Sede en Portugal comunicó de inmediato al Vaticano que tenía en su poder la carta de sor Lucía con la revelación del llamado «Tercer Secreto». El cardenal Ottaviani, prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, conocida antiguamente como el Santo Oficio de la Inquisición, había solicitado el envío de esa carta a Roma.

Pío XII fue un papa controvertido. No condenó abiertamente el nazismo hasta el verano de 1945, poco después de que Hitler se hubiera suicidado en su bunker de Berlín y el Tercer Reich no fuera ya sino el amargo recuerdo de una pesadilla en la historia de la humanidad. En ese momento, el único gran enemigo de la Iglesia y de la fe católicas era el comunismo ateo y laicista. El papa consideraba que, en los nuevos tiempos que se avecinaban tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, había que librar una nueva y permanente guerra contra el comunismo, en la que las revelaciones de Fátima constituían un arma ideológica fundamental. Por eso había dado orden de difundir al máximo las apariciones, lo que conllevó una inmensa campaña de propaganda en la que se incluyó la solemne coronación de la Virgen de Fátima, que realizó el cardenal Masella en representación de Pío XII, y una aireada visita de sor

Lucía al Loco de Cabero, el lugar de la localidad de Valinhos donde se les había aparecido a los pastorcitos en 1915 «el ángel de Portugal». Decenas de cardenales y obispos peregrinaron a Fátima a partir de 1945; en 1952 se inició el proceso de beatificación de los niños Jacinta y Francisco, aunque el expediente no llegaría al Vaticano hasta 1979, y en 1953 se consagró la primera gran basílica de Fátima.

Pero hubo algunas voces en el seno de la propia Iglesia que denunciaron la gigantesca manipulación que la Santa Sede estaba desarrollando en Fátima. A partir de 1954 varios clérigos, críticos con el devenir de la Iglesia y con el sesgo radical e integrista que estaba tomando la Santa Sede, escribieron libros y artículos exponiendo la interesada utilización de los sucesos de Fátima. Los más combativos fueron el sacerdote jesuita Carlos María Staehlin, que publicó un libro negando la autenticidad de las apariciones de Fátima, y el padre Alonso, que preparó un informe en veintidós volúmenes donde se mostró muy crítico con la postura de la Iglesia con respecto a la visiones en Cova da Iría; ambos fueron desautorizados y prohibidos por el Vaticano.

El secretario del papa entregó el sobre que acababan de traer de Lisboa, bien custodiado en la valija diplomática del Estado Vaticano, a Pío XII.

Su santidad tomó el sobre, lo observó y lo dejó con cuidado encima de su mesa. Al lado tenía un pequeño cofrecito en forma de urna, que abrió y comprobó que estaba vacío. Volvió a coger el sobre de Lisboa y verificó que cabía dentro del cofre, lo colocó en el interior y cerró la urna con cuidado.

—¿No va a leer el contenido, su santidad? —le preguntó el secretario—; revela el «Tercer Secreto».

—Sor Lucía ha indicado que no debe abrirse hasta 1960 o hasta después de su muerte. Cuando le preguntaron por qué había que esperar al menos hasta ese año, ella contestó que en ese momento sería mucho más claro el mensaje del «Tercer Secreto»; debemos cumplir su voluntad, y Nos, el primero.

El secretario se resignó, volvió a inclinarse ante el papa y salió del despacho.

Pío XII abrió la urna y cogió el sobre. Acarició con la yema de los dedos el sello de lacre rojo y lo sostuvo delante de sus ojos un buen rato. Volvió a colocar el sobre en la urna y cerró la tapa; continuaba cerrado.

Castelgandolfo, 23 de agosto de 1959

Hacía casi diez meses que el patriarca de Venecia, Angelo Giuseppe Roncalli, había sido elegido papa. Una de sus primeras visitas como patriarca veneciano la había realizado en 1953 al santuario mariano de Fátima, precisamente el día 13 de mayo. El nuevo papa había adoptado el nombre de Juan XXIII, apelativo que no había tomado ningún pontífice desde principios del siglo XIV; tal vez lo hiciera para borrar de la lista de sumos pontífices a otro Juan XXIII, quien fuera proclamado papa en 1410 en pleno cisma de Occidente y al que la Iglesia consideraba como antipapa.

Juan XXIII estaba descansando en agosto de 1959 en su residencia veraniega de Castelgandolfo. Desde que asumiera la tiara de san Pedro, en su

cabeza bullía la idea de convocar un concilio ecuménico de la Iglesia en el cual sentar las bases de unos nuevos tiempos. El mundo, especialmente en Europa y en América, estaba evolucionando muy deprisa. En 1959 ya era un hecho consolidado la ruptura del mundo en dos bloques militares, encabezados por Estados Unidos y la URSS, separados por el «Telón de acero», idea que ya planteara Goebbels, el infausto ministro de Propaganda de Hitler, y consagrara años más tarde Winston Churchill, que fuera primer ministro del Reino Unido, en una conferencia en Estados Unidos.

El avance del comunismo y de los movimientos de liberación nacional anticolonialista en Asia, América central y del sur y África parecía imparable, y la Iglesia se sentía desbordada por las nuevas ideas progresistas, feministas y laicistas. Juan XXIII, pese a su formación conservadora, se dio cuenta que la única manera de salvar a la Iglesia era adaptarla a los nuevos tiempos. Pero para llevar a cabo esa adaptación necesitaba la aprobación de un concilio en el cual se mantuvieran las raíces y los dogmas pero se renovaran las formas y se modernizaran los mensajes. Es decir, una Iglesia más cercana a los fieles y más próxima al mundo real.

En aquel mes de agosto de 1959, Juan XXIII planeaba en su palacio de Castelgandolfo la convocatoria del concilio que pusiera en marcha la modernización de la Iglesia, y que se celebraría en el Vaticano y al cual se le llamaría «Vaticano II».

El 23 de agosto hacía un calor sofocante. El papa había ordenado a su secretario particular que le trajera el sobre que contenía el «Tercer Secreto» de Fátima, que se guardaba en el cofrecito donde dos años antes lo depositara Pío XII. El sobre lo había llevado desde Roma a Castelgandolfo, el 17 de agosto, el padre Pierre Paul Philippe, comisario del Santo Oficio.

Cuando el 29 de octubre de 1958 el patriarca Roncalli se convirtió en el papa Juan XXIII gracias a los votos de los cardenales reunidos en cónclave en la Capilla Sixtina y bajo la indudable inspiración del Espíritu Santo, y se sentó por primera vez en la silla del despacho de los pontífices, había tenido en la mano el sobre con el texto que sor Lucía redactara años atrás, relatando las revelaciones que, según la monjita, le hiciera la Virgen en Cova da Iria el 13 de julio de 1917.

Lo había observado con cuidado y había acariciado sus bordes. El lacre con el sello del obispo de Leiría estaba intacto. Le extrañaba que no lo hubiera abierto su predecesor, Pío XII, y optó por no hacerlo él tampoco en ese momento, pero unos meses después, cuando ya había diseñado el ideario del nuevo concilio, decidió abrirlo y leerlo. Faltaban unos meses para 1960, el año que sor Lucía había fijado para su lectura, y la monja vidente seguía viva, pero Juan XXIII tal vez pensó que si la Iglesia debía ser reformada, antes tenía que conocer aquel «Tercer Secreto», por si de ese escrito se dedujera alguna indicación al respecto.

Juan XXIII se sentó en su mesita de trabajo en el gabinete del palacio de Castelgandolfo, cogió un abrecartas y, con cuidado, despegó el lacre rojo con

el sello del obispo de Leiría. Con la misma atención y con cierto nerviosismo, extrajo una cuartilla del interior del sobre donde se contenía el texto del «Tercer Secreto».

El papa intentó leerlo; estaba escrito a mano en una sola cuartilla, con amplios márgenes en blanco, y ocupaba veinte líneas de extensión; redactado en portugués, contenía expresiones dialectales que Juan XXIII no podía entender. Requirió de inmediato la presencia de monseñor Paulo José Tavares, cardenal de la curia romana, quien tomó la cuartilla y comenzó a traducir ante el papa:

—«En la tercera revelación que nos hizo Nuestra Señora del Rosario vimos a su lado un ángel. Estaba situado a nuestra izquierda, en un lugar elevado. El ángel tenía en su mano izquierda una espada de fuego que emitía unas enormes y brillantes llamaradas con las cuales amenazaba con incendiar a todo el mundo. Pero Nuestra Señora extendía su mano derecha cuando las llamas amedrentaban a la humanidad y, con ese simple gesto, las apagaba.

»En un momento, tras repetir varias veces ese gesto, el ángel señaló hacia la tierra y con voz fuerte y poderosa gritó por tres veces "Penitencia, penitencia, penitencia". Entonces contemplamos una inmensa y hermosísima luz, que era Dios, como si se reflejara en un inmenso e invisible espejo. Delante de esa luz había mucha gente y, ante ella, un hombre vestido de blanco, que parecía dirigir a todos los demás, como el pastor a sus ovejas.

»Todos ellos estaban en la falda de una gran montaña, en cuya cumbre se alzaba una inmensa cruz de madera. A los pies de la cruz había dos ángeles; cada uno de ellos tenía una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires de la Iglesia, y con esa sangre regaban a los fieles que, siguiendo a su pastor, subían por la ladera de la montaña para adorar a la cruz.»

»Eso es todo —concluyó el traductor.

—¿Nada más? —preguntó el papa, extrañado.

—Nada más, santidad.

El papa extendió la mano y el cardenal Tavares le entregó el papel que le acababa de traducir. Lo miró con cierta frustración y lo guardó en su sobre.

—Hágame el favor de llamar al cardenal Ottaviani —le indicó el papa a monseñor Tavares.

—Enseguida, santidad.

Tavares salió del despacho y regresó poco después con monseñor Ottaviani, cardenal prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

—¿Qué desea, su santidad?

—Pase, monseñor, pase, y usted quédese también —les dijo Juan XXIII a Alfredo Ottaviani y a Tavares—, y siéntense.

Los dos cardenales lo hicieron tras una leve reverencia.

—Gracias, santidad.

—Tradúzcale a monseñor Ottaviani el texto del «Tercer Secreto», por favor —le indicó a Tavares.

—Ahora mismo, santidad.

El cardenal portugués cogió de nuevo el texto con la carta de sor Lucía y lo tradujo en voz alta.

—¿Cuál es su opinión, monseñor Ottaviani? —le preguntó el papa.

—Se trata de un mensaje destinado al santo padre, pero tal vez no a su santidad. Sor Lucía indicó que no se hiciera público antes de su muerte, y, en cualquier caso, nunca antes de 1960, de manera que se trata de un mensaje para el futuro. Creo que

10 que quiere decirnos es que sólo a través de la penitencia podemos llegar a encontrarnos con Dios y, por tanto, con la salvación. En ese camino, el papa es el pastor y el guía.

—¿Creen ustedes que debemos divulgarlo? —demandó el papa.

—Yo no lo aconsejaría, santidad; nos es más útil así-pro— puso Ottaviani.

El prelado portugués asintió con la cabeza.

Al papa no le gustó esa forma de expresarse del cardenal que ocupaba ahora el antiguo puesto de inquisidor general, pero tras algunos titubeos concluyó:

—Esperaremos. Rezaré. Les haré saber lo que decida. Déjenme a solas, por favor.

El papa cogió la cuartilla, la dobló y la colocó en su sobre.

Una hora después, los llamó de nuevo.

—¿Ha decidido ya, su santidad?

—Sí; no revelaré el contenido del «Tercer Secreto». Desde este momento, este documento se guardará en el archivo de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Ottaviani agradeció al papa la confianza. Poco tiempo después, monseñor Tavares fue nombrado por Juan XXIII nuevo obispo de Macao. Tras una intensa preparación, el 11 de octubre de 1962, Juan XXIII inauguró solemnemente en la basílica de San Pedro de Roma el concilio Vaticano II; estaba presente la inmensa mayoría de los obispos de la Iglesia Católica.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

París, principios de junio de 2008

Eran las once de la mañana cuando David Lewis Cárter, que acababa de salir de un examen de Historia del Arte Medieval, asignatura que impartía por segundo curso consecutivo en la universidad de París III, la antigua Sorbona, llegó a su despacho. Ocupaba una plaza de profesor permanente en la universidad de Nueva Jersey, en Estados Unidos, pero hacía año y medio que impartía clases en París, gracias a un contrato por tres cursos que había firmado merced a un convenio de colaboración docente universitaria entre los gobiernos de F rancia y de Estados Unidos, que permitía la movilidad del profesorado universitario entre ambos países.

Michelle lo esperaba con unos cuantos folios en las manos.

—Aquí está. Al fin he acabado mi tesis; ayer por la tarde imprimí las conclusiones. Te las dejo para que las revises; le acabo de entregar otra copia a Louise Lazard.

»¡Ah!, por cierto, hace media hora ha pasado por aquí tu editor. Tenía prisa y no podía esperar a que acabaras el examen. Se ha tenido que marchar pero te ha dejado esto —Michelle le entregó una bolsa que contenía una caja de madera.

Cárter la abrió y extrajo una botella.

—¡Vaya!, mi editor tiene muy buen gusto.

Era una botella de champán Krug Clos d'Ambonnay cosecha de 1995, con una tarjeta en la que su editor le agradecía a David la entrega del original del libro, a pesar de hacerlo con algunas semanas de retraso, sobre la perspectiva en la pintura italiana en el Renacimiento, y lo invitaba a seguir colaborando en futuros proyectos. David le mostró la botella de elegante etiqueta negra y letras plateadas a Michelle.

—¿Es bueno? —preguntó Michelle.

—Este champán es la última y tal vez la mejor creación de la casa Krug, una verdadera exclusiva.

—¿Cuánto cuesta?

—Esta joya no tiene precio, pero si intentas conseguirla en alguna tienda de *delicatessen*, de las más selectas, no creo que la encuentres por menos de dos mil quinientos euros.

—¡Mi sueldo de un mes! —exclamó Michelle—. Menos mal que no me gusta el alcohol.

—Éste sí; aunque tú no bebes, tomaremos juntos esta botella cuando leas la tesis.

David Lewis Cárter y Louise Lazard, directora del departamento de Historia del Arte, eran los codirectores de la tesis doctoral de Michelle Henry, en la

que se planteaba una revisión de la simbología de las catedrales góticas a partir de cómo se habían interpretado desde la semiología, la ciencia hermética y la alquimia, en especial en el libro *El misterio de las catedrales* del misterioso alquimista Fulcanelli.

—De momento ya está acabada.

—Estupendo, pero llevo tres días sin verte. ¿Podemos quedar hoy?

—He estado encerrada en casa, ya lo sabes. O lo hacía así o no terminaba antes del verano. Bueno, si ambos le dais el conforme, llevaré la tesis a encuadernar esta misma semana, y la enviaremos a los miembros del tribunal. Creo que podré defenderla en septiembre.

—¿Eso significa que tampoco nos vemos hoy? Hace cinco días que no hacemos el amor; estoy desesperado —le susurró David al oído, muy bajito.

—Yo también te echo de menos.

—¿Entonces?

—Mi padre me ha invitado a almorzar. Llegó ayer de Singapur; hace meses que no lo veo. Si te parece, pasaré por tu casa a última hora de la tarde y me quedaré a dormir contigo.

—Contaré cada minuto hasta ese instante. Y aprovecharé para hablar con Louise de tu tesis y de la convocatoria del tribunal para septiembre. Ya sabes que almuerza todos los días en un *bistrot* de aquí al lado; la acompañaré hoy.

—¡Ojo con lo que haces!, soy muy celosa.

—N o hay cuidado, también estará Jean Ricard. Desde que salen juntos, no se separan un momento.

Jean Ricard, antiguo novio de Michelle, era ahora amante de Louise Lazard, la directora del departamento de Historia del Arte. Ricard era miembro de la hermandad de los Hermanos de Heliópolis, y a sus más de sesenta años aparentaba cuarenta, pues también había estado expuesto a los beneficios rejuvenecedores de la piedra filosofal. Cuando Michelle se enteró de que había estado saliendo con un hombre treinta y cinco años mayor que ella, no lo podía creer.

A las siete en punto de la tarde Michelle abrió con su llave la puerta del ático de David, en el 59 de la calle Rochechouart. El americano estaba sentado a su mesa de trabajo, junto a una de las dos ventanas del amplio salón del apartamento. Tenía delante su ordenador portátil y al lado el cuaderno de espirales donde iba anotando todos los datos relevantes sobre las apariciones de Fátima.

—Hola — Michelle besó a David en los labios. La joven olía a su perfume elegante y fresco y tenía el pelo húmedo—. El almuerzo con mi padre ha sido más largo de lo que acostumbramos. Ha venido acompañado de su esposa, ¡un año menor que yo! Me ha invitado a comer en Maxim s; su banco ha cerrado un gran negocio gracias a él, creo que se trata de algo relacionado con un hallazgo de petróleo en el océano Atlántico, frente a las costas de Brasil, y lo han gratificado con una suculenta comisión: ¡mi sueldo de cinco años! ¿Has visto las conclusiones de mi tesis?

—Claro. Las leí antes de almorzar con Louise. Son magníficas; ella también está de acuerdo en esa valoración.

—¿Lo dices de veras?

—Hemos acordado que presentes la tesis en septiembre, y ante el tribunal del que ya hablamos hace tiempo. Soy tu director, ¿recuerdas?

—Y mi amante.

—Y tu enamorado —David la besó con intensidad—; cinco, casi seis días sin amarte, eres cruel, cruel —le susurró al oído.

Minutos después hacían el amor en el dormitorio. En el lector de discos compactos sonaban las baladas del siglo XIV del *Codex Reina*, interpretadas por el grupo Continens Paradisi. La última estrofa, que escucharon en francés medieval antes de sumirse en un orgasmo pleno y abandonarse a un placer infinito, decía:

*¡Oh!, Dios mío,*
*cómo deseo ver a mi querida dama,*
*a la que amo con el corazón sincero,*
*y con toda el alma,*
*a la que amaré hasta la muerte.*

Hacía calor. Michelle se puso su tanga y se cubrió el torso con una camisa blanca; David se vistió unos pantalones de fina loneta beige y una camiseta negra.

Encima de la mesita del salón había un libro titulado *Memorias de sor Lucía*. Michelle lo cogió, hojeó algunas páginas y lo volvió a dejar en su lugar.

—¿Sigues con lo de Fátima? —le preguntó a David.

—Sí, claro. Ya ves, estoy a punto de acabar con todas las hojas de mi libreta de notas. Tendré que empezar otra — David le mostró el cuaderno de espirales que, en efecto, tenía casi todas las hojas escritas con apuntes.

—¿Tanto da de sí este asunto?

—Para varias tesis. Sobre todo el personaje de Lucía, que se autoproclamó como la correa de transmisión entre Dios y los hombres, a través de la Virgen, por supuesto.

—¿Y eso?

—Las apariciones de la Virgen no acabaron en 1917 —afirmó David.

—Algo me comentaste al respecto.

—Lucía dio cuenta de varias apariciones más en los dos libros que escribió o que dictó; el primero es el de las *Memorias* que has hojeado, y el otro es éste — David le mostró un volumen titulado *Llamamiento del mensaje de Fátima* —. Las nuevas apariciones se manifestaron a ella sola, porque ya habían muerto Francisco y Jacinta.

»Se produjo una aparición el 10 de diciembre de 1925, en el convento de

Tuy, en España; la imagen que declara que vio sor Lucía fue la de la Virgen, ahora con el Niño, sobre una nube luminosa; María tenía en la mano un corazón ensangrentado y lleno de espinas.

—¡Vaya!, una visión un tanto macabra.

—Hubo otra aparición, esta vez del Niño Jesús, el 15 de febrero de 1929, y otra más el 12 de junio de ese mismo año en este caso de la Virgen, a la que salían rayos de las manos curiosamente igual que en un cuadro que había en ese convento.

—Imagino que Lucía estaría muy protegida por la Iglesia.

—Desde el primer momento. Ni siquiera permitieron que la entrevistaran sacerdotes que no estuvieran controlados, como le ocurrió a un cura llamado padre Ver mudo, al que prohibieron hablar con sor Lucía. En 1921, con catorce años, ingresó en el convento de las doroteas de Vilar, cerca de Oporto, y en 1926 fue trasladada a otro convento que esa misma orden tenía en Tuy, una ciudad española en la misma frontera norte de Portugal, donde en octubre de 1934 emitió los votos perpetuos como religiosa. En 1946 regresó a su país para ingresar en el convento del Carmelo de Santa Teresa de Coimbra, profesando en mayo de 1949 como carmelita descalza y adoptando el nombre de sor María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado, y allí permaneció hasta su muerte en el año 2005. Por cierto, en 1945 el fundador del Opus De I, José María Escrivá de Balaguer, se entrevistó con ella en Tuy, y hay quien asegura que el Opus se fundó con algunos miembros de Sodalitium Pianum, de ahí el poder y la influencia que enseguida alcanzó dentro de la Iglesia y en los estados confesionalmente católicos, como la propia España, donde colocó de ministros a varios de sus militantes numerarios en la época de la dictadura de Franco.

»Fue durante el período de estancia en Tuy, en plena Segunda Guerra Mundial, cuando sor Lucía reveló las nuevas apariciones y sobre todo los famosos tres secretos.

—Imagino que ya sabes cuáles son.

—Ayer mismo terminé de desentrañar el asunto de esos secretos.

—¿Y hasta dónde has llegado?

—Te lo cuento y lo resuelves tú misma. Como sabes, sor Lucía declaró que la Virgen le había comunicado tres secretos. Esta revelación tuvo lugar durante la aparición del 13 de julio de 1917, y sólo la escuchó Lucitos no oyeron nada.

»El primer secreto trataba del infierno. Durante la aparición, la Virgen les mostró a los pastorcitos cómo era el infierno; lo hizo mediante una visión del mismo. Les dijo que a ese lugar es a donde iban las almas de los pecadores.

—¿Y qué vieron? —preguntó Michelle.

—U n lugar horrible, un mar de fuego con enormes brasas y llamas ubicado por debajo de la tierra. Allí estaban sumergidos los demonios y las almas de los pecadores, que rugían de dolor en medio de abrasadoras pavesas y asfixiantes nubes de humo que surgían de todas partes. Los demonios eran

seres monstruosos, transparentes y negros. La Virgen, que les había prometido que los tres irían al cielo, les dijo que para salvar las almas de aquellas espantosas penalidades del infierno, el mundo debía instaurar la devoción a su inmaculado corazón. Los niños se asustaron y profirieron grandes gritos, pero los que estaban presentes allí el 13 de julio de 1917 no vieron nada, salvo a los pastorcitos asustados y como en trance. Ese primer secreto consistía en la revelación de cómo era el infierno y que el sagrado corazón de María constituía el remedio de salvación para evitar la condena por toda la eternidad.

—¡Vaya!, no es ésa precisamente la idea que yo tenía de la Virgen. No la imagino aterrorizando a unos pobres niños para luego pedirles que anuncien al mundo que para salvarse hay que consagrarlo a su inmaculado corazón. ¿Y el segundo secreto? —se interesó Michelle.

—El segundo secreto se refería al fin de la Primera Guerra Mundial. La Virgen le reveló a Lucía que acabaría pronto pero que otra guerra más terrible estallaría después si L humanidad no dejaba de ofender a Dios, y que se anunciaría mediante una señal que iluminaría la noche.

—La luz que se vio en 1938 —supuso Michelle.

—Esa misma, al parecer. Era la señal con la que Dios anunciaba que iba a castigar al mundo por sus crímenes. La Virgen le pidió a Lucía que se dirigiera al papa para que consagrara Rusia a su inmaculado corazón y para que estableciera la comunión los primeros sábados de mes. La Virgen añadió que si su petición era cumplida, Rusia se convertiría y habría paz en el mundo, pero si la gente no dejaba de ofender a Dios, Rusia transmitiría sus errores al resto del mundo, habría terribles guerras, la Iglesia sería perseguida, los buenos cristianos serían martirizados, el santo padre sufriría mucho y muchas naciones se destruirían. Pero también anunció que Rusia acabaría convirtiéndose, que el papa la consagraría a su inmaculado corazón y que surgiría entonces un tiempo de paz.

—Pero ya quedamos en que Rusia no era comunista en julio de 1917.

—Ya te dije que al «crear» los secretos en 1941 no se dieron cuenta de ese detalle cronológico.

—¿Y el «Tercer Secreto»? —preguntó Michelle.

—Aguarda un poco. Los dos primeros secretos fueron revelados por sor Lucía en el verano y el invierno de 1941.

—¿Hasta entonces no había dicho nada de los secretos? —se extrañó Michelle.

—Ni una palabra. Entre 1917 y 1941 nadie oyó hablar de los tres secretos de Fátima; sor Lucía jamás los mencionó. Fue un canónigo de la catedral de Lisboa, Manuel Nunes Formigao, quien aseguró que él en persona había interrogado a los tres pastorcitos, y los tres, por separado, le habían confirmado la existencia del «Tercer Secreto», pero también le habían dicho que al mundo no le gustaría conocerlo. Yo creo que Jacinta y Francisco no dijeron nada; fue este canónigo el que inventó esas presuntas entrevistas con los niños para dar verosimilitud a las revelaciones que veintitantos años

después estaba haciendo Lucía.

»Ella declaró que la Virgen le había revelado un único secreto, dividido en tres partes, y que iba a contar las dos primeras. La revelación de las dos primeras partes, o los dos primeros secretos, la realizó el 31 de agosto de 1941 al obispo de Leiría, mediante un escrito en cuya redacción intervino de manera decisiva un sacerdote que creo que era miembro de la sociedad secreta vaticana Sodalitium Pianum.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues la forma en que se expresa sor Lucía en ese escrito. Aquí lo tengo; son las propias palabras de sor Lucía —David comenzó a leer un texto en un papel impreso que había recortado y pegado en una hoja de su libreta—: «¿Qué es el secreto? Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que vuestra excelencia reverendísima conserva una de ellas, del reverendo padre José Bernardo Gongalves, aquélla en que me manda escribir al santo padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable. Pues bien; ya expuse en el segundo escrito la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció. Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos. La primera fue, pues, la visión del infierno. Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego estaban los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación, que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros. Esta visión duró un momento, ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor. Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza: "Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al santo padre. Para impedirla, vendré a pedir la consagración de

Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el santo padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El santo padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz". Así será». Y hasta aquí las palabras de sor Lucía.

—Imposible —asentó Michelle.

—¿Qué es imposible?

—Que una niña analfabeta de diez años hubiera podido recordar todo eso un cuarto de siglo después. Está claro que lo de Rusia no pudo ser porque en julio de 1917 todavía no habían triunfado los comunistas, y en cuanto a la visión del infierno..., vamos, es la imagen que se utilizaba en las láminas de los colegios para asustar a los niños de esa época.

—En efecto, y además hay un problema teológico añadido: la Iglesia acaba de plantear que es probable que el infierno no sea un lugar concreto, sino una especie de estado del alma. De manera que esa visión clásica y simplona, extraída de las miniaturas de los códices medievales, la que Lucía aseguró que vieron los niños, no sería la que la actual Iglesia considera como la auténtica imagen del averno —explicó David.

—¿Pero qué hay del «Tercer Secreto»?

—Sor Lucía afirmó en 1942 que existía, y que no lo iba a revelar en ese momento, pues advirtió que ello sólo concernía al papa. Además, aseguró que la Virgen le pidió que no lo revelara, pues era tan fuerte su contenido que, en ese caso, se producirían enormes altercados y el caos se extendería por todas partes ante el terror que se desencadenaría entre la gente.

»Pero en 1943 Lucía cayó enferma y el obispo de Leiría, monseñor José Alves da Silva, le instó a que escribiera el "Tercer Secreto" en una cuartilla, por si fallecía. Para ello se desplazó hasta el convento de Tuy un sacerdote llamado padre Ciría, que la visitó el 15 de septiembre de 1943.

»La monja así lo hizo, pero, a la vez, escribió una nota en la que señalaba que Nuestro Señor le había ordenado que transmitiera sus preocupaciones a los obispos de España para que cumplieran sus deseos. En ese tiempo, España atravesaba la época más terrible de la dictadura franquista. Franco mantuvo neutral a su Régimen en la Segunda Guerra Mundial, pero ofreció voluntarios a Hitler para que lucharan en el frente de Rusia; los voluntarios se alistaron en la llamada División Azul en el verano de 1941 y combatieron a los soviéticos hasta octubre de 1943 bajo la bendición de los obispos españoles. Los hombres que participaron en esa división prestaron un juramento solemne en el cual se incluía la lucha contra el comunismo.

»Lucía se recuperó de su enfermedad y por orden del obispo de Leiría escribió el relato del "Tercer Secreto" entre el 3 y el 9 de enero de 1944, en el convento español de Tuy, porque el día 3 se le apareció la Virgen y la autorizó

a que revelara ese secreto. Escúchalo en sus propias palabras, aunque traducidas por los servicios oficiales del Vaticano, pues el original está escrito en portugués — David volvió a leer en su cuaderno—: "Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de su excelencia reverendísima el señor obispo de Leiría y de la Santísima Madre vuestra y mía. Después de las dos partes que ya he expuesto, vimos al lado izquierdo de Nuestra Señora, un poco más en lo alto, a un ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando, emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo, pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él. El ángel, señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: '¡Penitencia, penitencia, penitencia!'. Y vimos en una inmensa luz cómo es Dios, algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él, y a un obispo vestido de blanco, que tuvimos el presentimiento de que fuera el santo padre. También vimos a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir a una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran cruz de maderos toscos, como si fueran de alcornoque por la corteza. El santo padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso, con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino, y llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz, fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron, unos tras otros, los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles, cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios".

—¡Joder, esta declaración es toda una profecía apocalíptica! —exclamó Michelle.

—O un enorme engaño. Sor Lucía pidió que su relato del «Tercer Secreto» sólo fuera publicado al morir ella, y en cualquier caso nunca antes de 1960. El manuscrito de la monja se guardó en un sobre lacrado en la sede del obispado de Leiría hasta que el 4 de abril de 1957 se entregó al Vaticano; sor Lucía fue informada de todo ello.

—Lo leerían enseguida —supuso Michelle.

—Pues parece que no. Pío XII ni siquiera llegó a abrir el sobre, y además murió antes de que se cumpliera el plazo mínimo para la revelación, que sor Lucía había fijado en 1960, o después de su muerte. Quien sí lo leyó fue Juan XXIII, en agosto de 1959, pero decidió cumplir los deseos de la monjita, guardó la carta de nuevo en su sobre y no la hizo pública.

—¿Y dónde está el engaño?

—Te lo resumo. El padre Venancio, auxiliar del obispo de Leiría, recibió de manos de Da Silva el sobre lacrado con el encargo de entregarlo en persona al nuncio apostólico en Lisboa, para que éste lo remitiera enseguida al Vaticano.

El padre Venancio lo puso al trasluz y pudo ver que se trataba de una única cuartilla que contenía unas veinte líneas, con amplios márgenes en blanco. Pues bien, el Vaticano reveló el «Tercer Secreto» el 26 de junio del año 2000, antes de que muriera la vidente; y aquí está el engaño: el papel en el que estaba escrito ese secreto ocupaba dos cuartillas por ambas caras, con un total de sesenta y dos líneas de texto.

—O sea, que alguien cambió el papel que había escrito sor Lucía...

—Así debió de suceder.

—Pero sor Lucía aún estaba viva; podría haber denunciado lo que estaban haciendo en Roma.

—Michelle..., en el año 2000 la monjita tenía ¡noventa y tres años! ¿Qué iba a decir? Ni siquiera sería capaz de recordar lo que había escrito en 1944. Además, su vida había transcurrido en una permanente clausura, sólo se había entrevistado con sacerdotes integristas, y su visión del mundo era, como podrás imaginar, muy limitada.

—¿Y quién podía estar interesado en dar el cambiazo?

—Por supuesto, el entorno de Juan Pablo II, sumo pontífice de la Iglesia en esos momentos.

—¿Qué tenía él que ver en todo esto?

—Pues mucho. Recuerda la profecía del «Tercer Secreto»"— un obispo vestido de blanco abatido a tiros en la cima de un monte tras atravesar una ciudad en ruinas. Juan Pablo II sufrió un atentado en la plaza de San Pedro de Roma el 13 de mayo de 1981.

—¡El día de la Virgen de Fátima!

—El mismo día en que se celebraba el sexagésimo cuarto aniversario de la primera aparición de la Virgen en Cova da Iria. Juan Pablo II declaró que unas décimas de segundo antes ¿el disparo se había agachado al ver el brillo de una medallita de la Virgen de Fátima que llevaba una niña, y que ese gesto le salvó la vida. A partir de ahí se consideró que la intervención de la Virgen había sido milagrosa, que el papa sufría por la salvación del mundo y que Juan Pablo II era el papa del «Tercer Secreto».

—Pero el secreto habla de un grupo de soldados, una ciudad en ruinas y una montaña...

—Todo tenía explicación: Alí Agca, el turco que atentó contra el papa, era un soldado, miembro de un grupo de isla— mistas y comunistas dispuestos a acabar con el santo padre; la ciudad en ruinas era Roma, que como bien sabes está llena de ellas; y la montaña bien pudiera ser el Vaticano, que aunque muy suave no deja de ser una colina.

—Este asunto parece más enrevesado a cada dato que surge; empiezo a tener miedo —Michelle se abrazó al cuerpo de David, intentando sentirse protegida.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

Roma, principios de junio de 2008

Enrico Micara, profesor de Historia del Arte de la universidad romana de La Sapienza, uno de los máximos especialistas mundiales en arte musulmán oriental, era amigo de David Lewis Cárter desde hacía tiempo. Solían hablar por teléfono de vez en cuando y se cruzaban correos electrónicos a menudo, aunque hacía casi un año que no se veían, desde que en julio del año pasado David acudiera, por una invitación de Enrico, a Roma para participar en uno de los cursos de La Sapienza.

Micara admiraba a Cárter por sus conocimientos, pero también porque durante la invasión de Iraq por las tropas norteamericanas en la guerra desencadenada por George W. Bush, David había escrito varios artículos en un importante periódico de Nueva York criticando con enorme dureza la propia guerra y la destrucción del patrimonio iraquí por los soldados estadounidenses. En buena medida, la causa fundamental de que David se hubiera marchado de Estados Unidos por tres años era la animadversión que le causaba la presidencia de Bush, a quien consideraba indigno de presidir su país.

Y no es que Cárter fuera precisamente un izquierdista en política, aunque sí había participado durante su época como estudiante en la universidad en manifestaciones y huelgas contra las intervenciones militaristas de Estados Unidos, lo que ocurría es que consideraba a Bush un auténtico imbécil, un tonto útil para los que en verdad manejan los hilos de la política exterior estadounidense, los *lobbies* que controlan la producción de petróleo y las fábricas de armas.

Una semana antes de exponer las notas de los exámenes de junio en el tablón de anuncios del departamento de la universidad, Cárter había telefoneado a Micara para decirle que iba a viajar a Roma por un asunto personal que no le podía comentar por teléfono, y que quería consultarlo con él. Enrico se extrañó por la actitud de su amigo, que lo era, pero no tanto como para confiarle asuntos demasiado íntimos. Micara le dijo que lo recibiría encantado y que no reservara hotel, que estaría muy gustoso de acogerlo en su casa. Cuando David le comentó que lo acompañaría Michelle, a la que Enrico conocía del curso del año anterior, pues había viajado con David a Roma, e incluso había coqueteado con ella tras una cena que ofreció a los profesores del seminario, Micara insistió en que serían doblemente agasajados.

La casa de Enrico Micara, quien, además de profesor universitario, poseía una cadena de zapaterías de lujo heredada de sus padres, era un magnífico palacete en el barrio de Villa Borghese. Las zapaterías le rentaban unos ingresos muy cuantiosos y la universidad le confería un aire intelectual y culto

que hacía de él un personaje realmente atractivo. Elegante y refinado, vestía siempre con un gusto exquisito, moda italiana, por supuesto, y disponía de la mejor biblioteca privada con fondos de Historia del Arte de toda Italia.

Enrico era alto y delgado, de piel morena, tostada con tono broncíneo por años de sol mediterráneo, con un pelo plateado que le confería un aspecto distinguido y a la vez misterioso. A sus cincuenta años seguía soltero, porque decía que no se sentía capaz de convivir con una sola mujer, y mucho menos para toda la vida, porque él era católico y> como creyente, consideraba que el matrimonio debía ser para siempre.

En honor a sus dos invitados, Enrico había dispuesto una espléndida cena en el mirador ajardinado de su villa, desde donde se contemplaba una extraordinaria vista de Roma, con la inmensa cúpula de San Pedro del Vaticano al fondo.

—Recuerdo una noche similar a ésta, el verano pasado; estabais aquí mismo los dos y un grupo de colegas — comentó Micara.

David también recordaba aquella velada, pues fue la primera vez que sintió algo parecido a los celos, al ver cómo su amigo Enrico dedicaba toda su atención a Michelle.

—Fue una velada estupenda —asintió Michelle.

—Tú la hiciste estupenda; bueno, los dos. De no haber sido por vosotros, esa noche se hubiera convertido en una reunión de aburridos profesores hablando de sus libros y de sus proyectos de investigación.

—Gracias —dijo Michelle.

—Y ahora, David, cuéntame el motivo de tu visita; tras nuestra conversación por teléfono, me dejaste realmente intrigado.

—Necesito tu opinión sobre un asunto delicado.

—Tú dirás.

—¿Conocías a Joáo Barros?

—No, no lo conocía. Por el tiempo verbal que has empleado me imagino que ha muerto. ¿Quién era?

—Un profesor de Historia Sagrada de la universidad de Lisboa.

—¿Amigo tuyo?

—Sólo hablé con él en una ocasión, a principios de abril, en Sevilla. Murió asesinado poco después.

—Vaya; ¿y qué puedo hacer yo?

—Vino desde Lisboa para escuchar una conferencia q U, pronuncié en Sevilla sobre la imagen de la Virgen en la pintura del siglo XV.

—Era un fan tuyo, imagino.

—No. Estaba escribiendo un libro sobre las apariciones de Fátima y le interesaba contactar conmigo para hablar de la imagen de la Virgen —David omitió que Joáo Barros era miembro de los Hermanos de Heliópolis.

—Has dicho que murió asesinado, ¿por qué?

—Porque debió de descubrir algo oscuro sobre la historia de esas apariciones.

Micara dio un sorbo a su café y luego sirvió dos copas de armañac D'Artigalongue reserva del 87.

—Si no recuerdo mal, creo que no bebías alcohol —se dirigió a Michelle.

—Lo tomo en grandísimas ocasiones, y ésta lo es — replicó la profesora Henry, a la que Enrico sirvió media copa.

—¿Todavía te queda de este armañac? — le preguntó David.

—Mientras lo pueda conseguir, no beberé otro licor, aunque me temo que ya va quedando muy poco de esta añada. ¿De qué se trata ese «algo oscuro»? —inquirió Enrico retomando la conversación.

—No lo sabemos. Hace ya tres meses que estoy metido de lleno en el asunto de las apariciones de Fátima, y me estoy encontrando con serias dificultades.

—¿Y crees que yo puedo resolverte alguna?

—Tal vez. ¿Has oído hablar de Sodalitium Pianum?

Micara mudó su rostro amable por una expresión más dura.

—Claro.

—¿Existe todavía?

—¿Por qué te interesa esa sociedad secreta?

—Porque creemos que es Sodalitium quien está detrás del asesinato del profesor Barros, y tal vez de todo el montaje de las apariciones de Fátima. Tú tienes buenos amigos en el Vaticano, a esta casa suelen venir a comer, y a beber, cardenales de la Curia Pontificia, la mayoría calzan zapatos de tus tiendas...

—Ayúdanos, por favor —le pidió Michelle.

Micara tomó aire, giró sobre su mano la copa de armañac, aspiró su aroma y bebió un sorbo lento, saboreando todo su gusto en el paladar.

—Sodalitium Pianum existe, sí, y sus miembros son peligrosos, muy peligrosos. Tras su disolución oficial en 1921 no actúan desde la legalidad, pero durante todo este tiempo han mantenido su estructura y su modo operativo. Sus agentes son reclutados en los seminarios más radicales de la Iglesia y son formados para que ejecuten las órdenes de sus superiores sin parpadear.

—¿Aunque incluyan el asesinato? —preguntó Michelle.

—Por supuesto; todo lo que Sodalitium hace, lo justifica en defensa de los valores tradicionales de la Iglesia. Sus miembros son furibundos anticomunistas, antiliberales y antimasones y aspiran a convertir a todo el mundo a la ortodoxia católica, incluso a la fuerza si es preciso.

—¿Tienen buenas relaciones con el Vaticano? —preguntó David.

—Querido amigo, Sodalitium Pianum está en el corazón del Vaticano. Y en cuanto a lo de Fátima y al asesinato del profesor Barros, ¿qué pretendes?

—Quiero que el crimen de Barros no quede impune.

—Pero si has dicho que apenas lo conocías.

—No importa. Tengo poderosas razones para desear que el asesino sea descubierto.

—Anda con cuidado, con mucho cuidado; si Sodalitium está detrás de ese

asesinato, no se detendrán ante nada.

—Creo que estoy descubriendo lo que ya averiguó Barros pero él tenía acceso a un documento del que yo no dispongo— se trata de una carta o un informe que una mujer, probablemente inglesa y católica, escribió a finales de 1917, tal vez en Londres, en la que decía saber lo que en verdad había ocurrido en Fátima.

—¿Dónde se guarda esa carta?

—No lo sabemos; Barros sólo me enseñó una fotocopia de la primera cara de una cuartilla numerada al pie con el número 1.

—Los pastorcitos de Fátima que vieron a la Virgen la describieron como una mujer llena de luz blanca, joven y muy hermosa. ¿Cómo crees que era la verdadera Virgen María, Enrico? —le preguntó Michelle.

—La madre de Jesús era natural de Nazaret, una mujer semita; por tanto, lo más probable es que fuera morena, de ojos marrones y pelo castaño oscuro, y hablaría en arameo, claro. Pero la imagen real que debió de tener María en nada se asemeja a la señora que se aparece a los videntes. Cada vidente la ha descrito en función del canon de belleza de su época y de su región. Cosa extraña, por cierto, porque cuando Cristo se mostró a sus discípulos tras su muerte en la Cruz lo hizo tal cual quedó en el Calvario. Si recordáis el Nuevo Testamento, cuando se apareció al apóstol Tomás, Jesús aún mostraba en el costado la herida abierta que le propinó con su lanza el soldado romano Longinos, pues Tomás metió los dedos en ella para comprobar que el aparecido era el verdadero Maestro —puntualizó Micara.

—Entonces, si la aparición de Fátima hubiera sido real, la Virgen se habría mostrado tal como era antes de su muerte en la tierra.

—Si nos atenemos a los Hechos de los Apóstoles, la Virgen ascendió a los cielos con más de cincuenta años de edad; su aspecto para entonces, tras una vida de sufrimiento por la muerte de su hijo y en una mujer de esa edad en esa época, sería el mismo de una anciana de ochenta hoy.

—Pero los pastorcitos vieron a una hermosa joven, de unos dieciséis años, a la que pese a su aspecto juvenil llamaron «señora».

—Es que tal vez vieran a una verdadera joven señora —supuso Enrico.

—¿Qué?

—Que es probable que esos niños pastores contemplaran en verdad a una joven, hermosa y bien vestida, y la confundieran con la Virgen. Imaginaos: estamos en el Portugal profundo y rural, en 1917, unos niños de entre siete y diez años, que no han salido de su aldea, y analfabetos, que sólo conocen el mundo por la catequesis de un párroco tradicional, ven a una joven por el campo, hablan con ella y la confunden con una visión celestial. Aguardad un momento. Con tu permiso, Michelle, enseguida vuelvo.

—Por supuesto.

Enrico se levantó y regresó a los dos minutos con un voluminoso y lujoso libro en la mano. Era un tratado sobre la imagen de la Virgen en la pintura barroca.

—Aquí están las representaciones más habituales de la Virgen en la pintura de los siglos XVII y XVIII. Fijaos —Enrico se colocó entre Michelle y David y abrió un precioso libro sobre la mesa—: Rubens pinta a la Virgen en su *Descendimiento* de la catedral de Amberes como una mujer rubia, con el pelo largo y suelto, oronda y rolliza, pero en *La Sagrada Familia* la representa con pelo castaño, enseñando un pecho que toca el Niño, también rolliza a pesar de su joven edad, el modelo de mujer que gustaba a los hombres en la primera mitad del siglo XVII

Y así la pinta también O razio Gentileschi en 1626 en este *Des canso en la huida a Egipto* del Museo de Historia del Arte de Viena: joven, rubia, hermosa, también dando el pecho al Niño. En cambio, Simón Vouet en *La Presentación en el Templo* de 1641, en el Louvre, la muestra joven, con el pelo largo y suelto. O Georges de la Tour, en *La Natividad* del Museo de Bellas Artes de Rennes, pintada en 1650; mirad, joven, seria, de pelo castaño claro. Y así mismo Pierre Mignard, en *La Virgen de la Uva* del Louvre, castaña oscura, joven, con el Niño en brazos, una auténtica belleza barroca. Pero vayamos a España y Portugal — Enrico pasó varias páginas—. Aquí está la *Adoración de los pastores*, de Pedro de Orrente, en el Museo de Santa Cruz de Toledo, con la Virgen morena, joven, de rostro limpio, nariz recta. Y José de Ribera, con su *Inmaculada Concepción* de las Agustinas de Salamanca, de 1635, rubia, pelo largo, rizado, suelto, de unos veinte años, túnica blanca y manto azul, sobre el cuarto creciente de la Luna con la corona de doce estrellas de seis puntas y rodeada de coros de ángeles. En cambio, en esta *Adoración de los pastores* del Louvre de 1650 la pintó morena, pelo largo, con un pañuelo sobre la cabeza. Aquí está la *Inmaculada Concepción* de Francisco de Zurbarán, de hacia 1640; mirad, es morena, una niña, con túnica blanca y manto azul, con las doce estrellas sobre la luna y rodeada de cabezas de ángeles. O esta otra *Inmaculada* de José Antolínez, en el Museo de Bellas Artes de Bilbao, de 1660, con pelo castaño oscuro, largo y rizado, y de nuevo el manto azul, la túnica blanca y la corona de doce estrellas. Y la de Murillo, llamada la *Inmaculada de Soult*, pues perteneció a este mariscal de Napoleón, de pelo castaño claro, largo y rizado, manto azul, túnica blanca, sobre cuarto creciente y ángeles. O estas portuguesas. Como veis, la Virgen se representa según el ideal de belleza femenina de cada momento. Eso mismo ocurría en el siglo XV, ¿no es así, David?

—En efecto, y así lo expliqué en las conferencias de Sevilla y de Lisboa.

—Bien. Convengamos entonces en que los niños vieron en realidad en Fátima en 1917 a una joven de unos veinte años, que no era precisamente una pastorcita como ellos, sino una dama muy hermosa que vestía como una princesa, ¿qué hubieran pensado?

—Que era la Virgen; es lo que tú supones, ¿no? —adujo Michelle.

—Es una posibilidad.

—Pero hablaron con ella —precisó David.

—Si no recuerdo mal, le preguntaron que de dónde venía, y ella dijo que del

cielo. ¿No es así?

—Sí, así es —ratificó David.

—¿Existe alguna ciudad en Portugal que se llame «Cielo» o algo parecido?

—No, creo que no.

—¿Y fuera de Portugal? Tal vez esa joven dama fuera española, o inglesa. En Portugal ha habido muchos ingleses desde la Baja Edad Media.

—Pero les hablaba en portugués —puntualizó Michelle.

—E n las apariciones, la Virgen siempre se expresa en el lenguaje del vidente al que se aparece.

—O sea, que la Virgen habla todos los idiomas del mundo —ironizó Michelle.

—Al menos todos los de los videntes con los que María se ha comunicado, porque si se hubiera dirigido a todos ellos en arameo, ninguno la hubiera entendido. Es la madre de Dios, no creo que le sea difícil el don de lenguas.

—¡Claro, una extranjera! — exclamó Michelle.

—Explícate —le pidió David.

—Está claro: los niños hablaron con una joven extranjera que hablaba portugués con acento extraño y probablemente con alguna dificultad para expresarse en ese idioma.

—Una joven de dieciséis a veinte años, extranjera y sola por las colinas de Cova da Iria en 1917, no parece muy normal —supuso David.

—Michelle puede tener razón —dedujo Enrico—. Si los pastorcitos se encontraron con una joven dama, y es probable que así fuera, su aspecto tuvo que ser muy distinto al de las jóvenes portuguesas de la comarca, y sus vestidos también. Precisamente fue lo extraordinario del hecho lo que les llamó la atención.

—Hay un problema. Eso valdría para la primera aparición, la del 13 de mayo de 1917, en la que estaban solos los tres niños, pero no sirve para las siguientes, en las que había muchos testigos que no observaron a ninguna dama; si hubiera sido una mujer real, la hubieran contemplado todos los testigos en las siguientes apariciones, salvo que fuera invisible, claro —sostuvo David.

—O salvo que las demás apariciones fueran un montaje del párroco de Fátima. ¿Recuerdas, David?, la única de los tres pastorcitos que escuchó las palabras de la Virgen en las apariciones fue Lucía. Francisco y Jacinta la veían, o decían verla, pero no la escuchaban, sólo Lucía oía la voz de la señora. Y eso lo declaró veinticinco años después de las apariciones, equivocándose en algunas fechas, como la del triunfo del comunismo en Rusia —dijo Michelle.

—Existe una imagen de la Virgen de Fátima; se encuentra en el convento del Carmelo en Coimbra. La esculpió un artista que trabajó durante seis meses según las indicaciones que le hacía sor Lucía. Se trata de una talla de una mujer joven, de unos veinte años, de aspecto cándido y cabello moreno. Cuando se acabó de tallar, sor Lucía ratificó que era fiel a la imagen de la

Virgen tal cual se le había aparecido — añadió David.

—Se ha hecho tarde. Si os parece, podemos ir a descansar y mañana seguimos con este asunto; me habéis despertado una gran curiosidad, y cierta inquietud también. Servirán el desayuno aquí mismo, a las nueve, ¿de acuerdo? —propuso Enrico.

—Sí, gracias, estoy algo cansada —comentó Michelle.

—Pues hasta mañana.

—Buenas noches y buen descanso.

Michelle se había despertado a las siete de la mañana y había disfrutado de un dorado y cálido amanecer sobre las cúpulas y tejados de Roma. David lo había hecho poco después, pero se había quedado en la cama, observando el cuerpo de la joven recortado en el balcón, enmarcado como si se tratara de un cuadro, con las formas rotundas de su amada perfiladas bajo su camisón corto que al trasluz parecía casi transparente. Hicieron el amor intentando no armar demasiado ruido.

Michelle fue la primera en bajar a desayunar, a las nueve menos cuarto; Enrico lo hizo cinco minutos después.

—Buenos días —Enrico besó la mejilla de Michelle—; espero que hayas descansado.

—Perfectamente, gracias.

—¿No habéis extrañado el colchón?

—Quizás un poco blando para lo que estoy acostumbrada, pero casi perfecto.

—¿Qué tal tu tesis? Si no recuerdo mal, el año pasado estabas metida de lleno en ella.

—Precisamente la acabé la semana pasada; ya se ha fijado fecha para la defensa, será en septiembre.

—Me alegro mucho, y deseo que todo vaya bien, aunque ya sabes que los miembros del tribunal suelen hacer algunas críticas fuera de lugar; los profesores tienen que demostrar 1o listos que son y ésas suelen ser buenas oportunidades par, hacerlo. Avísame cuando la leas; aprovecharía para ir a París hace un par de años que no visito esa ciudad.

»Eres una mujer muy hermosa y de profunda inteligencia; David es un hombre muy afortunado — cambió Enrico de tono y de tema de conversación de pronto.

En ese momento salió David a la amplia terraza ajardinada. Sobre una mesa había zumo natural de naranja y de pomelo, varios tipos de frutas, huevos, embutidos, quesos, pasteles, mantequilla, mermeladas, tostadas, *panettone*, bollos y pan recién horneado.

—Buenos días, Enrico.

—Hola, David. Ya me ha dicho Michelle que habéis descansado bien.

—Así es; la cama tiene un colchón que parecía una pluma.

—Es de plumas. Pero servíos, por favor. Yo tomaré un capuchino, ¿y vosotros?

—Yo, café solo — dijo David.

—Un descafeinado con leche, gracias —pidió Michelle.

Enrico hizo un gesto a una muchacha del servicio, que se mantenía discretamente alejada de la mesa, y le indicó que trajera las bebidas calientes solicitadas.

—Anoche me acosté pensando en ese asunto de Fátima, y comencé a recordar más cosas. Un cardenal de la Curia Vaticana, muy amigo mío, me habló hace tiempo de los famosos «Tres Secretos», que imagino que conocéis.

—Claro —asintió David.

—Me contó cómo se produjo la publicación del «Tercer Secreto», y el enorme interés que tenía Juan Pablo II porque se revelara, aun quebrantando la voluntad de sor Lucía para que no se comunicara antes de su muerte —explicó Micara.

—Ese papa era un megalómano —sentenció Michelle.

—Pues va a ser santo muy pronto, si Benedicto XVI no retrasa la beatificación, que por lo que parece sí la va retrasar. Como os contaba, mi amigo el cardenal fue testigo de cómo Juan Pablo II encargaba en persona al entonces cardenal Ratzinger, hoy papa Benedicto XVI, que escribiera un comentario teológico al «Tercer Secreto». Como bien sabes, David, el «Tercer Secreto» fue publicado el 26 de junio del año 2000; el encargado de hacerlo fue el secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Angelo Sodano. El papa había anunciado que se publicaría su contenido el 13 de mayo de ese año, la festividad de la Virgen de Fátima.

—David me leyó en París, hace tres días, el texto de ese «Tercer Secreto», y el anuncio del atentado contra un obispo vestido de blanco —comentó Michelle.

—Mi amigo el cardenal me dijo que la verdad desvelada en el año 2000 era la completa. Pero los agentes de Sodalitium Pianum en Roma querían que se anunciara una segunda parte, redactada por ellos, según la cual se avecinaban para el año 2005 grandes catástrofes atmosféricas, inundaciones y terremotos, y que el 6 de junio de 2006, es decir, el día 6 del mes 6 del año 6 del tercer milenio, el 666, el número de la Bestia, la humanidad contemplaría su final. Ese día, la oscuridad se extendería sobre la tierra, se desencadenaría un terremoto apocalíptico, extraños seres invasores vendrían del cielo y se produciría la extinción de la raza humana. En esa fecha concreta se impuso la razón y el Vaticano no se sumó a esa visión apocalíptica del fin del mundo. El propio cardenal Ratzinger lo descartó en un comentario teológico que hizo al «Tercer Secreto».

»Los responsables de Sodalitium se enfadaron mucho ante la negativa del papa a secundar sus planes y lo presionaron para que anunciara el inmediato final de los tiempos si l 0 s seres humanos seguían pecando contra Dios y desobedeciendo sus mandatos.

—¿Te estás refiriendo al supuesto «Cuarto Secreto»? —preguntó David.

—Sí; hay quien piensa que existe, pero sólo es un bulo que ha hecho correr

la gente de Sodalitium.

—¿Podría hablar con ese cardenal amigo tuyo? —pidió David.

Enrico Micara dio un sorbo a su capuchino y se limpió los labios con la servilleta de lino con elegancia versallesca.

—Lo siento; no puedo decirle que os he contado esto.

—Pero no nos has desvelado quién es; desconocemos el nombre de ese cardenal. Si lo llamas y le dices que queremos hablar con él de este asunto, tal vez acceda, y si no, seguiremos sin conocer su nombre.

Enrico volvió a beber de su capuchino y repitió el mismo gesto de limpiarse los labios como si ejecutara un gesto protocolario de la rígida etiqueta de un ritual bizantino. En realidad, pretendía ganar unos segundos para meditar la respuesta y no dar, sobre todo ante Michelle, sensación de debilidad, de miedo o de duda.

—De acuerdo; lo llamaré, pero que conste que lo hago por vosotros, y sólo por vosotros.

—Gracias, Enrico —dijo David.

—Muchas gracias —reiteró Michelle, que se inclinó hacia Micara y le dio un beso en la mejilla.

—E l cardenal os recibirá mañana —les anunció Micara a Michelle y a David durante el almuerzo.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Michelle.

—Tuve que emplearme a fondo.

—¿No le importa que conozcamos su identidad? —preguntó David.

—No la vais a conocer.

—¡Qué! ¿Entonces cómo vamos a entrevistarnos con él?

—Os encontraréis en la basílica de Santa María in Trastevere. Cierran las puertas al público a las nueve de la noche. Entraréis allí a las ocho y cuarenta y cinco y os sentaréis en el penúltimo banco. La gente comenzará a abandonar el templo, pero vosotros no os moveréis. A las nueve se apagarán las luces, permaneced quietos, nadie os indicará que salgáis. Esperad callados. Cuando hayan abandonado la iglesia todos los visitantes y se cierren las puertas, el cardenal se sentará en el último banco, justo detrás de vosotros. No deberéis mirarlo, no volváis la cabeza, no lo hagáis por nada o se acabará la entrevista. Cuando el cardenal decida terminar, él os lo comunicará. Entonces deberéis continuar sentados y mirando hacia el altar, siempre hacia delante, no giréis la cabeza. Una vez que el cardenal se haya despedido de vosotros, aguardad cinco minutos, hasta que se encienda la luz de una linterna, e id hacia ella, pues os indicará la salida. Yo os esperaré en el restaurante que está situado justo frente a la fachada de la basílica, al otro lado de la plaza. Dispondréis de veinte minutos para hablar con él, de modo que aprovechadlos.

Emplearon la tarde y la mañana siguiente en visitar Roma, que David conocía bastante bien, y a la hora acordada se dirigieron hacia el Trastevere. Los dos estaban notoriamente nerviosos, pero David intentaba parecer calmado y sereno para rio inquietar a Michelle.

El chófer de Enrico los llevó hasta el barrio del Traste— veré. Descendieron en la plaza Trilussa, frente al puente Sisto, y desde allí caminaron hasta la plaza de Santa María. En el centro de la plaza, sentados en las gradas de la fuente octogonal que diseñara Cario Fontana a finales del siglo XVII, varios jóvenes bebían de botellas de licores convenientemente cubiertas con bolsas de papel para no transgredir la ley. Atardecía sobre el cielo de Roma y las luces de las farolas comenzaban a encenderse en el viejo Trastevere.

Entraron en la basílica, en las paredes de cuyo pórtico colgaban decenas de lápidas funerarias, y se dirigieron hacia el altar mayor, donde contemplaron los mosaicos del siglo XII, en los que se representaba precisamente la Coronación de la Virgen, sentada a la derecha de Jesucristo. David le explicó a Michelle algunas de las características de aquel mosaico. Instintivamente, miró su reloj de pulsera y vio que marcaba las ocho y cincuenta minutos, se lo indicó a Michelle y ambos se dirigieron hacia el penúltimo banco de la basílica. Estaba ocupado. Un grupo de españoles permanecía sentado en los dos últimos bancos; uno de ellos, de aspecto profesoral, explicaba a los demás las características de aquel templo y decía con voz profunda y un tanto engolada que Santa María in Trastevere se consideraba como la primera iglesia en la que se celebró culto cristiano en Roma, tras salir los cristianos de las catacumbas a comienzos del siglo IV, pero que el edificio que estaba a la vista se había reconstruido casi por completo en el siglo XII.

Esperaron a que el erudito español concluyera su discurso y, cuando los del grupo se levantaron, ocuparon rápidamente su puesto en el penúltimo banco. Fuera ya era totalmente de noche y los turistas comenzaron a abandonar del templo; los últimos tuvieron que ser desalojados con insistencia por los encargados de la basílica. Curiosamente, a los dos que estaban sentados en el penúltimo banco nadie los molestó.

Cuando se apagaron las luces, el interior de la basílica quedó sumido en la penumbra; Michelle cogió la mano de David y la apretó con fuerza. David giró levemente la cabeza para ver el rostro de Michelle, que se mantenía firme y un tanto rígida, mirando fijamente al altar. David observó su reloj pero no había suficiente luz como para poder discernir la hora exacta.

Transcurrido un tiempo, que les pareció demasiado largo, oyeron a sus espaldas el sonido de unos pasos; eran espaciados y lentos, pero sonaban como un leve crujido. David supuso que el cardenal calzaba uno de esos pares de zapatos tan caros de las zapaterías Micara, tal vez regalo del propio Enrico, bastante nuevos y con la suela de cuero, pues si hubiera sido de goma no hubiera chirriado de esa manera.

Los pasos se detuvieron, crujió el último banco, y sintieron a su espalda la presencia de alguien que olía a perfume varonil fresco y caro. Michelle apretó con más fuerza la mano de David, que mantenía asida.

—Buenas tardes. Enrico me ha dicho que deseaban hablar conmigo. Dispongo de quince minutos. Háganlo despacio y en voz baja, y no vuelvan la cabeza; imagino que ya saben cómo comportarse —les advirtió el cardenal en

inglés; su voz sonaba profunda y cadenciosa.

—Buenas tardes, eminencia. Estamos trabajando en el caso de las apariciones de Fátima y se nos ha presentado un terrible contratiempo. El profesor Joáo Barros, de la universidad de Lisboa, ha sido asesinado. Creemos que el móvil de este crimen ha sido precisamente un descubrimiento que realizó sobre esas apariciones. Era amigo nuestro...

—Olvide el tratamiento, y no continúe por ese camino, doctor Cárter; si quiere que sigamos esta conversación, no me mienta —adujo el cardenal.

—De acuerdo, no era amigo mío. Lo conocí en Sevilla. Allí me mostró la copia de un documento que creemos que se guarda en el Archivo Vaticano y que ha podido ser la causa de su muerte. ¿Puede decirnos algo al respecto? —le preguntó David.

—¿Vio usted ese documento?

—Sólo la fotocopia de una cuartilla numerada al pie con el número 1, pero no constaba ni fecha ni dirección de envío. Por lo que parece, se trata de la carta de una mujer, católica, escrita en inglés, tal vez a fines del año 1917, en la que se dirigía a un amigo para contarle algo referido a las apariciones de Fátima de ese mismo año; parecía muy preocupada.

—¿Nada más?

—No, eminencia, nada más.

—Le ruego de nuevo que evite el tratamiento.

—Como usted desee.

—¿Y de qué cree usted que trataba ese documento?

—Creo que se refería a una posible falsificación de todo lo sucedido en Fátima en 1917, pero no pude volver a hablar con el profesor Barros. Me invitó a dar una conferencia en Lisboa, pero poco antes de la fecha en que yo tenía que impartirla, fue asesinado. Ya no volví a hablar con él, ni siquiera por teléfono. ¿Tiene alguna idea de quién pudo asesinarlo? —David soltó la pregunta de sopetón.

El cardenal no respondió. Un tensísimo silencio se mantuvo durante unos instantes; Michelle volvió a apretar la mano de David.

—Sí —respondió al fin el cardenal tras otra pausa.

—¿Sodalitium Pianum? —preguntó David.

—Sí —volvió a responder el cardenal, esta vez sin pensarlo.

—¿El asesinato de Joáo Barros está relacionado con las apariciones de Fátima y con ese documento?

—Sí.

—¿Está ese documento en el Archivo Vaticano?

—No; ahora ya no.

—¿Lo han destruido?

—Desapareció hace unas semanas.

—¿Lo tiene usted? — David tragó saliva y Michelle apretó su mano con más fuerza aún.

No hubo respuesta. David esperó unos instantes, pero el cardenal mantenía

el silencio.

—Sí — respondió al fin.

—¿Podemos consultarlo?

—No, pero busquen en Londres, en 1917; allí encontrarán el camino.

—¿No puede decirnos nada más? —demandó David.

—Por favor, eminencia... —terció Michelle, que hasta entonces se había mantenido callada, con voz casi suplicante.

—Saylor, Mary Saylor, Londres 1917, 16 de octubre de 1917. No lo olviden.

—¿Nada más?

—El resto deberán averiguarlo ustedes mismos. El padre Lefévbre los ayudará.

—¿Conoce a Lefévbre? —preguntó extrañado David.

—El los ayudará.

—¿Por qué hace esto, eminencia? — David volvió a utilizar el tratamiento protocolario—. Supone un grave peligro para usted.

—Por mi conciencia.

—¿Sólo por eso?

—Sólo; el honor lo perdí hace tiempo, y el momento d_ la venganza, si en otra época me hubiera podido reconfortar ya pasó para mí.

—¿Sodalitium Pianum nos conoce?

—Sí, aunque no los considera peligrosos, al menos de momento; no obstante, tengan cuidado, mucho cuidado, especialmente a partir de hoy.

—¿Podremos volver a hablar con usted?

—Lo siento, la entrevista ha terminado —zanjó el cardenal.

Michelle y David escucharon el crujir del banco y el chirrido de las suelas de cuero de los zapatos del cardenal, que se alejaba entre la oscuridad del templo.

Aguardaron en silencio unos minutos y al fin vieron que a su derecha se encendió una luz, como de una linterna, que se movía de arriba abajo; se levantaron y fueron hacia ella. La luz desapareció tras una puerta, que atravesaron para salir de las naves del templo; cruzaron un pasillo y se encontraron en un patio, en una de cuyas esquinas seguía moviéndose la luz. De nuevo fueron hacia ella, abandonaron el patio, atravesaron un nuevo pasillo y dieron con una puerta abierta que comunicaba con la calle, frente a la plaza de San Egidio. Michelle se abrazó a David y lo besó intensamente.

—Me late el corazón como si hubiera corrido diez kilómetros —Michelle cogió la mano de David y la puso en el centro de su pecho. Cárter acarició el rostro de la joven y volvió a besarla.

—Vamos a ver a Enrico; creo que nos hemos metido en una buena.

Cruzaron la plaza de Santa María in Trastevere, dejando a su espalda la fachada de la basílica, y se dirigieron al restaurante donde los esperaba Enrico Micara. El profesor romano los aguardaba sentado a una mesa en una discreta esquina del salón.

—¿Qué tal os ha ido? —les preguntó a la vez que se levantaba para sujetar el respaldo de la silla donde se sentó Michelle.

—Todavía nos tiemblan las piernas — comentó David.

—El cardenal corre un gran riesgo —Enrico hablaba muy bajito.

—¿Conoces algo más de este embrollo?

—Hablé con él esta mañana, y sí, me informó de ciertas cosas que, unidas a lo que vosotros me habéis contado, confieren a este asunto un sesgo ciertamente peligroso. No sé cómo ni por qué os habéis metido en semejante lío, pero os aconsejo que os olvidéis de él.

—No podemos —asentó Michelle.

—Claro que podéis. Dejad de preguntar por las apariciones de la Virgen, olvidaos de Fátima, regresad a vuestros trabajos sobre arte gótico y no sigáis por este camino. Sodalitium Pianum no se ha preocupado de momento por vosotros, pero si lo hace, me temo que correréis un grave peligro.

—Ya te ha dicho Michelle que no podemos abandonar este asunto. Tenemos cierto... compromiso. Además, el cardenal conoce al padre Lefévbre, y eso nos ha causado una gran inquietud —adujo David.

—¿El padre Lefévbre, quién es?

—Uno de los responsables del patrimonio de Nôtre-Dame de París, y buen amigo nuestro —respondió Michelle.

—Mira, Enrico, voy a serte sincero; Michelle y yo conocemos los secretos de una sociedad que ha mantenido ciertos conocimientos de la tradición alquímica desde hace siglo, Ahora se tambalea porque no encuentra personas dispuestas a seguir conservando esa herencia.

—¿Sois miembros de los Hermanos de Heliópolis? —preguntó Enrico absolutamente asombrado.

—No, pero los conocemos bien. Nos han propuesto entrar a formar parte del círculo de la hermandad, pero no nos hemos decidido.

—Se comenta que los Hermanos de Heliópolis aseguran la inmortalidad a sus miembros.

—No, la inmortalidad, no, pero el padre Lefévbre tiene cien años, aparenta sesenta y se mueve como una persona de cuarenta.

—En ese caso, os ayudaré en lo que pueda. Siempre me cayeron bien los alquimistas. Me gustan los tipos que persiguen durante toda su vida una quimera.

—¿Conoces a algún miembro de Sodalitium?

—Formalmente, no. Ya sabéis que legalmente no existe desde 1921, y ninguno de sus activistas reconoce ser integrante de esa sociedad secreta, pero sí, creo que conozco al menos a tres de ellos.

—¿Son agentes del aparato del Vaticano?

—Por supuesto.

—Tenemos que volver a hablar con el cardenal —propuso David.

—¿Os ha dejado abierta esa posibilidad? —inquirió Enrico.

—David le preguntó si podríamos volver a entrevistarnos con él, y se limitó

a decir que esa charla había terminado —dijo Michelle.

—Además, nos ha confirmado que tiene en su poder el documento original que provocó la muerte de Joáo Barros —añadió David.

—Creo que os ha dejado una puerta abierta para un nuevo encuentro.

Michelle, Enrico y David desayunaban juntos en la terraza del palacete de Villa Borghese. El vuelo de regreso a París salía del aeropuerto Leonardo da Vinci a la hora del almuerzo. Habían intentado hablar de nuevo con el cardenal a través de Enrico, pero el misterioso príncipe de la Iglesia les había comunicado que todavía no era hora para una segunda entrevista, de modo que debían regresar a París y hablar con el padre Lefévbre, a quien conocía el cardenal y, por tanto, suponían que Lefévbre también lo conocería a él.

—Lamento que os marchéis tan pronto, ha sido un placer recibiros en mi casa.

—Te agradecemos mucho cuanto has hecho —dijo Michelle.

—Sí, nos has abierto un nuevo camino; de no haber sido por ti, nuestras indagaciones sobre las apariciones de Fátima seguirían en una vía muerta —añadió David—. Y, además, sabemos quién está detrás del asesinato de Joáo Barros. Con tu permiso, voy a recoger el equipaje a la habitación.

David se levantó de la mesa y entró en la casa. La mañana romana era soleada y muy cálida. Faltaban pocos días para el inicio del verano y el calor comenzaba a sentirse con fuerza en Roma.

—Muchas gracias de nuevo, Enrico — Michelle alargó la mano para coger la del profesor romano.

—Ven —le indicó Enrico, y llevó a Michelle hasta la balaustrada de la terraza desde la que se veía toda Roma, con la cúpula de San Pedro al fondo. Sus manos seguían entrelazadas.

—Esta vista es todo un lujo —comentó Michelle.

—Puedes dártelo cuando quieras; considera que ésta es tu casa. Recuerdo que hace ahora casi un año nos encontrábamos aquí mismo, tú y yo, aquella noche, tras la cena de clausura del curso de verano de Historia del Arte. Hablamos de tu tesis, de la cúpula del Vaticano, del obelisco de Heliópolis, del Grial y de la piedra filosofal..., hasta que tu novio te reclamó.

—¿Recuerdas todo eso? —preguntó Michelle.

—Es imposible olvidar un solo minuto a tu lado —Enrico miró a Michelle, se acercó la mano de la joven a los labios y se la besó.

Ella se dejó llevar, le dio un beso en la mejilla y mantuvo su cabeza junto a la de Enrico. Muy despacio, sus rostros se giraron hasta que sus ojos se encontraron. Enrico besó los labios de Michelle; fue un beso delicado, apenas unos segundos, con las bocas ligeramente entreabiertas.

—Lo siento —se excusó Michelle—, no debí...

—No; yo soy quien debe pedirte perdón. Cárter es mi amigo, sois mis invitados y tú eres su novia. No debí besarte así. Lo siento, no he podido evitarlo.

—No importa, no importa.

Desde el balcón, David observó aquel beso y su corazón le gritó que estaba absolutamente enamorado de Michelle.

# CAPÍTULO VEINTE

París, mediados de junio de 2008

De regreso a París, David se mantuvo callado durante todo el vuelo. Había visto aquel beso entre Michelle y Enrico en la terraza del palacete de Villa Borghese, un beso casi casto, pero sentía el comezón de los celos en su interior. Se había dado cuenta de cuánto la amaba; tras más de un año con ella, su relación se había consolidado de tal modo que aunque seguían sin vivir juntos, pues cada uno de ellos lo hacía en su propio apartamento, ya no podía imaginar el futuro sin Michelle. Quería y deseaba intensamente a aquella mujer; le apasionaba acariciar su pelo suave y ondulado, besar sus labios grandes y carnosos, acariciar sus increíbles pechos, hacerle el amor, recorrer con las yemas de los dedos cada centímetro de su piel, observar su mirada limpia y franca y su permanente sonrisa, luminosa y fresca. Cuando conversaba con ella, de Arte, de Literatura o de cualquier cosa banal, el tiempo pasaba tan deprisa... No, estaba convencido de que para él ya no sería posible un futuro feliz sin Michelle.

En cuanto llegaron a París, llamaron por teléfono al padre Lefévbre; le comentaron que deseaban hablar con él enseguida.

Lefévbre los citó en los jardines de la parte posterior de Nôtre-Dame, en el sector donde el puente del Arzobispo enlaza con la isla de la Cité, una zona verde, tranquila y agradable, extrañamente poco frecuentada por los turistas.

—Buenas tardes, padre — lo saludó Michelle.

—Hola amigos, buen día, ¿eh?

—Estupendo, padre Lefévbre, pero no hemos quedado con usted para hablar del tiempo sino para que nos aclare de una vez qué está pasando. En Roma nos entrevistamos con un misterioso cardenal que aseguró que lo conocía a usted. Nos confirmó que los asesinos de Joáo Barros habían sido agentes de Sodalitium Pianum, que la clave de todo esto estaba en una mujer llamada Mary Saylor, en Londres, el 16 de octubre de 1917, y que usted nos ayudaría. ¿En qué debe ayudarnos?, ¿qué sabe usted que nosotros no sepamos?, ¿qué es todo este lío? —le espetó David.

—Estamos en peligro, padre. Ese cardenal nos informó de que los agentes de Sodalitium Pianum saben quiénes somos, y nos vigilan. Esa gente ya ha matado, al menos en una ocasión, y estoy segura de que puede volver a hacerlo. No me gustaría ser una víctima más de esa sociedad secreta vaticana —terció Michelle.

Lefévbre apretó las mandíbulas y se mordió el labio inferior antes de hablar.

—El cardenal con el que hablaron en Roma fue alumno mío en la universidad de Friburgo en 1955; desarrolló una carrera eclesiástica meteórica en los últimos años del pontificado de Pío XII y después participó como

asesor teológico en el Concilio Vaticano II con Juan XXIII. Ni siquiera tenía treinta años y ya era un reputado teólogo, como buen dominico. Primero Pablo VI y luego Juan Pablo II, el pobre Juan Pablo I apenas tuvo tiempo de estrenarse en el pontificado, lo mantuvieron en el Vaticano hasta que fue promovido a cardenal. Fue uno de los que influyeron en la elección del actual papa Benedicto XVI, no en vano ambos fueron compañeros teólogos en el concilio Vaticano II.

—¿Y qué tiene que ver con las apariciones de Fátima? — le preguntó Cárter.

—Mucho. Él fue quien ideó toda la campaña de propaganda para la revelación del «Tercer Secreto» al mundo en el año 2000.

Lefévbre les indicó la proximidad de un banco a la sombra, donde se sentaron.

—Siga, padre —le pidió Michelle.

—Como bien saben, la Iglesia desveló en 1944 los dos primeros secretos: la visión del infierno como un mar de fuego y las dos grandes guerras mundiales con la consagración de Rusia; pero faltaba el tercero, sobre el que todos los expertos especulaban acerca de su contenido, vaticinando que se trataba del anuncio del fin del mundo. No fue así. Pese a que sor Lucía había dicho que el «Tercer Secreto» no debería revelarse antes de su muerte, no se cumplió su voluntad y se hizo público el 26 junio del año 2000. El Vaticano, a través de la Congregación para la Doctrina de la Fe...

—... la Inquisición —puntualizó Michelle, la Inquisición, si usted lo prefiere así, profesora Henry —continuó Lefévbre—, lo desveló en una rueda de prensa en la que el entonces cardenal Ratzinger, nuestro actual santo padre, no permitió ninguna pregunta.

—Curiosa rueda de prensa, si no hubo preguntas; a eso se llama un comunicado —lo corrigió Michelle.

—Joseph Ratzinger aclaro que la Iglesia no deseaba imponer ninguna interpretación sol > lo desvelado por sor Lucía.

—¿Hablaron antes de ello con sor Lucía? —preguntó Cárter.

—Sí; lo hizo el secretario de la Congregación..., de la

Inquisición —rectificó Lefévbre mirando a Michelle—, el día 27 del mes de abril de ese mismo año 2000. Juan Pablo II encargó el correspondiente comentario teológico al cardenal Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

—O inquisidor general —añadió Michelle.

—¿Y qué conclusiones teológicas dedujo Ratzinger? —preguntó David.

—Comenzó afirmando que el llamado «Tercer Secreto» no revela en realidad ningún gran misterio y que la doctrina de la Iglesia distingue entre las revelaciones públicas y las privadas; en las públicas, Dios se dirige a toda la humanidad, como ocurre con el Antiguo y el Nuevo Testamento, en una especie de proceso vital en el que Dios se acerca al hombre, incluso hasta hacerse carne mortal en la persona de Su hijo Jesucristo para sufrir el martirio

en la cruz y, mediante Su sacrificio, redimir a todo el género humano. Dios es uno solo, y por tanto es una sola la Historia que comparte con toda la humanidad. Con Cristo acaba la misión profética y las revelaciones públicas, que son las contenidas en la Biblia, pero no la comunicación de Dios a los hombres, y es ahí donde tienen su lugar mensajes como el de Fátima, en la categoría de revelaciones privadas, pues una vez cerrado el Nuevo Testamento, cuya función no es completar la Revelación sino ayudar a vivirla más plenamente, no habrá ya más revelaciones públicas, que acabaron con las que nos enseñó Jesucristo. A partir del Nuevo Testamento, todas las revelaciones serán privadas y hay que entenderlas como un apoyo para la fe y una contribución para comprender mejor el Evangelio.

—Eso tiene que ver con la religiosidad popular —asentó Cárter.

—Así es; Ratzinger sostiene en sus comentarios teológicos que la religiosidad, de una manera u otra, está anclada en el corazón de todos los pueblos, y se introduce profundamente en la esfera de lo cotidiano. San Pablo recomienda en su Pr I — mera carta a los corintios no despreciar las profecías, y Ratzinger concluye que las profecías no constituyen una explicación explícita del futuro, sino que representan la voluntad de Dios para el presente. La profecía aclara la voluntad de Dios y ayuda a superar la ceguera de los hombres, pues significa, a la vez, advertencia y consuelo.

—Entonces, la Iglesia, a través del guardián de la ortodoxia que era, que es, Ratzinger, o Benedicto XVI, admite las profecías, las videncias y las apariciones; ¿no es así? —preguntó Michelle.

—El cardenal Ratzinger justificó las profecías indicando que la interpretación de los signos de los tiempos había que hacerla a la luz de la fe, y que eso implicaba reconocer la presencia de Cristo en todas las épocas de la historia de la humanidad.

—Es decir, una historia construida según la voluntad divina expresada a los profetas y a los videntes —puntualizó David.

—En efecto, pero no a cualquier vidente. En sus comentarios al «Tercer Secreto», el cardenal Ratzinger, siguiendo el método de la antropología teológica clásica, distingue entre las revelaciones públicas y las privadas. Como ya les he explicado, las públicas son las contenidas en las Sagradas Escrituras, la misma palabra de Dios, en tanto las revelaciones privadas son propias de la mística. Es decir, las revelaciones públicas, el Antiguo y el Nuevo Testamento, son la palabra de Dios y exigen la fe, en tanto las revelaciones privadas constituyen una ayuda para la fe.

—En ese caso, las apariciones de Fátima serían de tipo privado —dedujo Michelle.

—En efecto. Dios habría hecho esas revelaciones a través de los pastorcitos al percibir que la fe se estaba perdiendo en el mundo ante la amenaza del ateísmo, el modernismo y el comunismo. Esta clase de revelaciones privadas se presenta de tres modos: la visión mediante los sentidos, la percepción interior y la visión espiritual.

—Muy listo el inquisidor general —dijo Michelle—. Con ese planteamiento explica el que sólo los tres pastorcitos vieran a la Virgen en tanto todo el resto de la gente presente en Cova da Iría no podía contemplarla.

—Y por esa misma razón, sólo los tres niños observaron la visión del infierno, y nadie más de los allí reunidos pudo hacerlo — añadió David.

—Sí, ésa es la explicación teológica de las apariciones y de por qué los pastorcitos veían cosas que los demás no podían contemplar. Ratzinger señala que las visiones de Fátima pertenecen a la llamada percepción interior, es decir, que la fuerza de la presencia de la visión interna es tan poderosa y real que para el vidente equivale a una verdadera imagen exterior perfectamente definida —explicó Lefévbre.

—Pero eso es una fantasía creada en la cabeza y en la imaginación del vidente, una alucinación —planteó Michelle.

—No, no es así. El vidente observa la realidad a través de lo que podríamos denominar como «sentidos internos». Lo que ve son objetos e imágenes reales, que sólo pueden ser presenciados a través de la percepción del alma. Y ahí es donde interviene Dios con su gracia y sus dones. Así es como se explica que los videntes suelan ser niños, porque, dada su corta edad, tienen el alma muy poco alterada..., poco contaminada diríamos hoy —asentó Lefévbre.

—Es decir, que la vida va haciendo a las personas cada vez peores, que nacemos puros porque Dios nos ha dado el alma limpia y somos los seres humanos los que la vamos estropeando poco a poco — supuso Michelle.

—No tan limpia, pues, según la Iglesia, nacemos manchados con el Pecado Original, pero, pese a ello, la percepción de la pureza en el alma de los niños ya está en los Evangelios. Los niños de Fátima, según Ratzinger, no expresaron visiones de su fantasía; las imágenes que afirmaron ver eran reales, pero percibidas a partir de un origen superior e interior, divino. Se trata de la concentración de imágenes que vienen de Dios y que se sintetizan en una visión simbólica, que luego los hombres deben interpretar.

—O las mujeres —terció Michelle—, que también ha habido y hay mujeres teólogas.

—O las mujeres; admito su visión feminista, señorita Henry. Cristina de Pizán, Hildegarda de Bingen, Margarita Porete o Teresa de Jesús fueron grandes místicas y profundas teólogas.

—Que la Iglesia suele relegar a un segundo plano — adujo Michelle.

—Dejemos la cuestión feminista, si les parece a los dos —intervino David —, y vayamos de nuevo al «Tercer Secreto». Según lo que usted ha señalado, padre Lefévbre, los videntes de Fátima contemplaron unas imágenes concretas, o creyeron verlas, pero no recibieron lo que podríamos llamar una guía para su interpretación.

—Exactamente, profesor Cárter. Los videntes percibieron las imágenes reales a través de los sentidos internos de sus almas, que Dios activó para ello, pero la interpretación de las visiones queda en manos de la Iglesia y de sus teólogos.

—El guardián de la fe, de nuevo —insistió Michelle.

—La propia vidente, sor Lucía, dejó claro que no le competía a ella la interpretación de las visiones, sino a la Iglesia.

—Pero la misma sor Lucía declaró que la interpretación que había dado la Iglesia a sus visiones era la correcta. ¿Cómo se explica esa contradicción? —preguntó David.

—Porque la interpretación de la Iglesia está en correspondencia a lo que ella ha experimentado en sus visiones y en sus reflexiones posteriores. El vidente recibe percepciones y el teólogo las explica; si las percepciones y las explicaciones coinciden, la visión es real y procede de Dios. Antes de publicar su comentario al «Tercer Secreto», sor Lucía y Joseph Ratzinger se entrevistaron cara a cara. Tras ese encuentro, el cardenal Ratzinger aseguró que sor Lucía le confesó que estaba convencida de que el objetivo de las apariciones y de las revelaciones que había tenido en Cova da Iría y en los años siguientes no era otro que contribuir al crecimiento de la fe, la esperanza y la caridad en todo el mundo; es decir, de las tres grandes virtudes del cristianismo.

—¿Y qué es necesario entonces para que la Iglesia admita una revelación como verídica? —preguntó David.

—Una revelación auténtica, según el teólogo flamenco Edouard Dhanis, para quien sor Lucía «soñó» las apariciones de Fátima, no debe contener nada en contra de la fe y de las buenas costumbres. En ese caso, puede hacerse pública y los fieles pueden mostrar su adhesión, pues constituye una ayuda para comprender y vivir mejor el Evangelio.

—Es decir, que, en cierto modo, todo está predestinado —añadió David.

—No, no. La Iglesia rechaza la teoría de la predestinación. La Biblia no predice el futuro, sino que explica la voluntad de Dios y el camino recto hacia el futuro.

—Nos vamos a Londres — terció de pronto David.

—¿Qué se le ha perdido en Londres? —le preguntó el padre Lefévbre.

—No se trata de lo que he perdido, sino de lo que tengo que encontrar. Su amigo el cardenal misterioso nos dio en Roma una clave para seguir adelante: «Mary Saylor. Londres, 16 de octubre de 1917». No tenemos, de momento, nada más.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Londres, mediados de junio de 2008

El tren de alta velocidad los transportó a través del Eurotúnel, bajo el Canal de La Mancha, desde la estación parisina del Norte a la londinense de Waterloo en dos horas y cuarto. Habían reservado una habitación en un buen hotel, cerca de Piccadilly Circus. David y Michelle habían decidido buscar a Mary Saylor en los censos de la época, y para ello se dirigieron al archivo del ayuntamiento.

—El gran Londres tendría de dos a tres millones de habitantes en 1917; será como buscar una moneda enterrada en una inmensa playa —supuso Michelle.

—Tiene que haber alguna manera de localizarla, de saber quién era y qué hacía aquí el 16 de octubre de 1917. Y sobre todo, qué tiene que ver esa mujer con el expediente «Fátima 1».

—Habrá centenares de «Saylor» y miles de «Mary», y tal vez decenas y decenas de «Mary Saylor». ¿Cómo sabremos quién es la que buscamos?, si es que llegamos a dar con ella.

—Intuyo que si la descubrimos, lo sabremos enseguida —supuso David.

Durante dos días buscaron sin resultado el nombre de Mary Saylor en los censos de 1917.

—No aparece; Mary Saylor no aparece en Londres en 1917. El cardenal nos engañó en Roma —lamentó Michelle.

—Un momento. Vayamos a los periódicos de ese día, 16 de octubre de 1917 —propuso de repente David.

Se presentaron en la hemeroteca municipal y pidieron todos los periódicos que se editaron en Londres ese día. Revisaron todas las páginas, una a una, con sumo cuidado y no encontraron mención alguna.

—No hay nada, David; si Mary Saylor hizo algo especial el 16 de octubre de 1917, no fue nada importante, pues en ese caso se hubiera publicado en la prensa. ¡Espera! —Michelle se detuvo en una página en donde el corresponsal en Portugal del diario más importante de Londres en esa época daba cuenta de las apariciones de Cova da Iria en Fátima.

—Veamos el día siguiente. Si le ocurrió algo el 16 de octubre, saldría publicado el 17.

—De acuerdo —asintió David, aunque ya sin esperanzas de encontrar nada.

Volvieron a los periódicos y revisaron los del 17 y el 18 de octubre, sin la menor noticia de Mary Saylor. Estaban a punto de dejarlo cuando Michelle propuso revisar un día más, el 19 de octubre.

La noticia se ofreció a los ojos melados de Michelle como un aldabonazo.

—¡Aquí está, aquí está! —gritó Michelle olvidando que se encontraba en una sala de consultas documentales donde regía el silencio—: «La señora

Mary Saylor, esposa del empresario John Saylor, fue encontrada en la mañana de ayer muerta en su domicilio de Oxford Street» —leyó Michelle.

En las páginas de sucesos, muy densas, se resaltaba el crimen que había tenido lugar en la residencia de los Saylor en Oxford Street. El periodista indicaba que un ladrón había entrado en la casa aprovechando la ausencia del señor Saylor y que había asesinado a su joven esposa. No había de momento pista alguna sobre la identidad del asesino, aunque se barajaba el motivo del robo como causa, pues John Saylor era propietario de una de las bodegas más afamadas de Oporto.

—E s ella, es ella. ¡Saylor, claro, Saylor! Seré idiota; no la encontramos en el censo porque figuraría con el nombre de soltera. La Saylor Wines, la primera empresa exportadora de vino de Oporto. ¡Cómo no he caído antes! —exclamó David.

Los padres de David eran dueños de una importante bodega de vinos en el valle de Napa, en California, y conocía bien la historia del vino y sus más importantes marcas.

—¿Te suena de algo ese apellido? —preguntó Michelle.

—Claro que me suena. Saylor es una empresa inglesa de vinos establecida en Oporto desde hace siglos. Vamos —dijo David.

—¿Adónde? —preguntó Michelle intrigada.

—A Scotland Yard, por supuesto.

Tomaron un taxi y se dirigieron a las oficinas de New Scotland Yard, un complejo de varios edificios en el barrio de Westminster, entre Broadway y Victoria Street.

Cuando en la amplia recepción les preguntaron por el motivo de su visita, David adujo que se trataba de una investigación urgente sobre patologías médicas en la pintura de comienzos del siglo XX. El funcionario que los atendió enarcó las cejas ante las palabras de David, al que creyó uno más de los centenares de curiosos interesados en los crímenes de Jack el Destripador, pero pareció serenarse cuando Cárter le mostró el carné de profesor de la universidad de Nueva Jersey.

—¿Y qué desean consultar en concreto? Comprenderán que hay documentos reservados que no pueden ser mostrados, ni siquiera a los investigadores universitarios.

—Queremos consultar los casos de asesinato abiertos en octubre de 1917 —precisó David.

—En ese caso, diríjanse a la Mary Evans Picture Library, allí los atenderán —les indicó el funcionario de recepción.

No tardaron ni quince minutos en localizar el expediente del asesinato de Mary Saylor; constaba de tres carpetas de color verde contenidas en una caja de archivo de cartón.

David abrió la caja con cuidado, como si estuviera desplegando el mapa de un tesoro oculto, y extrajo las tres carpetas, muy descoloridas. Abrió la primera, que contenía una docena de documentos; eran los informes de los

agentes que habían inspeccionado la casa de Mary Saylor, en Oxford Street, pocas horas después de su asesinato. Los leyeron con todo detenimiento pero sólo pudieron colegir que la joven señora había sido asesinada la madrugada del 17 al 18 de octubre en su propia cama, degollada con un arma cortante, muy afilada, y que no se conocía una sola pista sobre el asesino. La segunda carpeta contenía las declaraciones del personal del servicio de la casa; ninguno había visto u oído nada durante la noche del crimen. La tercera contenía las declaraciones del marido, el ya viudo John Saylor, el informe policial y el expediente judicial por el que se archivaba el caso ante la ausencia de pruebas.

—Bueno, veamos qué fue de John Saylor —propuso David.

La Saylor Wines seguía existiendo. Sus oficinas se ubicaban en la City londinense, en la planta décima de un enorme edificio de cristal y acero en Saint Mary Axe.

La secretaria de recepción se extrañó mucho cuando Michelle y David le indicaron que querían hablar con el presidente de la Saylor Wines por motivos personales. Tras consultar la agenda, les comunicó que no tenían cita previa, a lo que los dos alegaron que se trataba de algo muy urgente.

—¿Cómo de urgente? —preguntó la recepcionista.

—Como de un asesinato de urgente —asentó Michelle.

—Perdone, ¿qué dice? —preguntó sorprendida la secretaria.

—Que se trata de un asesinato —reiteró David.

—¿Son ustedes policías?

—No, somos historiadores del arte — respondió Michelle.

—No entiendo, si se trata de una broma...

—Le aseguro que este asunto es muy serio —aseguró David.

—Esperen ahí —les señaló unas sillas—, avisaré al señor Saylor.

La recepcionista desapareció tras una puerta y al poco tiempo reapareció acompañada de una señora de más edad, con aspecto de la clásica secretaria de dirección londinense: cabello recogido en moño, gafas alargadas de pasta, traje de chaqueta barato y zapatos negros cerrados de medio tacón.

—La señorita Phillips me ha dicho que preguntan por el señor Saylor. Ahora no puede recibirlos; si me concretan el motivo de su visita, tal vez pueda darles cita para otra ocasión.

—Perdone, señora... —titubeó David.

—Spencer, señorita Ruth Spencer, secretaria de dirección de Saylor Wines.

Señorita Spencer. Necesitamos hablar con el señor Saylor; venimos de París y queremos preguntarle acerca de un asesinato, probablemente de una antepasada suya, la señora Mary Saylor. Es muy importante. Por si necesita más credenciales, soy el heredero de la bodega Cárter, de California.

—Aguarden un momento.

Ruth Spencer desapareció por la puerta por donde había entrado y regresó a los tres minutos.

—¿Y bien? —preguntó David.

—Acompáñenme; el señor Saylor los recibirá ahora mismo.

Ferdinand Saylor era un tipo alto y delgado, con unas manos huesudas y nervudas, todo huesos y tendones. Su rostro era de aspecto adusto, de pómulos marcados, mejillas enjutas cubiertas de finísimas venillas rojizas y cuello fino y alargado; su cabello grisáceo y escaso se pegaba a un cráneo ososo, dos o tres tallas más pequeño que el resto de su cuerpo. Tenía sesenta y dos años pero aparentaba algunos menos.

—Señor Cárter, conozco sus vinos; excelente el blanco *chardonay* —comentó Saylor a la vez que alargaba la mano para estrechar la de David y entregarle su tarjeta.

—Gracias, señor Saylor. Yo también admiro sus oportos. Recuerdo un *vintage* de 1994 realmente soberbio.

—Tiene usted buen gusto; tal vez sea ésa la mejor añada de los últimos cien años, con excepción de la del 2004, claro.

—¡Ah!, perdone, le presento a la profesora Michelle Henry, mi prometida —señaló David.

—Señorita, encantado de conocerla. Pero siéntense, por favor —Saylor les indicó un cómodo sofá.

Michelle, aprovechando que Ferdinand Saylor se dio la vuelta un instante, le puso a David un mohín de extrañeza por lo de «prometida» y éste alzó los hombros como excusándose.

—Me ha dicho mi secretaria que querían hablar conmigo sobre el asesinato de una antepasada mía. ¿Qué saben de ese asunto?

—Además de poseer la bodega Cárter en Calistoga, California, soy, somos, profesores de Historia del Arte en la universidad de París. Estamos trabajando sobre pintura y arquitectura del período gótico y nos hemos encontrado con el asesinato de Mary Saylor en el curso de nuestras investigaciones.

—Perdone, señor Cárter, pero no entiendo qué tiene que ver el asesinato de mi tía Mary con el arte gótico.

—¿Mary era su tía?

—En realidad, mi tía abuela; se casó con John Saylor, hermano de mi abuelo Edwing. No tuvieron hijos porque mi tía fue asesinada poco después de su boda, apenas estuvieron casados un año. Pero sigo sin entender...

—Estamos trabajando sobre la imagen de la Virgen en la pintura medieval, y en el curso de la investigación nos topamos con el asunto de la Virgen de Fátima y con unos datos que nos remitían a Mary Saylor —aclaró David—. Por eso estamos intentando averiguar qué ocurrió con ella y con su esposo, John Saylor.

—John Saylor era el primogénito de la familia; al morir sin hijos, toda la empresa quedó en manos de su hermano menor, mi abuelo Edwing, y a través de él pasó a mi padre, al que mi abuelo llamó John en honor a su hermano, y yo la heredé de mi padre.

—Su tío abuelo, John, ¿volvió a casarse? —preguntó David.

—No. No pudo soportar el ambiente de Londres sin su esposa y se marchó a

Portugal; allí murió en 1922.

—Muy joven, ¿no?

—Todavía no había cumplido los cuarenta años. Falleció en un accidente de circulación. A su Rolls le fallaron los frenos al descender una pronunciada pendiente cuando circulaba por una carretera cerca de Oporto — explicó Ferdinand.

—¡Los frenos!, ¿le fallaron los frenos a un Rolls Royce? —se extrañó David.

—Bueno, al menos ésa fue la versión de la policía portuguesa. Comprenderán que esta historia la he oído en mi casa, a mis abuelos. Ya tengo una cierta edad, pero en 1922 yo todavía no había nacido. Tal vez pudo perder el control del vehículo y salirse de la carretera, ¿quién sabe? Imagine cómo serían las calzadas de Portugal en 1922.

»¡Oh!, perdonen, ¿puedo ofrecerles algo? ¿Un oporto, tal vez?

—Lo siento, pero no bebo alcohol —se excusó Michelle.

—Un oporto *saylor* no es alcohol, señorita... ¿Henry, verdad?, es pura ambrosía, ya sabe, la bebida de los dioses.

—Para mí está bien —asentó David.

—Bueno, por una vez... tomaré un sorbito —asintió Michelle.

Ferdinand pidió por el interfono a su secretaria que trajera una botella *saylor vintage* del 2004 y tres copas.

—Ya verán, tal vez sea éste el mejor vino del mundo.

# IV La conjura

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Oporto, finales de verano de 1921

Peter Townsed acababa de despedir en el puerto de Oporto a Edwing Saylor, el hermano menor del fallecido John Saylor y nuevo presidente de la Saylor Wines. Edwing había viajado desde Londres a Oporto para hacerse cargo del cadáver de su hermano mayor, muerto en lo que parecía un fatal accidente de automóvil. En el barco de regreso a Inglaterra también iba el ataúd de madera, dentro de una caja de plomo, con los restos mortales de John, para ser enterrados en el cementerio londinense de High Gate, junto a su esposa Mary.

Townsed subió a su coche, un ford color burdeos, «color oporto», le gustaba decir al director general de la compañía Saylor Wines, y arrancó en dirección hacia el centro urbano. En el café Majestic, el más elegante de la ciudad, lo esperaba una cita importante. Recordó que tenía que comprar café y se pasó antes por La Perola do Bolhao, una tienda de ultramarinos inaugurada en 1917, cuya fachada estaba decorada al gusto modernista; adquirió dos kilos de grano de Brasil, que colocó con cuidado sobre el asiento trasero del automóvil, y se dirigió hacia el Majestic.

Eran casi las seis de la tarde, hacía calor y el ambiente era húmedo y sofocante. Se enjugó el sudor de la frente con su pañuelo, aparcó el ford y entró en el café. Llegaba a la cita con cinco minutos de adelanto; al primer vistazo comprobó que la persona con la que había quedado ya estaba sentada en un discreto rincón de la sala casi vacía.

Peter Townsed se acercó a pie ligero aunque intentando no hacer ruido.

—Buenas tardes, señor —saludó a la persona que lo esperaba, quien sin mediar una palabra indicó con un gesto de la mano que se sentara—. Edwing Saylor y el cadáver de su hermano John ya navegan rumbo a Inglaterra.

—¿No ha habido ningún problema? —le preguntó aquel tipo delgado, de rostro serio y adusto, de ojos fríos y mirada de hielo, metálica y distante, como la de un asesino.

—Ninguno, señor, todo ha salido conforme habíamos planeado.

—¿Desea un cigarro?

—No, no, no fumo, gracias —alegó Townsed.

—Es un habano, *cohiba*, el mejor cigarro del mundo.

—Gracias, pero no fumo, no me sienta bien.

—Como desee. No necesito recordarle que la «Sociedad» no admite la menor muestra de debilidad; espero que entienda lo que quiero decirle.

—Por supuesto, señor, por supuesto; no se preocupe, no revelaré nada jamás, nunca, a nadie, a nadie —Townsed intentaba parecer sereno, pero eran patentes sus muestras de nerviosismo; su frente estaba perlada de gotitas de sudor y sus ojos delataban las señales de la tensión acumulada.

—La «Sociedad» ha confiado mucho en usted, Peter, y ahora no le gustaría que la defraudara.

—No lo haré, señor, no lo haré —asentó Townsed.

—Imagino que sabe que le va la vida en ello, y la de los suyos.

—Claro, señor, claro, soy consciente.

—El mecánico que «revisó» los frenos del Rolls..., ¿es de fiar?

—Sabe que también se juega la vida. Con el dinero que ha recibido se trasladará a Lisboa; allí montará otro taller y se olvidará de lo acontecido en Oporto.

—Hemos tomado muchas precauciones en todo este asunto y comprenderá que no queremos que se tuerzan nuestros planes porque alguien cometa un error o se vaya de la lengua. Nos jugamos todos mucho, demasiado.

—Lo sé, señor, lo sé.

—Tenga —el interlocutor de Townsed le entregó un sobre que contenía varios billetes—. Son treinta libras esterlinas. Considérelo una primera gratificación por su colaboración.

»Esta será nuestra última cita. A partir de este momento usted no me conoce ni me ha visto nunca. La «Sociedad» le está agradecida por su colaboración; desde ahora, usted está solo. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto —Peter Townsed asintió con la cabeza.

El extraño cogió una bolsa de papel y extrajo un pequeño paquete.

—Es para usted.

El paquete contenía un libro que estaba envuelto en papel de la librería Lello e Irmao, «la más hermosa del mundo», decían de ella los habitantes de Oporto.

—¿Los Evangelios? —preguntó extrañado Townsed tras abrir el paquete y comprobar de qué libro se trataba.

—Esa es la palabra de Dios, y en ella está escrito el destino de todos nosotros; «Mateo, veintisiete, cinco» —se limitó a decir el extraño, que se levantó sin mediar más palabras y salió del café dejando un billete encima de la mesa.

Peter Townsed abrió los Evangelios y fue directamente al de san Mateo; buscó el capítulo veintisiete, versículo cinco, y en voz muy baja leyó:

—«Mas él, arrojando el dinero en el templo, se fue y se ahorcó.»

El versículo se refería al suicidio de Judas tras haber traicionado y vendido por treinta monedas a Jesús.

Townsed comenzó a temblar y sintió cómo emergía una sudoración fría de cada poro de su piel. Miró angustiado hacia la puerta del Majestic; el extraño había desaparecido.

Peter Townsed, director general en Oporto de la Saylor Wines, fue encontrado ahorcado de una viga de su despacho en las oficinas de la compañía. Encima de su mesa de trabajo, la policía encontró una edición inglesa de los Evangelios y un sobre con treinta libras esterlinas. El agente que recogió el libro, lo cerró, pero no se apercibió de que estaba abierto por el

capítulo veintisiete del Evangelio de san Mateo.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

París, finales de junio de 2008

David y Michelle regresaron de Londres muy inquietos. Estaba claro que el asesinato de lady Saylor, nunca resuelto, tenía mucho que ver con la carta que Mary había escrito en Londres en el otoño de 1917. Llegaron a la conclusión de que el accidente de John en Oporto, cuatro años después del asesinato de su esposa, podría haber sido provocado; desde luego, era evidente que alguien poderoso e influyente había intervenido para que la investigación del crimen de Oxford Street no siguiera adelante.

—¿Quién crees que asesinó a Mary Saylor? —le preguntó Michelle a David.

—No lo sé; pero quienquiera que lo hiciera, conocía el contenido del relato en doce cuartillas que Mary había escrito. Por lo que parece, en ese escrito contaba algo referente a las apariciones de Fátima en esos meses de 1917. Tenemos que averiguar a quién dirigió esa misiva.

—Las guarda el cardenal con el que nos entrevistamos en Roma. Hablemos con el padre Lefévbre, lo conoce, fue su profesor en Friburgo y trabajaron juntos en Roma, tal vez a él sí le facilite esa información.

—Sí, lo haremos de ese modo, pero, entre tanto, avancemos. He estado estudiando la historia de Portugal en los años siguientes al milagro de Fátima, porque creo que podemos encontrar ahí algunas claves.

»Ya te dije que en 1917 un político llamado Sidonio Pais intentó superar la crisis, en la que vivía inmerso Portugal desde 1910, reclamando los valores tradicionales: el amor a la patria, la virtud de la religión, la defensa de la moral... Quiso abolir los partidos políticos, los sindicatos de clase y el parlamentarismo, pero fue asesinado en 1919. Entonces, los portugueses recuperaron el sistema parlamentario, aunque seguía latente una profunda crisis. Los partidarios de una revolución, entre ellos el Partido Comunista, atacaron a la Iglesia, el cardenal patriarca de Portugal tuvo que salir del país, se expropiaron bienes religiosos, se suprimió el matrimonio eclesiástico, se disolvieron las congregaciones eclesiásticas e incluso se llegaron a ocupar grandes edificios católicos con fines laicos; es probable que la masonería se encontrara detrás de esos movimientos políticos. La mayoría de los intelectuales portugueses era anticlerical y no cesaba de denunciar que las creencias religiosas tradicionales católicas estaban basadas en meras supersticiones, entre las que se incluían la divinidad de Jesucristo, la virginidad de María, la creencia en los milagros y el culto a las reliquias.

»En 1926 un golpe de Estado militar apoyado por la derecha y los católicos impuso una dictadura que aplicó la censura de prensa y la prohibición de todas las huelgas. En 1932, Antonio de Oliveira Salazar, ministro de Finanzas,

se convirtió en presidente del gobierno y diseñó un Régimen político basado en un partido único, la Unión Nacional, en el intervencionismo económico y en la dictadura política, todo ello consagrado en una constitución que entró en vigor en 1933. Este Régimen ha sido calificado por muchos historiadores como "fascismo clerical", y era de corte similar al fascismo italiano, al nazismo alemán o al franquismo español.

»Ahora bien, a pesar de congeniar ideológicamente con los países totalitarios, Portugal se declaró neutral en la Segunda Guerra Mundial, aunque mantuvo sus históricas buenas relaciones comerciales con Inglaterra. La Saylor Wines, por ejemplo, continuó haciendo negocios en Oporto, y las minas portuguesas produjeron abundante wolframio, que vendían a los contendientes para la fabricación de material bélico.

»Fueron años de cierto desarrollo; acabada la guerra, se mantuvo la dictadura y, pese a ello, el país ingresó en la OTAN en 1949 y en las Naciones Unidas en 1955. Ahora bien, la economía se atascó y miles de portugueses emigraron a Francia, a Alemania y a otros países de Europa.

—Y claro, la Iglesia y la Dictadura utilizaron las apariciones de Fátima en su provecho —supuso Michelle.

—Las necesitaban imperiosamente. Ten en cuenta que el papa Pío XI había quedado encerrado tras los muros del pequeño Estado del Vaticano en 1929, cuando Mussolini le impuso el tratado de Letrán; que Hitler comenzó a perseguir a la Iglesia hacia 1936; que, en España, los revolucionarios republicanos quemaban conventos y fusilaban a curas y monjas en plena guerra civil; que, en Rusia, el comunismo había acabado con las manifestaciones religiosas; y que el ateísmo y el laicismo avanzaban en todo el mundo. Sí, la Iglesia y el Estado portugués precisaban del milagro de Fátima.

»Y como ya te dije, creo que fue hacia 1940 cuando se decidió reescribir los mensajes de 1917 para darles más fuerza y provocar un mayor impacto en el pueblo católico. Se trataba de convertir Fátima en el gran referente para el catolicismo, una especie de foco de esperanza religiosa ante los males del mundo, y sor Lucía, una mujer de origen muy humilde, era la voz que transmitía a toda la humanidad el mensaje de Cristo, a su vez dictado por la Virgen. Incluso, en octubre de 1940 se llegó a decir que, mientras seguía interna en el convento de Tuy, sor Lucía recibió la revelación del misterio de la Trinidad, como sabes uno de los más insondables del cristianismo. La gente pobre de Portugal, la mayoría, no tenía ninguna esperanza en la política y la buscó en la religión.

—Y, además, estaba la Segunda Guerra Mundial.

—Que la Iglesia utilizó con habilidad, como había hecho con la Primera. Fíjate, es curioso — David ojeó su cuaderno de notas— que el 5 de mayo de 1917 el papa publicó un escrito para que fuera incluido en las oraciones de las iglesias, en el cual se decían frases como las siguientes —leyó David—: «A María, quien es la Madre de la Misericordia y omnipotente por gracia,

devotamente amémosla y atraigamos devotos de todos los rincones de la tierra, desde nobles templos hasta pequeñas capillas, de palacios reales y mansiones de ricos hasta los más pobres villorrios, desde todos los lugares donde un alma llena de fe encuentre refugio, de la sangre que empapa las llanuras y los mares. Llevémosle a ella la angustia y el llanto de madres y esposas, el lamento de los pequeños inocentes, las miradas de todo corazón generoso, para que su más tierna y benigna gracia sea movida y la paz que buscamos sea obtenida para nuestro agitado mundo». Doce días después se producía la primera de las apariciones en Cova da Iría. ¿Qué te parece: casualidad, coincidencia, revelación de la Virgen en ayuda del llamamiento del papa Benedicto XV, que había hecho en 1914 un requerimiento para que no se derramara más sangre en la recién iniciada guerra y al que nadie había hecho el menor caso?

—No creo en ese tipo de casualidades. Todo esto fue un montaje de la Iglesia, no me cabe la menor duda; fue una conjura, una gran conjuración —aseveró Michelle.

—Que el relato de Mary Saylor podía desmontar.

—Y por eso la asesinaron. ¿Ya quién beneficiaba su muerte?

—Vas muy deprisa, Michelle. ¿Estás insinuando que la Iglesia ordenó asesinar a Mary Saylor para que no se descubriera que lo de Fátima era un montaje?

—Toda la Iglesia tal vez no, pero sí una parte de ella: Sodalitium Pianum. Creo que fueron agentes de esa sociedad secreta vaticana quienes asesinaron a Mary Saylor en 1917 en Londres; igual que han asesinado a Joáo Barros este mismo año en Lisboa.

—Supongo que es así, en cuyo caso estamos en grave peligro —asentó David.

Hacía mucho calor. Los parisinos, acostumbrados a la lluvia, comentaban que el cambio climático era un hecho cierto y que cada año llovía menos en París y el verano era más cálido y menos frío el invierno.

Michelle y David se habían citado con el padre Lefévbre en los jardines del lado sur de Nôtre-Dame, donde los turistas seguían sin aparecer, pese a que a unos pocos metros se amontonaban ante la fachada de la catedral. Eran las once de la mañana y el sol ya lucía con fuerza.

—Buenos días, padre —saludó Michelle.

—Buenos días —contestó Lefévbre.

—Lo siento, padre, pero no podemos continuar así. Este asunto ha ido demasiado lejos. Ha habido al menos dos muertos, tal vez tres, y creo que nosotros también estamos en peligro. Por mi culpa, Michelle está en grave riesgo. Tiene que contarnos todo cuanto sabe de este embrollo, sin reservas —exigió David.

Michelle asintió.

—De acuerdo. Escuchen: El 16 de octubre de 1978, la chimenea sobre el tejado de la Capilla Sixtina emitió una *fumatta* blanca. En el cónclave

cardenalicio celebrado tras la muerte de Juan Pablo I, había sido elegido nuevo papa el cardenal arzobispo de Cracovia, monseñor Karol Joseph Wojtyla. El papa polaco procedía de un país comunista en el que la religión católica forma parte fundamental de sus tradiciones y creencias. Hombre populista, devoto de cultos marianos, de milagros, de devociones y de la Virgen del Rosario, Wojtyla tomó el nombre de Juan Pablo II, en homenaje a su breve antecesor.

—Eso ya lo sabemos — lo interrumpió Michelle.

—Atiéndanme, por favor. Desde el primer día de su pontificado, Juan Pablo II puso en marcha la reforma de las confusas finanzas del Vaticano, abrió los archivos de la Iglesia, aunque sólo para los documentos no clasificados como «secretos», ordenó reorganizar las caóticas colecciones artísticas de los Museos Vaticanos y, sobre todo, puso un enorme empeño en acabar con el comunismo en los países del este de Europa. No había transcurrido un año de su elección cuando el papa polaco viajó a su país natal, donde comenzaban a surgir los primeros brotes de protesta política contra el Régimen comunista, que se concretaron en la fundación del conocido sindicato de tendencia católica denominado Solidaridad. Ese mismo año, desde la diócesis portuguesa de Leiría se remitió al Vaticano el expediente de beatificación de Jacinta y Francisco, los dos pastorcitos videntes de Fátima fallecidos siendo todavía unos niños.

»El 13 de mayo de 1981, festividad de la Virgen de Fátima precisamente, el terrorista turco A l I Agca disparó contra el papa ante decenas de miles de personas congregadas en la plaza de San Pedro de Roma y lo hirió de gravedad. El santo padre fue trasladado enseguida a la clínica Gemelli, donde lo operaron con éxito. Afortunadamente, la bala no había afectado a ningún órgano vital: el papa estaba vivo.

—Padre, por favor, esa historia es bien conocida —insistió Michelle.

—Pero es necesaria para que entiendan lo ocurrido.

»El día siguiente al atentado, cuando ya era seguro que la vida del santo padre no corría peligro, dos cardenales celebraron una reunión confidencial en un despacho de la Secretaría de Estado del Vaticano. Acordaron que la Santa Sede tenía que aprovechar el sufrimiento y las imágenes del papa abatido a tiros, pero sobreviviente, para impulsar un plan que venían maquinado desde hacía dos años. Los informes de la diplomacia vaticana, avalados por los de la CIA norteamericana y los servicios secretos británicos, aseguraban que la economía de los países comunistas no estaba en condiciones de resistir un pulso con Occidente, y que la carrera de armamentos acabaría estrangulando sus economías, especialmente la de la Unión Soviética, y provocando una crisis política que bien dirigida podría contribuir a liquidar a los regímenes comunistas. Convinieron en que, a falta de divisiones militares, el papado disponía de un arma mucho más poderosa: la fe. Y decidieron presentar el atentado, o mejor su resultado, como una manifestación de Dios para convertir a su santidad en el icono de la libertad en el mundo, y que así se

entendiera desde el lado de los países sometidos al comunismo.

—¿Y qué tiene que ver Fátima con todo eso? —preguntó David, aunque intuía la respuesta.

—Era la pieza clave espiritual del proceso histórico que comenzó en 1941 con las famosas revelaciones. Las revelaciones de Fátima constituían la expresión inequívoca de la voluntad de Dios, manifestada a través de la Virgen María a unos inocentes pastorcillos —asentó Lefévbre.

—¿Estuvo de acuerdo Juan Pablo II con el planteamiento que hicieron esos dos cardenales? —preguntó Michelle.

—Sí. En cuanto se lo expusieron, todavía convaleciente en la clínica, se puso manos a la obra. Fue el propio santo padre quien declaró que, instantes antes de los disparos de Alí Agca, observó entre la multitud a una niña que llevaba colgada del cuello una medallita con la imagen de la Virgen de Fátima. Fue el brillo de esa medalla el que le hizo agacharse ligeramente, lo suficiente como para que la bala no afectara órganos vitales y pudiera salvar la vida.

—¡Vaya vista, la de su santidad! —ironizó Michelle.

—Juan Pablo II se convenció, o lo convencieron, de que el «Tercer Secreto» se refería a su atentado. Estaba seguro, o al menos eso dijo, de que en el camino desde el lugar del atentado en la plaza de San Pedro hasta la policlínica Gemelli se había mantenido despierto porque se había concentrado en la imagen de la Virgen. Ese argumento le sirvió para señalar que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración pueden influir en la historia y que la oración es más fuerte que las armas.

—Es decir, que es el propio Dios, o Su Madre, quienes pueden cambiar la historia, y lo pueden hacer hacia el bien, si los seres humanos Les rezan y se encomiendan a Ellos, o hacia la catástrofe, si Sus deseos son desairados por los seres humanos. Según ese argumento, Dios es quien dirige nuestra libertad, hacia el bien, es decir, la predestinación —aseveró Michelle.

—Eso es lo que dijo el papa. Y no olviden que el atentado se produjo el 13 de mayo, en el aniversario de la primera de las apariciones de 1917. A partir de entonces, Juan Pablo II no cesó de declarar que había sido «la mano maternal de la Virgen María la que guió la dirección de la bala», permitiendo que sobreviviera a ese atentado contra su vida.

—Claro. Con esa historia, se ligaba el amor maternal de la Virgen María hacia el género humano, encarnado en la figura del papa, y se explicaba cómo intercedía ante Dios para la salvación del mundo —reaccionó David.

—Sí. Años más tarde, creo que fue en 1997, Juan Pablo II aprovechó un sermón, con motivo del Día Mundial de los Enfermos, para señalar que el amor de María y la penitencia, además de la conversión y el perdón, constituían las bases para la salvación de la familia humana. Y nos exhortó a todos los creyentes católicos a propagar el mensaje de Fátima, a rezar el rosario, a enmendar nuestras vidas y a arrepentimos de nuestros pecados.

—Y algo más: el atentado se convirtió en un instrumento divino para que el

mundo se diera cuenta del mal rumbo en el que caminaba y de que tenía que enderezarlo a la luz que le marcara la Iglesia. Pero la amenaza de Rusia se diluyó. En 1997 ya no existía la URSS y el comunismo había desaparecido de Europa —precisó David.

—Y a ello contribuyó, y mucho, el Vaticano. Gentes próximas a Juan Pablo II, y éste no lo desmintió, hicieron correr el rumor de que, estando en la habitación de la clínica, una luz había entrado de forma maravillosa y una voz le había dicho: «Mi mensaje es para ti». La propia Virgen le había ordenado que hiciera lo posible para acabar con el comunismo. Según esta revelación, fue la Virgen María la que le ordenó a Juan Pablo II: «Conságrame Polonia y la arrancaré de las garras de Rusia. Conságrame Rusia y haré que caiga Babilonia. Conságrame el mundo y lo entregaré en tus manos. Tú gobernarás el mundo antes de que acabe este siglo» —dijo Lefévbre.

—Eso suena al Antiguo Testamento —planteó David.

—Es usted muy agudo, doctor Cárter. En efecto, este mensaje está inspirado en el Libro de Jonás, capítulo tres, versículos nueve y diez. ¿Lo recuerdan?

—Claro. El Libro de Jonás es uno de los más breves del Antiguo Testamento. Dios le ordenó que se dirigiera a Nínive, pero Jonás se acobardó y embarcó en una nave camino de Tarsis, la actual Cádiz según algunos, en dirección contraria, huyendo de la orden de Dios. Se produjo una tempestad y los marineros arrojaron al mar a Jonás porque sabían que su presencia era la causa de la cólera divina. La tempestad se calmó, pero al profeta se lo había tragado un pez, en cuyo estómago permaneció tres días enteros, arrepintiéndose de haber huido de Dios.

—¿No lo digirió? —ironizó Michelle.

—No. Dios hizo que el pez, tal vez una ballena, especulan quienes creen la Biblia al pie de la letra, vomitara a Jonás en la playa. El profeta se dirigió a Nínive y predicó la palabra de Dios, amenazando con que si no la escuchaban, la ciudad sería destruida en cuarenta días. Los ninivitas se convirtieron, hicieron penitencia, rezaron oraciones y ayunaron. Lo hizo incluso el propio rey, que se despojó de sus ricas ropas y se vistió de estameña. Dios los perdonó y no destruyó la ciudad. Pero entonces, Jonás se comportó de manera extraña y le pidió al Señor que le quitara la vida. Salió de Nínive y se instaló en una cabaña para esperar los designios del Altísimo. Dios hizo crecer un arbusto para que le diera sombra, y cuando Jonás disfrutaba del arbolito, envió un gusano que lo secó. El sol abrasaba a Jonás, que le dijo a Dios que era mejor morir que vivir así. El Señor le recriminó entonces que se preocupara por un arbusto y comparó esa preocupación del profeta con la compasión que Él había mostrado por los habitantes de Nínive —concluyó David.

—¿Eso es todo? —preguntó Michelle.

—Sí, parece un relato absurdo, pero así es. Y, en efecto, existe una clara relación con Fátima —asentó David.

—Excelente, doctor Cárter, excelente. En esos dos versículos que le he señalado, el nueve y el diez del capítulo tres, los ninivitas plantean la

esperanza de que con la oración, la penitencia, la renuncia al lujo y a los placeres mundanos, Dios se apiadará de ellos y se salvarán de la destrucción. El Señor comprobó que se arrepentían de su mala conducta y no arrasó la ciudad —puntualizó Lefévbre.

—Es decir, que si los seres humanos rezamos, nos azotamos las espaldas con látigos, nos mortificamos las carnes con cilicios y aceptamos el mensaje de Dios, a través de la interpretación de la Iglesia, claro, el Señor se apiadará de nosotros y no destruirá el mundo —ironizó Michelle.

—Así es. Por eso señalé que estaba bien visto el paralelismo entre el Antiguo Testamento y el mensaje de Fátima.

—Nada nuevo bajo el sol, como ya dijeran hace dos milenios los clásicos —puntualizó David.

—En efecto: *Nihil novum sub solé*, o *Nihil novum in mundo*, como asevera el Eclesiastés, capítulo uno, versículo diez —repitió en latín el padre Lefévbre.

—¿Está diciendo que Juan Pablo II y algunos cardenales de su curia utilizaron el mensaje de Fátima para amenazar al mundo si no se convertía al catolicismo? —inquirió Michelle.

—Siento admitirlo, pero así fue. Juan Pablo II había leído el «Tercer Secreto» a los pocos días de ser elegido sumo pontífice, en 1979. En ese momento no debió de parecerle interesante porque enseguida lo devolvió al archivo de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El atentado del 13 de mayo de 1981 cambió las cosas. En cuanto se incorporó al Vaticano, ya restablecido de las heridas, Juan Pablo II pidió de nuevo el documento. Se trataba del escrito de sor Lucía, una cuartilla con veinte líneas y amplios márgenes, el mismo que viera al trasluz el padre Venancio en Leiría en 1957. Y entonces se organizó la trama para la conjura.

—Me está asustando, padre.

—No es mi intención, profesora Henry, pero ustedes me han demandado la verdad. El papa pidió el texto del «Tercer Secreto» días después de sufrir el atentado. El cardenal Franjo Super, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, se lo entregó al sustituto en la Secretaría de Estado, monseñor Martínez Somalo. Había dos sobres: uno blanco contenía el texto original de sor Lucía, escrito en portugués, y otro amarillo, la traducción al italiano. El papa los tuvo en su poder durante tres semanas; el 11 de agosto, los dos sobres fueron devueltos al archivo de la Congregación.

»Tras leerlo, Juan Pablo II tuvo la intención de consagrar de inmediato el mundo al corazón inmaculado de María, y compuso una oración que comienza así: "Madre de los hombres y de los pueblos, Tú conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, Tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que sacuden al mundo, acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a Tu corazón y abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los que más esperan este abrazo, y, al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega Tú esperas de modo

especial. Toma bajo Tu protección materna a toda la familia humana, a la que, con todo afecto a Ti, Madre, confiamos. Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza". Y no quedó ahí; el papa exhortó al mundo a acabar con el hambre, con los pecados, con el odio, con la injusticia y con la guerra, con una mención especial a la guerra nuclear, recuerden que la oración se compuso a fines de la primavera de 1981.

»Consultada sor Lucía, la vidente aseguró que ese acto de consagración universal era justo lo que la Virgen le había pedido que se hiciera.

»El 7 de junio de ese mismo año, el papa consagró el mundo al corazón inmaculado de María, cumpliendo lo que se solicitaba en los mensajes de Fátima. Lo hizo en la basílica de Santa María la Mayor de Roma y en el mil seiscientos aniversario del primer concilio teodosiano —precisó Lefévbre.

—El del primer gran triunfo de la Iglesia —terció Michelle.

—Claro, así se adecuaban los tiempos de la historia a los tiempos sagrados. Con ello, la Iglesia pretendía demostrar que las revelaciones de la Biblia y de los profetas, el orden divino de las cosas y su reflejo en la historia, se cumplían. Las revelaciones de Fátima se presentaban así como el anuncio de que se cerraba una página trágica de la historia humana y se abría una nueva anunciada por la Virgen. Dios se presentaba como el Señor de la Historia, y el ser humano como el corresponsable de la misma debido a su libertad; muy listos, muy listos —dijo David.

—Dios es el Gran Hacedor, y la Virgen intercede entre Él y los seres humanos, que actúan con la libertad que se les ha otorgado. Pero Dios y la Virgen pueden intervenir para evitar el mal y alterar la historia, o el destino, si lo prefieren. El papa confesó ante los obispos italianos que «había sido una mano materna la que había desviado la trayectoria de la bala lo suficiente como para salvarle la vida». Esa bala se convirtió en un icono, una reliquia. ¿Saben dónde se guarda ahora?

—No tengo ni idea —confesó Michelle.

—El papa se la entregó al obispo de Leiría-Fátima para que se custodiara en el santuario portugués. La imagen de la Virgen de Fátima se llevó a Roma y fue paseada por la plaza de San Pedro, ante la presencia de Juan Pablo II. El papa acudió al año siguiente, el 13 de mayo de 1982, como peregrino a Fátima. Allí rezó ante la imagen de la Virgen y le agradeció de nuevo que lo hubiera librado de una muerte cierta, a la vez que le pedía que salvara al mundo de una guerra nuclear. Ese día, la hermana Lucía estaba presente en Fátima. La bala se encuentra desde 1989 engarzada en la corona de la Virgen, como una joya más, en realidad como una reliquia, a las que Juan Pablo II era un gran aficionado.

»A partir de ese momento, la Iglesia puso en marcha una gran campaña de propaganda en la que filósofos, sacerdotes e historiadores católicos de todo el mundo denunciaron en todo tipo de medios de comunicación, en artículos de prensa, en libros y en entrevistas de radio y televisión el consumo de drogas,

el ateísmo, la desaparición de los valores tradicionales, familiares y morales, el sexo libre, la profusión del laicismo, el aborto, el divorcio, el egoísmo, el comunismo, el afán de consumismo... Incluso llegaron a plantear que el virus del sida era un castigo divino por la promiscuidad sexual.

—Y Sodalitium Pianum estaba detrás de todo eso, ¿no es así? —le preguntó David a Lefévbre.

—Por supuesto. La diplomacia vaticana, en la que seguía habiendo agentes de Sodalitium, no olviden que su origen estuvo en la escuela donde se formaban los diplomáticos de la Santa Sede, contactó con la embajada norteamericana y entre ambas se diseñó un plan para acabar con el comunismo. El 7 de junio de 1982, el presidente de Estados Unidos, el ex actor Ronald Reagan, visitó al papa en Roma. Fue en esa entrevista donde se coordinaron las acciones para demoler el comunismo en los países de la Europa del este y donde se acordó una política común en asuntos como la condena del aborto.

Los intereses de ambos mandatarios coincidían: los dos pretendían acabar con el comunismo y los dos eran antiabortistas; el papa por convicción y Reagan porque fue un presidente republicano elegido con los votos de los demócratas católicos conservadores —comentó Lefévbre.

—¿Y cómo sabe usted eso, padre? —preguntó Michelle.

—Yo participé en esas conversaciones entre la Secretaría de Estado del Vaticano y el gobierno de Estados Unidos. Fui uno de los negociadores por parte de la Santa Sede. Nos reunimos en secreto varias veces, en un discreto restaurante en las afueras de Roma, durante los meses del verano de 1982. Se acordó que Estados Unidos y la OTAN presionarían económicamente mediante la puesta en marcha de grandes inversiones en nuevas armas. ¿Recuerdan el famoso «escudo antimisiles»?

—En esa época yo tenía catorce años —alegó David—, pero sí, claro que conozco ese asunto. Reagan seguía siendo presidente el año que ingresé en la universidad.

—Lo siento — dijo Michelle—; en 1982 yo tenía cuatro añitos.

—A partir de nuestros acuerdos secretos, y mientras la carrera de armamentos agotaba la economía de la URSS y la de sus países satélites, agentes secretos de la Iglesia, entre ellos algunos de Sodalitium Pianum, actuaban clandestinamente, organizando sindicatos reivindicativos y movimientos sociales que desgastaban a los regímenes comunistas. Entre tanto, seguía la intensa campaña de propaganda del Vaticano; en marzo de 1984, Juan Pablo II consagró Rusia al Sagrado Corazón, tal cual la Virgen había pedido en las apariciones de Fátima.

»El santo padre se presentó como ejemplo del dolor y del sufrimiento, una especie de reflejo e imitación humana de Cristo. Si Jesús había muerto en la Cruz en medio de terribles tormentos, ahora Juan Pablo II, su vicario en la tierra, sufría de la misma manera y rezaba para la redención del mundo y la salvación de todo el género humano. El atentado significaba la expresión de la

maldad, el papa se erigía como un nuevo salvador y la bala representaba la persecución y el martirio de la Iglesia, una reliquia casi tan sagrada como la Cruz de la Pasión, la Corona de espinas, el Santo Cáliz o la Túnica Sagrada —Lefévbre calló, colocando sus manos sobre sus ojos.

—Fue entonces cuando se decidió alterar el «Tercer Secreto», porque Juan Pablo II y Ratzinger ya lo conocían. Dispongo de unas declaraciones del papa Wojtyla del año 1980 a unos periodistas, anteriores al atentado, en las que el papa adelantó que el contenido era muy grave y que no lo daría a conocer porque no quería provocar a los comunistas; adujo a su responsabilidad para no revelarlo. Recomendó rezar y confiar en la Virgen. Y ahí seguía actuando Sodalitium Pianum —intervino David.

—Sodalitium había pasado una mala época con Juan XXIII, pero se rehízo con Pablo VI y se convirtió en un enorme poder en la sombra con Juan Pablo II. La Iglesia necesitaba a alguien que hiciera el trabajo sucio, y ahí estaban los de Sodalitium, siempre prestos a llevarlo a cabo. Sus agentes se infiltraron en los gobiernos de la URSS, de Polonia, de la República Democrática Alemana y de las Repúblicas Bálticas, minaron su economía, incentivaron el descontento social y anunciaron el final del comunismo. El sistema económico de los países socialistas colapso y todo el bloque soviético, y esto sí lo conocen bien, se vino abajo como un gigantesco castillo de naipes —explicó Lefévbre.

—Y entonces se falsificó el «Tercer Secreto» —apostilló David.

—No, todavía no. Había tiempo para ello, aunque se fue preparando el camino. En 1984, el obispo de Leiría-Fátima impartió una conferencia en Viena, a la cual asistí, en la que aseguró que el «Tercer Secreto» no contenía ningún augurio catastrófico, que tampoco se refería a bombas atómicas ni a cabezas nucleares ni a misiles intercontinentales. Anunció que su contenido concernía exclusivamente a la fe. Recuerdo que afirmó con contundencia que la pérdida de la fe es peor que la aniquilación de una nación, y denunció que la fe estuviera desapareciendo de Europa.

»La Iglesia pretendía que todo el mundo volviera a rezar, y puso en boca de sor Lucía unas declaraciones en las que la vidente lamentaba la ola diabólica que estaba barriendo a la tierra, y que se extendía muy deprisa porque los hombres habían abandonado la práctica de la oración y se habían alejado de Dios. Ese distanciamiento había sido aprovechado por el diablo para confundir al género humano y abocarlo a la condena eterna. La monjita, o quienquiera que le escribiera esas declaraciones, acababa señalando que el camino a la salvación se encontraba en el acercamiento a Dios —Lefévbre se mostraba cada vez más explícito, como si realmente necesitara liberarse de la carga que había soportado en silencio durante años.

—Y en esa campaña, la Virgen fue presentada como la intermediaria necesaria entre Dios y los seres humanos, y se eligió el milagro de Fátima como el ideal para plasmar los planes del Vaticano —asentó David—. Y usted, padre, colaboró en esa gran mentira.

—No tenía otra solución. Sodalitium Pianum, pese a su estatus clandestino, se mantenía con fuerza y los Hermanos de Heliópolis estábamos a punto de desaparecer. Guardábamos, y lo seguimos guardando en nuestras manos como bien saben ustedes dos, el secreto de la piedra filosofal y no podíamos permitir que cayera en manos aviesas. No pude hacer otra cosa, no pude evitarlo. ¿Se imaginan qué hubiera ocurrido si el secreto de la piedra filosofal y todos nuestros conocimientos hubieran caído en manos de Sodalitium? — se excusó Lefévbre.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

Roma, finales de 1999

El cardenal camarlengo estaba nervioso. Su secretario le había traído desde el archivo de la Congregación para la Doctrina de la Fe una carpeta que contenía dos sobres, uno blanco y otro de un tono amarillo casi anaranjado. En ellos se contenía la declaración manuscrita de sor Lucía, con el texto del «Tercer Secreto» de Fátima; en el blanco, en una cuartilla con veinte líneas en las dos caras, el original en portugués, y en el amarillo la traducción italiana.

Abrió los dos sobres, extrajo los dos textos, los leyó detenidamente y los estrujó con fuerza, como transmitiendo en ese gesto toda su frustración contenida.

Cogió dos cuartillas que tenía preparadas, una plumilla de las que ya no se usaban, la mojó en un tintero y comenzó a copiar un texto en portugués que le habían preparado unos días antes:

«J.MJ.

Tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cova da Iria, Fátima.

Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el señor obispo de Leiría y de la Santísima Madre vuestra y mía.

Después de las dos partes que ya he expuesto, vimos al lado izquierdo de Nuestra Señora, un poco más en lo alto, a un ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando, emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo, pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él. El ángel, señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: "¡Penitencia, penitencia, penitencia!". Y vimos una inmensa luz que era Dios, algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él, y a un obispo vestido de blanco que hemos tenido el presentimiento de que fuera el santo padre. También vimos a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran cruz de maderos toscos como si fueran de corteza de alcornoque. El santo padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas, medio tembloroso, con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino. Llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz, fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron, unos tras otros, los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles, cada uno de

ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.

Tuy, 3 de enero de 1944.»

Intentó imitar la letra del manuscrito contenido en el sobre blanco, pero las letras le salieron más grandes y el texto le ocupó las dos cuartillas por las cuatro caras.

El camarlengo cotejó el escrito que acababa de copiar con el original y la traducción italiana, y se mostró satisfecho.

Después, cogió los dos sobres y las dos cuartillas arrugadas y los colocó en un pebetero; con su mechero, les prendió fuego. Instantes después, el texto original manuscrito del «Tercer Secreto» y su traducción italiana sólo eran un pequeño montoncito de cenizas.

De pronto se apercibió de su error. El sobre blanco que contenía el manuscrito original había ardido y el sello de lacre rojo del obispado de Leiría se había derretido. Resopló, se enjugó la frente, perlada por unas gotitas de sudor, y buscó en su escritorio un sobre que pareciera antiguo y usado. No lo encontró. Llamó a su secretario y le ordenó que se dirigiera de inmediato al archivo y le trajera media docena de sobres, los más viejos que pudiera encontrar, y que no tuvieran nada impreso.

Al poco rato regresó el secretario con dos docenas de sobres de diversos tamaños, colores y desgastes. El camarlengo los comprobó uno a uno y al final eligió uno de ellos, el que le parecía más apropiado para contener una carta escrita en 1944.

—Nadie debe saber esto, nadie, ¿comprende?

—Sí, eminencia, lo entiendo.

—No cometemos pecado; lo que estamos haciendo es un servicio a la Iglesia de Dios y a su pastor.

—Por supuesto, eminencia, por supuesto.

—¿Sabe?, cuando su santidad Juan XXIII fue elegido papa, titubeó un poco tras leer el «Tercer Secreto», pero al fin decidió no revelarlo, lo que anunció mediante un comunicado de prensa, y encomendó al Santo Oficio su custodia. Después, en marzo de 1965, Pablo VI también lo leyó en presencia del cardenal Angelo Dell'Aqua, y tampoco lo reveló al mundo. Entonces el comunismo era una fuerza política que avanzaba en Asia, en África e incluso en América. Ninguno de los dos creyó relevante la publicación del «Tercer Secreto». Pero Pablo VI hizo algo muy significativo: proclamó a Nuestra Señora la Virgen como Madre de la Iglesia y le concedió la rosa de oro a Fátima. Pero la gente seguía alejándose de la Iglesia. El papa peregrinó a Fátima en 1967 y lo hizo para rezar por la paz mundial, nuestro gran anhelo en la tierra. Tuvimos que explicar por qué no se revelaba el «Tercer Secreto» y creo que lo hicimos bien. Teníamos que sostener la fe de los que todavía la conservaban y sembrar la semilla de Cristo en los corazones de los descreídos. El mensaje de Fátima era el faro de la Iglesia; arrepentimiento, oración y conversión al camino de Jesucristo era lo que teníamos que hacer para

salvarnos.

Unos golpes sonaron en la puerta. El camarlengo le pidió a su secretario que abriera. Al otro lado esperaba un cardenal, tocado con el birrete púrpura.

—Pase, eminencia, pase — lo invitó el camarlengo, a la vez que indicaba a su secretario que podía retirarse.

—¿Tiene ya el texto? —preguntó el cardenal.

—Sí; lo acabo de terminar.

—¿Lo puedo ver?

—Por supuesto, eminencia — asintió el camarlengo.

El cardenal examinó las cuatro carillas de las dos cuartillas que acaba de escribir el camarlengo y dio su visto bueno.

—Excelente trabajo. La letra parece masculina, pero no diremos si sor Lucía la escribió de su mano o si la dictó a su confesor. ¿Está de acuerdo?

—Sí, sí, perfecto; ésa es una muy buena idea.

—¿Ha destruido el original?

—Claro, ha ardido en el pebetero.

El cardenal se acercó a un pequeño pebetero y comprobó el montoncito de cenizas.

—¿Es esto?

—¿No se fía de mí, cardenal?

—No tengo otro remedio. ¿Y los sobres?

—Lo siento mucho, también los quemé. El sello de lacre tampoco se ha salvado; está muy estropeado.

El camarlengo recogió del pebetero los restos del sello de lacre rojizo y lo enseñó, casi fundido, ennegrecido y ahumado.

—Eso ha sido un error por su parte.

—Ya le he dicho que lo siento. He mandado traer varios sobres antiguos; como verá, el que he elegido parece de la época.

—Bien. No creo que tenga mayor importancia, además nadie va a ser autorizado a investigar este asunto —zanjó el cardenal.

—¿Y usted?; ¿ha preparado el comentario teológico?

—Por supuesto; le he traído una copia, tenga.

El camarlengo cogió una carpetilla que contenía varios folios y los leyó con interés mientras el cardenal examinaba de nuevo las dos cuartillas recién escritas por el camarlengo. Cuando éste acabó la lectura, guardó la carpetilla en un cajón de su mesa.

—Hace usted demasiado hincapié en el carácter simbólico de la visión —alegó el camarlengo.

—De eso se trata —intervino el cardenal— He tenido que presentar los lugares de la acción mediante símbolos: la montaña escarpada, la ciudad en ruinas y la gran cruz en lo alto. La montaña y la ciudad son los símbolos de la historia humana, que no es sino un costoso y permanente ascenso. La historia del hombre es el espacio de su creatividad, pero a la vez de su capacidad de maldad y de destrucción. La ciudad es lugar de civilización, pero también de

amenazas y peligros.

La montaña es la meta y es allí donde la cruz constituye la orientación para los hombres, el signo de la promesa de su salvación.

»En cuanto a los personajes, dejo claro que el obispo vestido de blanco no puede ser otro que el santo padre Juan Pablo II, al que acompañan obispos, religiosos y religiosas, hombres y mujeres de todas las clases sociales, sin distinción de razas. El papa los precede a todos, es el pastor y el nauta que pilota la nave de la salvación; y es, a la vez, quien sufre por todos nosotros.

»El camino que sigue a través de la ruinas y la destrucción es el tortuoso sendero que indicó Cristo, la rememoración de su vía crucis, y el camino de persecuciones y martirios que ha tenido que sufrir la Iglesia militante. Es factible reconocer allí a los mártires de la Iglesia, aquéllos que son capaces, como el santo padre, de dar su vida por la defensa de la fe y de los fieles.

—¿Juan Pablo II es el único papa que ha obrado así? —preguntó el camarlengo.

—Por supuesto que no. Todos los pontífices del siglo XX han sido artífices del esfuerzo y el sacrificio, todos ellos han contribuido a despejar a los hombres el camino de la salvación. Pero es Juan Pablo II quien ha sufrido el atentado, y, por tanto, debemos incidir en ese asunto. De manera que, en mi comentario teológico, presento al papa en las mismas puertas de la muerte, salvado por la mano de la Virgen en el último instante.

—¿Y no cree usted que algunos se burlarán de la candidez de las imágenes reveladas por sor Lucía?

—No, en absoluto. Es cierto que algunas de las visiones muestran imágenes similares a las de las láminas de libros piadosos, especialmente la de los ángeles recogiendo la sangre de

Cristo, pero necesitamos sangre y mártires, es la esencia de los milagros y el mejor abono para la fe. Los mártires celebran su martirio en solidaridad con Cristo, por amor al Señor. Su sangre da vida a la Iglesia y es semilla para nuevos cristianos, como ya señalara Tertuliano a comienzos del siglo III. El «Tercer Secreto» comienza con una imagen angustiosa y terrible, apocalíptica, pero acaba con un mensaje de esperanza: ningún dolor, ningún sufrimiento, ninguna vida perdida de un mártir son vanos e inútiles, pues su martirio se suma al de Cristo para acercarnos más a la salvación eterna.

El camarlengo miró al cardenal con cierto escepticismo. Era un hombre resabido y pragmático que conocía bien los entresijos del Vaticano y que dirigía sus asuntos con enorme prudencia.

—Mire, cardenal, es probable que el santo padre apruebe esos comentarios, pero no creo que convenzan a los descreídos.

—Ni lo pretendo, eminencia; mi deseo es explicar lo que hemos escrito a la luz de la fe —asentó el cardenal—. La gente que sufre necesita una esperanza, y sobre todo un modelo para soportar su dolor. El papa es ese modelo.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

Lisboa, 25 de abril de 1974

El joven profesor Joáo Barros no tenía clase aquella mañana de sábado. Lisboa había amanecido hermosa en su eterna y melancólica decadencia, arrumbada y nostálgica como una novia abandonada en el altar.

La dictadura duraba ya casi medio siglo, y, aunque Europa había cambiado mucho desde 1926, nada parecía anunciar que en Portugal fuera a producirse una drástica mutación en la situación política. Los más aperturistas de la derecha en el poder dictatorial apostaban por un lento proceso hacia una democracia liberal, al estilo de las europeas occidentales, pero siempre después de la desaparición del dictador Marcelo Caetano, que en 1968 había sustituido a Antonio de Oliveira Salazar, el dictador que fundara en 1933 el llamado *Estado Novo*, un régimen de corte fascista.

Sin que apenas se notara, el ejército portugués había evolucionado a una velocidad extraordinaria. Derrotado en la India en 1961, Portugal había perdido sus colonias de Goa, Damao y Diu; poco después estalló la guerra por la independencia en su colonia africana de Angola, que hasta 1964 se extendió a las de Guinea Bissau, Cabo Verde y Mozambique, e incluso a la lejanísima Timor, en plena Oceanía, posesiones que en la metrópoli se denominaban con el eufemismo de «provincias ultramarinas». Para el gobierno dictatorial portugués se trataba de «guerras ultramarinas», en tanto para los rebeldes independentistas eran «guerras de liberación».

El ejército no soportó las imposiciones del gobierno de la dictadura ni el abismo a que sus decisiones lo abocaban y dio un golpe de Estado incruento, organizado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas, constituido por militares progresistas y marxistas descontentos con la evolución política de Portugal y con la acción del gobierno en las colonias.

El 25 de abril de 1974, y tras varios meses de preparación, un grupo de capitanes del ejército portugués encabezó una revolución que se llamó de «los Claveles», tanto por su carácter casi incruento, sólo hubo cuatro víctimas abatidas por disparos de la policía, como por el hecho de que los soldados salieran a las calles de Lisboa con claveles blancos y rojos en las bocachas de sus fusiles.

Apenas habían pasado veinte minutos de la medianoche del 25 de abril cuando en Radio Renascença se emitió *Grándola, Vila Morena*, una canción de espíritu revolucionario compuesta por el músico José Alfonso, que hablaba de libertad y de igualdad. Era la señal convenida para poner en marcha la Revolución.

Las tropas salieron a la calle y en apenas seis horas habían controlado todos los centros estratégicos de Lisboa. El comandante Salgueiro Mato, con fuerzas

de la Escuela Práctica de Caballería, había ocupado el Terreiro do Pago, más conocido como plaza del Comercio, el espacio urbano más monumental de la ciudad, a orillas del Tajo. Otro comandante, Otelo Saraiva de Carvalho, coordinaba todos los movimientos desde el cuartel de La Pontinha.

El dictador Caetano se quedó completamente solo y se exilió a Brasil.

El profesor Joáo Barros había oído en la radio, a primera hora de la mañana, las proclamas revolucionarias de los militares, que instaban a la población a que permaneciera en sus casas para evitar problemas y provocaciones de posibles agentes afectos a la dictadura. Nadie hizo caso. El pueblo se echó en masa a las calles cantando canciones revolucionarias y mezclándose con los soldados. Una lluvia de claveles inundó Lisboa.

El joven profesor de Historia Sagrada se asomó a la ventana de su casa en la calle de la Misericordia, en el Barrio Alto, desde donde se dominan la Baixa y el Chiado, y contempló emocionado a un centenar de personas que avanzaba calle abajo con banderas de Portugal, cantando, algunos no se sabían la letra pero la tarareaban, *Grandola, Vila Morena*, convertida en himno revolucionario

Un impulso espontáneo le hizo salir a la calle y seguir detrás de aquel grupo, que se fue uniendo a otros que confluían hacia el barrio de Baixa.

En las grandes avenidas, varios carros de combate habían tomado posiciones en la calzada, pero sus cañones no amenazaban al pueblo; estaban llenos de manojos de claveles.

Los soldados reían y saludaban a la multitud con sus fusiles que lucían claveles rojos y blancos; algunas mujeres habían salido a la calle con cafeteras y bandejas de bollos y tortitas que ofrecían a los militares. Algunos hombres, abrazados a los soldados, se habían subido a los carros de combate y saludaban puño en alto a la gente que se arremolinaba en las aceras.

Las noticias que emitían las emisoras de radio coincidían •n que la Revolución del 25 de Abril había triunfado en todo el país, y que, siguiendo el ejemplo de los lisboetas, en Oporto, Coimbra, Braga, Setúbal y Faro, las principales ciudades de Portugal, la gente había tomado las calles pacíficamente y ganado la libertad.

—¡Los capitanes revolucionarios han asumido el poder! Ya han anunciado en una primera declaración por la radio que se suprimirá la policía política, que se restablecerán las libertades de expresión y opinión, que se reconocerán y legalizarán todos los partidos políticos y que se pondrá fin a las guerras coloniales mediante la negociación con los independentistas —anunció con un megáfono un joven estudiante desde lo alto de la torreta de un carro de combate, ante el júbilo de la gente que lo escuchaba.

—¡Profesor, profesor! —Joáo Barros se volvió y se fijó en Manuel Malveira, sacerdote y compañero suyo en el departamento de Historia de las Religiones de la universidad de Lisboa.

—¡Doctor Malveira!, ¿qué hace usted aquí? — le preguntó extrañado, pues aunque llevaba poco tiempo en el departamento conocía bien las posiciones

políticas ultraderechistas del padre Manuel, como todos lo llamaban.

El sacerdote era un hombre que abominaba del izquierdismo, que tachaba de filocomunista a cualquiera que no fuera de extrema derecha, y que pensaba que la Iglesia y el Estado debían ser una misma cosa. No concebía un país con unas instituciones laicas y aconfesionales y estaba convencido de que sólo en el seno de la Iglesia Católica radicaba la salvación de los hombres. En su habitación, en una residencia del Opus Dei cerca de Baixa, tenía sobre la cabecera de su cama una lámina del Sagrado Corazón de Jesús, y en la mesilla, sobre una pequeña peana, una imagen de la Virgen de Fátima, a cuyos pies, arrodillado, rezaba todos los días, antes de acostarse, el rosario completo. De vez en cuando, si le asaltaban pensamientos impuros, se colocaba bajo el brazo o en el interior del muslo un cilicio con el que se mortificaba la carne durante días, hasta que la herida y la amenaza de infección le hacían desistir.

—He oído en la radio lo que estaba ocurriendo y he salido para ser testigo de lo que está pasando. ¿Qué le parece a usted todo esto?

—Creo que significa el final de la dictadura salazarista. Marcelo Caetano no tiene fuerza para detener este torbellino, y además, imagino que los americanos y los mandos de la OTAN han dado el visto bueno a esta revolución.

—¿Usted cree?

—Sí, padre; Estados Unidos y la OTAN no pueden sostener a la Dictadura en contra del pueblo y del ejército, a menos que prefieran que se desencadene un baño de sangre de consecuencias imprevisibles.

—Pero esto puede derivar hacia el socialismo, o mucho peor, hacia un régimen bolchevique; viniendo hacia aquí, he visto ondear algunas banderas comunistas con la hoz y el martillo.

—No creo que eso ocurra. Están diciendo en la radio que el poder será asumido de inmediato por una Junta Nacional integrada por militares, y no creo que ofrezcan el poder a los comunistas, que además son muy pocos.

—No se fíe usted, profesor Barros, menos eran en Rusia en 1917 y ya ve el resultado: más de medio siglo de tiranía comunista y de persecución a la Iglesia y a la Religión. Los comunistas son expertos en manipular a las masas y en ganarlas con engaños, atrayéndolas a su redil. Ya verá como no tardan en entrar en el gobierno; luego comenzarán las persecuciones contra los católicos, la quema de iglesias y conventos y la destrucción de la fe, como hicieron en Rusia, como han hecho en China y en Cuba, y como pretendieron imponer en España hasta que Franco los detuvo.

El padre Malveira sacó de su pecho una medalla de oro con la imagen de la Virgen de Fátima y la besó.

—No creo que la OTAN y Estados Unidos consientan que se instaure el comunismo en Portugal, padre Malveira, y, además, ya habrá oído que una de las prioridades de la Junta Militar va a ser la inmediata proclamación de la libertad de pensamiento y de opinión. Nadie será perseguido por sus ideas

políticas o religiosas —adujo Joáo Barros.

—Eso mismo proclamaban los revolucionarios portugueses en 1917 y ya conoce el resultado, persecuciones contra los religiosos y ataques a la Iglesia; menos mal que vino la Virgen a Cova da Iría para poner las cosas en su sitio.

—Eso no ocurrirá ahora, padre.

Un grupo de jóvenes estudiantes, agitando banderas rojas y de Portugal, pasó entonces frente a los dos profesores cantando *La Internacional.*

—¡Lo ve, lo ve! ¡Ya se lo he advertido, ya están los comunistas ocupando la calle, pronto expoliarán las iglesias y los monasterios!

Los jóvenes continuaron cantando, riendo y agitando las banderas, puños en alto; algunas parejas se besaban en medio de las calles y las plazas como muestra simbólica de la libertad recién recuperada.

El padre Malveira se despidió de Joáo Barros y se dirigió a su residencia. Durante el trayecto, miles de personas se habían sumado a los centenares que habían ocupado las calles a primera hora de la mañana de aquel sábado de abril.

—Los marxistas ya se han apoderado de la calle, pronto estarán en el gobierno; hay que hacer algo —comentó Malveira al director de la residencia del Opus Dei, donde vivía.

—Calma, padre, calma. Hace unos minutos acabamos de hablar con Roma. Su santidad ya conoce la situación. El embajador estadounidense le ha asegurado que no se producirá el menor ataque contra la Iglesia de Portugal ni contra sus propiedades ni contra sus miembros. El lunes nos incorporaremos todos a nuestros trabajos como cualquier día.

—Pero los comunistas están en la calle, gritan como perros rabiosos, con el puño amenazante en alto, corean canciones ateas, hombres y mujeres se besan como animales irracionales por las aceras, pronto asaltarán nuestros templos y los quemarán.

—Tranquilícese, padre, ya le he dicho que Estados Unidos ha ofrecido garantía de que no ocurrirá nada grave.

—¿Nada grave, nada grave? ¿Le parece leve la ola de ateísmo y de libertinaje que se ha desatado esta mañana? El mensaje de Nuestra Señora en Cova da Iria fue rotundo y claro: Rusia ensangrentará al mundo; o conseguimos su conversión al cristianismo o el comunismo triunfará sobre toda la tierra y desatará la ira de Dios. La Virgen nos lo anunció hace cincuenta y siete años. No podemos ignorar su mensaje, ni olvidar su profecía.

La Revolución del 25 de Abril triunfó. El poder en Portugal fue asumido por la Junta de Salvación Nacional, que meses después fue sustituida por el Consejo de la Revolución. Antonio de Spínola, un general que había colaborado con la dictadura y que tenía el beneplácito de Washington, fue designado presidente de la nueva república, y se constituyó un gobierno provisional.

El 11 de marzo de 1975 se produjo un conato de golpe de Estado derechista en el que intervinieron militares próximos a Spínola, descontentos ante la

deriva izquierdista que estaba tomando la Revolución y ante las medidas socialistas adoptadas en economía, como la nacionalización de la banca de seguros y la reforma agraria. Spínola se exilió a España, donde el Régimen franquista agonizaba a la vez que se acentuaba la decadencia física de su dictador, y luego a Brasil.

El 25 de abril de 1975, justo un año después del triunfo de la Revolución de los Claveles, se celebraron las primeras elecciones libres, que configuraron una Asamblea Constituyente que dotó a Portugal de una constitución democrática. Entre 1976 y 2008 se alternaron gobiernos progresistas y conservadores, Portugal entró como miembro pleno de la Unión Europea en 1986 y devolvió Macao, su última colonia en Asia, a la soberanía de China en diciembre de 1999. La Iglesia no sufrió el menor ataque y las peregrinaciones a Fátima fueron en aumento. Muchas cosas tuvieron que cambiar para que no cambiara lo esencial.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

París, principios de julio de 2008

El verano había irrumpido en París casi de repente. Los exámenes habían acabado en la universidad y Michelle y David estaban preparando planes para las vacaciones. Habían pasado varios días de agosto del año anterior en la casa familiar de David, en Calistoga, el pueblo del valle californiano de Napa donde poseían sus viñedos y su bodega los Cárter. Desde entonces, David no había vuelto a ver a sus padres, aunque hablaba con ellos una vez a la semana al menos.

Michelle estaba preciosa y sus grandes ojos melados y ligeramente rasgados lucían como nunca. Tras regresar de Londres, se había marchado una semana a la Costa del Sol andaluza para visitar a su madre, a la que apenas veía. Había pasado aquellos días tomando el sol en las playas del sur de España y estaba muy morena. En otras ocasiones había ido a la playa, que le encantaba, con su amiga decoradora, la esbelta pelirroja Monique Dufourq, pero en esta ocasión había preferido convivir unos días a solas con su madre.

David había ido a recogerla al aeropuerto de Orly, donde esperó paciente el retraso de dos horas del vuelo de Málaga en el que viajaba Michelle. Cuando la joven apareció por la puerta de la salida de pasajeros, David corrió hacia ella y la besó intensamente.

—Te he echado mucho de menos, muchísimo.

Tomaron un taxi y se dirigieron al apartamento de la calle Poissonniere. Ya en el ascensor, David no pudo contenerse y comenzó a desabrochar los botones del pantalón de Michelle, que ronroneaba al oído de su amante mientras éste introducía su mano en el interior de su tanga y le acariciaba el pubis.

El ascensor se detuvo en el piso de Michelle; los dos salieron besándose y abrazados, en medio de un revuelo de pantalones semidesabrochados, enredados con la bolsa de viaje, la maleta y dos bolsas de papel de las tiendas del aeropuerto español, sin importarles que pudiera haber alguien en el rellano.

Entraron en el apartamento y cerraron la puerta a su espalda, sin dejar de besarse, a la vez que se despojaban de la ropa. Cuando Michelle quedó completamente desnuda, con su melena castaña cayéndole sobre los hombros, David contempló el hermoso cuerpo de su amada. Estaba muy morena, y le llamó la atención que la única parte del cuerpo de Michelle en la que el sol mediterráneo no había incidido era un pequeñísimo triángulo en el pubis.

—¡Vaya!, ya veo que has tomado el sol a gusto, y con un bañador bien pequeño, por cierto.

—¿No estarás celoso? Vamos, casi todas las chicas estaban en top-less en la

playa. No iba a ser yo menos, ¿no te parece?

—Estás preciosa; muchos corazones habrán quedado rotos en esa playa de Andalucía.

—No he hecho otra cosa que tomar el sol, comer y dormir; bueno, y mantener largas conversaciones con mi madre, ya sabes que hacía tiempo que no la veía.

—¿Sigue con su adicción a los amantes jóvenes? —Michelle le había dicho a David que su madre se dedicaba a coleccionar amantes veinte o treinta años menores que ella.

—Imagino que sí, pero en esta ocasión no tenía ninguno fijo. Le pregunté por ello y me confesó que había despedido al último justo dos días antes de que yo llegara; quería dedicar todo el tiempo a su hija, me aseguró —respondió Michelle.

—¿Le has hablado de mí?

—Claro. Sabe de ti porque se lo he contado por teléfono; me comentó que eras muy atractivo y que tus ojos grises claros eran tentadores.

—Pero si no me conoce.

—Me llevé uno de tus libros, y hay una foto tuya en la solapa.

Se besaron durante muchos minutos. Los labios de Michelle eran cálidos y firmes. Mientras lo hacían, las manos de cada uno acariciaban el sexo del otro, despacio y de manera muy delicada, con la suavidad de quien maneja un objeto frágil y precioso. Los labios de David comenzaron a recorrer el cuerpo de Michelle, con lentitud, lamiendo cada centímetro de su piel dorada por el sol mediterráneo. Se detuvieron un buen rato en los pechos, espléndidos y tersos, en sus delicados pezones rosados, siguieron descendiendo hacia el vientre, liso y firme, y llegaron al fin al pubis, depilado y blanco, como un triangulito de nata impreso sobre el resto de la piel melada. David besó y masajeó con la punta de su lengua cada porción del sexo de Michelle, en pausados movimientos circulares alternados con lametones a lo largo de su rosada y húmeda hendidura. Cuando la penetró, Michelle había alcanzado ya dos orgasmos y su vagina palpitaba como un corazón ardiente.

—Nos acercamos a la resolución de este nudo gordiano —planeó David mientras preparaba dos batidos fríos de leche, helado de vainilla, miel y canela en la cocina del apartamento de Michelle, que se mantenía abrazada a Cárter desde que acabaran de hacer el amor.

—¿Has dedicado esta semana a las apariciones de Fátima?

—Sí, y creo que tengo casi todos los datos. Escucha. El plan para convertir a las revelaciones de Cova da Iria en uno de los pilares de la defensa de la fe en el mundo contemporáneo se fraguó a partir del atentado contra Juan Pablo II. La coincidencia del día del atentado con la festividad de la Virgen de Fátima no es ajena a ello. El Vaticano organizó a partir de entonces un plan muy ambicioso, en el cual el eje era la figura del papa. Se le convirtió en un mártir en vida, en el nuevo y gran pastor que conduciría a un mundo desorientado y sin fe por el camino de la salvación con el ejemplo de su sufrimiento. En ese

camino, las revelaciones de Fátima constituían una pieza esencial.

»Un sacerdote llamado Luis Cóndor publicó en Fátima en 1985 las *Memorias* de sor Lucía, un alegato simplón y trivial, escrito para gentes predispuestas a creer cualquier cosa que se les diga. En 1974 ya se había enviado a Roma un expediente para la beatificación de los dos pastorcitos primos de Lucía. Durante años no se había hecho nada, pero a partir del atentado, el proceso se aceleró y el 13 de mayo de 1989, de nuevo en la festividad de la Virgen, Jacinta y Francisco fueron declarados venerables por la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos, un paso previo para la beatificación.

—Para ser proclamado beato por la Iglesia hace falta atestiguar un milagro, ¿no es así? — dudó Michelle.

—Sí, uno al menos. El milagro se presentó en 1987. Tuvo lugar en la ciudad de Leiría, la cabecera de la diócesis de Fátima. Una mujer llamada María Emilia Santos estaba postrada en una silla de ruedas desde que a los dieciséis años sufriera unas fiebres reumáticas que le impedían caminar. Fue operada varias veces e internada en un hospital, al parecer con poco éxito. Desesperada, esta mujer peregrinó a Fátima, rezó a la Virgen y pidió a los niños pastores que la curaran. El día 21 de marzo de 1987 sintió como un hormigueo y un calor en las piernas y oyó la voz de un niño que le decía «Siéntate que tú puedes». María Emilia así lo hizo, y se sentó en la cama. Dos años después ya podía caminar y hacía una vida normal.

—¿Eso se considera un milagro? —se sorprendió Michelle.

—En marzo de 1989, dos médicos la examinaron y determinaron que su curación no tenía una explicación científica, de manera que fue considerada una sanación milagrosa —explicó David.

—Estoy segura de que esos médicos eran miembros de alguna organización integrista de la Iglesia —asentó Michelle.

—Tal vez. Pero fue suficiente para que Juan Pablo II viajara a Fátima el 13 de mayo de 1991 para festejar a la Virgen, que, según él, lo había salvado de la muerte en 1982, y para preparar la beatificación de Jacinta y Francisco.

»El encumbramiento de Fátima era ya imparable. En 1997, la que fuera pequeña aldea resultó elevada al rango de ciudad y de sede episcopal, pues la diócesis de Leiría pasó a denominarse de Leiría-Fátima.

»Al año siguiente, sor Lucía concedió una entrevista; se publicó en la revista católica mensual *Christus*, editada en Lisboa, en el número de marzo de 1998. Mira, aquí tengo una copia de la misma. En ella, sor Lucía declaró que cuando la Virgen le habló de Rusia, los tres primos no habían oído nunca ese nombre y creyeron que se trataba de "una mujer muy tríala". También aseguró que el ateísmo es un instrumento del diablo. Y lo mejor: en el curso de esa entrevista, se puso en boca de la monjita esta frase: "Quien no está con el papa no está con Dios, y quien quiere estar con Dios tiene que estar con el papa".

—¿Dices que la entrevista es de 1998? —demandó Michelle.

—Sí, mírala.

—Pero Lucía tenía entonces... ¡noventa y un años!

—Así es.

—¿Es posible acceder a los documentos del proceso de beatificación?

—Sí, es posible. Hace dos días hablé con Enrico; nos espera en Roma. El misterioso cardenal que nos reveló aquellas pistas en la basílica del Trastevere nos recibirá de nuevo y podremos consultar todo el expediente en el Archivo Vaticano; porque imagino que quieres venir a Roma.

—Sí, claro que quiero. Pero antes he de decirte algo —Michelle se puso seria. Por primera vez desde que la conocía, a David no le pareció segura de sí misma.

—Tú dirás.

—Hace unas semanas, cuando viajamos a Roma, la mañana en que regresábamos a París, después de desayunar, te retiraste unos minutos a por las maletas; me quedé a solas en la terraza con Enrico... y nos besamos. Fue un beso sutil, un único beso. Sé que no debí hacerlo, perdona. Para mí, Enrico es un amigo, nada más que eso.

—No tengo nada que perdonarte. Eres una mujer libre. Tú y yo no tenemos ningún compromiso. Jamás te he pedido que seas mi... novia —David no le reveló que los había visto besarse desde el balcón de su habitación ni que había sentido en su interior algo muy parecido a los celos.

—No creas que voy por ahí besándome con el primero que aparece. Desde que estoy contigo no he tenido relaciones con ningún otro hombre.

David sintió el impulso de decirle que la amaba, que ya no podía entender el futuro sin ella, que, cuando estaba dos o tres días sin verla, la echaba de menos más que a su propia vida, que quería pasar todo el tiempo a su lado, pero calló.

—Y en caso contrario, estarías en tu derecho; ya te he dicho que eres libre, libre.

Se besaron y volvieron a hacer el amor. El batido con miel había obrado como un magnífico reconstituyente, aunque Michelle era estímulo más que suficiente.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Roma, principios de julio de 2008

El profesor Micara los recogió personalmente en el aeropuerto Leonardo da Vinci. Abrazó a David y besó en las mejillas a Michelle. Cogió a los dos por los hombros, le indicó a su chófer que acarreara con las maletas y les dio la bienvenida a su mansión romana de Villa Borghese.

—Estos días hace un calor de mil demonios y cada rayo de sol pica como el aguijón de una abeja; pero ¡vaya!, veo que ya has robado una buena ración al dios Helios —le dijo Enrico a Michelle a la vista de su piel dorada, que resaltaba en sus hombros descubiertos, pues vestía una camiseta blanca de finos tirantes.

—He pasado unos días con mi madre en el sur de España, y allí sí que luce el sol con fuerza.

—Pues te sienta estupendamente. Deberías tomar nota, David, estás demasiado pálido. Tu moreno californiano se ha ido diluyendo bajo el cielo nuboso de París.

—Tienes razón. Hace un año que no tomo el sol; desde el verano pasado, y sólo fueron tres o cuatro días, en un viaje que hicimos a casa de mis padres a California.

—Bueno, eso se arregla este mismo verano. Yo paso todo el mes de agosto en mi finca de Sicilia. Estáis invitados: tomaremos el sol, pasearemos entre templos griegos y comeremos pescado frito en Capo Mulini; os aseguro que es el más sabroso del mundo.

—¿Dónde está Capo Mulini? —preguntó Michelle.

—En la costa oriental de Sicilia, unos pocos kilómetros al norte de Catania. Los pescadores arriban del mar con deliciosos pescados frescos que los restaurantes del puerto preparan a la parrilla, con sal y aceite de oliva; a los italianos nos gustan con un poco de ajo, pero tal vez sea demasiado fuerte para los parisinos, y acompañados con un buen vino blanco de los viñedos de las laderas del Etna, claro.

—Lo probaremos —asentó Michelle.

Llegaron al palacete de Enrico y se instalaron en la misma habitación que ya habían ocupado en su visita anterior. Encima de la cama había un enorme ramo de rosas rojas.

—Dicen que éstas son las flores del amor —comentó David.

—Vamos, David, es un detalle de Enrico; ya sabes que es un hombre de gustos exquisitos y refinados.

David la besó. Michelle estaba hermosísima y radiante

—Te haría el amor ahora mismo —le susurró al oído.

—Nos aguarda Enrico para almorzar; y necesito una buena ducha, pero si te

empeñas...

Sirvieron el almuerzo en la inmensa terraza ajardinada, en una zona protegida del sol por unas amplias sombrillas. A los lado giraban dos ventiladores de pie con aspersores incorporados que cada tres minutos lanzaban al aire un poco de agua, que se difundía en forma de una nube de vapor en el ambiente provocando una agradable sensación de frescor.

—¿Qué os parecen esos aspersores? Los compré hace unos días. Es la única manera de almorzar en la terraza en verano.

—Es muy refrescante — confesó Michelle.

—¿Ya te ha dado hora el cardenal? —preguntó David, que estaba ansioso por entrevistarse de nuevo con el prelado del Vaticano, quien ya les revelara pistas decisivas en su proceso de investigación sobre las apariciones de Fátima.

—Me llamará después de comer. Sabe que habéis estado en Londres y quiere conocer hasta dónde habéis llegado.

—Le ha informado Lefévbre, claro —supuso David.

—Bueno, creo que él os proporcionó el dato de Londres, un nombre que localizar y una fecha: 16 de octubre de 1917.

—No nos reveló nada más —intervino Michelle.

—Son pistas más que suficientes para dos hábiles investigadores como vosotros. Imagino que habréis obtenido algunos resultados.

—Sí. Localizamos a Mary Saylor, asesinada en su casa de Oxford Street en Londres en octubre de 1917, la autora de la carta cuyo contenido desconocemos, lo que provocó su asesinato. Sabemos que la señora Saylor estaba relacionada con las apariciones de Fátima. Su esposo John, presidente en 1917 de la Saylor Wines, una empresa británica dedicada a la elaboración y exportación de vinos de Oporto, sufrió cuatro años después un mortal accidente de circulación en Portugal. Conducía un Rolls Royce al que le fallaron los frenos. Hace apenas tres meses fue asesinado en Lisboa el profesor Joáo Barros, que estaba a punto de editar un libro muy crítico sobre Fátima, cuyo original no ha aparecido. Barros conocía la existencia del texto que escribió Mary Saylor en Londres en 1917.

—¿Y creéis que las tres muertes están relacionadas? —preguntó Enrico.

—Ninguna de las tres se aclaró. La de Mary Saylor fue investigada por Scotland Yard, hemos visto el expediente en Londres, pero el caso se archivó por falta de pruebas sobre la identidad del asesino, y nadie fue acusado por ese crimen; la muerte de John Saylor al despeñarse con su coche se consideró un accidente, y la policía portuguesa también archivó el caso; y en cuanto al asesinato de Joáo Barros, continúan las investigaciones en Lisboa, pero nos tememos que nada se aclarará —adujo Michelle.

—Salvo que intervenga tu amigo el cardenal, claro. Él nos confesó que habían sido agentes de Sodalitium Pianum quienes habían asesinado a Joáo Barros, y nosotros creemos que también fueron agentes de Sodalitium quienes asesinaron a Mary Saylor en 1917 y quienes provocaron el accidente mortal

de John Saylor en Oporto en 1921 —aseveró David.

—Os habéis metido en un buen lío; ¿sois conscientes de con quién estáis jugando?

—Sabemos del peligro que todo esto entraña, pero no tenemos vuelta atrás. No sólo está en juego la justicia, también la propia supervivencia de los Hermanos de Heliópolis y la custodia del secreto de la piedra filosofal. Si los de Sodalitium dan con ella, el mundo podría ser diferente —intervino David.

—Estáis librando una batalla perdida. La Iglesia jamás reconocerá que Sodalitium sigue existiendo — aseguró Enrico.

—La Iglesia ha cometido muchos errores, probablemente mucho más graves que mantener activo y de manera clandestina a Sodalitium Pianum. Juan Pablo II ya lo reconoció y pidió perdón por algunos errores cometidos por la Iglesia en el pasado; y ¿qué ha ocurrido?, nada. Los creyentes han seguido a lo suyo y los ateos también —asentó Michelle.

—Tal vez, pero la Iglesia necesita de milagros, siempre los ha necesitado. Los milagros han sido su principal sostén. El cristianismo es una religión basada en el hecho milagroso, en la creencia en lo sobrenatural, en la Revelación de Dios a los hombres a través de los profetas y de sus manifestaciones, en la labor ejemplarizadora de los santos y en la esperanza que supone el hecho milagroso, capaz de curar a enfermos terminales y de alterar el rumbo natural de las cosas.

»Las apariciones son los milagros más importantes, porque con ellas se demuestra que Dios, la Virgen y los santos están dispuestos a mostrarse ante los seres humanos para ratificar la verdad de la fe cristiana frente a todas las demás religiones. Y en las apariciones, la Virgen María ha ocupado un lugar preponderante desde el siglo XII. En Lourdes en 1858, en Fátima en 1917 o en Bayside, en los Estados Unidos, en 1970, las apariciones de la Virgen han desencadenado extraordinarios focos de devoción mariana y de gran provecho para la Iglesia. Si recuerdas, incluso aquellos iluminados ultraconservadores españoles del Palmar de Troya, cerca de Sevilla, asientan su tinglado en unas presuntas apariciones de la Virgen a uno de sus alocados visionarios, que declaró que la Virgen le había mostrado en 1968 el "Tercer Secreto" de Fátima. La Virgen es madre, madre de Dios y madre nuestra, dicen en la Iglesia, y eso despierta una ternura extraordinaria. No es casualidad que cada vez que la Virgen se aparece en un lugar determinado, le pida al vidente de turno que se levante allí un templo en su honor. La mayoría de las catedrales góticas que tú estudias, Michelle, están dedicadas a la Virgen, y muchas han sido construidas sobre antiguos santuarios marianos o en lugares de apariciones o donde se conservaban reliquias de María, como la camisa de la Virgen en Chartres.

»Y eso es lo que más me hace dudar, como creyente católico que soy, de la veracidad de esas apariciones, pues no creo que una persona tan humilde, como debió de ser María, esté siempre demandando que le erijan más y más templos para su mayor gloria en este mundo.

»Y ante todo este cúmulo de intereses que desencadena una aparición como la de Fátima, vosotros estáis a punto de plantear que todo aquello fue un gran engaño, una enorme mentira fabricada por la Iglesia para defender sus privilegios terrenales. Eso jamás lo consentirá el Vaticano. Para el Vaticano, la explicación de Fátima es bien simple: el pecado conduce a la guerra, al hambre, a la persecución de la Iglesia y del papa y al infierno. La devoción y la obediencia al Inmaculado Corazón de María son los remedios para la salvación. Rusia, es decir, el comunismo ateo, ha contaminado el mundo con su pecado, la consagración de Rusia al Corazón de María y su conversión al catolicismo reparará todos los males y volverá la paz sobre la tierra. Gracias a María, todos llegaremos hasta Jesús. Simple y fácil —asentó Enrico.

El almuerzo fue espléndido: *carpaccio* de ternera con canónigos, láminas de parmesano y aceite de trufa blanca del Piamonte, cordero asado al romero y al estragón con reducción de miel y relleno *de foie*, y una delicada crema de tiramisú como postre. Bebieron, Michelle tomó un sorbo, una botella de Tenuta dell'Ornellaia del 2004, denominación de Bolgheri, en la Toscana italiana, elaborado con una equilibrada mezcla de *cabernet-sauvignon, merlot, cabernet franc* y *petit merlot.*

—Excelente — manifestó David, apurando las últimas gotas de su copa, antes de que sirvieran el postre.

—Ha sido considerado el mejor vino italiano en el año 2007, y el séptimo del mundo, sólo por detrás de varios franceses y algún australiano. ¿Quieres que abramos otra botella? —preguntó Enrico.

—No, no, por mí es suficiente.

—Entonces, un armañac. Todavía me queda alguna botella del 87.

—Si no te importa, con el café prefiero un licor más suave.

—Tengo una *grappa* extraordinaria, tal vez la mejor que pueda encontrarse ahora.

—He dicho algo más suave.

—Esta *grappa* es comparable a la saliva de una diosa. Tiene cuarenta grados, pero ya verás qué delicadeza, y como digestivo no tiene igual.

—En ese caso, de acuerdo.

Enrico pidió a la muchacha que servía la mesa una botella de *grappa* de Moscato Fior d'Arancio, a más de doscientos euros cada botella.

Sirvieron tres copitas introducidas dentro de un bol de cristal lleno de hielo picado teñido en amarillo dorado.

—¡Vaya!, en verdad que es la saliva de una diosa —confirmó David tras saborear un pequeño sorbo, aunque pensó que no era comparable con la saliva de Michelle, pero entonces recordó que Enrico la había saboreado sutilmente, al menos una vez.

—Es nuestra mejor *grappa*, destilada con el más delicado orujo del Friuli —alardeó Enrico.

—Lo siento, pero ya sabéis que no bebo —adujo Michelle rechazando su copita.

En ese momento vibró el móvil de Micara, que había dejado encima de la mesa en modo de silencio. Observó la pantalla de cristal y comprobó que era el número de su amigo el cardenal.

—Es él. Perdonad.

»¿Sí?... Buenas tardes, eminencia..., Sí, están aquí, conmigo. En estos momentos tomamos café y una excelente *grappa*, ésa que tanto le gusta a su eminencia —Enrico sonrió pícaro a sus dos amigos— Sí, de acuerdo... Esta noche a las nueve, en Santa María, igual que hace tres semanas... Sí, allí estarán. Gracias de nuevo, eminencia. Mañana le enviaré una caja para que la tome a mi salud. Ya sabe que es un extraordinario digestivo. *Che vediamo. Chiao.*

»Ya lo habéis oído: a las nueve en Santa María in Trastevere, en las mismas condiciones que en la primera entrevista.

—¿Por qué ese empeño en ocultar su rostro? Nuestro amigo en París, el padre Lefévbre, sabe quién es, fueron colegas en la Administración del Vaticano hace algunas décadas —dijo Michelle.

—No importa. El cardenal prefiere que la entrevista sea as y así debe ser. Por favor, cumplid con sus normas y todo ir bien. ¿De acuerdo? Y ahora, si os parece, podemos descansar un poco antes de salir de compras —propuso Enrico.

—¿De compras? —se extrañó David.

—Bueno, yo seré quien compre, vosotros me acompañaréis. Quiero regalaros dos pares de zapatos a cada uno. Sí, sí ya sé que no es elegante regalar objetos de la propia tienda pero sólo lo hago con mis mejores amigos, y con algunos poli ticos y cardenales, y vosotros no podéis ser menos. Es un costumbre de la casa que ya practicaban mi padre y antes mi abuelo, Luigi Micara, el fundador de la mejor cadena de zapaterías de Roma. Llamaré al encargado de la tienda de Via dell Croce, es la más reputada. Pasaremos sobre las siete de la tarde y después iremos al Trastevere. ¿Os parece?

—No es necesario. Ya estás haciendo bastante. Y además, nosotros sólo te hemos traído un par de libros —se excusó Michelle.

—Vuestra visita es vuestro mejor regalo.

A las seis y media, el chófer de Micara los llevó desde el palacete de Villa Borghese a la Via della Croce, muy cerca de su desembocadura con Via del Corso. El encargado de la tienda los estaba esperando.

—Don Enrico, un placer verlo —lo saludó a la vez que se inclinaba ante su jefe en una pose que rayaba el servilismo.

—Gracias, Domenico. Mis amigos, los profesores Michelle Henry y David Cárter, de la universidad de la Sorbona.

—Bienvenidos a Roma, *signore, signorina* —el tal Domenico estrechó la mano de David y besó la de Michelle—. Pasen, pasen, todavía tenemos algunos modelos para este verano. Ya verá, son magníficos, los mejores de Italia, los mejores del mundo.

David eligió unas sandalias de cuero marrón oscuro, cruzadas en aspa sobre

los dedos, y unas zapatillas deportivas azules de un tejido que a la vista parecía lino, pero que al tacto era tan suave como la seda. Michelle se inclinó por unas sandalias de finas tiras de cuero negro con seis centímetros de tacón, que estilizaban su espléndida silueta y realzaban todavía más su metro setenta y cinco, y unos zapatos muy cómodos, de medio tacón y elegante diseño.

—Tenéis muy buen gusto —les dijo Enrico, y no sólo se refería a los zapatos elegidos.

Se despidieron de los empleados de la tienda y fue Domenico quien cargó con las bolsas hasta el automóvil, que los esperaba afuera. Las colocó en el maletero y el coche partió raudo hacia el Trastevere.

—Muchas gracias por el regalo; en verdad que los zapatos son extraordinarios. Esas sandalias son lo más bonito que he calzado en mi vida —aseguró Michelle.

—Pues póntelas — propuso Enrico.

—¿Ahora?

—Claro, son tuyas — Enrico le pidió al chófer que detuviera el automóvil, bajó, abrió el maletero y cogió las sandalias que había elegido Michelle.

La joven profesora se las calzó y alzó los pies para que los vieran David y Enrico.

—Te quedan muy bien —señaló David.

El coche los dejó frente a la iglesia de San Egidio, justo detrás de Santa María in Trastevere; eran las ocho y quince minutos.

—Tenemos tiempo para tomar un refresco — propuso Enrico.

—¿Entrarás con nosotros? —le preguntó David.

—No. Os esperaré en el mismo restaurante y en la misma mesa que la otra vez. Ya la he reservado. Cenaremos ahí, creo que os gustó.

Tomaron una limonada para refrescarse del tórrido bochorno que caía como plomo fundido sobre Roma y se despidieron a las nueve menos cuatro, con la oscuridad ganando ya la partida a la luz, delante de la puerta de Santa María, al lado de la fuente de gradas octogonales. El barrio más popular de Roma celebraba aquellos días la Expo Trastevere, un festival anual en el que las calles se llenan de puestos de artesanía, de vino y de comida, y la música y los fuegos artificiales inundan de sonidos muy diversos y de luces multicolores el aire nocturno de esa popular zona de Roma.

Michelle y David se sentaron en el penúltimo banco y, siguiendo el mismo ritual que en la ocasión anterior, esperaron a que se cerrara el templo a los turistas y apareciera el cardenal. Sobre las nueve y veinte oyeron unos pasos y sintieron una presencia a su espalda.

—*Buona sera* —saludó el cardenal en italiano.

—Buenas tardes —respondió Michelle.

—Buenas tardes, eminencia —reiteró David.

En esta ocasión, el cardenal no le pidió que evitara el tratamiento.

—Sé que han estado en Londres y que han averiguado lo que le ocurrió a Mary Saylor.

—Sí, así es, pero nadie sabe quién fue el asesino, aunque lo sospechamos —intervino Michelle.

—¿Y quién creen que fue? —demandó el cardenal.

—Uno o varios agentes de Sodalitium Pianum, por supuesto —respondió David.

—¿Y el motivo?

—Evitar que se conociera el escrito de lady Mary Saylor sobre los sucesos de Fátima, los que contaba en su relato escrito en doce cuartillas, que también costó la vida de su esposo, John Saylor, casi cinco años después, y la del profesor Joáo Barros este mismo año. ¿Nos equivocamos?

—Sigan.

—No podemos. Nos encontramos en un callejón sin salida; necesitamos conocer el texto del resto de las cuartillas que escribió Mary Saylor. Usted las tiene; eso nos aseguró al menos hace unas semanas —apostilló Michelle.

El cardenal se mantuvo en silencio durante un rato.

—Eminencia, ¿puede entregarnos ese texto? —le pidió David.

El cardenal volvió a guardar silencio y, tras unos larguísimos segundos, depositó un sobre de tamaño mediano encima del banco, al lado de David.

—Este sobre contiene una fotocopia del texto que escribió Mary Saylor en Londres, en su casa de Oxford Street, la tarde del 16 de octubre de 1917. La letra es clara y limpia; ya conocen la primera página.

—¿Por qué lo hace, eminencia? Esa gente ya ha matado por esto, y creo que volverían a hacerlo. Corre un grave peligro —advirtió Michelle.

—Se lo dije: necesito poner en paz mi conciencia antes de enfrentarme al Altísimo —respondió el cardenal.

—Habla usted como si fuera a morir pronto —comentó David.

—Tal vez, tal vez. Y ahora, permanezcan quietos hasta que... Bueno, ya saben.

—Teníamos la intención de consultar los procesos de canonización de los pastorcitos de Fátima en el Archivo Vaticano, pero imagino que ya no tiene demasiado sentido — supuso David.

—Creo que es mucho mejor que, de momento, no aparezcan por el Vaticano.

—¿Volveremos a hablar con su eminencia?

El cardenal no respondió. Se levantó del banco y el crujido de las suelas de sus zapatos fue haciéndose más lejano hasta que dejó de oírse.

La luz de una linterna se encendió cerca de la cabecera de la nave lateral a su derecha y se dirigieron hacia ella. Unos momentos después estaban fuera del recinto religioso de Santa María. David sujetaba con fuerza en su mano izquierda el sobre que le había entregado el cardenal.

Michelle estaba nerviosa. Acababa de desayunar con Enrico y David en la terraza del palacete Micara en Villa Borghese. Eran las once de la mañana, pero apenas habían dormido. Tras la entrevista con el cardenal, se habían dirigido al restaurante donde los esperaba Enrico; cenaron un poco de pasta y

un helado.

A las once y media de la noche ya estaban en casa de Enrico. Se sentaron en la biblioteca y David abrió el sobre que le había entregado el cardenal, sacó las fotocopias del relato de Mary Saylor y las leyó en voz alta. Michelle y Enrico no lo interrumpieron ni una sola vez mientras duró la lectura del texto, que le ocupó unos veinte minutos bien cumplidos.

Comentaron el texto durante varias horas, en las que consumieron varios cafés y media botella de armañac. Clareaba el horizonte romano más allá del Gran Sasso de Italia, en los montes Abruzzos, cuando el sueño los rindió.

—¿Habéis podido dormir? —les preguntó Enrico, que apoyado en la balaustrada de mármol de la terraza contemplaba al oeste la cúpula de la basílica de San Pedro.

—Un poco —respondió David.

—Yo, tan apenas —protestó Michelle.

—Imagino que sois conscientes de lo que os ha sido revelado.

—Por supuesto, Enrico, por supuesto. Y también de que si quien asesinó a Joáo Barros sabe que conocemos este texto —David tenía en sus manos el sobre con las fotocopias—, vendrá a por nosotros. Debí sopesar el peligro y no meteros a los dos en este problema.

Michelle se acercó a David y le cogió la mano.

—No te preocupes por mí; he estado en situaciones peores. No te puedes imaginar el peligro que entraña ser dueño de las zapaterías Micara — ironizó Enrico.

—Ahora todo adquiere sentido; hasta hoy no sabía cómo encajar algunas piezas en este rompecabezas, pero ya las puedo casar —adujo David.

—¿A qué te refieres? —preguntó Enrico.

—A varias cosas, pero sobre todo a una entrevista que le hicieron al cardenal Ratzinger en 1985, y que se editó ese mismo año. En esa entrevista, el entonces prefecto para la Doctrina de la Fe...

—Inquisidor general —terció Michelle.

—El inquisidor general Ratzinger —corrigió David— declaró que había leído el «Tercer Secreto». El entrevistador, un tal Messori, le comentó que circulaban rumores inquietantes sobre su contenido, los cuales señalaban que el secreto contenía una predicción apocalíptica y que presagiaba graves sufrimientos para la humanidad. Entonces, el entrevistador le preguntó a Ratzinger que por qué la Iglesia no lo desvelaba, y el cardenal alemán respondió que los papas que lo habían conocido no pretendían ocultar lo terrible del mensaje. El entrevistador insistió preguntando si se escondía algo terrible, y Ratzinger puntualizó que en Fátima se lanzó al mundo una severa advertencia que contenía una llamada a la seriedad de la vida y de la historia ante los peligros que acechan a la humanidad. Citó un pasaje del Evangelio de san Lucas, capítulo trece, versículo tres, creo, en el que Cristo amenaza a sus propios discípulos: «Y si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis». En ese momento de la entrevista, Ratzinger recordó que el mensaje de Fátima

exhorta sin ambages a practicar la penitencia como medio de salvación y como exigencia constante en la vida de todo cristiano. Y acabó señalando que el papa, Juan Pablo II en ese momento, no juzgaba pertinente revelar el «Tercer Secreto», e instó a practicar la penitencia, el ayuno, la conversión y el perdón —resumió David.

—Un alegato normal para un avezado teólogo como Ratzinger —comentó Enrico.

—En ese momento, en 1985, ya habían preparando la falsificación. No puedo documentar lo que voy a decir y tampoco demostrarlo, pero estoy convencido de que en el Vaticano, y después del atentado contra Juan Pablo II en mayo de 1981, se comenzó a fraguar un gran engaño con respecto al «Tercer Secreto». Por lo que he podido ver, ni a Juan XXIII, ni a Pablo VI, ni a Juan Pablo I, ni al mismo Juan Pablo II, les pareció relevante su contenido. En 1960 Juan XXIII declaró que el secreto no se refería a ese tiempo; afirmación que, a la vista del texto del «Tercer Secreto», no parece lógica, porque no se habla de ningún tiempo concreto en el mensaje. En 1967, el cardenal Ottaviani, que lo leyó, declaró que «El secreto estaba destinado al padre santo», nada más. Un grupo de católicos, invitados por Juan Pablo II durante una visita pastoral a Alemania en 1980, le preguntó al papa por el «Tercer Secreto»; el pontífice respondió que se auguraba un futuro muy malo para la humanidad; llegó incluso a resaltar que «¿Los hace mejores cristianos si les digo que los océanos inundarán enteros sectores de la tierra y que de un momento a otro millones de personas perecerán?». Nada comentó sobre que se anunciara un atentado contra su persona. El nuevo plan se urdió después de mayo de 1981.

»Estoy convencido —aseguró David — de que el texto que se hizo público en el año 2000 sobre el «Tercer Secreto» se falsificó para adecuarlo al atentado de 1981, y que se hizo después de 1985 y antes de 1999, tal vez hacia 1992 o algo más tarde, una vez que la caída de la Unión Soviética y el derrumbe del comunismo en Europa eran patentes.

—Y en cuanto al relato de Mary Saylor, ¿cómo llegó a Roma?

—Mary era católica practicante, y una mujer honesta. Cuando se enteró de lo que se estaba tramando en Fátima, no pudo resistirlo y como testigo privilegiada, como protagonista indirecta incluso de lo ocurrido, se sintió en la obligación, en el deber como católica, de confesarlo. Escribió su relato el día 16 de octubre de 1917 para su confesor en la parroquia católica de San Patricio de Londres. Dos días después era asesinada. Creo que los motivos están suficientemente claros —sentenció David.

—Sodalitium Pianum, por supuesto —añadió Enrico.

—Sí. Fueron ellos. En 1917 disponían de agentes desplegados por toda Europa, especialmente en Inglaterra, donde los católicos constituían una minoría que no perdonaba las persecuciones a que fue sometida desde finales del siglo XVI por la mayoría anglicana —intervino Michelle.

—Y si Sodalitium existe, y como aseguró tu amigo el cardenal ha sido su

gente quien ha asesinado a Joáo Barros, nosotros también estamos en peligro de muerte. Y mucho más ahora, que conocemos el gran secreto, la principal causa de todo esto —remarcó Enrico.

—¿Qué hacemos? —Michelle parecía asustada.

—Blindarnos —asentó Enrico.

—¿Cómo? —preguntó David.

—Haciéndoles saber a los de Sodalitium que conocemos el secreto.

—Pero eso significa nuestra sentencia de muerte —repuso David.

—Todo lo contrario. Les haremos llegar la información de que si nos sucede algo irreparable a cualquiera de los tres, la prensa mundial conocerá de inmediato lo ocurrido y por qué y por quién hemos sido asesinados. Les demostraremos que conocemos quiénes y cuántos son, bajo qué identidad se ocultan, cuáles son sus fuentes de financiación, todo cuanto pueda hacerles mella.

—Pero no sabemos nada de eso —alegó David.

—Pero lo podemos averiguar.

—¿Cómo? —preguntó Michelle.

—Eso dejadlo de mi cuenta. Si necesitáis ocultaros, recordad esta dirección: Villa Madonna di Mare, en Capo Mulini, en Sicilia. Si os sentís en peligro y deseáis un refugio, no dudéis, acudid allí. Daré orden de que os protejan; estaréis seguros —asentó Enrico.

—¿Qué es Villa Madonna?

—Mi casa de verano. Está más custodiada que Fort Knox —puntualizó Micara.

—¿Quién la protege para que sea tan segura, la Sexta Flota norteamericana? —preguntó Michelle.

—Alguien mucho más eficaz. Nosotros la llamamos la *Omerta*, aunque el resto del mundo suele referirse a lo que esa palabra significa con el nombre de la Mafia —apostilló Enrico.

Que Enrico Micara les hubiera insinuado que su casa de Capo Mulini la custodiaba la Mafia los llenó de inquietud, porque, además, hacía tres semanas que la policía italiana acababa de detener al que se consideraba jefe supremo de la Mafia en Sicilia, y eso podría desencadenar nuevos problemas.

# V La revelación

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Lisboa, 7 de julio de 2008

La lectura del relato de Mary Saylor convulsionó al padre Lefévbre. En cuanto Michelle y David, nada más regresar de Roma, le mostraron las fotocopias que les había entregado el cardenal en Santa María in Trastevere, Lefévbre llamó al Maestro de los Hermanos de Heliópolis, el hijo de Fulcanelli, quien autorizó a que se presentara una denuncia ante las autoridades portuguesas en la que se señalaba a Manuel Malveira como instigador del asesinato del profesor Joáo Barros.

Dos inspectores de la unidad de homicidios de la policía de Lisboa se personaron en la residencia donde vivía el padre Malveira. Tardaron en llegar más tiempo del previsto, pues un enorme incendio, que estaba destruyendo el inmueble ubicado en el número 23 de la avenida da Liberdade, había provocado un enorme atasco de tráfico en el centro de Lisboa. Nada más llegar a la residencia, preguntaron por el sacerdote; el director les informó que se encontraba rezando en el oratorio.

Los dos agentes entraron en la capilla, acompañados por el director de la residencia del Opus Dei, y se miraron asombrados cuando contemplaron al padre Malveira tumbado boca abajo, con los brazos en cruz y las palmas y el rostro pegados al suelo, justo delante del altar mayor.

—Padre Malveira, Manuel Malveira —lo llamó uno de los inspectores a la vez que acercaba discretamente su mano al corazón, en realidad para rozar su pistola, que mantenía enfundada, colgada de su costado izquierdo.

Manuel Malveira no contestó.

—Padre, ¿se encuentra usted bien? —preguntó el director.

Malveira seguía sin moverse. En la penumbra de la capilla, los inspectores no podían ver con claridad al sacerdote, que permanecía inmóvil sobre el suelo. El más veterano le hizo una señal al más joven y cada uno se acercó hacia el penitente por un lado, ambos con la mano en el pecho, sobre la pistola.

—Padre Malveira, somos policías; queremos hacerle algunas preguntas. ¿Me escucha?

El sacerdote se mantuvo quieto, rígido como un muerto. Los inspectores se miraron desconfiados. El más veterano le indicó al más joven que lo cubriera con su pistola, y éste desenfundó y encañonó a Malveira, que seguía tieso como un cadáver, aunque estaba vivo, pues era perceptible su respiración.

El inspector se agachó con cuidado y con su mano derecha tocó el hombro del sacerdote.

—Padre, necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Está en condiciones de contestar?

Malveira giró la cabeza hacia el inspector. Tenía la mirada perdida.

—¿Le ayudamos a levantarse? —le preguntó el director de la residencia, a la vez que el inspector veterano le hacía una indicación a su compañero para que enfundara el arma.

Los dos policías y el director de la residencia ayudaron a incorporarse a Malveira, que se sentó cansino y abatido en el primer banco de la capilla.

—No teníamos... elección — balbució Manuel Malveira antes de que los policías le hicieran una sola pregunta—. El profesor Barros... sabía demasiado. Le habían pasado una copia.. de «Fátima 1» y él había averiguado... todo lo demás. Tuvimos que hacerlo..., tuvimos que matarlo, no teníamos otra alternativa.

—¿Quiénes no tenían elección, qué tenían que hacer? — le preguntó el inspector.

—Nosotros..., Sodalitium Pianum, la «Sociedad», los defensores de la integridad, de la fe y de la tradición de la Santa Iglesia Católica Romana —el padre Malveira estaba como en trance y hablaba a golpes de voz; apenas era capaz de enlazar dos frases seguidas.

—¿Sodalitium Pianum, qué es eso? —preguntó el inspector.

—Los defensores de la fe..., los garantes de la pureza y de la tradición, los verdaderos católicos... —farfulló Malveira, fuera de sí.

—¿Usted sabe a qué se refiere? — le preguntó el inspector al director de la residencia.

—Está delirando. Sodalitium Pianum fue una sociedad de la Iglesia que se disolvió hace casi un siglo; ya no existe esa congregación.

—Esto puede considerarse como una confesión de asesinato —observó el inspector joven.

—El padre Malveira no está en condiciones de declarar; ya lo ven, se encuentra muy mal, está enfermo y delira —alegó el director.

—Usted mismo lo ha oído, señor. Todavía no le habíamos preguntado nada y él mismo se ha declarado culpable del asesinato de Joáo Barros.

—Eran colegas en la universidad; trabajaban juntos en el mismo departamento desde hace treinta y cinco años. Está muy afectado, entiéndanlo — lo justificó el director.

—Lo siento, tenemos que conducirlo detenido a comisaría. ¿Sabe si el padre Malveira tiene abogado?

—Sí, todos los miembros de esta residencia disponemos de un abogado.

—En ese caso, avíselo, por favor, este hombre lo necesitará porque va a ser acusado de asesinato.

En comisaría y en presencia de su abogado, un letrado numerario del Opus Dei y profesor en la facultad de Derecho de la universidad de Lisboa, Manuel Malveira confesó todo.

Comenzó declarando que aquella misma mañana había recibido una llamada anónima por la cual una voz femenina le previno de que la policía había descubierto a los culpables del asesinato de Joáo Barros y de que lo buscaba

para detenerlo. Pese a la insistencia del abogado, que intentó convencerlo para que no se declarara culpable, Malveira contó todos los detalles sobre cómo se había preparado el asesinato del profesor Barros.

Sodalitium Pianum, organización de la que ninguno de los policías presentes en el interrogatorio había oído hablar hasta ese día, había ordenado la muerte de Joáo Barros porque estaba a punto de publicar un libro en el que ponía descubierto toda una serie de falsificaciones realizadas por la Iglesia para convertir unos hechos casuales sucedidos en la localidad de Fátima en 1917 en uno de los grandes milagros de la cristiandad.

Barros le había contado a Malveira lo que había averiguado, y el sacerdote, obligado, según reveló, por sus votos de obediencia, lo había comunicado a su superior en Sodalitium, el cual había ordenado el asesinato del profesor.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó el policía.

—No conteste, padre, no tiene obligación de hacerlo; no se precipite, por favor —medió el abogado, que contemplaba impotente cómo se derrumbaba su defendido.

Las recomendaciones del letrado fueron inútiles; Malveira siguió confesando.

—Enviaron un agente, un profesional. No sé quién es ni cómo se llama. Llegó a Lisboa y se marchó dos días después, tras ejecutar a Joáo. No sé cómo viajó hasta aquí ni en qué hotel se hospedó. Era un hombre delgado y fibroso, muy fuerte, de mediana estatura, moreno. Siempre llevaba gafas de sol y un sombrero, y barba, una barba de dos o tres semanas. Hablaba portugués con marcado acento, tal vez alemán.

—Llamad a todos los hoteles, pensiones y residencias de la ciudad; quiero saber si se hospedó alguien con esas características entre el 2 y el 5 de mayo, y comprobad el nombre de todos los pasajeros que llegaron al aeropuerto de Lisboa los días 2 y 3 de mayo, y los que salieron de Lisboa los días 5 y 6. Comenzad por los de origen y procedencia en Roma. Vamos, deprisa, deprisa — ordenó el comisario jefe a sus subordinados.

—¿Por qué Roma? —preguntó uno de los inspectores.

—Porque en su inculpación, este hombre ha acusado a una organización llamada Sodalitium Pianum, y, según la *Enciclopedia Británica*, fue fundada por el Vaticano —el comisario había pedido información sobre esa sociedad secreta al servicio de documentación de la policía.

—Comisario, este hombre no está en su sano juicio. Cuanto ha declarado no tiene el menor valor probatorio. ¿No se da cuenta de que no se encuentra en condiciones de declarar? Exijo la presencia de un facultativo para que lo atienda y para que diagnostique sobre su estado de salud mental —propuso el abogado.

—Lo que usted diga, señor letrado, lo que usted diga —ironizó el comisario.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

París, principios de julio de 2008

—Malveira ha «cantado» todo. Tenía razón, padre Lefévbre, se ha derrumbado al primer envite.

El padre Lefévbre les acababa de contar la noticia, recibida vía telefónica, de que en una comisaría de Lisboa el padre Manuel Malveira había sido acusado formalmente de colaboración para el asesinato de Joáo Barros.

—No creí que diera resultado; era demasiado simple — dijo Michelle.

—A veces, lo sencillo es lo que mejor funciona —comentó el padre Lefévbre.

Nada más regresar de Roma y de informar al padre Lefévbre, el cura centenario había urdido un plan para desenmascarar al asesino de Joáo Barros, que el Maestro de la Hermandad de Heliópolis había aprobado. Ante la falta de testigos y de pruebas, pero sabiendo que Sodalitium Pianum estaba detrás del asesinato de Barros y que Manuel Malveira era el agente de esta organización secreta en Lisboa, realizaron una llamada anónima, con la voz de Michelle ligeramente distorsionada, avisando a Malveira de que la policía había descubierto que era miembro de Sodalitium y de que iba a ser arrestado de inmediato por la muerte de Barros. En esa misma llamada, Michelle, que se hizo pasar por agente de Sodalitium, le avisó a Malveira que la organización iba a presentar a la policía documentos que probaban sin lugar a dudas que él había sido el criminal.

A la vez, David llamaba, también de manera anónima, a la policía de Lisboa y la informaba de la participación de Malveira en el asesinato de Joáo Barros, ofreciéndole detalles que el propio Malveira le había contado durante su estancia en Lisboa con motivo de su conferencia en la universidad que sólo podían haber sido conocidos por alguien cercano la escena del crimen.

El padre Lefévbre, haciéndose pasar por policía, realizó una nueva llamada a Malveira. Lefévbre, que hablaba un correctísimo portugués, le informó que sabían todo lo ocurrido en caso del asesinato de Joáo Barros y que querían interrogarlo.

Tras recibir esas dos llamadas, y mientras la policía s dirigía hacia la residencia del Opus, Manuel Malveira se estremeció. Demudado el rostro, con los ojos acuosos y la mirada vacía, salió de su habitación y bajó a la capilla. Se tumbó boca abajo frente al altar, extendió los brazos como un Cristo yace te y esperó.

—Ha sido demasiado fácil —reiteró Michelle.

—Todavía no ha acabado esto. Imagino que los abogados de Sodalitium intentarán demostrar que Malveira se ha vuelto loco, y créanme si les digo que tienen recursos para conseguirlo —alegó Lefévbre.

—No obstante, la confesión de Malveira es un paso fundamental. Por primera vez, que yo sepa, se descubre la existencia de Sodalitium y el empleo de métodos delictivos en sus acciones. Esto abre una vía de investigación extraordinaria —señaló David.

—El sicario de Sodalitium no habrá dejado ningún rastro. Será difícil demostrar siquiera que estuvo en Lisboa en los di del asesinato de Barros —explicó Lefévbre.

—Los asesinos siempre dejan pistas: el nombre en un hotel, una reserva en un vuelo, incluso restos de ADN en el lugar del crimen.

—Sé cómo actúan los agentes de Sodalitium. No hay nadie tan eficaz para el delito como ellos. Desde luego, estoy seguro de que el asesino de Barros no se registró en un hotel, ni viajó en avión. Y en cuanto a los restos de A D N, sí, tal vez dejara algunos en el lugar del crimen, pero ¿cómo comprobar de quién son sin material alguno para compararlos?

—¿Cómo cree que se ejecutó el asesinato, padre? —le preguntó Michelle.

—Estoy seguro de que el sicario viajó en automóvil, siempre por carreteras secundarias, para no dejar huella en los peajes de las autopistas. Dormiría en el coche, o en algún domicilio de gentes de Sodalitium; una vez en Lisboa le informaron, tal vez el propio Malveira, de cómo era el apartamento de Joáo Barros. Entró y lo degolló. Esa misma noche cogió su coche y se marchó.

—Pero tuvo que atravesar Portugal, toda España, el sur de Francia, media Italia...

—¿Y por qué supone usted, Michelle, que el asesino se desplazó desde Roma? — le preguntó Lefévbre.

—No sé, supongo que es ahí donde se toman las decisiones de Sodalitium.

—Pudieron enviar a uno de sus agentes en España, o en la propia Portugal, o tal vez utilizaron los servicios de un asesino a sueldo de cualquier lugar del mundo.

—¿Quiere usted decir que nunca sabremos quién fue la mano que ejecutó al profesor Barros? —demandó David.

—Sí, existe una manera: entrando en los archivos de Sodalitium.

—¿Y dónde están?

—En el Vaticano, por supuesto.

"¡Qué!

—¿Dónde iban a estar mejor custodiados?

—En ese caso, jamás podremos consultarlos.

—Déjeme que me encargue de eso. Ahora deberían viajar ustedes a Fátima. Creo que ninguno de los dos conoce el lugar donde se originó todo esto —propuso Lefévbre.

—No es necesario —asentó David.

—Creo que sí.

—¿Qué podemos encontrar allí? —preguntó Michelle. —Si lo encuentran, sólo podrán averiguarlo allí mismo.

# CAPÍTULO TREINTA

Fátima, mediados de julio de 2008

Michelle y David llegaron al aeropuerto de Lisboa desde París y alquilaron un coche. Dos horas y media después de aterrizar estaban en Fátima. Hacía muy pocos días que había tenido lugar la peregrinación del 13 de julio, y el santuario no presentaba las aglomeraciones de peregrinos que se concentran todos los días trece de los meses de mayo a octubre, cuando, según los pastorcitos videntes, tuvieron lugar las apariciones de la Virgen.

Mientras conducía por la autopista hacia el norte, camino de Fátima, David le contó a Michelle sus últimas averiguaciones.

—Tal vez nada tuviera que ver la beatificación de Jacinta y Francisco ni el solemne anuncio de la publicación del «Tercer Secreto» de Fátima, pero el 17 de marzo de 2002 la derecha portuguesa ganó las elecciones generales y formó gobierno, aunque los socialistas mantuvieron a uno de los suyos, a Jorge Sampaio, como presidente de la República. Y es probable que tampoco tuviera nada que ver con ello que el primer ministro conservador, José Manuel Durao Barroso, fuera nombrado presidente de la Comisión Europea sustituyendo al italiano Romano Prodi.

—¿Quieres decir que la Iglesia influyó en la Unión Europea para que fuera elegido ese político portugués como presidente? —demandó Michelle.

—Supongo que sí. Los partidos democratacristianos han tenido un gran peso en las decisiones europeas. ¿Te has fijad en la bandera de la Unión Europea?

—Claro, está presente en muchos sitios.

—¿Y qué te parece?

—Es bonita; la corona de doce estrellas sobre fondo azul.. ¡Claro! —exclamó Michelle.

—¿No te habías dado cuenta hasta ahora? — le preguntó sonriendo David.

—¡La bandera de la Unión Europea es la corona de la V: gen Inmaculada! ¡Cómo no me había fijado en ello!

—Así es. Alguien coló hace ya tiempo uno de los más importantes símbolos cristianos como emblema de la Unión de los europeos. La bandera de Europa es la corona de doce estrellas amarillas o doradas, la corona de la Inmaculada, sobre fondo azul, precisamente el color del manto de la Inmaculada. No es casualidad.

—Y en Portugal, este símbolo adquiere otra dimensión —supuso Michelle.

—Los portugueses, divididos entre los fervorosos de la tradición y los amantes de la modernidad, volvieron a elegir a los socialistas en febrero de 2005, y, además, por mayoría absoluta por primera vez en la historia democrática de Portugal, pero en enero de 2006 eligieron como presidente del país a un conservador, y también por mayoría absoluta, tal vez para equilibrar

las fuerzas y evitar que todo el poder se concentrara en las mismas manos.

»Entre tanto, el santuario de Fátima se había convertido en una verdadera locomotora económica para su región, a cuya sombra sigue creciendo. El 14 de octubre de 2007 se inauguró el nuevo templo, cuya consagración estuvo a cargo de monseñor Tarsicio Bertone, secretario de Estado del Vaticano. En la ceremonia estuvo presente el presidente conservador de Portugal, pero no el primer ministro socialista. El cardenal Bertone, nombrado como «segundo» del Vaticano por Benedicto XVI en junio de 2006, se convirtió así en el hombre más poderoso de la Iglesia después del papa. Antes había sido secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, de modo que había tenido en sus manos el control de los documentos de Fátima.

»El 20 de mayo de 2007 se presentó un libro suyo en el cual dedicó doscientas páginas a Juan Pablo II, a quien llama el papa de Fátima, y a Benedicto XVI, a quien denomina el papa de la Virgen Negra de Altótting. En el prefacio, escrito por el propio Benedicto X VI, se reitera que Juan Pablo II estaba convencido de que fue la mano de la Virgen de Fátima la que desvió la bala disparada por Alí Agca en la plaza de San Pedro.

—Según esta guía —Michelle estaba consultando una guía de Portugal que habían adquirido en París antes de viajar a Lisboa—, el nuevo templo de Fátima es la cuarta iglesia más grande de la cristiandad, sólo superada por San Pedro del Vaticano, por la gigantesca basílica de Yamoussoukro, en Costa de Marfil, y por Nuestra Señora de la Aparecida de Brasilia, aunque, según cómo se calculen sus dimensiones, puede ser incluso la segunda. El enorme nuevo edificio de Fátima puede acoger en su cuerpo central a más de doce mil personas, nueve mil de ellas sentadas, dispone de tres capillas con capacidad para trescientas personas cada una de ellas, está equipado con cuarenta y cuatro confesionarios y dispone de trece puertas de bronce, una por cada uno de los doce apóstoles y una más por Cristo. El proyecto, obra del arquitecto griego Alexandre Tombazis, se inició en marzo de 2004 y se ejecutó en tres años y medio, tras una inversión de sesenta millones de euros aportados íntegramente de los ingresos generados por el santuario.

—Y durante las ceremonias de la inauguración, entre el 12 y el 14 de octubre de 2007, en las cuales se conmemoró además el nonagésimo aniversario de la última de las apariciones en Cova da Iría, la del baile del sol, miles de peregrinos acudieron a Fátima y presenciaron en grandes pantallas la alocución que desde Roma les dirigió el papa Benedicto X VI. Muchas lo hicieron caminando desde cientos de kilómetros de distancia, a pesar de que el gobierno luso no previo ningún dispositivo especial para la asistencia médica y policial a los miles de peregrinos —añadió David.

Nada más llegar a Fátima, se instalaron en un pequeño hotel que habían reservado desde París y se dirigieron a pie hacia el complejo sacro. Les llamó la atención el gran negocio montado en torno al santuario, sobre todo los quinientos comercios en los que se vende de todo, especialmente recuerdos religiosos, a los cuatro millones y medio de visitantes y peregrinos que cada

año recibe Fátima. Michelle le recordó a David que el santuario francés de Lourdes, con ocho millones, casi dobla a Fátima en número de peregrinos.

Un joven repartía folletos con el calendario de los actos que se celebrarían ese año: rosarios en la capilla de las Apariciones, vía crucis, peregrinación de los niños... Cárter se fijó en una exposición sobre iconografía mariana, «Reina Madre de Misericordia», en el Museo de Arte Sacro y Etnología de Fátima, y lamentó que se hubiera clausurado el pasado 6 de enero.

Desde la parte posterior del santuario ingresaron en la gran explanada. Varias personas avanzaban de rodillas por la senda enlosada que conduce hasta la capilla de las Apariciones, en un lateral de la inmensa plaza donde se concentran las multitudes y donde las noches previas a los grandes acontecimientos tienen lugar las procesiones nocturnas, cuando sacan a la Virgen Peregrina de Fátima sobre una peana, con un lecho de hojas verdes y flores blancas, y la pasean entre la gente que asiste al rito con velas en la mano y banderas de sus naciones de origen, semejando un inmenso campo lleno de luciérnagas, mientras miles de gargantas cantan una y otra vez el himno de la Virgen de Fátima:

Un trece de mayo en Cova da Iria bajó de los cielos la Virgen María.

Ave, ave, ave María, ave, ave, ave María.

Durante dos horas visitaron los principales lugares del santuario: la basílica antigua, de diseño neoclásico, con su columnata exterior; el gigantesco nuevo templo, sin una sola columna, con su enorme mosaico dorado en el que se muestra el Juicio Final y el Cristo de cuatro metros de altura; la pequeñísima capilla de las Apariciones, cubierta con una moderna estructura de madera y cristal, a cuyo lado se expone la estatua de la Virgen. Al fin, cansados, Michelle y David se sentaron en una barbacana lateral de la gran explanada entre las dos basílicas. David sacó su cuaderno de notas de su bolsa, donde además llevaba una cámara de fotos, un mapa de carreteras y una guía de Portugal.

—Aquí comenzó todo y aquí debe acabar. El Vaticano decidió que el año 2000 era el adecuado para anunciar el «Tercer Secreto» —dijo David.

—El año del milenio, el que algunos profetizaban como el del fin del mundo —comentó Michelle.

—No es casualidad que así fuera. Desde que el papa sufriera el atentado en 1981, la propaganda de la Iglesia presentó a Juan Pablo II como el gran mártir del siglo XX, cuya sangre se había derramado para mostrar al mundo el camino de la salvación a través del dolor y de la oración. Todo estaba dispuesto para culminar el proceso de la revelación de Fátima y su concordancia con los tiempos históricos, con la propia historia de la humanidad.

»El 19 de abril del año 2000 —David cotejó su cuaderno—, Juan Pablo II escribió una carta a sor Lucía, que los servicios de información del Vaticano se encargaron de hacer pública; en ella, el papa le decía a la monjita lo siguiente; te la leo:

»" Reverenda sor María Lucía.

»Convento de Coimbra.

»En el júbilo de las fiestas pascuales, le presento el augurio de Cristo resucitado a sus discípulos: '¡la paz esté contigo!'.

»Tendré el gusto de poder encontrarme con usted en el tan esperado día de la beatificación de Francisco y Jacinta que, si Dios quiere, beatificaré el próximo 13 de mayo.

»Sin embargo, teniendo en cuenta que ese día no habrá tiempo para un coloquio, sino sólo para un breve saludo, he encargado *ex profeso* a su excelencia monseñor Tarcisio Bertone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que vaya a hablar con usted. Se trata de la congregación que colabora más estrechamente con el papa para la defensa de la fe católica y que ha conservado desde 1957, como usted sabe, su carta manuscrita, que contiene la tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en Cova da Iría, Fátima.

»Monseñor Bertone, acompañado del obispo de Leiría, su excelencia monseñor Serafini de Sousa Ferreira e Silva, va en mi nombre para hacerle algunas preguntas sobre la interpretación de la tercera parte del secreto.

»Reverenda sor Lucía, puede hablar abierta y sinceramente a monseñor Bertone, que me referirá sus respuestas directamente a mí.

»Ruego ardientemente a la Madre del Resucitado por usted, por la comunidad de Coimbra y por toda la Iglesia.

»María, madre de la humanidad peregrina, nos mantenga siempre estrechamente unidos a Jesús, su amado Hijo y Hermano nuestro, Señor de la vida y de la gloria.

»Con una especial bendición apostólica.

Juan Pablo II, El Vaticano, 19 de abril de 2000."

—Vaya manipulación, ¿no? —comentó Michelle tras escuchar el contenido de la carta de boca de David.

—Ya ves. El papa va a visitar Fátima para beatificar a los dos pastorcitos fallecidos y resulta que le dice por carta a sor Lucía que no tendrá tiempo para recibirla, pero que hable con el secretario de la Inquisición y que confíe en él, y le responda a algunas preguntas sobre la interpretación del «Tercer Secreto».

—¿Y se conoce el contenido de esa entrevista de sor Lucía con el cardenal Bertone? —preguntó Michelle.

—Por supuesto. El servicio de prensa y propaganda del Vaticano la difundió enseguida. Tuvo lugar el día 27 de abril en el convento del Carmelo de Coimbra, y además estuvo presente el obispo de Leiría-Fátima. Explica la nota de prensa del Vaticano que sor Lucía, a sus noventa y tres años, estaba «lúcida y serena y muy contenta por el viaje del papa a Fátima» para beatificar a sus primos. El obispo leyó a sor Lucía la carta autógrafa de Juan Pablo II, y la monjita aseguró que respondería a todas las preguntas del enviado pontificio. Bertone le enseñó la carta con el «Tercer Secreto»; Lucía la

reconoció y confirmó que ésa era su carta y su letra. Los dos monseñores ofrecieron una interpretación ante Lucía del texto original en portugués y sor Lucía se mostró de acuerdo con esa interpretación, según la cual la visión profética del «Tercer Secreto» es comparable a la Historia Sagrada, y se ratificó en que la visión de Fátima significa la lucha contra el comunismo ateo por parte de la Iglesia y los cristianos.

»El cardenal le preguntó a la vidente si el obispo vestido de blanco que aparecía en su visión era el papa; ella respondió que sí, y no sólo eso; añadió que, durante la visión, su prima Jacinta repetía "Pobrecito santo padre, me da mucha pena de los pecadores", y añadió que no sabían entonces a qué papa se refería, pero que era el papa el que sufría —expuso David.

—Me da un poco de pena esa monjita; creo que la Iglesia la utilizó hasta los últimos días de su vida —lamentó Michelle.

—Y hay más. Los dos monseñores certificaron que sor Lucía también se mostró de acuerdo con que fue la Virgen la que desvió la bala que disparó Alí Agca en la plaza de San Pedro dirigida al cuerpo de Juan Pablo II.

»Luego le preguntaron que por qué había puesto la fecha de 1960 como tope para abrir el "Tercer Secreto"...

—Pero obviaron que sor Lucía también dijo que se debería abrir el sobre después de su muerte, si ésta sucedía con posterioridad a 1960 — lo interrumpió Michelle.

—Eso ya no importaba. Sor Lucía explicó que la fecha de 1960 la había puesto ella, y no por indicación de la Virgen, porque, añadió, «antes de 1960 no se hubiera entendido», y se limitó a declarar que ella había escrito lo que había visto, pero que la interpretación le correspondía al papa.

»Por fin, se abordó la posible publicación de un manuscrito inédito de sor Lucía en el que respondía a las numerosas cartas que le habían enviado devotos de la Virgen y que había escrito bajo el título de *Las llamadas del mensaje de Fátima*. Lucía dijo que dejaba la publicación a la voluntad del papa.

—¿Eso fue todo?

—Bueno, también se intercambiaron rosarios; Lucía recibió uno que le enviaba Juan Pablo II y ella les entregó unos que había elaborado personalmente en el convento de Coimbra. Y el cardenal Bertone le impartió la bendición en nombre del papa, claro.

—¿El papa fue a Fátima en el año 2000?

—Sí. Estuvo aquí, en este mismo lugar, el 13 de mayo del año 2000, la fiesta de la Virgen de Fátima. Allí —Cárter señaló hacia la nueva basílica— está la estatua de bronce de Juan Pablo II, sobre un pedestal de piedra blanca. El papa no reveló el secreto, pero en su sermón realizó algunas referencias al mismo, señalando que sería desvelado muy pronto y que constituía un llamamiento a la conversión, y, además, recordó los dos secretos ya revelados y su asombrosa exactitud con lo ocurrido después. En esa misma ceremonia fueron beatificados Jacinta y Francisco, que desde entonces son venerados

como beatos por la Iglesia; su fiesta se celebra el 20 de febrero.

—¿Todavía no son santos?

—No, sólo beatos. La diferencia es que para ser beatos basta con certificar un milagro, mientras que para convertirse en santos hacen falta al menos dos. Intentaron canonizarlos hace muy poco, pero la Comisión para la Causa de los Santos ha planteado algunos inconvenientes, y, de momento, el proceso de canonización se ha detenido.

—¿Qué ocurrió?

—Para ser santo, como ya te he dicho, es preciso acreditar un segundo milagro. Una familia de emigrantes portugueses afincada en Suiza declaró, en mayo del año 2000, que su bebé sufría de diabetes. Al ver a Juan Pablo II por la televisión en Fátima el 13 de mayo, la madre acercó la cabeza del niño a la pantalla de la tele y el pequeño se curó. Era el pretendido segundo milagro que hacía falta. Pero los médicos del Vaticano examinaron el caso y llegaron a la conclusión de que ese tipo de diabetes se cura a veces por causas biológicas, ya que no es congénita. El año pasado, en el mes de octubre, curiosamente el día 13, el mismo día de la última de las apariciones en Cova da Iria, el aniversario del baile del sol, el Vaticano aplazó de nuevo la canonización de los dos pastorcillos por que no había pruebas concluyentes de nuevas curaciones milagrosas por su intercesión. El encargado de difundir la noticia fue el cardenal portugués José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos.

»Claro que, en mayo del año 2000, el Vaticano no estaba dispuesto a que nada oscureciera la gran traca que tenía pre parada desde hacía tiempo.

—¿A qué traca te refieres?

—A l anuncio de la próxima publicación del «Tercer Secreto». Lo hizo el cardenal Angelo Sodano, mano derecha de Juan Pablo II, el mismo día 13 de mayo, quien, con autorización de papa y tras la celebración de la solemne eucaristía y estando presente sor Lucía, ya con noventa y tres años, leyó esta declaración en portugués —David consultó de nuevo su cuaderno—:

»" Hermanos y hermanas en el Señor:

»Al concluir esta solemne celebración, siento el deber d presentar a nuestro amado santo padre Juan Pablo II la felicitación más cordial, en nombre de todos los presentes, por su próximo octogésimo cumpleaños, agradeciéndole su valioso ministerio pastoral en favor de toda la Santa Iglesia de Dios.

»En la solemne circunstancia de su venida a Fátima, el sumo pontífice me ha encargado daros un anuncio. Como es sabido, el objetivo de su venida a Fátima ha sido la beatificación de los dos pastorcitos. Sin embargo, quiere atribuir también a esta peregrinación suya el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante estos años de pontificado. Es una protección que parece que guarde relación también con la llamada 'tercera parte' del secreto de Fátima.

»Este texto es una visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos

futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas. Por tanto, la clave de la lectura del texto ha de ser de *carácter simbólico.*

»La visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un interminable vía crucis dirigido por los papas del siglo XX.

»Según la interpretación de los pastorcitos, interpretación confirmada recientemente por sor Lucía, el obispo vestido de blanco que ora por todos los fieles es el papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego.

»Después del atentado del 13 de mayo de 1981, a su santidad le pareció claro que había sido una mano materna quien guió la trayectoria de la bala, permitiendo al papa agonizante que se detuviera en el umbral de la muerte. Con ocasión de una visita a Roma del entonces obispo de Leiría-Fátima, el papa decidió entregarle la bala, que quedó en el *jeep* después del atentado, para que se custodiase en el santuario. Por iniciativa del obispo, la misma fue después engarzada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima.

»Los sucesivos acontecimientos del año 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos países del Este, a la caída del Régimen comunista que propugnaba el ateísmo. También por esto el sumo pontífice le está agradecido a la Virgen desde lo profundo del corazón. Sin embargo, en otras partes del mundo los ataques contra la Iglesia y los cristianos, con la carga de sufrimiento que conllevan, desgraciadamente no han cesado. Aunque las vicisitudes a las que se refiere la tercera parte del secreto de Fátima parecen ya pertenecer al pasado, la llamada de la Virgen a la conversión y a la penitencia, pronunciada al inicio del siglo XX, conserva todavía hoy una estimulante actualidad. 'La señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los signos de los tiempos, los signos de nuestro tiempo. La invitación insistente de María Santísima a la penitencia es la manifestación de su solicitud materna por el destino de la familia humana, necesitada de conversión y perdón, dijo el papa en su *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo* en el año 1997.

»Para permitir que los fieles reciban mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el papa ha confiado a la Congregación para la Doctrina de la Fe la tarea de hacer pública la tercera parte del 'secreto', después de haber preparado un oportuno comentario.

«Hermanos y hermanas, agradecemos a la Virgen de Fátima su protección. A su materna intercesión confiamos la Iglesia del Tercer Milenio.

»¡Sub tuum praesidium confugimus, Santa Dei Genetrix! Intercede pro Ecclesia. Intercede pro papa nostro Ioanne Paulo II. Amen.

»Fátima, 13 de mayo de 2000."

—¡Vaya!, convencieron a sor Lucía para que aceptara que el obispo vestido de blanco que aparece en su visión era Juan Pablo II.

—Así fue. Como ves, todo estaba preparado para la revelación del «Tercer Secreto», que tuvo lugar el 26 de junio de ese mismo año 2000 en el Vaticano. El propio Ratzinger hizo unas declaraciones sobre las amenazas que acechaban a la humanidad, de la que aseguró que estaba corrompida y carente de fe.

—No le faltaba razón al inquisidor general —comentó Michelle con sarcasmo.

—Y más tarde añadió que la humanidad seguía disponiendo de una oportunidad de salvarse si se convertía y practicaba la penitencia. Lo de siempre.

David observó la gran explanada, que en ese momento era atravesada por un grupo de unas cincuenta personas que reían y ondeaban varias banderas polacas. La senda de mármol seguía siendo recorrida por personas de rodillas.

—¿Y dices que el «Tercer Secreto» se reveló, al fin, el 26 de junio del año 2000? —preguntó Michelle.

—Sí. Hubo quien creyó que se trataría del anuncio del fin del mundo y que por eso se había retrasado durante más de cuarenta años su publicación, para no aterrar a la humanidad durante tanto tiempo. Ya conoces el texto del contenido de las cuatro carillas en dos cuartillas, una falsificación evidente, pues sabemos que el original que escribió sor Lucía en 1944 sólo tenía una cuartilla. Además, Speckin Laboratories, una prestigiosa empresa norteamericana de forenses especializada en casos muy complejos, emitió un informe, realizado por sus expertos grafólogos, en el que, comparando el texto que hizo público el Vaticano en junio de 2000 con otras cartas y manuscritos de sor Lucía, se concluía que el texto que se hizo público era una falsificación y no correspondía a la letra de la vidente.

—Pero en cuanto se conoció el «Tercer Secreto», comenzarían las especulaciones —supuso Michelle.

—De todo tipo. El cardenal Luigi Ciappi, teólogo personal de cuatro papas, incluido el propio Juan Pablo II, realizó una enigmática y casi herética declaración: afirmó que en el «Tercer Secreto» quedaba claro que la gran apostasía de la Iglesia comenzaría por lo más alto, es decir, por el propio papa.

»Y por supuesto, no faltaron a la cita los agoreros, quienes están anunciando y deseando que en cualquier momento se desencadene el apocalipsis. Al conocer el texto, hubo quienes auguraron el fin del mundo para cuando se cumpliera e día de la bestia, el 666, es decir, el 6 de junio del año 2006, el 6 del 6 del 6. Pero esos aguafiestas fallaron en sus previsiones, y dos años después de ese día maldito, aquí seguimos Continúa habiendo quienes apuestan porque lo revelado e junio del 2000 no es todo, y que se ocultó una terrible profecía. Y como les han fallado todas sus previsiones, han vuelto a pronosticar la destrucción del mundo para el año 2010.

—Los de Sodalitium, claro.

—Creo que sí. Sodalitium apuesta por tensionar al máximo las relaciones en la Iglesia y en incrementar las amenaza sobre el mundo, a la vez que pregona la inmediatez del apocalipsis. La creencia en un próximo fin de los tiempos interesa a Sodalitium, por eso han filtrado por todas partes y en todos los medios, sobre todo en Internet, falsedades y amaños sobre el inminente fin del mundo. A través de los medios que controlan, han estado anunciando que el apocalipsis, que profetizara san Juan en su obra homónima, está al caer. Así, aseguran que de inmediato habrá una prueba para la humanidad, consistente en un gran castigo por el avance del laicismo. Según esos agoreros, los que sobrevivan al cataclismo se unirán al Hijo de Dios y establecerán el Reino de Dios, una época de paz y prosperidad que contemplará la segunda venida de Jesucristo.

«Advierten que Satanás, que al parecer anda ahora suelto por el mundo gobernándolo a su antojo, será encadenado y dejará de atormentar a la humanidad por un tiempo. Pero pronto será soltado de nuevo y los seres humanos volverán al pecado, y entonces, sí, acontecerá el Juicio Final y el fin de los tiempos.

»Estos visionarios sostienen que el devenir de la historia está escrito en la Biblia y que los secretos de Fátima son la clave para interpretar lo que está oculto en los textos bíblicos, como si lo revelado a sor Lucía fuera la predicción exacta de cuanto vaya a ocurrir en el futuro.

»Tampoco han dudado en utilizar las cuartetas del famoso futurólogo renacentista Nostradamus, interpretándolas de manera asombrosa. Hace unos días leí que las profecías de Nostradamus llegaban hasta el año 2035, pero revisé todas sus cuartetas y no sé de dónde han podido extraer esa fecha. En su afán por identificar el mensaje de Fátima con el de Nostradamus, llegaron a interpretar la cuarteta 99 de la II centuria, que dice "Terror romano que interpretó augurio. Por gente gala mucho será vejado, pero nación celta rememorará la hora. Boreas, ejército demasiado lejos lo habrá empujado", como que Juan Pablo II huiría de Roma a causa de una invasión de Rusia, que llegaría hasta F rancia, donde moriría, entre las ciudades de Tarascón y Lyon, y que luego habría bombardeos que destruirían Francia. Según esa profecía, los rusos desencadenarían la Tercera Guerra Mundial desde Afganistán e invadirían toda Europa occidental. Pues bien, Juan Pablo II murió en su cama de Roma, la Unión Soviética ya no existe y el mundo sigue girando.

—Se han anunciado varios fines del mundo y ninguno de esos anuncios se ha cumplido, afortunadamente —se alegró Michelle.

—Tienes razón. Una a una, todas las profecías milenaristas han resultado fallidas..., por ahora. Bueno, aquí ya está visto todo, ¿nos vamos? — le propuso David a Michelle.

Cruzaron la explanada y pasaron ante la senda de losetas de mármol que señala el camino de un centenar de metros que los peregrinos recorren arrodillados desde las inmediaciones de la fachada de la basílica nueva hasta

la capilla de las Apariciones. En ese momento, recorrían esa senda dos docenas de personas, todas ellas con sus rodillas protegidas por rodilleras de caucho acolchadas con esponjas.

Se dirigieron a su hotel, donde, tras una ducha refrescan te y mientras se vestían para salir a cenar, Michelle se quedó pensativa por un momento.

—Por cierto, no hemos averiguado lo que veníamos encontrar; al menos yo no he encontrado nada inesperado e ese santuario. ¿A qué podría referirse el padre Lefévbre? — preguntó Michelle.

—A la fe, supongo.

—En este caso, creo que ya no tenemos nada que hace aquí —añadió Michelle.

—Bueno, podríamos haber intentado cotejar el texto revé lado sobre el «Tercer Secreto» con la copia que ordenó hace el obispo de Leiría antes de enviar el original a Roma en 195 —dijo David.

—¡Claro! Vayamos al archivo del obispado de Leiría, allí estará —propuso Michelle.

—Es inútil. He llamado tres veces al archivo y se han negado a enseñar ese documento. No hay nada que hacer.

Al día siguiente regresaron a Lisboa. Almorzaron en el restaurante Tavares, fundado en 1784, en el número 35 de la calle de Misericordia, en una zona de Lisboa que semeja más un barrio de París que un sector de la vieja capital portuguesa; degustaron un delicioso bogavante con caviar de algas y *foie* escaldado en caldo de ave.

Luego bajaron paseando hasta el barrio de Baixa, subieron a Alfama y tomaron un café denso y aromático en una terraza al aire libre en la parte posterior de la catedral, desde la que se veía el mar de la Paja. Un hombre de unos sesenta años de edad, con pelo canoso y amarillento, perilla y bigote blanquecinos, vestido con pantalón y camiseta negros, tocaba tristes melodías con una guitarra: *Amapola, El tercer hombre...* Rodeados de turistas japoneses, ingleses y españoles, observaron las casas colgadas de Alfama, de fachadas amarillas, ocres, rosas y sienas. Una pareja, apoyada en una barandilla de forja, se besaba bajo el luminoso sol de julio.

Mediada la tarde, dejaron el coche alquilado en el aeropuerto y tomaron un avión de vuelta a París. La visita a Fátima no había despertado ninguna especial emoción en ninguno de los dos.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Londres, finales de noviembre de 1917

El padre Owen abrió el sobre, extrajo las doce cuartillas que contenía y leyó una vez más, y sabía que ésa sería la última, el relato que la mañana del 17 de octubre había recibido en su despacho de la parroquia católica de San Patricio, en Soho Street, en el barrio londinense de West End. Se lo había llevado en mano uno de los criados de Mary Saylor, de la cual el sacerdote era confesor.

Patrick O w e n era católico, inglés pero con orígenes irlandeses, miembro de una familia de las tierras interiores de Irlanda, que había emigrado a Londres a mediados del siglo XIX, cuando las hambrunas asolaron la Isla Verde y obligaron a la emigración a miles de irlandeses. Los Owen renunciaron a atravesar el Atlántico, como hizo la mayoría de sus compatriotas con destino a los Estados Unidos, y se instalaron en Londres, donde mantuvieron sus creencias católicas en una sociedad hostil y mayoritariamente anglicana. El joven Patrick estudió en un seminario católico y se ordenó sacerdote; en 1907 fue destinado como coadjutor del párroco de la parroquia londinense de San Patricio, precisamente el patrono de Irlanda, donde realizó una intensa labor de captación de creyentes, y en 1912, mientras Irlanda se independizaba definitivamente del Reino Unido, representantes de Sodalitium Pianum lo ficharon como agente suyo en Londres, con la promesa de que sería promocionado muy deprisa dentro de la jerarquía católica inglesa y de que incluso podría llegar a ser consagrado obispo.

Con las manos todavía temblorosas, colocó las cuartillas sobre la mesa de su despacho, en las oficinas parroquiales, y comenzó a leer:

Londres, 16 de octubre de 1917.

Estimado amigo:

Esta misma tarde he leído en el periódico de hoy una información que me ha turbado sobremanera. Me he enterado por el diario de lo que está ocurriendo en la pequeña localidad de Fátima, en Portugal, con motivo de las presuntas apariciones a tres pastorcitos que aseguran que la Virgen María se les ha mostrado en carne mortal.

En cuanto he leído la noticia, me he sentido obligada a escribirle para contarle la verdad de lo sucedido en esa aldea portuguesa, porque cuanto allí ha ocurrido me atañe de una manera muy especial.

Escribo estas cuartillas para que usted, querido amigo, pueda entender lo que aconteció esta pasada primavera en Fátima, y me aconseje sobre lo que debo hacer en estas embarazosas circunstancias.

Ya sabe que soy creyente, y que profeso con devoción la religión cristiana católica, pero lo que está sucediendo en Fátima no puede seguir adelante. Por eso, como cristiana católica, creo que es mi obligación denunciar ante usted, y

espero que me comprenda, la serie de inexactitudes que se están publicando en los periódicos de todo el mundo, y que hoy recoge la prensa británica.

Permítame que le cuente lo que realmente ha sucedido y usted me dirá qué debo hacer, pues mi conciencia no me permite dejar que esta cuestión siga por el camino del malentendido y desemboque en una situación irreparable.

Como bien sabe, tras mi boda con John, nos trasladamos a Portugal, donde la empresa de mi marido posee varios viñedos y una afamada bodega. Llegamos a Oporto a finales del verano de 1916 y nos instalamos en una deliciosa mansión de estilo Victoriano, rodeada de unos magníficos jardines de flora atlántica en las afueras de la ciudad. Allí hemos pasado nuestro primer invierno como marido y mujer, una estación húmeda pero suave y agradable comparada con el frío helador de Londres.

Hace poco más de un año que, a causa de la muerte de su padre, el señor Ferdinand Saylor, mi esposo se ha convertido en presidente de la Saylor Wines y en propietario del cincuenta por ciento de la compañía, pues la otra mitad es propiedad de su hermano menor Edwind.

Durante el invierno de 1916 a 1917 mi esposo estudió con sus empleados en Oporto la posibilidad de adquirir nuevas tierras en una región ubicada entre Oporto y Lisboa; dice John que el final de la Gran Guerra es inminente y que Europa demandará vino y licores para festejar la llegada de la paz.

Los ingenieros agrícolas y los enólogos le recomendaron adquirir unas tierras en un lugar llamado Fátima, una pequeña aldea cercana a la ciudad de Leiría, y allí nos dirigimos la pasada primavera.

Nos instalamos primero en una casona en esta ciudad y después en una finca en los alrededores de Fátima, aldea que Mi esposo estaba convencido de que el acuerdo a que habían llegado sus abogados con los propietarios de los terrenos en los que pensaba plantar los nuevos viñedos estaba cerrado por completo, pero se equivocó.

Uno de los propietarios portugueses, precisamente el que poseía un mayor número de fincas, se echó atrás cuando el acuerdo parecía firme, y le dijo a mi marido que no pensaba vender sus fincas, y menos por el dinero que ya se había acordado.

Pero este asunto, para lo que voy a contarle, es un tema menor, aunque explica mi presencia en Fátima.

El día 13 de mayo de este año mi esposo salió de la finca de Fátima temprano. Lo recogieron sus abogados para llevarlo a firmar la compra de esas tierras que, como ya le he dicho, al fin no se produjo.

Yo me quedé sola en la casa de campo de la finca, bueno en realidad me acompañaba un matrimonio de portugueses que la cuidaban. El día era soleado y cálido y el campo estaba precioso, rutilante, lleno de flores y pintado de un verde esmeralda hermosísimo.

Cuando nos trasladamos a Portugal, mi marido adquirió un Rolls Royce que me ha enseñado a conducir en Oporto. Es descapotable y a mí me gusta mucho conducirlo por los caminos de Portugal, por los que apenas transitan

vehículos de motor.

Aquella mañana de primavera me había puesto un vestido blanco de seda brillante, quería estar guapa para despedir a mi esposo y así desearle suerte en sus negocios, pero cuando se marchó con sus abogados, que vinieron a recogerlo con otro vehículo, me quedaba todo un día por delante y decidí dar un paseo en coche por los alrededores de Fátima.

Era mediodía cuando llegué a una campiña que parecía sacada de un poema de Virgilio. Las colinas de Fátima son suaves y están llenas de árboles, me recuerdan a algunas zonas de la campiña inglesa, y los espacios llanos aparecen cubiertos de campos de algodón y de trigo. En algunos prados pastan rebaños de ovejas y algunas vacas, y las cigarras cantan compitiendo unas con otras, produciendo una sinfonía de sonidos que se mezclan de vez en cuando con el canto de algunos pájaros.

En el camino me crucé con un sacerdote que iba montado a lomos de una mulilla. Paré el coche y le pregunté por el nombre de aquel paraje. Me dio los buenos días y me dijo que se llamaba Cova da Iria.

Continué por el camino hasta que en un altozano aparqué el coche y comencé a pasear. El aire era limpio, el sol cálido y el cielo azul, un azul límpido y celeste. Mi vestido de seda blanca brillaba al sol y desprendía una gama tornasolada de destellos, como si emanara luz propia. Me había puesto sobre la cabeza un sombrero de ala ancha y un velo de lino casi transparente y en mi muñeca llevaba la pulsera de perlas de la India que me había regalado John cuando me pidió en matrimonio.

En una zona salpicada de arbustos y rocas vi un rebaño de ovejas que pastaban de un modo tan apacible que creí estar observando uno de esos bucólicos paisajes campestres que relatan los poetas líricos, una especie de Arcadia feliz.

En uno de los arbustos había brotado una flor bellísima; tenía un enorme cáliz verde, pétalos blancos como de nácar y estambres amarillos. Me acerqué al arbusto para cogerla y entonces vi a tres niños, dos chicas y un chico, que me miraban con ojos asombrados.

Hacía ya varios meses que vivía en Portugal y como quiera que por el trabajo de mi esposo tendré que pasar largas temporadas en ese país, me había propuesto aprender su idioma. En el pasado mes de mayo entendía casi todo lo que me decían, y lo hablaba bastante bien, e incluso ya leía libros en portugués. Claro que en esas aldeas del interior de Portugal se habla una lengua con un acento muy cerrado, y se emplean palabras y expresiones coloquiales que me cuesta traducir.

Aquellos tres niños iban vestidos con ropa muy humilde, en tonos grises y pardos, y deduje que se trataba de hijos de campesinos. Recuerdo que era domingo, por lo cual no me extrañó que estuvieran en el campo, aunque desconozco si es obligatoria la asistencia a la escuela para los niños de esa edad en Portugal.

Cuando vi cómo me observaban, no llegué a coger la flor. Los saludé en su

idioma y les dije «buenos días». Me miraron, tal vez un poco asustados, y creo que me preguntaron que quién era. Yo les dije mi nombre, «Mary Saylor», «María Saylor», les repetí trasladando mi nombre a la forma portuguesa, y que venía de un país lejano, «de arriba», dije en portugués señalando con mi mano hacia el norte porque no recordaba cómo se decía esta palabra en ese idioma, que se llamaba Inglaterra; pronuncié «Inglaterra» lo mejor que pude, pero me dio la impresión de que no entendieron nada de lo que intentaba comunicarles.

Les pregunté por sus nombres y los tres me lo dijeron, cada uno el suyo, comenzando por una de las dos niñas, que parecía la mayor de los tres y la más despierta. Ya los había olvidado, pero he leído en el periódico que esos tres niños se llaman Lucía dos Santos, Francisco Marto y Jacinta Marto.

Les pregunté que por qué parecían asustados, que no temieran nada, que no iba a hacerles ningún daño. La mayor me dijo que habían oído un estruendo y visto un resplandor de una luz cegadora, y que pensaron que había sido un relámpago y un trueno, y se asustaron creyendo que se avecinaba una tormenta. Entonces sonreí y les dije que ese ruido lo causaba mi automóvil y el resplandor lo provocaban los faros del Rolls, que siempre llevo encendidos para que me vean mejor los peatones, pues no están habituados a los automóviles.

La niña mayor me dijo que mi vestido parecía hecho de luz, y que era muy hermoso. Yo le expliqué que estaba elaborado con seda natural, un tejido que se obtenía gracias a unos gusanos y que la mejor seda se fabrica en un país muy remoto llamado China. Seguían asustados e intenté calmarlos hablándoles despacio y vocalizando cuanto me era posible para lograr que entendieran mi portugués.

Y fui logrando mi propósito porque los niños hablaron entre ellos en voz muy baja que apenas puede entender y se acercaron despacio hacia mí hasta una distancia de tres pasos, más o menos. La verdad es que mi vestido brillante, mi velo transparente orlado de cinta dorada, mi piel blanca y mi pelo rubio les impactó mucho. Es probable que en aquella recóndita aldea portuguesa jamás hubieran visto un coche como nuestro Rolls Roy— ce, ni una mujer vestida así. En esa zona, las mujeres, incluso las jóvenes casaderas, aun las más ricas, se visten siempre con telas oscuras, jamás con seda blanca y se cubren la cabeza con tocados de lana o de fieltro nada delicados. Y a pesar de que suelen evitar los rayos del sol, todas tienen la piel morena y el pelo negro azabache o castaño oscuro. Una mujer con mi aspecto, rubia, de piel muy blanca y ojos azules, llama mucho la atención.

Cuando se acercaron, volví a decirles que no temieran nada. Les mostré mis manos, enfundadas en mis delicados guantes de seda, y recuerdo que les llamó la atención mi pulsera de perlas. La mayor me preguntó de nuevo que de dónde venía; estaba claro que no había entendido mi anterior explicación, y otra vez le dije que de «arriba de Europa», del norte, de Inglaterra, insistí.

La niña intentó entonces repetir mi nombre, María Saylor, pero recuerdo

que la palabra más parecida que encontró a «Saylor» fue algo así como «sario» o «rosario». Desde luego, me contemplaban como si estuvieran en presencia de una diosa.

Poco a poco fueron ganando confianza y, aunque su portugués era demasiado dialectal para mí, fui capaz de entender casi todo lo que decía la única de los tres que se atrevía a hablarme.

Como pude, y buscando palabras que a lo mejor no eran las más correctas, les dije que vivía en otro país, pero que seguiría viniendo a Portugal en algunas ocasiones. Me dijeron que sus padres eran pastores y que, como era domingo, les correspondía a ellos llevar el ganado a los pastos de Cova da Iría.

Me preguntaron entonces que cuándo me tenía que marchar a mi país, y contesté que muy pronto, pero que volvería a menudo y que es probable que visitara esa comarca de nuevo porque era muy hermosa. La niña mayor me preguntó que si el lugar de donde yo venía era también hermoso, y le contesté que sí, que había parques llenos de flores pero también mucha miseria y barrios muy pobres que parecían un infierno.

Esa niña volvió a hablar en voz baja a los otros dos pequeños y luego se dirigió a mí y me preguntó si algún día la podría llevar a ver mi país, pero sólo a los parques de flores.

Desde luego no tenía intención de llevarla conmigo a Inglaterra, pero no se lo podía negar de manera tajante, no quería que se disgustase por mi rechazo, de modo que le dije que para que ello fuera posible tendría que pedirle permiso a sus padres; me preguntó si sus primos también podrían ir a mi país, y le dije que también podrían hacerlo, pero que antes deberían estudiar mucho. La mayor era la única que hablaba, los otros dos se limitaban a mirarme; sólo la más pequeña dijo en un par de ocasiones que «la señora era muy hermosa», o al menos eso le entendí. Imagino que se refería a mí y a mi aspecto.

La mayor de las niñas, que dominaba al grupo, se dirigió a sus primos y les dijo que no contaran nada de aquello a sus padres, pues en caso contrario no les dejarían volver a ver a la señora. Desde luego no creo que ni mi aspecto ni mi actitud pudieran producir miedo alguno en aquellos niños, ni mucho menos en sus padres, pero en el medio rural portugués se cuentan extrañas historias de desapariciones de niños que son raptados por gentes perversas para diversos fines. Unos dicen que su sangre la beben una especie de vampiros que con ello consiguen regenerar su cuerpo y prolongar la vida; otros aseguran que a los niños desaparecidos les extraen la «manteca» es decir, la grasa corporal, y con ella elaboran un jabón que otorga una piel tersa, suave y hermosa a quien lo usa; y no faltan quienes aseguran que es el mismo demonio quien secuestra a los niños para mortificar a sus padres y ganarlos para su causa diabólica. Con todas esas supercherías, es comprensible que los padres prohíban a sus hijos pequeños hablar, y mucho menos congeniar, con extraños.

Es evidente que yo no me encontraba en ninguno de aquellos horribles supuestos, pero nadie se fía de las apariencias, pues se dice que el demonio suele presentarse en las formas más diversas, incluso encarnado en el cuerpo de una mujer joven y bella, como se supone que es mi caso. Usted mismo me ha dicho en alguna ocasión que los demonios adquieren hermosas formas femeninas, los súcubos, para tentar a los hombres y arrastrarlos a la condena eterna.

Continuamos charlando unos minutos más. Todo cuanto yo portaba, mi vestido de seda, mi tocado transparente ribeteado con orla dorada, mi corazón de rubí y mi pulsera de perlas, les llamaba mucho la atención. Les pregunté que si habían viajado más allá de las colinas del horizonte de su aldea y la niña mayor me dijo que no, que nunca habían salido de allí, pero que su padre le había prometido que pronto la llevaría a la ciudad de Leiría, donde había tiendas en las que se vendían bonitos vestidos, aunque me dijo que no creía que fueran tan hermosos como el que yo llevaba, cuyo brillo comparó con el del sol.

Cuando creí conveniente marcharme, me despedí de los tres pastorcitos. La mayor se entristeció y sentí cierta pena por ello, tal vez surgiera en mi interior el instinto maternal que dicen que todas las mujeres llevamos dentro y que en mi estado siento cada día crecer. Me pidió que volviera a verlos y a contarles cosas de mi país. Les dije que sí, que volvería, pero que si aprendían a leer y a escribir podríamos comunicarnos mediante cartas, y sabríamos así cómo estábamos aunque no nos viéramos las caras. Después me preguntó que si tenía hijos; le respondí que iba a ser madre pronto y que quería tener muchos hijos para criarlos y enseñarles a ser buenos cristianos.

Me agaché un poco para colocarme a su altura y quedó colgando de mi pecho la joya que me había regalado mi esposo poco antes de viajar a Portugal. Se trata de un rubí del tamaño de una cereza, de un brillo rojizo y limpio, engastado en un engarce de oro con forma de corazón al que se sujeta con varias varillas de oro, de manera que parece que del corazón de rubí emana una corona de rayos dorados. Al ver aquella joya, los tres niños abrieron todavía más sus ojos negros. «Es un corazón», les dije, un regalo de mi esposo porque dentro de siete meses le daré un heredero. Como bien sabe, padre, ahora estoy embarazada de siete meses y cuento cada día que falta para dar a luz a mi primer hijo.

Se me hacía tarde. Le había dicho al ama de llaves de la casa donde nos habíamos instalado en el campo que regresaría para almorzar, de modo que me despedí de los tres niños diciéndoles que volvería a verlos, me subí al coche, arranqué el motor y me alejé entre la nube de polvo blanquecino que levantaban las ruedas del Rolls por aquellos caminos.

Me detuve en varias ocasiones para disfrutar del aire limpio y cálido de aquellos parajes, cuajados de campos de algodón, y recogí un buen manojo de flores silvestres, que abundan en ese tiempo por todas partes. Me despisté y me perdí. Mediada la tarde, y tras no pocas derivas, logré encontrar el camino

de regreso a la finca y aparecí cuando el matrimonio que la cuida ya había iniciado mi busca creyendo que me había ocurrido algo malo. La señora estaba en el porche, oteando el horizonte para ver si yo aparecía, y cuando llegué, respiró aliviada; su marido había salido a buscarme, pero regresó enseguida, sudoroso y lleno de polvo. Dijo que había visto el rastro del automóvil por el polvo que levantaba y supuso ciertamente que yo volvía en él. Me sentí como una niña traviesa que se ha escapado de casa sin avisar a sus padres.

Mi esposo regresó a la puesta del sol. Recuerdo que tenía aspecto contrariado y apretaba los dientes con fuerza. Comprendí que algo había salido mal. Me acerqué a él, le hice una caricia y lo besé. Me di cuenta de que no tenía ganas de hablar, pero le pregunté por lo ocurrido y me dijo que uno de los propietarios de las fincas de Fátima se había echado atrás en el último momento, justo antes de firmar los documentos de compraventa, y que sin esas fincas no podía llevar a cabo sus planes. Despotricó contra la falta de seriedad de ese portugués y juró que jamás volvería a esa región. Habló de la oportunidad que habían perdido sus habitantes, pues la Saylor Wines hubiera creado varios puestos de trabajo en la bodega que tenía intención de construir y que ahora ya no se haría.

Mi marido es muy impetuoso, y aquella misma noche, durante la cena, me dijo que al día siguiente nos iríamos a Lisboa, donde quería llevarme al teatro y a otros espectáculos. Y así lo hicimos. Pasamos en Lisboa unos días maravillosos. Visitamos toda la ciudad, paseamos por sus calles, almorzamos en los mejores restaurantes y dimos paseos en yate por el mar de la Paja; estuvimos un fin de semana en el balneario de Estoril y otro en la ciudad de Cintra, una antigua residencia real que parece sacada de un cuento de hadas, y regresamos a Oporto a finales de mayo.

John quería que su hijo naciera en nuestro país, como es costumbre en la familia Saylor, cuyas mujeres, estén donde estén, regresan a Inglaterra para dar a luz. Llegamos a Londres a finales de junio; desde entonces no he hecho otra cosa que prepararme para el nacimiento de mi primer hijo, y todos los días ruego a Dios para que sea un varón, pues ese es también el deseo de mi esposo.

Este verano ha transcurrido despacio, tal vez porque el ansia de ser madre ralentiza la espera y el devenir del tiempo, y he disfrutado de mi esposo, que ni siquiera ha ido a Oporto para controlar la vendimia de este año. Pero hace unos días ha tenido que viajar a París, donde permanecerá una semana más. Está negociando un gran contrato con unos socios franceses para cuando acabe la Gran Guerra, cuyo final parece inminente.

Y así han pasado los últimos meses hasta esta misma tarde. Como de costumbre cuando estoy en Londres, tomo el té con varias amigas, bien en mi casa o en la de alguna de ellas. Esta tarde, como llovía tanto, me he quedado sola en casa; mi estado de gestación ya está muy avanzado y necesito reposo. Estaba tomando el té cuando he leído la noticia de las apariciones de Fátima,

y he sentido la necesidad de contarle todo esto para que conozca la verdad de lo sucedido.

La señora que esos niños vieron el 13 de mayo de este mismo año en Cova da Iría no era la Virgen María, sino yo misma, Mary Saylor. Aquellos niños, inocentes y analfabetos, nunca habían visto una mujer vestida así, ni un automóvil plateado como el que ese día yo conducía, ni joyas como mi pulsera de perlas y mi corazón de rubí con rayos de oro.

No sé qué ha podido ocurrir, ni quién ha sido el que ha convencido a los niños para que declararan que vieron a la Virgen María en Cova da Iría, pero le aseguro que fui yo quien habló con ellos aquella mañana de primavera. Creo que alguien ha tergiversado todo y ha confundido a esos pequeños con intenciones que se me escapan y que no llego a comprender. Soy católica y creo en Cristo, en la Virgen y en los santos, pero no puedo aceptar que se manipule de esta manera la realidad para convertir un encuentro fortuito en un hecho sobrenatural y milagroso.

El periódico de hoy informa que después de la «aparición» del 13 de mayo ha habido otras, los días 13 de cada mes, hasta el pasado 13 de octubre. En la información se dice que sólo los niños han visto a la «señora», aunque se han llegado a concentrar varios miles de personas en las últimas «apariciones». Incluso se habla de un milagro del sol, que pareció que bailaba en el cielo. De todo esto nada tengo que decir, porque desconozco a qué se refiere. Ya le he dicho que me marché de Portugal a fines de junio, y que desde entonces he residido en Londres, pero me temo que los niños dijeron a sus padres que habían visto a una mujer cuya presencia en esa aldea de Portugal era bien extraña, y a partir de ahí el cura del lugar, supongo, inventó unas apariciones que confundieron a los niños, porque ahora que lo pienso, tal vez mi aspecto ese día se pudiera asimilar al que se presenta en algunas estampas de la Virgen María.

Por fin, creo que los niños no pudieron entender con claridad lo que yo les decía, debido a mi deficiente portugués y a que algunas palabras de ese idioma no las conocía, de modo que tuve que buscar otras sinónimas. Tal vez entendieron que cuando les dije que venía «de arriba» en realidad lo hacía del cielo, y al decirles mi nombre en portugués, «María», pudieron pensar que yo era la señora que veían en los cuadros de su iglesia.

Con todo ello, comprenderá que mi corazón está apesadumbrado y que al leer la noticia he sentido la necesidad de escribirle estas notas para confesarle lo ocurrido y para solicitarle consejo y ayuda.

No he podido hablar aún con mi esposo de este asunto, ya le he dicho que se encuentra en Francia, y no me atrevo a relatarle esto a nadie más, salvo a usted. Le ruego que reflexione sobre lo que le he expuesto en estas líneas y me aconseje qué debo hacer. Sé que obro bien y deseo que todo esto se aclare, no sólo para tranquilidad de mi conciencia sino por el bien de la Iglesia Católica, cuya situación es tan delicada en estos tiempos de guerra y dolor.

Comprenderá que esto no es un tema de confesión, pues no creo que haya

cometido pecado alguno, pero usted siempre ha tenido para mí palabras de afecto y de consuelo, y ya sabe en cuánto estimo sus consejos.

Sé que todo este asunto puede causar graves inconvenientes a la Iglesia y que sus enemigos podrían utilizar mi declaración para atacarla, y más en este país nuestro, donde los católicos seguimos siendo una minoría que se enfrenta a grandes dificultades para mantener viva la llama de la fe apostólica y romana frente a la Iglesia anglicana.

Quiero decirle que no he contado a nadie lo que ahora le relato en estas líneas, y que sólo lo haré a mi marido cuando en una semana regrese de Francia, pues además de mi esposo es mi mejor amigo y mi más preciado consejero.

Entre tanto, le ruego me ilumine sobre qué debo hacer y le pido que, en cuanto le sea posible, pase por mi casa para ofrecerme sus consejos, ya que el médico me ha recomendado que evite salir a la calle en las próximas semanas, para prevenir posibles complicaciones en el embarazo.

Mis amigas vienen a tomar el té los lunes y los jueves, cualquiera de las demás tardes de esta semana puedo recibirlo, si es que sus obligaciones en la parroquia se lo permiten.

Comprenderá mi confusión y mi azoramiento, pero espero estar a la altura de lo que la Iglesia demanda de una de sus devotas.

Quedo a la espera de sus noticias.

Reciba un cordial saludo de su amiga y feligresa,

MARY SAYLOR

Al acabar la lectura, el padre Owen metió las cuartillas en su sobre y lo ocultó de nuevo en el doble fondo del sagrario de la sacristía. Las manos le temblaban de tal modo que apenas acertó a santiguarse tras cerrar la puertecita con una pequeña llave dorada, que guardó en un bolsillo de su sotana.

La iglesia parroquial de San Patricio, en Soho Street, en el barrio de West End, estaba en penumbra, sólo iluminada por la luz de un candelabro con tres velones, ubicado a la derecha del altar mayor. Acababa de concluir el último oficio religioso de la jornada; el padre Owen cerró la puerta del templo, como hacía cada día a la misma hora, y se dirigió a la sacristía. Metió la mano en el sagrario y tanteó hasta que encontró un sobre dirigido a él mismo, oculto en una especie de doble fondo. El remite era de Mary Saylor.

Regresó al templo y miró hacia el primero de los bancos del lado izquierdo. Sentado junto al pasillo central, un tipo delgado, de rostro serio y adusto, de ojos fríos y mirada de hielo, permanecía inmóvil como una roca de granito.

El padre Owen se acercó hasta él, hizo una genuflexión al cruzar ante el altar, se santiguó y se sentó al lado de aquel tipo.

—Aquí tiene usted los documentos —le dijo a la vez que le entregaba el sobre que acababa de recoger del interior del sagrario de la sacristía. El tipo delgado alargó la mano y recogió un sobre tamaño cuartilla—. ¿Cuándo sale para Roma?

—Mañana, a primera hora.

—Ya conoce la importancia de esos documentos. Viaja usted con valija diplomática, de modo que no tendrá ningún problema en las aduanas. Con todo, observe el máximo cuidado.

El tipo delgado giró su rostro hacia Owen y lo miró fijamente. A pesar de la penumbra, el sacerdote pudo atisbar el brillo metálico de sus pupilas, como dos pequeñísimas balas aceradas en medio de un iris gris oscuro, y sintió un escalofrío en su interior. Aquella era la mirada de un asesino.

—No se preocupe, sé hacer bien mi trabajo. Estos papeles llegarán a Roma sin contratiempo alguno.

—Ha pasado ya más de un mes desde que..., bueno, ya sabe. La policía sigue sin tener la menor pista. Sí, usted ha hecho muy bien su trabajo. Dios nos perdone... — El padre Owen se santiguó, unió sus manos en posición de orar junto a sus labios y se arrodilló para rezar una oración en silencio. Acabado el rezo, el sacerdote se incorporó y se sentó de nuevo en el banco.

—No tenga remordimientos, no había otro remedio que eliminarla. Usted ha cumplido con su obligación y Sodalitium se lo recompensará.

—Hemos obrado así por el bien de la Iglesia, sólo por el bien de la Iglesia —balbució Owen con voz temblorosa y entrecortada, intentando justificarse ante Dios y ante su conciencia.

A la mañana siguiente, el padre Owen no abrió las puertas de su parroquia a la hora que solía hacerlo. Uno de sus compañeros sacerdotes lo encontró recostado en el primer banco del templo, el más cercano al altar. Al llamarlo y no recibir contestación, creyó que se había quedado dormido; al acercarse, observó que en el suelo bajo su cuerpo había un gran charco de sangre. Patrick Owen estaba muerto; se había cortado las venas.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

París, fines de julio de 2008

El teléfono móvil de Michelle sonó varias veces antes de que la joven respondiera. Era el padre Lefévbre quien la llamaba.

—Buenas tardes, profesora Henry; ¿está con usted el doctor Cárter? —le preguntó el sacerdote de Nôtre-Dame.

—Sí, estamos preparando la defensa de mi tesis. Esta mañana se ha fijado fecha para la lectura pública; será el jueves 18 de septiembre, en la universidad de París III, a las diez de la mañana. Por supuesto, está usted invitado.

—Gracias y enhorabuena. ¿Puede activar el altavoz de su móvil?, así también me escuchará el doctor Cárter; lo que tengo que decirles incumbe a los dos.

Michelle activó el altavoz y dejó el móvil encima de la mesa.

—Buenas tardes, padre — gritó David.

—Hola, doctor Cárter. Les he llamado porque acabo de recibir una información desde Lisboa. Las confesiones de Manuel Malveira a la policía portuguesa han conducido a la detención de un asesino a sueldo. Se trata de un sicario de nacionalidad suiza al que han localizado en Berna y que ya ha ingresado en prisión.

—¿Cómo lo han descubierto? —preguntó Michelle.

—Malveira desconocía su identidad, ni siquiera sabía dónde se alojaba ni de dónde procedía ese sicario, por lo tanto resultaba difícil identificarlo, pero el padre Manuel cometió un error— confesó a la policía de Lisboa que sólo había visto a ese criminal en una ocasión, en una cafetería de la plaza del Rossio, de la cual dio el nombre y la hora de la cita. Uno de los inspectores recordó entonces que al lado de esa cafetería hay una entidad bancaria con cámara de vídeo grabando la entrada y un sector de la acera las veinticuatro horas. Revisaron todas las cintas de ese día y al fin dieron con el individuo en cuestión. El banco de datos de la Interpol hizo el resto.

—Tienen a Malveira y al sicario, pero no podrán ir más allá. Los verdaderos inductores, los jefes de Sodalitium Pianum, no serán detenidos — supuso David.

—Me temo que, al menos por el momento, no. Malveira ha declarado que es miembro de Sodalitium, pero la policía de Lisboa lo ha tomado por loco. Imagino que habrán consultado la *Enciclopedia Británica* y al leer que esa organización se disolvió en 1921 habrán cerrado esa vía de investigación. Sin duda, han concluido que Malveira actuó como un criminal porque quería vengarse del profesor Joáo Barros por celos profesionales, que le tenía envidia por sus trabajos y por su éxito en la universidad, y que, por tanto, decidió

asesinarlo contratando a un sicario — supuso Lefévbre.

—Pero eso no es creíble —terció Michelle.

—Lo es. El sicario ha confesado que fue el padre Malveira quien lo contrató, y, además, ha aparecido una prueba contundente: una semana antes del asesinato de Barros, el sicario recibió en su cuenta personal de un banco suizo un ingreso anónimo procedente de un banco de Lisboa por importe de veinte mil euros.

—Siempre había pensado que los bancos suizos no revelaban los datos ni los movimientos bancarios de sus clientes —interrumpió David a Lefévbre.

—Si se conocen los mecanismos y hay alguien poderoso interesado en que se sepa, sí, profesor. Pero eso no es todo. Pocos días después del asesinato de Barros, se produjo en esa misma cuenta un nuevo ingreso de otros veinte mil euros, que en este caso procedía de una cuenta a nombre de Manuel Malveira.

—Vamos, padre, eso es un montaje de Sodalitium para inculpar a Malveira en exclusiva por el asesinato de Joáo Barros. Esos ingresos han sido manipulados, estoy absolutamente seguro de ello —sostuvo David.

—Probablemente así sea, pero, ante la contundencia de semejantes pruebas, los policías portugueses dan el caso por resuelto. Malveira será acusado de asesinato y le caerá una condena de veinte años, pero saldrá a la calle en unos meses porque se le diagnosticará enajenación mental o algo similar. El abogado de Malveira ya lo ha pactado con el fiscal y no hay nada más que hacer. Y en cuanto al sicario, ha sido arrestado en Suiza, pero ya lo arreglarán para que quede libre en un par de años a lo sumo. Con esta solución, todos quedan contentos: el caso se resuelve con eficacia, la policía logra un éxito rápido y Malveira saldrá en libertad enseguida.

—Y Joáo Barros seguirá muerto y los verdaderos inductores del crimen permanecerán impunes —lamentó David.

—Así es a veces la justicia —sentenció Lefévbre.

—No, padre, eso no es justicia —asentó Michelle.

—Por lo demás, necesito verlos cuanto antes. Resuelto el caso de Lisboa, todo se ha precipitado. ¿Pueden venir a Nôtre— Dame?

—¿Ahora? —preguntó David.

—Si es posible, sí.

—De acuerdo, nos vemos en hora y media; ¿dónde?

—En los jardines del lado sur de la catedral, como ya tenemos por costumbre —propuso Lefévbre.

—Ahí estaremos.

Michelle cortó la llamada. Si hubiera conectado la cámara del móvil, el padre Lefévbre se hubiera llevado una buena sorpresa, pues la joven Henry estaba completamente desnuda y sentada a horcajadas sobre las piernas de David, quien durante toda la conversación no había dejado de mantener su miembro viril enhiesto dentro de la vagina de su amante.

Acabaron de hacer el amor, se dieron una ducha rápida, se vistieron y tomaron un taxi en la calle Rochechouart esquina con Condorcet. El tráfico en

París era muy intenso, pues a fines de julio todavía no había comenzado el éxodo masivo que en torno al primero de agosto llevan a cabo millones de parisinos que huyen durante las vacaciones estivales de la ciudad, que suele cambiar en ese mes a los funcionarios por los turistas. El taxi salió a la calle de La Fayette, giró a la derecha y enfiló el bulevar de Sebastopol en dirección a la Cité.

Descendieron en la plaza del Parvis, delante de la catedral, y la cruzaron frente a la fachada de Nôtre-Dame. Enseguida localizaron a Lefévbre, que contemplaba los arbotantes de la cabecera del templo.

—Hace cuarenta años que observo esta misma perspectiva, cada día, y no me canso de hacerlo. La contemplación de semejante belleza jamás agota, ¿no es así? —musitó Lefévbre.

—Así es, padre, así es —David ratificó las palabras de Lefévbre mirando a los ojos luminosos y risueños de Michelle.

—La Santa Sede no hará nada con respecto a «Fátima 1» —anunció el sacerdote—. Según la Secretaría de Estado, ese documento no tiene ningún valor probatorio. Si se filtra a la prensa o se produce alguna declaración pública, la Iglesia mantendrá silencio; o todo lo más, un cardenal de la curia, pero de segunda fila, lo descalificará como un ataque de los laicistas y de los ateos a la Iglesia.

—Pero el documento es auténtico. Cualquier investigador podrá demostrar que se escribió en Londres en 1917, que Mary Saylor existió, que estuvo en Fátima en mayo de 1917 y que fue asesinada en octubre de ese mismo año —alegó Michelle.

—E l documento original «Fátima 1» ya no existe; lo único que queda de él son unas fotocopias cuyo valor probatorio es nulo —sentenció Lefévbre.

—¡Qué! ¿Cómo sabe que ese original ya no existe? Lo tiene el cardenal, su amigo en la curia romana; él nos lo confesó —insistió David.

—El cardenal ha muerto, por eso les he llamado con tanta urgencia.

—¡Cómo! —Michelle y David se miraron atónitos.

—Falleció hace dos días de una insuficiencia cardíaca, pero no han encontrado su cadáver hasta esta misma mañana —les informó Lefévbre.

—¡Maldita sea!, se lo han cargado; los de Sodalitium lo han descubierto y han acabado con él —terció David.

—La versión oficial de la Santa Sede sostiene que murió de un ataque al corazón mientras dormía en su apartamento privado de Via Véneto, a donde acudía los fines de semana para descansar, alejado del trajín del Vaticano.

—¡Vaya con el cardenal!, sabía vivir —comentó Michelle—. Esa calle está en uno de los barrios más elegantes y caros de Roma.

—Y al lado de la embajada de Estados Unidos —apuntó David.

—¿Y cómo sabe que el documento «Fátima 1» ya no existe? — le preguntó Michelle a Lefévbre.

—Porque, como ustedes saben, lo tenía el cardenal y no ha aparecido en el registro que la policía ha realizado en su apartamento. Imagino que antes lo

encontraron los de Sodalitium; a estas horas habrá sido destruido. Ya les ha causado bastantes problemas durante noventa años. La manera de zanjarlos para siempre no es otra que eliminarlo.

—¿Está seguro de que ha sido así? —preguntó David.

—Completamente —asentó Lefévbre.

—¿Por qué lo afirma de modo tan categórico? —demandó Michelle.

—Porque en el Vaticano nos enseñaron a obrar de esa manera en estos casos, y porque «Fátima 1» contenía además el informe de un párroco católico londinense, el padre Owen, en el que se relataba el asesinato de Mary Saylor a cargo de un sicario de Sodalitium.

—Entonces, ¿no tenemos nada, tanto esfuerzo para nada? —lamentó Michelle.

—Han estado en peligro y han salido indemnes. Hemos tenido que protegerlos de un posible atentado, de modo que pueden estar contentos.

—Eso quiere decir que toda esta farsa seguirá adelante, que no hay posibilidad de desenmascarar a los timadores y de descubrir la verdad de las apariciones de Fátima —supuso Michelle.

—Y que Sodalitium seguirá oculta e inmune, que continuará matando si es preciso y que sus responsables se mantendrán en el anonimato y en la impunidad —añadió David.

—La gente siempre ha creído en las manifestaciones sobrenaturales. Ustedes lo saben bien, son historiadores. Los tiempos cambian y la historia fluye, pero la fe sigue moviendo montañas, y muchos seres humanos necesitan la fe para continuar viviendo, para seguir con alguna esperanza, para no consumirse de angustia. Ustedes estuvieron en Fátima, en el mismo lugar de las apariciones, y no sintieron nada, porque no tienen fe, y tal vez no la necesiten, pero el milagro de Fátima ha conseguido que millones de personas refuercen sus convicciones. Sí, sí, es verdad que ha habido muchas irregularidades, e incluso falsedades, pero los creyentes siempre miramos más allá de las obras de los hombres.

»La Iglesia ha convertido el milagro de Fátima en un mensaje de oración y de penitencia, soportes fundamentales de la religión cristiana. El mensaje de Fátima es el mismo del Evangelio, por eso está en consonancia con la fe.

—Pero los papas lo han explotado...

—Son seres humanos, profesora Henry, como usted y como yo. Tienen defectos y, como bien sabe por la historia, algunos incluso demasiados.

—Juan Pablo II utilizó su atentado mezclándolo con el milagro de Fátima en su propio beneficio, para convertirse en un nuevo salvador, en el redentor de la humanidad. Alteró el «Tercer Secreto» en la dirección que convenía a sus intereses políticos y a sus ansias de poder; era un megalómano con un enorme afán de protagonismo, y un gran actor, además. Lo sabe usted muy bien, padre. ¿No es eso un pecado de soberbia? —demandó Michelle.

—Juan Pablo II declaró que reveló el «Tercer Secreto» porque ya se había cumplido con el atentado de Alí Agca. Comprenderán que para gobernar la

Iglesia hace falta mucha mano izquierda, y que, en ocasiones, los pontífices no hacen lo que se debe, sino lo que se puede. Siempre ha sido así, siempre, y no creo que cambien las cosas en la Iglesia en un futuro inmediato. Recuerden que, tras dos mil años de existencia, ahí sigue y, al parecer, todavía seguirá por mucho tiempo, por toda la eternidad incluso, según vaticinan algunos —ironizó Lefévbre.

—¿Qué tuvo que ver Sodalitium Pianum en todo este montaje? —preguntó David.

—Ahora sabemos que presionaron al papa para que anunciara que el «Tercer Secreto» profetizaba enormes calamidades para la humanidad. Querían que el Vaticano hablara de convulsiones climáticas, terremotos, inundaciones... y que en el cielo aparecería una gran cruz indicando que el fin del mundo llegaría de inmediato — dijo Lefévbre.

—¿Algo parecido a un segundo diluvio universal? — preguntó Michelle.

—Sí, pero seguido del Juicio Final.

—¿El Harmagedón? —supuso Michelle.

—Harmagedón no es el Juicio Final, sino el lugar donde tendrá lugar la última y gran batalla entre las fuerzas de Satanás y el ejército de Cristo. El único libro de la Biblia que cita ese lugar, al que se denomina como «un campo hebreo», es el Apocalipsis de san Juan. Allí se dice, en el capítulo dieciséis, que siete ángeles derramarán por el mundo las siete copas de la ira de Dios, y que esas siete copas lanzarán enfermedades, sangre, fuego, tinieblas, sequías y terremotos sobre la tierra. Esa imagen del Apocalipsis es la que quería Sodalitium que presentara Juan Pablo II al revelar el «Tercer Secreto».

—Pero el papa no hizo eso —asentó David.

—No, claro que no. En el Vaticano puede haber muchos manipuladores, pero les aseguro que ni están locos ni son tontos. La Iglesia desautorizó todas las versiones catastrofistas y bulos exagerados que corrieron sobre el «Tercer Secreto» y declaró que no había otra revelación que la que hizo pública el cardenal Bertone el 26 de junio del año 2000.

Y recomendó que no se diera pábulo a ese tipo de interpretaciones apocalípticas, de las que dijeron que sólo pretendían confundir.

»Sodalitium mostró su desacuerdo con la postura oficial de la Santa Sede, pero el papa se mantuvo firme y entonces comenzaron a caer en desgracia ante Juan Pablo II. Sus dirigentes, que habían dominado los entresijos del Vaticano, no estaban dispuestos a rendirse, y difundieron una profecía apócrifa en la que se decía que el sucesor de Juan Pablo II provocaría una gran revolución en la Iglesia Católica; probablemente lo hicieron para ir preparando la sucesión del papa en beneficio de alguno de sus candidatos —explicó Lefévbre.

—Pero sigue habiendo gentes que creen que existe una cuarta profecía de Fátima —planteó David.

—Sí, claro. Se basan en unas declaraciones apócrifas que se ponen en boca

de sor Lucía; según esta versión, no contrastada, sor Lucía habría declarado a un sacerdote llamado Agustín Fuentes, en una conversación a fines del año 1957, que la Virgen le había hecho comprender que el fin del mundo estaba a punto de desencadenarse. A aumentar ese clima mesiánico y milenarista contribuyeron algunos altos eclesiásticos, como el cardenal arzobispo de Lisboa, quien en un sermón de abril de 1959 anunció que había llegado la hora del apocalipsis para el mundo. Entre tanto, el papa anunció que el único remedio contra el mal es la oración, que sólo por la oración se salvará el mundo.

»Sodalitium está acorralado y se ha vuelto mucho más peligroso. Sus miembros están intentando minar algunos logros progresistas de la Iglesia, como el acercamiento de las confesiones cristianas o el diálogo con otras religiones. Se han infiltrado en grupos de la extrema derecha europea y lanzan mensajes como que la nueva religión es el instrumento que utiliza Satanás para dominar al hombre, o que el islam es obra del demonio.

—Sodalitium es lo contrario que los Hermanos de Heliópolis — asentó David.

—Somos dos polos opuestos y hemos sido enemigos desde hace decenios. Nosotros buscamos la luz, la pureza que expresamos en la piedra filosofal; Sodalitium nació para procurar el triunfo del oscurantismo y la represión. El asesinato de Joáo Barros ha sido el último episodio de una guerra que nos enfrenta desde principios del siglo XX —reveló Lefévbre.

—Nos ha engañado, padre —protestó Michelle—. Hasta ahora no nos había dicho nada de esto; nos ha mentido y nos ha puesto en peligro de muerte.

—No podía revelarles toda la verdad, entiéndanlo. Si hubieran conocido todo esto antes, el riesgo para ustedes habría sido mucho mayor. Hemos procurado que siempre estuvieran a salvo.

—¿Como Joáo Barros? Su protección de nada le sirvió. Era uno de los suyos, un miembro de los Hermanos de Heliópolis, y murió, igual que podíamos haber muerto nosotros. Todavía podemos morir — Michelle estaba muy ofendida.

—Michelle tiene razón. No se han portado bien, padre. Deberíamos haber sabido cuál era la verdadera situación mucho antes —terció David.

—No era nuestra intención, les ruego que me perdonen —se excusó Lefévbre.

—Y bien, padre, a partir de ahora, ¿qué?

—El Vaticano ha dado la orden secreta de desmantelar la red clandestina de Sodalitium Pianum. No denunciarán a los verdaderos inductores de los crímenes de Barros y del cardenal, pero serán confinados, sus fondos económicos retenidos y sus principales dirigentes enviados por un tiempo a misiones remotas en África, Asia y América del Sur.

—Quedan impunes, por tanto — lamentó David.

—Ése ha sido el acuerdo.

—¿Y por lo que respecta al asunto de Fátima? —preguntó Michelle.

—Quedará como está. Todos los documentos del expediente «Fátima 1» serán destruidos y sólo se mantendrá la versión oficial de las apariciones, fijada entre 1941 y el año 2000. No podemos hacer nada, nada.

—Pero tenemos la copia de los documentos...

—Doctor Cárter, esos documentos son copias carentes de valor, y menos en sus manos.

—¿En las mías?

—Usted es judío; si fuera usted mismo quien denunciara que las apariciones de Fátima fueron un fraude, la Iglesia lo ignoraría, pero si consiguiera con ello, cosa difícil, cierta notoriedad, filtrarían que usted es hebreo y que en su denuncia no existe el menor interés por alcanzar la verdad, sino la intención de hacer daño a la Iglesia.

—Sí, soy de origen judío, pero ni mis padres ni yo hemos practicado jamás esa religión.

—No importa; su nombre, David Lewis, «David el levita», lo delata. No puede imaginar el inmenso poder que sigue poseyendo la Iglesia. El Vaticano es un pequeño Estado, el más pequeño del mundo, con cuarenta y cuatro hectáreas de superficie, pero casi ciento cincuenta países tienen allí representación diplomática, y dirige la fe y la conciencia de mil millones de fieles en todo el mundo; dispone de medio millón de sacerdotes, de tres mil obispados, de más de doscientas mil parroquias, de miles de escuelas, institutos, universidades, centros de investigación, hospitales, clínicas, museos, bibliotecas, archivos, editoriales, revistas, periódicos, emisoras de radio y de televisión, bancos, empresas...

»Los ingresos económicos de la Iglesia son fabulosos.

La Banca Vaticana posee unos fondos extraordinarios; sólo la parroquia católica de Westminster, en Londres, recaudó en el año 2005 noventa y seis millones de libras esterlinas, unos ciento cincuenta millones de euros. En Inglaterra, entre cinco mil y seis mil anglicanos se convierten cada año al catolicismo, como han hecho el propio ex primer ministro Tony Blair o el obispo anglicano Graham Leonard. Las iglesias protestantes de Estados Unidos, ya saben, las famosas "Siete Hermanas", bautistas, episcopalianos, luteranos, presbiterianos, metodistas..., pierden adeptos desde hace treinta años; por el contrario, la Iglesia Católica norteamericana crece día a día.

»El papa no dispone de ninguna división acorazada para luchar en una guerra, pero Juan Pablo II fue capaz de reunir en el santuario de la Virgen de Czestochowa, en Polonia, el 29 de septiembre de 1979, a tres millones y medio de fieles, sin duda la mayor concentración humana jamás vista. ¿Qué otro líder mundial podría concitar una convocatoria así? Ninguno, evidentemente.

»¿Saben que el Vaticano ya está negociando incluso con el gobierno de Arabia Saudí?

»Y aunque hay quien opina lo contrario, la Iglesia Católica sabe adaptarse muy bien a los cambios de los tiempos, pero lo realiza a su manera. Hace unos

meses, el Vaticano incluyó en la lista de nuevos pecados capitales el consumo de drogas, las pruebas con embriones humanos, los atentados contra el medio ambiente, el afán de riqueza desmesurada, el provocar la pobreza de los demás, la clonación de seres humanos y la investigación con células madre. ¿Entienden?, eso es adaptarse a los nuevos tiempos.

—No, padre, eso es ir contra el progreso —le contradijo Michelle.

—¿Qué es el progreso? La Iglesia ni es temporal ni nació para un tiempo y una época concreta; la Iglesia es trascendente, eterna, su tiempo no es un tiempo humano sino divino. No tiene prisa; su reloj no discurre como el reloj de los hombres, sino según los designios de Dios, por eso sigue existiendo dos mil años después.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Roma, finales de julio de 2008

El 19 de abril del año 2005, a los pocos días de la muerte del papa Juan Pablo II, el cónclave de cardenales de la Iglesia Católica, reunido en la Capilla Sixtina del Vaticano, y tras cuatro rondas de votaciones, eligió como nuevo sumo pontífice a Joseph Alois Ratzinger, cardenal desde 1977, que en noviembre de 1981 había ocupado el puesto de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, es decir, inquisidor general, como le gustaba recordar a Michelle cada vez que salía su nombre, y desde el año 2002 era el decano del Colegio Cardenalicio.

En las casas de juego británicas, donde se apuesta absolutamente por todo, la candidatura de Ratzinger al papado se pagaba 7 a 1; es decir, la inmensa mayoría estaba convencida de que el prelado alemán sería elegido como nuevo papa.

El cardenal Angelo Sedano, secretario de Estado del Vaticano, comunicó solemnemente la noticia al mundo desde el balcón central de la fachada de la basílica de San Pedro: «*Anuntio vobis gaudium magnun; habemus papam: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum Josephum Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Ratzinger qui sibi nomen imposuit Benedictum XVI*». Y le colocó la tiara pontificia y el anillo del Pescador, los emblemas del santo padre.

Ratzinger, radiante y feliz, había aceptado el nombramiento de los cardenales, inspirado como bien se sabe por el Espíritu Santo, siempre atento a iluminar a sus eminencias y declaró que le había rogado a Dios que no depositara sobre sus hombros semejante peso, aunque en un ataque de humildad declaró que anteponía la voluntad de Dios a sus deseos, los de no ser papa, y que aceptaba el cargo porque el Señor sabía trabajar con herramientas imperfectas. En un breve discurso de agradecimiento, el nuevo pontífice dijo:

«Queridos hermanos y hermanas: después del gran papa Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador en la viña del Señor. Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar incluso con instrumentos insuficientes, y sobre todo me encomiendo a vuestras oraciones. En la alegría del Señor resucitado, confiando en su ayuda continua, sigamos adelante. El Señor nos ayudará y María, Su santísima madre, estará a nuestro lado. ¡Gracias!»

Joseph Ratzinger tenía un pasado conflictivo, marcado por su afiliación a las juventudes hitlerianas en marzo de 1939, a la que estaban obligados todos los seminaristas como él, y por su participación en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la guerra y una vez ordenado sacerdote, llegó a ser asesor teológico

en el concilio Vaticano II y después arzobispo de Múnich. Autor de numerosos libros y artículos, desde 1981 fue uno de los principales colaboradores de Juan Pablo II y, aunque en su juventud era partidario de una Iglesia más moderna y abierta a los verdaderos problemas del mundo, pronto se convirtió en el más fiero guardián de la ortodoxia católica.

Con Juan Pablo II en un declive físico avanzadísimo, sor Lucía, la vidente de Fátima, murió a la edad de noventa y siete años; le faltaba poco más de un mes para cumplir los noventa y ocho. Dos meses después, el 13 de febrero de 2005, el cardenal Ratzinger fue elegido sumo pontífice; hacía el número 262 en la lista oficial de papas desde san Pedro, aunque según otras listas era el número 265. La monja carmelita falleció en el convento de Santa Teresa de Coimbra, en cuya clausura vivía desde 1948, rodeada de sus compañeras de convento, el médico y la enfermera que la asistían y el obispo de Coimbra. Su cadáver fue trasladado al santuario de Fátima en febrero de 2006.

El 16 de febrero de 2008, con una rapidez sólo equiparable a lo ocurrido con los casos de Teresa de Calcuta y de Juan Pablo II, Benedicto XVI autorizó el inicio del proceso para la beatificación de sor Lucía, cuando apenas habían transcurrido tres años desde el momento de su fallecimiento.

Las *Normae Servandae*, el reglamento que rige los procesos de canonización de la Iglesia Católica, señalan en su capítulo noveno que deben transcurrir cinco años como mínimo desde su muerte antes de que se pueda iniciar el proceso de beatificación de una persona. Para los dos casos anteriores, y para el de sor Lucía, han quedado reducidos a tres.

El cardenal portugués José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, anunció que la supresión del plazo legal era debida a la «fama de santidad de sor Lucía» y declaró que el papa Juan Pablo II se había mostrado muy afectado por la muerte de la vidente, pues entre los dos existían «relaciones de profunda amistad».

Sor Lucía y Juan Pablo II se vieron en tres ocasiones, en las visitas del pontífice a Fátima en 1982,1991 y 2000, y el papa siempre sostuvo que había salvado la vida en el atentado de Ali Agca gracias a la intervención de la Virgen de Fátima. Horas antes de morir sor Lucía, Juan Pablo II le envió un mensaje preocupándose por su salud, en el que le instaba a vivir «esos momentos de dolor y de sufrimiento con espíritu pascual».

El primer ministro de Portugal declaró una jornada de luto nacional por la muerte de la nonagenaria vidente y el rector del santuario de Fátima resaltó el papel de sor Lucía como «testigo y mensajera de María».

Michelle y David llegaron a Roma un día de intensísimo calor, mediado el verano, con la ciudad llena de turistas. Se instalaron en el palacete de Enrico Micara. En la espléndida terraza, a la vista de la cúpula de San Pedro, los dos hombres tomaban café *ristretto* y *grappa* helada, y Michelle un té frío al limón.

—Lamentamos mucho la muerte de tu amigo el cardenal; gracias a él pudimos llegar hasta el final de este asunto —dijo David.

—Ha sido una gran pérdida.

—¿De verdad sufrió un ataque al corazón? —preguntó Michelle.

—Esa es al menos la versión oficial que sobre su defunción hizo pública el Vaticano, y como se trata de un Estado soberano e independiente, nadie que no sean sus autoridades, es decir, el papa y sus cardenales, puede hacer nada para aclararlo —comentó Enrico.

—¿Crees que el cardenal fue asesinado? El padre Lefévbre está convencido de que lo mataron agentes de Soldalitium Pianum —insistió Michelle.

—Lo que yo crea es irrelevante. Además, no existe ninguna prueba de que alguien pudiera eliminarlo. Algo similar se comentó de la muerte de Juan Pablo I, que se produjo de una manera tan repentina e inesperada, pero nunca se descubrió nada; nadie pudo demostrar que existiera una conspiración para acabar con la vida de ese papa, como tampoco para liquidar al cardenal.

—¿Cuál es tu opinión? Y sé sincero, por favor —reiteró Michelle.

—Puedo decirte que el cardenal gozaba de buena salud, muy buena salud, pero también sé que los infartos no suelen avisar.

—El poseía el documento original de «Fátima 1»; ¿sabes qué ha sido de esos papeles?

—No; no me dijo nada, aunque supongo que ya habrán sido destruidos —asentó Enrico.

—¿Estás seguro?

—Claro. A nadie de cuantos tenían acceso a ellos interesa que pudieran salir a la luz alguna vez, de modo que, para evitar nuevos problemas, se habrán destruido.

—Pero entonces, ¿por qué los robó el cardenal, y cómo lo hizo? —preguntó David.

—No fue difícil. El cardenal tenía copia de las dos llaves de la caja fuerte del archivo donde se custodiaban esos documentos y conocía la combinación numérica. Sodalitium tiene agentes infiltrados en los cuatro cuerpos de seguridad del Vaticano: en la Guardia Civil, la *Vigilanza*, cuyo jefe despacha directamente con el secretario del papa; en la famosa Guardia Suiza, que custodia los Palacios Apostólicos; en la Guardia de Honor o Palatina; y en la Guardia Noble, la más distinguida. Comprenderéis que no fue difícil sacarlos de allí.

—Tenemos entendido que esa caja se cierra con dos cerraduras diferentes y que una de las llaves la guarda el secretario del papa y la otra el camarlengo.

—Sí, pero ya os he dicho que una copia de cada una de ellas estaba en manos de mi amigo el cardenal —los sorprendió Enrico.

—¿Cómo es posible...?

—Porque el cardenal era el jefe de Sodalitium Pianum —reveló Enrico.

—¡Qué! —exclamaron atónitos Michelle y David al unísono.

—Lo que habéis oído. La «Sociedad» siempre ha tenido al frente a un cardenal de la curia, que nombraba directamente cada pontífice, de modo que así estaba controlada por el Vaticano; pero, a la muerte de Juan Pablo I, se

produjo una enorme pugna por su control. El sector más intransigente y tradicionalista de la Iglesia había tenido en sus manos el poder en Sodalitium, hasta que en 2005 Benedicto XVI, en contra de lo que muchos pensaban, dio un giro a la política ultraconservadora que había desarrollado como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Los que creían que el Opus Dei y los sectores más conservadores de la Iglesia iban a copar todos los cargos decisivos, se equivocaron. El día que fue elegido Benedicto XVI, los sectores progresistas del catolicismo dieron un respingo y se angustiaron. Yo tengo amigos jesuitas que aquella noche se marcharon a dormir absolutamente desesperanzados. Uno de ellos me llegó a confesar que en los próximos días se temían lo peor, incluso la suspensión o la disolución de la Compañía de Jesús.

»Pero nada de eso ocurrió. Algunos miembros del Opus Dei, que habían estado colaborando estrechamente con Juan Pablo II, fueron sustituidos por jesuitas, y los sectores conservadores quedaron fuera de juego y bastante despistados. Sin duda, lo que más les molestó fue que Benedicto XVI nombrara, sin que quede de ello prueba alguna, claro, a mi amigo el cardenal como jefe de Sodalitium.

»Cuando el cardenal comprobó lo que había detrás de la "Sociedad", planteó su disolución definitiva, y pensó en borrarla incluso de las catacumbas del Vaticano, donde sobrevivía desde 1921. Cuando lo intentó, comprobó en sus propias carnes el inmenso poder de Sodalitium, la sociedad secreta más fuerte de toda la Iglesia.

«Aprovechando que tenía acceso a todos los documentos del Vaticano, incluso a los más reservados, descubrió qué había detrás de los secretos de Fátima. Sodalitium había influido y maniobrado no sólo para que la Iglesia condenara la libertad sexual, los anticonceptivos, el comunismo, el laicismo y el ateísmo, sino para desestabilizar gobiernos liberales e izquierdistas en toda Europa, e incluso combatieron a movimientos progresistas dentro de la propia Iglesia, como la Teología de la Liberación, los movimientos cristianos de base o Cristianos por el Socialismo.

«También se infiltraron en las finanzas del Vaticano. ¿Recordáis el "suicidio" de Roberto Calvi, conocido como "el banquero de Dios"? Era el presidente del Banco Ambrosiano. Apareció extrañamente ahorcado en el puente de Blackfriars, en Londres, en 1982. Se le relacionó con la CIA norteamericana e incluso con la Mafia, pero quien de verdad estuvo detrás de su "suicidio" fue Sodalitium.

»El cardenal intentó atajar todo eso, y ya habéis visto el resultado —concluyó Enrico.

—Es decir, que lo han asesinado —añadió Michelle.

—Yo no he dicho eso.

—Era tu amigo; sabes más de lo que nos descubres, Enrico —le espetó Michelle.

—Sí, tengo amigos en el Vaticano, y amigos poderosos, pero nunca me he

inmiscuido en sus asuntos, ni ellos en los míos. Me limito a mis clases en la universidad, a mis trabajos de investigación y a mantener boyante mi cadena de zapaterías, que es lo que me permite este nivel de vida. Ni puedo ni quiero cambiar el mundo; vivo y dejo vivir. Sí, soy culpable de ser un hombre acomodado, un «asqueroso burgués» como decían los «progres» en mayo del 68 en París, pero me gusta este tipo de vida. Ni soy un filántropo altruista ni puedo salvar al mundo de ninguna de sus desdichas. Soy así, y ni lo siento ni me arrepiento. En este «negocio» hay gente muy peligrosa, que, como ya habéis comprobado, es capaz de matar sin que le tiemble el pulso; y os aseguro que no estoy dispuesto a morir por ninguna causa, sea justa o espuria.

—Lo siento, Enrico, yo no quería... —se disculpó Michelle.

—No importa, no importa. Sois mis amigos y no deseo que os ocurra nada malo.

—¿La muerte de tu amigo el cardenal supone el final de Sodalitium? —David retomó la cuestión.

—No, por supuesto que no. Ya sabemos que se han «congelado» sus actividades durante algún tiempo. Han cometido algunos errores, pues el asesinato del profesor portugués no estaba tan bien organizado como creían. Como me habéis contado, el tal padre Malve ira se derrumbó enseguida y gracias a ello fue fácil apresar al sicario, pero ahí acaban las responsabilidades, pues han sabido construir una coartada para que la investigación policial no siga adelante. Ese fallo, probablemente el primero tan grave que cometen en un siglo, les ha hecho replantearse sus métodos. Hace años, no existían ni cámaras de videovigilancia ni análisis de ADN ni otras técnicas policiales para descubrir al autor de un delito. Ahora es mucho más difícil mantener la impunidad. Sodalitium «dormirá» por algún tiempo, al menos hasta que todo esto se olvide —aseguró Enrico.

—¿Lo crees o lo sabes? —preguntó Michelle.

—Lo sé, pero no me preguntéis cómo.

—De acuerdo —apostilló David.

—Todos necesitamos un descanso, olvidarnos por unos días al menos de todo este monumental embrollo. La semana que viene iré a mi casa de Capo Mulini, en Sicilia. Si os apetece, os invito a pasar allí cuantos días deseéis. Por la mañana navegaremos en mi barco, por la tarde visitaremos la isla y por la noche cenaremos pescado fresco a la brasa en restaurantes familiares de los pueblecitos costeros. ¿Os parece bien? —les propuso Enrico.

—Yo debo ir unos días a California; hace un año que no veo a mis padres. Si Michelle está de acuerdo, podemos viajar a Sicilia los primeros días de agosto —propuso David.

—Sí, por mí está bien. Luego volaremos a California; tus padres son estupendos y me encantará volver a verlos —Michelle dejó claro que deseaba estar al lado de David, y que iría con él a Sicilia pero también regresaría con él a California.

—En ese caso, os espero en Capo Mulini. Os enviaré los pasajes de avión a

París; yo iré a recogeros al aeropuerto de Palermo cuando lleguéis.

—No es necesario, ya sacaremos nosotros los billetes; tenemos que regresar a París para solucionar algunos asuntos pendientes —adujo David.

—Ni hablar. Sois mis invitados y lo seréis desde que salgáis de París hasta que regreséis de nuevo —asentó Enrico.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

París, 30 de julio de 2008

El profesor Cárter imprimió la reserva del vuelo de Alitalia de París a Palermo que Enrico Micara le había enviado por correo electrónico; dos pasajes, ida y vuelta del aeropuerto Charles de Gaulle al Falcone e Borsellino, los días 1 y 10 de agosto. Recogió algunas cosas de su despacho en la facultad de Letras de la antigua Sorbona, comprobó que todo estaba en orden y cerró la puerta con llave, que depositó en la conserjería, deseándoles a los bedeles unas felices vacaciones. No regresaría a ese despacho hasta principios de septiembre, para comenzar el tercer y último curso de los tres que había firmado como profesor en París, gracias al intercambio de profesores según los acuerdos universitarios internacionales entre los gobiernos de Francia y de Estados Unidos.

En los dos cursos ya cumplidos, había conocido a Michelle, de la que se había enamorado, había visto la piedra filosofal, que los Hermanos de Heliópolis custodiaban en secreto bajo el altar mayor de Nôtre-Dame de París, había preparado un libro sobre la perspectiva en la pintura italiana del Renacimiento y había estado en grave peligro al inmiscuirse en un asesinato relacionado con ciertos papeles sobre las apariciones de Fátima.

En poco más de año y medio, la vida reposada y tranquila que había llevado hasta entonces como profesor en la universidad de Nueva Jersey, sólo alterada por el divorcio de su esposa Virginia, había dado un vuelco sustancial.

Salió de la facultad y miró su reloj; eran las doce y treinta y cinco. Había quedado para almorzar con Michelle y con el padre Lefévbre en un pequeño restaurante de la isla de San Luis. Calculó la distancia, no tardaría más de veinte minutos en llegar andando, y decidió ir dando un paseo pese al calor del día. Entró en el restaurante a la una menos cinco y preguntó por la mesa reservada a su nombre. El camarero lo guió hasta ella, en un rincón discreto, como había pedido, y le informó de que hacía unos pocos minutos que había llegado un caballero. El padre Lefévbre ya estaba allí. David lo saludó con un apretón de manos y volvió a sorprenderse del saludable aspecto de aquel hombre centenario, que apenas aparentaba sesenta años y se movía con la soltura de uno de cuarenta.

—Buenos días, padre — lo saludó mientras se sentaba.

—Buenos días, doctor Cárter, es usted muy puntual.

—Quería ser el primero en llegar, pero ya veo que se me ha adelantado.

—No tiene mérito; vivo aquí al lado, como sabe. Por cierto, una buena elección la de este restaurante.

—Es discreto, y pese a que está en el corazón de París, a tiro de piedra de Nôtre-Dame, no es frecuentado por los turistas.

A la una en punto apareció Michelle. La tarde anterior había estado con David, pero se habían marchado cada uno a su apartamento nada más cenar, pues tenían que preparar las maletas para el viaje a Sicilia, y sabían que si se iban juntos a dormir no acabarían a tiempo los preparativos.

Los dos hombres se levantaron cuando llegó la joven ante la mesa.

—Hola, padre Lefévbre —Michelle le dio la mano al sacerdote y un beso en la mejilla a David.

—¿Cómo se encuentra, profesora Henry?

—Muy bien, padre, gracias. A usted ya lo veo, estupendo, como siempre.

—Muchas gracias.

El camarero les entregó la carta. Eligieron crema de zanahorias, *fetuchini áefoie* y vieiras con arroz negro como entrante; de plato principal, los tres coincidieron en lubina brasea— da con verduras y endivias con vinagreta; de postre, el padre Lefévbre pidió suflé de limón y Michelle y David se pusieron de acuerdo en pastel caliente al aroma de violetas; y una botella de Cháteau Laffitte.

—Creo que hemos resuelto los verdaderos enigmas de Fátima, padre, pero no podemos demostrarlos —lamentó David.

—Dígame, entonces.

—Todo fue un gran montaje que se ha ido adaptando a los cambios del siglo XX. Entre 1917 y 1940 se «fabricaron» las apariciones, basadas en un encuentro en el paraje de Cova da Iria, en la localidad de Fátima, de tres niños inocentes y analfabetos con Mary Saylor, una joven y hermosa dama inglesa que el 13 de mayo de 1917 se encontraba en Fátima acompañando a su esposo, John Saylor, presidente de la compañía vitivinícola Saylor Wines. Mary llevaba un vestido blanco de seda brillante, un velo de lino transparente, una pulsera de perlas y un collar de oro con un colgante en forma de corazón con un rubí en el centro. Mary, que estaba aprendiendo portugués, les dijo a los niños que venía «de arriba», es decir, del norte, y ellos entendieron que ese «arriba» era el cielo. Conducía un Rolls plateado cuyos enormes faros redondos encendidos parecerían en ese tiempo una verdadera luz celestial. Cuando los niños hablaron de aquel encuentro con sus padres y con el párroco de Fátima, creyeron que se trataba de una aparición, y más cuando los niños identificaron a Mary Saylor con la imagen con la que se representa a la Inmaculada en las láminas coloristas de principios del siglo XX.

»En 1978, una historiadora portuguesa encontró en un archivo una descripción de la Virgen de Fátima: era de baja estatura, llevaba un vestido y una capa blancos, no se le veía el pelo y tenía en las manos una esfera de luz. La imagen de esa mujer, o la que recordaba entonces sor Lucía, fue la que un escultor talló como la de la Virgen de Fátima, siguiendo las indicaciones de la propia monjita; esa misma estatua fue coronada por el obispo de Leiría el 13 de mayo de 1947. Era la imagen que se enseñaba a los niños en las catequesis de las parroquias rurales en el Portugal de principios del siglo XX, trufada con algunos rasgos de Mary Saylor. A partir de ahí, el párroco de Fátima y los

sucesivos obispos de Leiría construyeron toda una historia de videntes y apariciones, y supieron crear un clima propicio para que, en un Portugal en crisis y agobiado por problemas económicos y políticos, las apariciones de Fátima se convirtieran en la única esperanza para muchos portugueses. Por su parte, el ala más conservadora de la Iglesia, encabezada entonces por Sodalitium Pianum, supo aprovechar en su beneficio las "apariciones" de Fátima en su campaña contra la corriente modernista, que pretendía conducir a la Iglesia hacia posiciones más abiertas y progresistas —David dio un sorbo de agua.

—Siga, doctor Cárter, por favor —le pidió Lefévbre, que estaba dando buena cuenta de las vieiras gratinadas.

—A fines de los años treinta, el tema de Fátima estaba decayendo y Europa se resquebrajó con la aparición de los fascismos, la consolidación del comunismo en la URSS y el avance del ateísmo y el laicismo. Fue entonces cuando la Iglesia reactivó las apariciones de Fátima. Entre 1940 y 1944, agentes de Sodalitium urdieron un plan basado en las presuntas revelaciones que habrían hecho el «ángel de Portugal» y la Virgen a sor Lucía. Esas revelaciones se estructuraron en tres partes: las dos primeras, el fin de la Primera Guerra Mundial y la conversión de Rusia, se hicieron públicas, pero se ocultó una tercera, con la que se especuló durante más de cincuenta años, en torno a un posible anuncio del inmediato fin del mundo. Era una trama perfecta para responder, a la vez, al avance del comunismo soviético y del paganismo nazi, y luego al ateísmo y al laicismo.

—Su argumento es consistente, doctor Cárter, pero...

—Déjeme que siga, por favor. Pío XII, Juan XXIII, pese a su bonomía, y Pablo VI consintieron el montaje, sobre todo porque beneficiaba a la Iglesia y a la fe. Juan Pablo I era diferente; quiso renovar la Iglesia comenzando por la limpieza de las cloacas del Vaticano, y procuró poner en orden sus finanzas podridas y corruptas. Como es bien sabido, sólo duró un mes al frente del papado. Gozaba de una espléndida salud cuando sufrió el ataque de corazón que lo mató. Hay quien dice que su muerte no fue producto de un infarto natural, pero no hubo autopsia que lo certificara. Tal vez dentro de algunos años se pueda averiguar la verdad —supuso David.

—Yo creo que la muerte de ese papa no fue natural —intervino Michelle.

—Durante el pontificado de Juan Pablo II se reforzó al máximo el «milagro» de Fátima. El papa polaco estaba empeñado en liquidar el comunismo, y para ello se encontró con dos aliados diferentes pero coincidentes en sus objetivos: el presidente norteamericano Ronald Reagan, un *cowboy* dispuesto a pasar a la historia como el americano que acabó con el satán comunista, y las revelaciones de Fátima, en las que se pedía la conversión de Rusia como medio para acabar con el comunismo, con la guerra y con el pecado en el mundo. Y entonces ocurrió el atentado del 13 de mayo de 1982 en la plaza de San Pedro. Era la guinda perfecta al gran pastel de Fátima: el papa abatido a tiros, pero salvado por la Virgen de Fátima, la

profecía cumplida, la revelación verificada... El papa consagró el mundo al Sagrado Corazón de María en 1984, como había pedido la Virgen de Fátima, y confirmó ese rito en 1987 y en 2000. El mensaje de Fátima se concretaba en un hecho real y la Iglesia recobraba argumentos para apuntalar la fe tambaleante y frenar la decadencia de las vocaciones religiosas en el mundo, y para seguir denunciando las maldades de los nuevos tiempos; y, por supuesto, para dejar patente que la católica es la verdadera y única religión, cosa que quedó bien clara cuando en mayo de 2005 el cardenal arzobispo de Lisboa rechazó la idea de crear un santuario interreligioso y cerró el camino a que se erigieran templos interconfesionales en Fátima. Frente a esa propuesta ecuménica y conciliadora, se optó por la construcción de un megatemplo católico.

David tomó un bocado de la lubina que le habían servido hacía algunos minutos.

—No deja usted resquicio alguno a la duda, doctor Cárter.

—Es que no la tengo. La manipulación de Fátima siguió adelante. En mayo de 2006, la imagen de la Virgen se llevó a Roma y se depositó en la capilla privada del papa Benedicto XVI, que rezó ante ella toda una semana. El papa ha manifestado su deseo de visitar Fátima, pero no tiene previsto en su agenda ningún viaje a Portugal, al menos no antes del año 2010. Creo que no quiere concederle más protagonismo a su predecesor, cuya estatua de bronce preside la explanada del santuario de Fátima. Ya tuvo bastante con una procesión en la que se sacó a la Virgen de Fátima por la plaza de San Pedro de Roma, y que se detuvo en el punto exacto del atentado contra Juan Pablo II; en ese lugar hay una placa con el escudo heráldico de Karol Wojtyla y la fecha del atentado en números romanos. La Virgen obró el milagro y le salvó la vida a Juan Pablo II, pero cuando Benedicto XVI visitó Turquía a finales de 2006, se protegía con un chaleco antibalas bajo su sotana pontificia —ironizó David—. Al parecer, cuando se trata de salvaguardar su vida, el nuevo papa confía más en la tecnología moderna que en la Virgen.

—¿Cree usted que sor Lucía se inventó todo, que fue una farsante? —intervino el padre Lefévbre, que ya casi había terminado su lubina.

—Sor Lucía ha sido la gran víctima de su propia historia. La encerraron en un convento cuando apenas tenía trece años, la sacaron de su país y la trasladaron a España, donde permaneció en silencio durante más de dos décadas, y luego pasó el resto de su larguísima vida retirada en la clausura del convento de Coimbra. Siempre estuvo rodeada, protegida y aconsejada por clérigos integristas y ultraortodoxos; ninguno de los sacerdotes o de los intelectuales religiosos con ideas más abiertas, como Malachi Martin, que quisieron entrevistarla, pudieron hacerlo. Sólo se le permitió hablar con curas y obispos conservadores. Incluso le prepararon una entrevista con M e l Gibson, ese actor ultraconservador que en julio de 2004 se presentó en el convento de Coimbra con una copia de su película *La pasión de Cristo*; allí también estaba presente uno de los sacerdotes que aconsejaban a sor Lucía.

¿Sabe que Gibson había visitado Fátima un año antes de esa entrevista para inspirarse para su película? A sor Lucía le aseguraron que sería santa, que a su muerte la venerarían en los altares y que ocuparía un lugar de honor en la historia de la Iglesia. ¿De verdad cree que, tras una vida así, sor Lucía no fue una víctima?

—Ella eligió su camino libremente, pudo haber variado su postura, pero mantuvo la firmeza y la coherencia a lo largo de toda su vida —asentó Lefévbre.

—Hace unas semanas, buscando en Internet imágenes de Fátima, vi una entrevista en la que, en 2006, en una cadena de televisión llamada EWTN, emitida en español, una investigadora portuguesa declaraba que se había entrevistado con sor Lucía poco antes de su muerte. Aquella mujer aseguró que sor Lucía le había contado que la Virgen era muy bonita, hecha de luz, como un espejo que refleja la luz del sol, que sus palabras eran dulces y que las escuchaba en el interior de su cabeza; tópicos, padre, sólo tópicos.

—¿No estaba la lubina al gusto del señor? —le preguntó el camarero a David mientras recogía los platos de Lefévbre y de Michelle.

—Sí, sí, está estupenda. No la retire —le indicó.

—Su discurso también es coherente, doctor Cárter, pero olvida algo muy importante. La historia está repleta de signos maravillosos y de apariciones sobrenaturales. Las de Fátima no han sido las únicas. La Iglesia siempre ha defendido que ese tipo de manifestaciones han de ser tenidas en cuenta cuando no contradicen nuestra fe y cuando confluyen hacia el objetivo central del catolicismo: el anuncio que Cristo nos ofreció con su pasión y muerte. En ese sentido, el mensaje de Fátima es un llamamiento a la conversión y la penitencia, y fueran o no reales las apariciones, fueran o no ciertas las revelaciones, nada de lo sucedido en Fátima contradice las posturas que siempre ha defendido la Iglesia; por eso es creíble, por eso atrae a millones de fieles católicos.

«Ustedes son copartícipes de un gran secreto. Han visto la piedra filosofal, han comprobado sus efectos. Mírenme, soy la prueba evidente de ello. Pueden optar por contribuir al triunfo de lo que los Hermanos de Heliópolis defendemos o pueden gastar sus energías en denunciar que lo que creen millones de personas en todo el mundo es una gigantesca mentira y destruir lo que para ellas supone la única esperanza para seguir viviendo —asentó el padre Lefévbre.

—¿Nos pide que nos callemos, que ocultemos esta gran farsa? —demandó Michelle.

—Les pido que no destruyan la esperanza.

—Mary Saylor, su esposo John Saylor y el profesor Joáo Barros, ¿murieron por nada? ¿De verdad quiere que sus verdaderos asesinos permanezcan impunes, padre? —le preguntó Michelle.

El camarero apareció con el suflé de limón y dos copas de cristal cubiertas y selladas con papel transparente, que conservaban el humo violeta de los

pasteles calientes. David acababa de dar cuenta de su lubina.

—La Iglesia necesita de los milagros, ya se lo dije en otra ocasión, y de los santos. En estos tiempos, el ejemplo de los santos es imprescindible, por eso se están produciendo más beatificaciones ahora que en cualquier otra época. Entre los siglos I y V, cuando la Iglesia necesitaba crecer, fueron canonizados todos los papas, absolutamente todos. Bonifacio II, ya en el siglo VI, es el primer pontífice de la Iglesia que no fue consagrado santo. En los siglos VI, VII y VIH sólo fueron santos la mitad de los papas. Únicamente ocho lo han sido en el resto de la Edad Media, y dos más desde 1500 hasta el presente: Pío V en el siglo XVI y Pío X en el siglo XX, curiosamente los dos que organizaron los servicios secretos del Vaticano y a los que debe su nombre Sodalitium Pianum. En cambio, Juan XXIII ya ha sido beatificado en el año 2000 e imagino que pronto lo harán santo, y el proceso de canonización de Juan Pablo II, si Benedicto XVI no lo retrasa, puede batir todos los registros en cuanto a rapidez, y no duden, lo verán pues son muy jóvenes, que Ratzinger también será elevado a los altares a su muerte. El año pasado resultaron beatificados de una sola tacada 495 mártires de la guerra civil de España, en el mayor proceso de beatificación masiva de la historia. Pero a la vez, el papa declaró que guerras como la de Iraq no tienen justificación moral. La Iglesia ha aprendido mucho en los últimos años. Su condena del fascismo fue tibia y tal vez por ello hubo que soportar después, como reacción, más de medio siglo de terror soviético. Hace unos meses fue secuestrado y asesinado en Iraq el obispo católico de Mosul, y miles de cristianos sufren persecución todavía en algunas partes del mundo. ¿Creen que esos fieles acosados podrían mantener su fe sin la creencia en los milagros y el ejemplo de los santos, sin la promesa del cielo y de la vida eterna? — preguntó Lefévbre.

—La recompensa de una vida futura colmada de felicidad o el castigo eterno en el infierno es la dicotomía que ha sostenido a la Iglesia, no otra cosa, padre —asentó Michelle.

—Ustedes no creen, y si no creen jamás podrán entender el verdadero significado de la fe.

—La eternidad es la esperanza de todo ser humano, pero la naturaleza no ha previsto ese deseo, de momento al menos —terció David.

—¿A qué se refiere, doctor Cárter?

—A la búsqueda de la vida eterna fuera de los caminos de la religión. Ustedes, los Hermanos de Heliópolis, lo han hecho; la piedra filosofal es la prueba. Y usted mismo, padre Lefévbre, ha ganado varios años a la muerte, exponiéndose a los beneficios de esa piedra.

—No existe vida eterna fuera de Dios —afirmó Lefévbre con rotundidad.

—E n ese caso, ¿por qué la han buscado? —le preguntó David.

—Porque sigue habiendo seres humanos que pretenden emular a Dios. Pero dejemos la Teología. Bien, ahora que todo esto ha acabado, ¿qué van a hacer? ¿Han pensado en casarse? —les preguntó Lefévbre.

—¿Casarnos, nosotros dos? —se extrañó David.

—Vamos, no se hagan los tontos. Sé que viven juntos desde hace meses, y según la Iglesia están en pecado.

—Necesitamos unas vacaciones, padre. Estos últimos meses han sido muy intensos —intervino Michelle cambiando de tema.

—Enrico Micara, de quien ya nos ha oído hablar, nos ha invitado a su casa de Sicilia unos días; allí olvidaremos todo esto —supuso David.

—Sicilia está muy bien para relajarse, pero no olviden reflexionar sobre nuestra propuesta. Ayer hablé con el Maestro y me dijo que les comunicara que su invitación para que se integren en nuestra hermandad de los Hermanos de Heliópolis sigue en pie. Y recuerden que si lo hacen podrán experimentar los efectos de la piedra filosofal combinados con la luz de las vidrieras de la catedral de Chartres; esa sensación es lo más próximo a que los hombres han llegado con respecto a la búsqueda de la inmortalidad. Si les parece, a su regreso de vacaciones podemos hablar de ello; les aseguro que les interesará.

El camarero volvió a interrumpirlos. El padre Lefévbre pidió un café con hielo, David un café *ristretto* y Michelle un té frío al limón.

—Sería magnífico ser inmortales, padre.

—¿Recuerdan qué edad aparentaba la Virgen María que vieron los pastorcitos en Cova da Iria? — les preguntó de pronto el sacerdote.

—Unos dieciséis años, según sor Lucía —respondió Michelle.

—¿Y recuerdan qué edad tiene la Virgen en todas y cada una de las manifestaciones en que se ha producido un hecho similar? —preguntó de nuevo Lefévbre.

—Siempre es una mujer joven y hermosa, de entre dieciséis y veinte años.

—¿Y recuerdan a qué edad ascendió María a los cielos según el Nuevo Testamento?

—Si Jesús murió a los treinta y tres y María le sobrevivió algunos años, tendría más de cincuenta —dedujo David.

—En efecto. María no murió, ascendió en carne mortal a los cielos con más de medio siglo de vida, y, en cambio, en las centenares de apariciones que han sido registradas a lo largo de la historia siempre se muestra como una mujer muy joven. ¿No les parece extraño?

—Eso ya lo comenté con el profesor Joáo Barros y también lo hablamos con el profesor Micara en su casa de Roma. Los videntes describen a la Virgen tal y como la representan los artistas en cada tiempo y en cada región, y pocas veces se ha pintado o esculpido a María como a una anciana; bueno, salvo en algunas pinturas que la dibujan al pie de la Cruz en *un* Calvario —explicó David.

—O tal vez porque sí es posible alcanzar la eterna juventud y la inmortalidad —ironizó Lefévbre a la vez que dibuja— 3a en su rostro una enigmática sonrisa.

—¿Qué quiere decir?

—A la vuelta de sus vacaciones, hablaremos; ahora aprovechen el verano para descansar y relajarse, se lo han ganado. Si me perdonan..., tengo que

resolver algunos asuntos en mi oficina de la diócesis —Lefévbre apuró su café con hielo.

—Nos veremos en septiembre, y recuerde que defiendo mi tesis el jueves 18 de ese mes —terció Michelle.

—Allí estaré. Llámenme en cuanto regresen a París, y disfruten de sus vacaciones.

Lefévbre se despidió de los dos profesores y se marchó con paso firme y rápido. Nadie hubiera dicho que aquel sacerdote de aspecto fornido y enérgico había cumplido ya los cien años.

—¿Has oído?; aparte de proponernos que nos casemos, ha sacado de nuevo a colación la piedra filosofal, la eternidad... —comentó Michelle.

—Si aceptamos ser miembros de la hermandad de Heliópolis, tal vez lleguemos a centenarios con la vitalidad del padre Lefévbre. Eso significaría veinte, treinta años más amándote. Si por algo me gustaría ser inmortal es para seguir amándote siempre —aseveró David.

—¿Quieres decir amarme o hacerme el amor? —le preguntó Michelle a la vez que sonreía; ella siempre sonreía.

* * *

Antes de viajar a Sicilia, David creyó que deberían contarle a Ferdinand Saylor lo que habían averiguado sobre la muerte de sus tíos abuelos Mary y John. Michelle estuvo de acuerdo. Buscó la tarjeta de Ferdinand Saylor y marcó el número de teléfono de las oficinas de la Saylor Wines en Londres.

—¿Señorita? Mi nombre es David Cárter; visité con la profesora Michelle Henry hace unas semanas al señor Ferdinand Saylor en su despacho de Londres. Me gustaría hablar, si es posible, un momento con él. Por favor, dígale que es muy importante.

La secretaria le pidió que esperara y al cabo de medio minuto Ferdinand Saylor se puso al teléfono.

—Buenos días, señor Saylor.

—Hola, señor Cárter. ¿A qué debo el placer de su llanada? Me ha dicho mi secretaria que era muy importante.

—Lo es, señor. Hemos averiguado quién asesinó a su tía abuela Mary Saylor.

—¿SÍ?

—Sí, señor. La mató un asesino a sueldo enviado por una sociedad secreta de la Iglesia Católica llamada Sodalitium Piaium. Mary Saylor estaba a punto de desbaratar la trama que se estaba empezando a tejer en torno a las apariciones de Fátima, en Portugal, y por ello fue asesinada.

—¿Está usted seguro? ¿Puede demostrarlo?

—No, no puedo. Las pruebas originales han sido destruidas, pero conservamos una copia del relato que provocó la muerte de su tía abuela, en el cual ella misma relata la verdad de lo sucedido en Fátima. Si lo desea,

podemos enviarle esa copia a sus oficinas en Londres —Saylor se mantuvo en silencio tras la propuesta de David— ¡Señor Saylor, señor Saylor!, ¿sigue ahí?

—Sí, aquí estoy. Mire, lo siento pero eso ocurrió hace mucho tiempo, y ya no tiene remedio. Además, dice usted que no existen pruebas originales, de modo que nada podrá demostrarse. No quiero que este asunto perjudique a mi compañía, así que le rogaría que nos mantuviera al margen.

—¿No le interesa la verdad? —le preguntó David.

—Sí, sí, claro, pero buena parte de nuestros intereses comerciales radican en Portugal y un escándalo sobre las apariciones de Fátima en el que resultara involucrado un antepasado de los Saylor no nos vendría bien. Entiéndalo. Nuestra compañía tiene casi trescientos años de antigüedad y un prestigio inmaculado. Ni el asesinato de mi tía abuela, ni el accidente de mi tío abuelo, ni el suicidio del que fuera en 1921 nuestro director general en Oporto...

—Perdone, ¿ha dicho suicidio?; ¿quién se suicidó en Oporto en 1921?

—Se llamaba Peter Townsed y era el director de la Saylor Wines en Portugal, la mano derecha de mi tío abuelo John. Eran muy amigos. En la familia se asegura que no pudo soportar la muerte de su presidente y se suicidó. Bueno, si le soy sincero, se comentó que Townsed era homosexual y que estaba enamorado de mi tío abuelo John, pero habladurías como ésa son frecuentes y a veces carecen de fundamento.

—Perdone de nuevo, ¿podríamos vernos en Londres otra vez?, nos gustaría...

—Lo siento, señor Cárter, pero es mejor dejarlo así. De todos modos, le agradezco su información. Buenos días.

—Buenos días —respondió David antes de que Ferdinand Saylor colgara el teléfono.

—No esperaba esta actitud de un Saylor —se extrañó Michelle, que había oído la conversación con su oreja pegada al audífono.

—Yo tampoco, pero ya ves, ni uno solo de cuantos podrían estar interesados en todo este asunto ha querido involucrarse en él, ni siquiera cuando ha habido por medio algún asesinato.

—Tal vez haya sido precisamente por eso —supuso Michelle.

—Al menos nos hemos enterado de que un tipo llamado Peter Townsed, alto empleado de John Saylor, se suicidó a los pocos días de que muriera su jefe en un accidente en Oporto. No creo que fuera casual —supuso David.

—No, claro que no. Primero mataron a Mary porque estaba a punto de denunciar la manipulación de Fátima, cuatro años después hicieron que la muerte de John Saylor pareciera un accidente, porque tal vez había descubierto algo o estaba a punto de hacerlo, y también se cargaron, simulando un suicidio, a su director general, el tal Townsed, porque quizá conocía la verdad de lo ocurrido en Fátima —dedujo Michelle.

—O porque colaboró con los asesinos de Sodalitium para que la muerte de John pareciera un accidente —observó David.

—Es probable, pero me temo que nunca lo descubriremos —apostilló

Michelle.

—No interesa la verdad. Hace un año, una periodista publicó en *The Times* este artículo — David le mostró a Michelle la fotocopia de una página del día 20 de junio de 2007 de ese diario londinense; firmaba la información Elizabeth Judge—. Afirma esta periodista que la Iglesia Católica en Inglaterra se financia de manera independiente del Vaticano, a quien no rinde cuentas. Yo no puedo demostrarlo, pero intuyo que la Saylor Wines se encuentra entre los más generosos donantes a la Iglesia Católica inglesa.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Capo Mulini, Sicilia, principios de agosto de 2008

El vuelo de Alitalia, procedente del Charles de Gaulle, aterrizó puntual en Palermo, y allí los recogió Enrico Micara. Tardaron poco más de dos horas en cruzar la isla de Sicilia, desde Palermo a Catania, por la autopista central en el potente y veloz Maserati Quattroporte dorado de Enrico.

Durante el viaje en coche, mientras la ópera *Gianni Schicchi* de Puccini sonaba en los altavoces, Enrico les confirmó que había sido su amigo el cardenal quien, enterado de que Joáo Barros estaba preparando un libro muy crítico sobre las revelaciones de Fátima, le había remitido una fotocopia de la primera cuartilla del relato de Mary Saylor. El cardenal, jefe supremo de Sodalitium Pianum, había sido conminado por el papa para que la «Sociedad» pusiera fin a sus actividades, pero algunos de sus miembros decidieron seguir adelante pese a las reservas del sumo pontífice.

La muerte del cardenal había dejado descabezado a Sodalitium, que no obstante se había reorganizado de nuevo, aunque su nuevo responsable había ordenado permanecer sin actividad durante algún tiempo, al menos hasta que se olvidara el asunto del crimen de Barros y la muerte del cardenal. La condena a cuatro años, que quedarían en dos, del sicario suizo que había asesinado a Barros, la libertad condicional del padre Malveira por enajenación mental y la certificación oficial de que el cardenal había fallecido accidentalmente por una ingesta exagerada de medicamentos vasodilatadores puso fin a muchas especulaciones.

El yate de Enrico Micara enfiló la bocana del puerto y salió a mar abierto. Sus dos poderosos motores no tardaron en alcanzar la máxima potencia y empujaron los dieciocho metros de eslora de la nave a treinta y tres nudos.

La afilada quilla de fibra de carbono cortaba las aguas mediterráneas, alejándose a toda máquina de la costa oriental de Sicilia. Enrico pilotaba el yate y, uno a cada lado, Michelle y David contemplaban el mar que se abría, turquesa, ante sus ojos.

David se acercó a la borda, rasgó en pedazos las fotocopias con la narración de los hechos acaecidos en Fátima, que había escrito Mary Saylor en Londres el 16 de octubre de 1917 y que les entregara el cardenal en Santa María in Trastevere, y los arrojó al mar.

—Ahí va la resolución de un enigma —comentó Cárter.

—Es el mejor lugar para esos papeles —asintió Enrico.

—Ahora ya no existe ninguna prueba de lo ocurrido en Fátima en 1917 —lamentó Michelle.

—No creo que eso le importe a Mary Saylor, se encuentre su alma donde se encuentre. Pero disfrutemos de este momento; no existe placer semejante a

navegar a treinta nudos, con todo el mar por delante, en un día de sol y calma como éste —observó Enrico.

—Yo prefiero tomar el sol —comentó Michelle.

—Ahí, sobre la proa, es el lugar ideal.

—¿No es peligroso a esta velocidad?

—La disminuiré a diez nudos.

—En ese caso, os dejo solos.

Michelle se quitó un pantalón corto de lino y una camiseta blanca de tirantes y se quedó en biquini. Enrico intentó desviar la mirada, pero no pudo evitar fijarse en el cuerpo de Michelle. La joven se dio cuenta de cómo la observaba Enrico y, con toda naturalidad, se despojó del sujetador, mostrando sus pechos, espléndidos y rotundos. Cogió una toalla, salió a la proa y una vez allí también se quitó el minúsculo tanga; se tumbó completamente desnuda sobre la cubierta de proa, dejando que el sol acariciara todo su cuerpo, ya dorado unas semanas atrás por el sol de Andalucía.

—¿Sabes, David, que eres el hombre más afortunado del mundo? —comentó Enrico, que seguía a los mandos de la embarcación.

—Michelle no es sólo un cuerpo espléndido, Enrico, es una mujer maravillosa.

—Lo sé, lo sé; si te lo digo, es precisamente por eso.

—Vi como os besabais en la terraza de tu casa de Roma; ella me lo contó unos días después.

—Lo siento. Fue un beso casto, inocente como el de un hermano. No quisiera que te molestaras conmigo por ello.

—En absoluto, Michelle es una mujer libre.

—Creo que lleváis juntos más de un año; ¿no les has propuesto una relación formal, no sé, un noviazgo?

—No, no me atrevo; no soportaría perderla después de haberla tenido —confesó David.

—En tu caso, yo no lo dudaría ni un solo instante, amigo. Mucha gente sólo respira, come, bebe, duerme y, a veces, pocas veces, hace el amor. Ésa es toda la capacidad de ser personas que ejercen muchos seres humanos. Sólo muy de vez en cuando aparecen personas como Michelle. Esa mujer merece ser amada eternamente.

—Si existiera la eternidad...

—Ahí la tienes, amigo, ahí la tienes. —Enrico extendió los dos brazos al frente y le señaló a David la grandeza del mar, aunque sus ojos estaban fijos en el cuerpo desnudo de Michelle.

Los motores del yate dejaban atrás una estela de blanca espuma, como un reguero de nata dibujado en las aguas turquesas del Mediterráneo.

Lisboa y Oporto (Portugal), octubre de 2008

# NOTA DEL AUTOR

Esta novela se inspira en hechos reales, pero se trata de una obra de ficción y sólo así debe interpretarse. Algunos episodios de los que aquí se narran son verídicos, pero la trama y el desarrollo de muchos de los acontecimientos que suceden son exclusivos de mi imaginación. Todos los escenarios que se describen y en los que se desarrolla la acción sí son reales, aunque son imaginados los personajes principales que protagonizan los hechos; cualquier parecido de los protagonistas de la novela con personas reales es mera coincidencia.

Todas las noticias y la cronología de las apariciones de Fátima son acordes con los hechos históricos, aunque se ha introducido la ficción para explicarlas desde una perspectiva muy diferente a la versión tradicional sostenida por las autoridades de la Iglesia Católica.

La sociedad secreta vaticana Sodalitium Pianum existió realmente; fue fundada por el papa Pío X a comienzos del siglo XX y actuó en esos primeros años tal cual se relata en la novela, pero fue disuelta oficialmente en 1921. Hay quien asegura que siguió funcionando de manera clandestina durante muchos años después, e incluso algunos suponen que todavía sigue en activo en la clandestinidad.

He mezclado personajes reales, como los tres pastorcitos de Fátima, Lucía, Francisco y Jacinta, los papas Pío X, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II y Benedicto XVI, y algunos obispos y cardenales, con otros imaginados; obviamente, la realidad de sus vidas y caracteres no tiene por qué ser conforme a lo que se describe en esta novela. El padre Lefévbre, Enrico Micara, John y Mary Saylor, Joáo Barros, el padre Malveira y «el cardenal», además de los dos protagonistas principales de la novela, David Lewis Cárter y Michelle Henry, son absolutamente ficticios.

Estoy en deuda con varias personas que me han facilitado información reservada y confidencial en París, Roma, Londres, Lisboa, Oporto, Sevilla, Barcelona y Madrid, las cuales me han revelado algunas claves diplomáticas sobre la forma de actuación de la Santa Sede y sobre la manera en que operan los servicios secretos del Vaticano, y me han facilitado el acceso a sectores de los archivos, las bibliotecas y las zonas reservadas de algunos de los edificios citados en la novela que no son accesibles al público. Ya saben que tienen toda mi gratitud y cuentan con mi amistad. Estoy en deuda con todas ellas, pero lamento no poder revelar su identidad para evitarles posibles contratiempos.

ESTA EDICIÓN DE *FÁTIMA,*
DE JOSÉ LUIS CORRAL,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN

L. IBERDÚPLEX,
EL DÍA 27 DE JULIO DE 2009

*Fátima*
Diseño de cubierta: Pepe Far
Primera edición: septiembre de 2009
©José Luis Corral, 2009
© de la presente edición: Edhasa, 2009
Avda. Diagonal, 519-521 08029 Barcelona Tel. 93 494 97 20 España
Email: info@edhasa.es
Avda. Córdoba 744,2º piso C C 1 0 54 AAT
Capital Federal Tel. (11) 43 933 432 Argentina
Email: info@edhasa.com.ar
ISBN: 978-84-92472-16-1
Impreso por Liberdúplex
Depósito legal: B-29.104-2009
Impreso en España
Generado con: QualityEbook v0.75, XML Copy Editor
Generado por: 261200, 18/06/2014